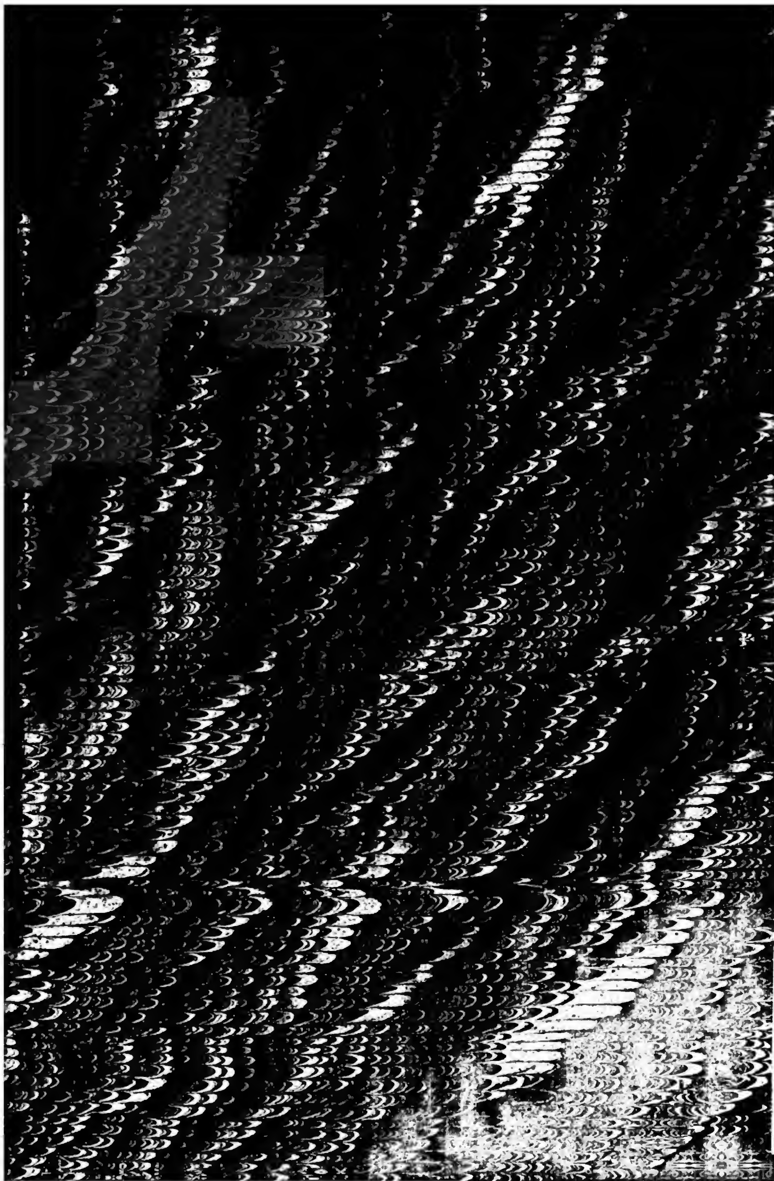
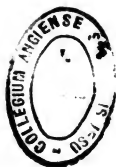



COLLEGIUM ANGIENSE S. J. - IS IESU

OBRAS

DEL VENERABLE MAESTRO

JUAN DE ÁVILA,

CLÉRIGO,

APÓSTOL DE LA ANDALUCÍA.

TOMO OCTAVO.

CONTIENE

LA VIDA Y VIRTUDES DEL V. MAESTRO
JUAN DE AVILA, Y ELOGIOS DE MUCHOS
DE SUS DISCIPULOS.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

EN MADRID EN LA IMPRENTA REAL

AÑO DE 1806.

TABLA

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

LIBRO SEGUNDO.

DE LOS ELOGIOS Y VIDAS DE ALGUNOS DISCIPULOS DEL VENERABLE MAESTRO AVILA.

Cap.

PRO-

PRÓLOGO.

No habiendo para Dios acasos, debemos creer particulares providencias suyas aun las que parecen puras casualidades. Los escritos del Venerable Maestro Juan de Avila son de todos modos raros, porque el tiempo ha consumido las primeras impresiones, que sin duda fuéron muy diminutas. No obstante la escasez de los exemplares, me han venido á las manos todas las obras impresas del Venerable Avila, sin estudio ni fatiga particular.

Dediquéme á leer en estos libros por evitar fructuosamente la ociosidad, y advertí un especial consuelo en su letura. Admiré la facundia, el ardor y fuego celestial de toda la obra; y colegí, que si la doctrina de tan saludables libros hacia impresion en mi tibieza, sin duda inflamaria los corazónes de todos los fieles.

Este pensamiento excitó en mí un impulso de imprimir todos los escritos del Venerable Autor. Vacilaba en dudas, acobardado de lo arduo y costoso de la empresa; pero me animaba al intento la esperanza de la correccion de muchos y la direccion de todos. En este conflicto llegué á juzgarme delinqüente

en

en despreciar este pensamiento, que se me figuraba como soberano impulso.

El amor de la nacion y utilidad del público me movian fuertemente á manifestar á proprios y estraños la fecundidad del terreno español en todo género de heroes por sabiduría y virtud. La vida del Venerable Avila (*me decia yo á mí mismo*) está llena de heroycos rasgos de santidad: las conversiones que hizo en el confesonario y púlpito son maravillosas: la vida exemplar que introduxo en el estado eclesiástico fué de suma utilidad á la Iglesia: los elogios que diéron al Maestro Avila su primer historiador el venerable Fray Luis de Granada, y otros, le hacen varon insigne en virtud y letras: pues ¿por qué (*concluia yo*) no se han de publicar sus obras para utilidad de proprios y estrangeros, y para que sepan todos que tenemos tales heroes en nuestra España?

El estado eclesiástico (*continuaba yo*) tiene particular interes en los honores de el Venerable Maestro Juan de Avila, que fué el Reformador y Padre del Orden clerical. Todas sus ansias eran formar dignos Ministros de la Iglesia, y logró tener muchos discípulos imitadores fieles de sus virtudes. El gran instituto de los Clérigos de la Compañía de Jesus se concibió, primero que lo executara San Ignacio de Loyola,

en

en el corazon del Venerable, como consta de su vida. Los Clérigos discípulos del Maestro Avila estaban preparados para aquella grande obra. Pues ¿qué honores no se acrecientan al estado eclesiástico de que se manifiesten estas grandezas?

El Venerable Maestro Avila animó el espíritu heroyco de Santa Teresa de Jesus, ya con sus consejos, ya con la aprobacion de sus revelaciones. Este mismo Venerable mereció la comunicacion y amistad de los gloriosos S. Ignacio de Loyola, S. Francisco de Borja, S. Juan de Dios, S. Pedro de Alcántara, y otros ilustres varones que veneramos en los altares.

Este apostólico varon formó el espíritu del venerable Fray Luis de Granada: crió á sus pechos al venerable Diego Perez de Valdivia, Villarás y otros ilustres Sacerdotes de notorias prendas y virtudes. El espíritu del Venerable Maestro Avila produxo las austeridades del Tardon, entabladas por su discípulo el venerable Mateo de la Fuente, fundador y primer Abad de aquel monasterio. Las instrucciones del Maestro Avila formáron el espíritu del insigne Fray Francisco de Segovia, honor de la Religion Geronimiana. El Maestro Avila pobló los conventos de varones ilustres, como lo publican las sagradas Religiones de Carmelitas, Trinitarios y otras.

El Venerable Maestro Avila tuvo correspondencia

cia con los sugetos mas nobles y mas señalados de España. Sus escritos contienen una historia de los varones ilustres de su tiempo. Consúltense sus cartas, sus tratados, sus discursos, y se hallará la historia de los mayores personages de su siglo, con noticia puntual de las costumbres de aquellos tiempos.

Los Ilustrísimos Obispos y Arzobispos de la Andalucía deben al Venerable la reforma de costumbres en sus diócesis. En todas sembró la divina palabra: en todas cogió sazonados frutos de su predicacion y buen exemplo: las Andalucías han venerado la doctrina del Venerable Maestro Juan de Avila, y le han llamado siempre su *Apóstol.* Pues ¿quién puede dudar que sus libros harán el fruto que acostumbraban hacer sus palabras y consejos? ¿Quién duda que los Ilustrísimos Prelados protegerán los escritos de un autor á quien veneran por su admirable sabiduría, capaz de inflamar los mas duros corazones?

Ya ha tiempo que los ilustres Prelados trabajan en la beatificacion del Venerable Maestro Avila. El Eminentísimo Señor Cardenal Astorga en estos últimos años la promovió mucho. Acaso la publicacion de sus libros, vida y virtudes inspirarán á los Príncipes de la Iglesia á continuar esta piadosa causa. *Moverá nuestro Señor* (dice la historia del Venerable Maestro Avila) *á algun zeloso para que dé á la imprenta todas las*

obras

obras del Venerable. ¿Qué sé yo si se dixo por mí este presagio? *Moverá Dios algunos ilustres Prelados para que adelanten y promuevan la beatificacion del Maestro Avila*. ¿Quiénes serán estos ilustres Prelados? Dirálo el tiempo.

Entre tanto que logramos la fortuna de reverenciar en los altares al Maestro Avila, podremos venerar su espíritu en sus excelentes obras. Sus escritos estan respirando suavidad y dulzura. Dan luz al entendimiento, y encienden la voluntad de qualquiera que los leyere con ánimo de enmendar su vida: enseñan las reglas de la oracion, y ofrecen materia para exercitarla, dando á conocer los enemigos que la suelen estorbar, y poniendo en las manos armas para rebatirlos y vencerlos.

El espíritu del Venerable Avila aficiona al pecador á la virtud, y le pone en el camino de la perfeccion: levanta los caidos, esfuerza los pusilánimes, y conforta á los mas adelantados en la virtud. A cada paso se encuentran en estos libros reglas prácticas para entender y explicar la sagrada Escritura. Su estilo es fácil, sencillo, vivo y eficaz. Persuade, convence, aficiona, y ablanda el corazon del mas endurecido. Con la letura del Venerable Avila los espíritus áridos y fuertes se rinden, y los dóciles se enamoran de la virtud.

Es-

Esta es la canonizacion de las obras del Venerable Avila, que tiene dada el público ya hace muchos años. Y éstos son los escritos que expongo á la pública utilidad. Jamas salió á luz esta coleccion ni mas abundante, ni mas corregida. Mi ánimo era dar toda la obra de una vez; pero las instancias de personas sabias y devotas; y principalmente los ansiosos deseos de un personage de primera magnitud, *á quien venero reconocido y obligado, y que se precia de muy amante del Venerable Avila*, me estrechan á anticipar el gusto de publicar la vida del Venerable Maestro con algunos tomos de sus obras.

Los restantes seguirán á estos con la mayor brevedad. Solo deseo el aprovechamiento del próximo en la letura de estos libros. De todo su fruto se debe la gloria á Dios, cuyo santo nombre sea bendito para siempre.

CAR-

CARTA

QUE EL CARDENAL ASTORGA, ARZOBISPO DE TOLEDO, PRIMADO DE LAS ESPAÑAS,

Escribió á la Santidad de Clemente XII, remitiendo los procesos hechos en estos Reynos con autoridad ordinaria para la beatificacion del Venerable Maestro Juan de Avila: la qual saca á luz, para que despues de la muerte del Cardenal (que promueve por ahora esta causa), sepa la devocion de los que Dios moviere á continuarla, el estado que tiene, y donde paran los procesos: y juntamente para que la noticia de las admirables virtudes y santidad de vida de este gran siervo de Dios sirva de exhortacion pastoral á los fieles de este Arzobispado, á los que pide el Cardenal de lo íntimo de su corazon la lean y estimen como efecto del amor que en Dios les tiene, y con que desea el aprovechamiento espiritual de todos: y muy particularmente la recomienda á los eclesiásticos, con quienes habla mas de lleno su contenido, por ser escogidos del Señor para distinguirse en una vida mas santa con que guiar á los demas al camino del cielo. Y concede cien dias de indulgencia á todas las personas que la leyeren ó oyeren leer.

SANTISIMO PADRE.

Llego á los pies de V. Santidad recomendado de el

mas

mas alto motivo que puede alentar á un Prelado Español: y sobre el ánimo que me comunica el buen derecho de mi súplica, dirigida únicamente á la mayor gloria de Dios, me esfuerza con nueva confianza el justificado y paternal corazon de V. Beatitud: solicito la beatificacion del Venerable Maestro Juan de Avila, aquel varon apostólico conocido y venerado de los mismos Santos, en cuya vida y en cuyos escritos brilla tan fino el amor de Dios y zelo de su honra, que parece lo escogió su divina Magestad en estos últimos siglos para coadjutor de su redencion. Fué natural de Almodóvar del Campo, villa principal en este Arzobispado: ilustró con su predicacion la Andalucía: debo el no ser peor al magisterio de su celestial doctrina: razones todas que me obligan á declararme Procurador de su causa; y solo me confundo de que una vida tan pura, tan oficiosa y tan santa de un Sacerdote solamente llegue por las manos de un Prelado tan tibio y negligente á las de V. Santidad; pero en desagravio de mi descuidada vida, y ahora que me hallo ya en los últimos períodos de ella, recurro al sagrado de esta piadosa accion, creyendo poder enmendar parte de mis faltas con exponer este dechado de todas las virtudes á mis ovejas. Murió este Venerable Maestro el año de 1569, y el de 1624 se hiciéron con autoridad Ordinaria informaciones de su

vi-

vida y virtudes en esta diócesi y otras, donde se conservaban, aun despues de tantos años, recientes los frutos y memoria de su predicacion apostólica. Y habiéndose entónces compulsado, y (según se cree) remitido la compulsa á la sagrada Congregacion de Ritus, se guardáron las originales en el archivo de la Congregacion de San Pedro de los Naturales de esta villa, con ánimo siempre de promover la causa de su beatificacion, por la qual suspiró continuamente este Reyno agradecido. Pero Dios nuestro Señor, á quien son patentes los méritos de este su siervo, y el peso de gloria que les corresponde, permitió con altísima providencia, que la misma devocion y deseo del culto del Venerable Maestro descuidase en aplicar los oficios correspondientes, acaso para hacer nuevo sacrificio de las piadosas ansias de sus devotos hasta el plazo determinado en su voluntad santísima. Y deseando yo, como uno de ellos, y con mas obligacion que muchos, excitar el curso á esta causa hasta colocarla en su propio centro, he ordenado que con la debida solemnidad se executase la compulsa de todas las informaciones y procesos concernientes á ella, que paran en dicho archivo; la qual comprobada en forma, y autorizada segun la facultad posible á la jurisdiccion Ordinaria, remito hoy á la sagrada Congregacion de Ritus, á fin de que reconocida á la luz

de

de aquel religiosísimo y venerable exámen, se digne V. Santidad mandar despachar sus remisoriales y rótulo para proceder á la formacion de los procesos apostólicos. A estos oficios, Santísimo Padre, me llama la devocion al Venerable Maestro: mi reconocimiento: la fama de su santidad esparcida por todo este Reyno con veneracion de todos: la apostólica doctrina de sus escritos, en que vive para enseñanza universal aquel espíritu heroyco: la estimacion particular de muchos Santos que ya venera la Iglesia: los elogios de innumerables varones de insigne doctrina y virtud; y últimamente el mérito que resulta de las informaciones que remito á la sagrada Congregacion. ¡O! quiera Dios, que hoy que con tanta gloria suya gobierna V. Beatitud su Santa Iglesia, haya llegado el plazo definido para la beatificacion de su siervo, y que su divino espíritu inspire á V. Santidad á mayor honra y gloria suya la declaracion de sus cultos, para que la devocion, que hasta aquí ha vivido contenida en los obsequios de un varon venerable, respire en piadosos y públicos votos, este Reyno logre el consuelo de venerar á un tan grande bienhechor suyo, y toda la Iglesia los influxos de su proteccion por medio de nuestras oraciones y súplicas.

No es fácil, Santísimo Padre, reducir á los términos de esta humilde representacion un diseño, aun-

que

que breve, de las virtudes de este Venerable; y aun casi parece ocioso, habiéndolo ya hecho el venerable Padre Fray Luis de Granada, que escribió su vida como testigo de vista, y uno de los trofeos de su predicacion; y despues el Maestro Luis Muñoz, que la estendió á mayor volúmen; pero remitiendo á la sagrada Congregacion de Ritus la compulsa de las dichas informaciones, considero precision de mis oficios hacer á V. Beatitud una relacion por mayor de lo que de ellas resulta, acompañándola con algunos elogios de los muchos que se encuentran en varios autores de la mayor nota, para que visto uno y otro, logre el Venerable Maestro en la muy cristiana piedad de V. Santidad anticipada la devocion á sus admirables virtudes.

Habiendo Dios escogido á este Venerable Maestro para órgano de su divina voz, ya se dexa ver á qué eminencia de fe levantaria su alma, y quan profundos cimientos echaria en ella el que era vaso de eleccion, para llevarla y enseñarla á los hombres. Así fué de verdad; porque la excelente fe de este varon apostólico fué el exercicio de toda su vida, en que con vivísima penetracion y sentimiento hizo propias de esta virtud todas sus acciones, palabras y escritos, como consta de lo justificado á la sexta pregunta y otras. Este altísimo conocimiento de fe le obligó á Su fe.

emprender obras heroycas: por ella vendió su hacienda, y la repartió á los pobres: por ella abrazó y siguió á Cristo, observando á la letra el Evangelio, y sin querer mas patrimonio que su palabra: por ella dexó sus parientes y su tierra, determinado á pasar á las Indias á dilatarla entre aquellos infieles; y finalmente, habiendo dispuesto Dios que se quedase en estos Reynos, por ella trabajó de dia y de noche, cumpliendo en este pais cristiano todo el lleno de su vocacion, como si hubiese logrado la mision á que le llamaba su espíritu. Aquí enseñaba incesantemente los principios de la fe á los niños, humillándose á este exercicio con un espíritu y ansia verdaderamente apostólica: predicaba las verdades evangélicas á todos, sin perdonar fatiga, ni incomodidad de salud ni de honra; ántes sí sacrificándose gustoso á innumerables trabajos, emulaciones é injurias en obsequio de la fe de Cristo, cuyo zelo ardia vivísimamente en su pecho. Lo mismo y con igual espíritu executó en sus escritos, siendo el norte de todos en la santa fe Católica, en que constante vivió y perseveró hasta la muerte: sirva por todos el admirable tratado del *Audi filia*, en que con razones y fundamentos solidísimos prueba su infalibilidad y verdad; abriendo al mismo tiempo paso á los entendimientos para su ilustracion é inteligencia: todo con un magisterio tan superior, que

prue-

prueba bien su continuo estudio y meditacion en las verdades eternas.

Al mismo paso que la fe y con el mismo pábulo caminaba en el Venerable Maestro la esperanza en Dios. Esta fué su principal objeto, al qual, como á blanco, se encaminaban derechamente todos sus pasos. Nada de quanto el mundo ofrece pudo entrar á la parte de su deseo; solo el ver á Dios ocupaba sus ansias y confianza: tan continuo era el exercicio de ellas en tiernas y amorosas exclamaciones, que parecia no vivir entre los hombres, fixado siempre su pensamiento en el cielo. Nunca su humildad, aunque rara y singular, pudo desapropiarle el tesoro de esta esperanza, como quien conocia tan bien el infinito amor y bondad de su Dios, en cuyos brazos estaba entregado con total negacion y olvido de sí mismo. Tan firme y seguro estaba en Dios, que por ningunos trabajos ni necesidades se quiso valer jamas de favores humanos, teniendo tantos Príncipes y Prelados que pudieran ayudarle y defenderle: hasta el duro lance de verse preso en la Inquisicion quiso que corriese de cuenta de Dios, sin mezcla de diligencia alguna suya: batíale por todos lados la envidia de sus émulos: estrechábase por instantes su causa en el riguroso exámen de aquel zeloso Tribunal; pero nada de esto llegaba al corazon del Venerable Maestro; ántes al paso que,

Su esperanza.

que, segun el parecer humano, estaba mas desesperada su causa, se dilataba con mas seguridad en la proteccion de Dios, con tanta grandeza de ánimo y descuido de los medios humanos, que ni aun tachar quiso á un testigo, sabiendo que eran falsos todos, ni echar mano de defensa alguna, teniendo tantas su inocencia. De aquí nació al Venerable Maestro aquella invencible constancia y esfuerzo para las mas dificultosas empresas del servicio de Dios: acometia y vencia montes de dificultades en la conversion de mugeres de mala vida, encontrándose muchas veces con el poder y el despecho de los cómplices en ella, que furiosos con el remedio de sus desórdenes, se ensangrentaban contra el autor de tantas reformas: despreciaba estos y semejantes peligros, quedando siempre superior á todos con la confianza en Dios; y ensayado en la experiencia de sus beneficios, sacaba de unos lances nuevo valor para hacer su causa en otros, sin respeto ni temor humano, como se reconoce en muchos de que deponen los testigos, no siendo posible referirlos todos por ser casi innumerables. No le debió mayor cuidado el sustento de la vida, la salud y las conveniencias temporales: tan consiguiente se mantuvo á la primera resolucion de dar su hacienda por Dios, que en ningun instante de la vida quiso tener seguridad de su sustento, cuidado de su salud ni de

los

los demas bienes corporales; siendo la palabra de Dios la que únicamente le sustentaba, y la finca en que libraba todo su remedio, de que dan copioso testimonio las preguntas 8 y 13 de las probanzas, y mayor sus escritos, especialmente el tratado del amor de Dios, en que discurre altísimamente de sus misericordias y motivos de nuestra esperanza.

La virtud de la caridad, en quien como madre y maestra reside la posesion de todas las demas virtudes, estuvo en el Venerable Padre como carácter propio de su vida; pues en todos los empleos y sucesos de ella sobresale tan ardiente y continua, que parece solo vivió para amar, ó que el amor fué su aliento: amor fuéron todas sus santas peregrinaciones: amor finísimo y zelo de la honra de Dios fué la tarea de su incansable predicacion y admirables conversiones: amor fuéron sus encendidos escritos; y todo fué amor, porque el amor le obligó á todo, siendo como lema de su vida aquel *amor meus crucifixus est*, en que respiraba. Estudió incesantemente en esta ciencia de amar por medio de una continua contemplacion de las perfecciones y misericordias de Dios; y habiendo penetrado con altísimo conocimiento lo íntimo de sus arcanos, salió tan adelantado en ella, tan enamorado y abrasado en el amor divino, que parecia pegar fuego á quantos le trataban, mostrándose alguna vez Su caridad.

tan

tan perceptible la llama á la inocencia de un niño, que acudió afligido á su madre con la voz de que se estaba quemando un Sacerdote. A esta oficina se retiraba ansioso á buscar á Dios, en quien únicamente descansaba su alma, deshaciéndose en su amor á vista de aquella bondad inmensa, con actos tan finos, con afectos y aspiraciones tan tiernas, que se conocia bien haber entrado en aquella bodega del Señor, en que se embriagan las almas escogidas para sus delicias. En ella se le franqueaba el amor divino con regalos y consolaciones dulcísimas, que al paso que confortaban su espíritu, le deshacian en agradecidos sentimientos de su Dios, siendo cada favor nuevo incentivo para alentar su fineza. Consta entre otras, de que generalmente deponen los testigos á la pregunta 11, una muy singular, y que espero dé mucho valor en la piedad de V. Beatitud al asunto de esta carta; pues estando el Venerable Maestro en oracion, hincado de rodillas, y con ambas manos puestas en el clavo de los pies de un Crucifixo (que era su modo ordinario de tenerla), mereció oir de aquella sacratísima boca, que ha de juzgar al género humano, esta dulce y alegre sentencia: *Juan, perdonados son tus pecados*: cuya imágen se venera con particular culto en el Colegio de la Compañía de Montilla, como testimonio de tan soberano beneficio y de la fervorosa oracion del Vene-

ra-

rable. Eran muy freqüentes estos excesos de amor, particularmente con el Santísimo Sacramento del altar, de quien era ternísimamente devoto: recibia grandes consolaciones y favores con este misterio, y eran tan crecidas las avenidas de dulzura y suavidad que en él experimentaba, que andaba su alma como empapada en el amor y agradecimiento á tan alto beneficio. Desahogaba en parte sus ansias, procurando que todos amasen y reverenciasen á un Dios, que quiso rendirse á tanto por el hombre: á este fin escribió un tratado altísimo del misterio, en que se ve bien la superior ilustracion de su entendimiento, y la rara inflamacion de su corazon hácia él: predicó sus grandezas por espacio de quarenta y seis años, siendo sus palabras saetas encendidas en su fogoso pecho, que abrasaban á los oyentes en amor: dilató y mejoró en diversas partes su culto, trocando los festejos inmodestos de algunos pueblos en decentes y compuestos adornos de las calles y en devotas meditaciones de los hombres, deshaciéndose porque de todos modos fuese venerado este Sacramento, y porque hiciesen concepto cabal de las misericordias que encierra: cuyos esmeros acompañó Dios con raros prodigios, acreditando ser suyo el empeño del Venerable Maestro, y suyo tambien su amor: así se ve á la pregunta 28, en que deponen testigos de la mayor fe y excepcion, como retirándo-

se

se el Venerable Maestro al convento de la Cartuxa de Granada á celebrar la festividad del Corpus, y á desahogar á solas con el Santísimo Sacramento la inflamacion amorosa de que adolecia en tales dias, se le apareció Cristo nuestro Señor con la cruz acuestas, llagado, afligido, y en trage de pasion dolorosísima; y preguntándole el Venerable Maestro: *¿Cómo, Dios y Señor mio, en dia de tanta gloria está vuestra divina Magestad tan lleno de amargura y tormento?* Le respondió: *Así me ponen los hombres con los pecados que hoy cometen:* cuyas palabras, como cuchillos penetrantes, traspasáron el alma del Venerable Padre, dexando su amante corazon llagado con nuevo dolor y ansias vivísimas de escusar tan ingratas ofensas á su amado. De aquí, como de causa inmediata, resultaba aquel zelo ardentísimo de la gloria de Dios, que le consumia: aquel amor á los próximos, y deseo vehementísimo de la salvacion de sus almas: aquel odio interminable á las ofensas de Dios: aquel vivo sentimiento de la pérdida de las almas criadas para gozarle: aquel dolor implacable de ver malograda en ellas la sangre de Jesucristo, derramada para su remedio: de aquí aquel trabajo y afan continuo por la salud espiritual de los próximos, que fué el tema de toda su vida: aquel desvelo y ansias insaciables del aprovechamiento de todos, para cuya ajustada relacion

fal-

faltan voces y papel, siendo qualquiera encarecimiento corto, y desigual qualquiera comparacion: baste decir á V. Santidad, que habiendo sido tan fino y esmerado su amor para con Dios, fué con proporcion correspondiente igual para con los hombres, en quienes miraba dolorosamente ultrajada su imágen con pecados, y el costoso empeño de la sangre de Jesucristo por redimirlos; por cuya razon no le quedó á su caridad cosa que hacer en su mayor beneficio. Predicaba continuamente con tanto ahinco, que parecia ser cuidado propio de su alma el interes de la salvacion de cada uno de sus oyentes. Trabajaba con aquella valentía de espíritu hasta reducir los mas obstinados pecadores, de que hay casos muy notables en su vida, y algunos constan de las preguntas 12 y 22. Quitaba contra todo el poder del infierno aquellas ocasiones próxîmas, que eran oficinas de muchos pecados: ya solicitando conveniencias y disposicion á las cómplices para huir de la culpa á otros lugares remotos: ya recogiéndolas en algunas casas honestas, donde las mantenia con limosnas: ya usando de otros arbitrios que le dictaba su caridad y prudencia, segun lo pedia la necesidad de cada una. Así como fiel Ministro de Dios andaba tras de el pecado, haciendo guerra continua al infierno, ahuyentando y reformando las relaxaciones de los pueblos, siendo el peso de

dia y noche esta ansia. Procuraba que al mismo tiempo se pegase á sus discípulos este afan y desvelo para que el fuego de su caridad abrasase los pueblos por todas quatro esquinas, hasta purgarlos de quanto fuese ofensa de Dios: con nada ménos se aquietaba su ímpetu. A los ya enveredados en el camino de la virtud y gracia de Dios confortaba y sostenia con armas dobles: allí eran los documentos y trazas maravillosas para que no se soltase de la mano aquel tesoro: allí el buscar socorros y asistencias para aquellas personas en quienes la necesidad podia ser lazo: allí el quitarles todos los tropiezos en que pudiesen peligrar, hasta conducirlos á una perfeccion subida, como se ve en la pregunta 23 y otras. De manera, que este varon verdaderamente apostólico pareció ser el instrumento por donde comunicaba Dios sus auxîlios y beneficios á los hombres, siendo su ardiente caridad y su corazon magnánimo capaz de recibir todas las necesidades de ellos.

De lo dicho hasta aquí, especialmente en el capítulo inmediato, desciende evidentemente que el Venerable Maestro poseyó en grado heroyco todas las demas virtudes, que le pueden hacer digno de la gloria de la beatificacion: no solo porque la virtud de la caridad, en que fué tan esclarecido, encierra en sí, como corona hermosa de todas los virtudes, las piedras

dras preciosas de las demas que la ilustran, sino tambien porque en el exercicio de esta virtud campean en el Venerable Maestro todas singularmente, registrándose como en espejo lo esmerado de cada una: así que, en la serie de estas informaciones se ve una admirable hermandad y consonancia de todas: una profundísima humildad de corazon y entendimiento, efecto de aquel alto conocimiento de Dios y de sí mismo, que oponiendo la inmensidad de los dos estremos, producia á un mismo tiempo un íntimo amor divino, y un ódio santo de sí: presentábase delante de Dios, ó estaba siempre en su presencia; y al volver hácia sí los ojos, haciendo delinqüente su alma sobre todo lo criado, ni hallaba comparacion á sus culpas, ni otro bien ni ser que una miseria digna solo de ser conocida para abatirse y aniquilarse á los pies de Jesucristo. Esta clara inteligencia y desprecio de sí mismo le hizo fácilmente aborrecer y huir las mayores dignidades y honras, como consta á la pregunta 18, escogiendo el camino del abatimiento, adonde le guiaba su baxísimo concepto: con ella se juzgaba objeto digno del vilipendio de todos, siendo este conocimiento una preparacion de ánimo con que recibia como debidas las mayores injurias y ultrajes de obra y palabra, que en varias ocasiones le ofreció su ministerio, dando á los agresores por premio de su mortificacion el pronto

Su humildad.

arrepentimiento á que los conducia tan heroyca tolerancia, como se ve á las preguntas 13 y 27. A correspondencia de su humildad fué insigne en nues-
Su pobreza. tro Venerable el espíritu de pobreza y desprecio de las cosas de la tierra: conocia bien que esta virtud es el dote principal de un Predicador evangélico, y la que da valor á su doctrina: y como quien venia al mundo á hacer guerra á la ambicion, á la avaricia y regalo, y á dispertar las virtudes opuestas, no quiso jamas desautorizar sus voces con la tintura menor de aquellos vicios, fiando aun mas de la muda predicacion del buen exemplo, que de las continuas tareas del púlpito: pobre buscó á Dios desde los primeros años, renunciando ántes por su amor quanto poseia: y pobre perseveró hasta el tránsito feliz en que lo halló; sin que las necesidades y trabajos de su larga carrera le hiciesen volver los ojos á lo que habia dexado. Buscábanle las mayores dignidades para enriquecerse con sus virtudes y letras; y como su corazon estaba sobradamente satisfecho y lleno con el espíritu de pobreza que le alimentaba, ningunas diligencias fuéron poderosas para negociar hallasen entrada en él, dexando en respuesta de ellas edificados los Príncipes, Prelados y Cabildos que lo solicitaban, y añadiendo á su ministerio esta nueva traza de predicar, que inventaba su desasimiento fervoroso.

Es-

Esta santa pobreza trae como por la mano la abstinencia y mortificacion, en que fué nuestro Venerable Maestro objeto mas digno de admiracion, que fácil de imitarse: era su vivir un continuo ayuno, y su comida ordinaria unas frutas de poca sazon y alimento: el sueño cortísimo, y los juéves y viérnes ninguno; porque la memoria de la pasion y muerte de Cristo no le permitia tomar descanso, avergonzándose de hacerse miembro delicado á vista de lo que padeció la cabeza: su quebrantada salud con el estudio, predicacion y otros ministerios pudiera ser equivalente de abundantísima penitencia para el espíritu mas austero; pero en nuestro Venerable tan léjos estuvo de servir de indulto, que ántes añadia nuevos y excesivos rigores de continuas disciplinas y cilicios á su cuerpo, hasta reducirle á una servidumbre espantosa, teniendo siempre fixo el santo temor de que predicando á otros, se quedase reprobado. Verdad es que todo el rigor de su vida, comparado con las ansias de padecer, se le representaba muy ligero: pues habiendo en los primeros años abrigado el deseo de ser mártir por Dios, toda su vida quiso fuese una equivalente satisfaccion de aquella muerte: así se complacia en los dolores mas agudos y mas penosas enfermedades, que por espacio de diez y ocho años fatigáron su cuerpo, gozándose de verse tal por Dios, á cu- Su penitencia.

cuya piedad acudia, pidiendo solo mas dolor y mas paciencia, de que se ven repetidas justificaciones en las preguntas 8, 9 y 10. Uno de los mas hermosos frutos que produxo la raiz amarga de la penitencia en el Venerable Maestro fué aquella honestísima y delicadísima pureza de que se hace mencion á la pregunta 16. Hízole Dios Maestro y luz del estado sacerdotal en estos Reynos, y así le dotó con una rara castidad y peregrino candor, como ornamento propio de él, para que sirviese de dechado á los que habia de instruir en esta virtud: resplandecia con tanta excelencia en ella, que era la admiracion de quantos le veian y trataban: el sello de modestia con que se estampaba en su semblante daba un testimonio clarísimo, siendo muchas veces su vista sola reprehension y freno de los descompuestos; y su trato modestísimo remedio eficaz para desterrar las mas rebeldes é impuras tentaciones: en las palabras, en la vista y en la compostura exterior iba predicando siempre esta virtud como un modelo celestial de castidad, sin que jamas la inadvertencia le hiciese resbalar en un descuido: no permitia por motivo alguno de quantos le ofrecia su ministerio que entrase muger en su casa: para tratar cosas de conciencia, en que únicamente le oian, las enviaba á la Iglesia, y allí á vista de todos, doblando el cuidado en los ojos, y añadien-

Su castidad.

do

do gravedad al semblante, respondia con tanta concision y con tanto recato, que era asombro de los mas perfectos, y leccion á los cuidadosos de esta prenda.

La predicacion apostólica del Venerable Maestro, y los maravillosos frutos que cogió para Dios en ella, exceden las fuerzas ordinarias de hombre, y es necesario recurrir á que fué un singular privilegio de la Magestad divina, que enamorada de su zelo quiso hacer la costa principal: porque á la verdad su continuo empleo en este santo exercicio, con tanto teson y espíritu hasta la muerte: su extraordinaria eficacia en persuadir: el fuego ardentísimo de sus cláusulas, muchas veces percibido de los oyentes en forma visible de centellas: aquel dominio y superioridad en la razon de todos, sin excluir los mas insignes Prelados de su siglo: aquella facilidad suave con que se introducian sus voces á lo mas íntimo del alma: aquella prontitud en rendir los ánimos mas rebeldes, en que no habian podido hacer mella ni el poder de la justicia, ni el zelo de los Prelados, ni la persuasion de otros grandes Predicadores, como por menor resulta de las informaciones: finalmente, aquel estudio continuo en Cristo crucificado, sin necesidad de otros libros para tantos sermones, arguyen bien claramente que fué nuestro Venerable Apóstol destinado de la mano de Su predicacion.

Dios

Dios para hacer su causa en la conversion de los fieles. Buen testimonio da de esta verdad aquella rara y espantosa conversion de San Juan de Dios con la fuerza de un solo sermon de San Sebastian: la de San Francisco de Borja con otro: la admirable mudanza de Doña Sancha Carrillo, que rindió la lozanía de sus años, lustre y riquezas al primer golpe de su desengaño en el confesonario: la reconciliacion de aquellos dos sangrientos y públicos bandos de Baeza, sacando de ellos la fundacion de la Universidad: la direccion al verdadero modo de predicar del venerable Padre Fray Luis de Granada, que asombrado de tanto espíritu y fervor, se iba á aprender del Venerable Maestro, sentándose como humilde en la escalerilla del púlpito para oirle mejor; y despues confesaba haberse aprovechado mas con sus sermones, que con veinte años de estudio. El mismo afirma en la vida que escribió del Venerable Maestro, y lo deponen muchos testigos, que ponderando en un sermon la maldad de los que por un vil deleyte no dudan ofender á Dios, exclamó en aquellas palabras de Jeremías: *Obtupescite cæli super hoc*, con tan grande espanto y espíritu, que le pareció habia hecho temblar las paredes de la Iglesia. Finalmente, su agigantado espíritu y fervoroso zelo se ve aun con mas claridad en la conversion y reforma de ciudades enteras, como se experimentó en di-

diferentes de Andalucía, con una mutacion tan extraordinaria, que parecian despues jardines hermosos de la Iglesia; llegando á tal punto su reforma, que de Baeza se decia comunmente le faltaba solo cerrarse con puertas para ser casa de religion. Pero lo que en esta parte acredita evidentemente el superior influxo del Venerable Maestro á beneficio de este Reyno, es sin duda la conversion y enseñanza de tantos insignes y venerables discípulos, á quienes comunicó su espíritu apostólico, como fuéron el Padre Juan de Villarás, Doctor Bernardino Carleval, Doctor Pedro de Ojeda, Alonso de Molina, Diego de Vidal, Maestro Hernan Nuñez, Luis de Noguera, Hernando de Várgas, Juan Diaz, Estéban de Centenares, Mateo de la Fuente, Doctor Diego Perez Valdivia, y otros muchos que constan de las informaciones, los quales á imitacion de su gran Maestro trabajáron incesantemente en el bien de las almas, despreciando todas las conveniencias del mundo, y acreditando en la perseverancia la fuerza superior de su doctrina.

En el don de consejo y prudencia fué sin duda el Venerable Maestro uno de los raros varones de la Iglesia de Dios, como se ve en todo el discurso de su vida, y especialmente á las preguntas 20 y 23 de las probanzas: fué este don, como debido á su profesion y ministerio para la direccion de las almas, y re- *Don de consejo.*

resolucion de las dificultades que ocurren en ella; y así era preciso que lo poseyese con eminencia. Acudian de todas partes á consultarle y pedirle consejo sobre la eleccion de estado y otros negocios espirituales; y á todos respondia con una prudencia maravillosa y luz superior, dictando á cada uno aquello preciso á que Dios le llamaba, sin que en tantas y tan obscuras preguntas dexase de comprobar el efecto sus respuestas: fuéron innumerables los que por su dictámen hiciéron eleccion de estado, muchos contra lo que por entónces les persuadia él proprio; pero en todo correspondió tan fiel su acierto, como si desde aquel punto leyese á cada uno la tabla de su vida. Son evidente prueba de esta verdad el venerable Padre Juan Ramirez, insigne en santidad y letras; el Cardenal Toledo, bien conocido por sus escritos y virtudes; el Doctor Loarte, y otros esclarecidos sugetos con que pobló la Compañía de Jesus, que todos acreditáron con su perseverancia la superior luz que los habia guiado, y la discrecion de espíritus, en que fué Doctor consumado. Estas prerogativas le hiciéron fácilmente el oráculo de su tiempo, conocido y venerado por tal en toda España y fuera de ella; siendo lo mas singular y la prueba mayor de su magisterio, que sobresaliese tanto en un siglo en que produxo este Reyno aquellos héroes Santos y Patriarcas que hoy venera la Igle-

sia.

sia. Acudian estos mismos al Venerable Maestro buscando la luz y gobierno en las dificultades de sus gloriosas empresas, estimando como escritura de la mayor firmeza el seguro de qualquiera palabra suya: así Santa Teresa de Jesus, rezelosa y tímida en su modo de oracion, despues de tantas consultas, se ancoró en la aprobacion de este gran Maestro con tranquila seguridad de su espíritu: así San Ignacio de Loyola fiaba al apoyo de su opinion la victoria de tantas tormentas como entónces agitáron la inocente Compañía: así San Francisco de Borja, rendido todo á Dios desde aquel sermon que predicáron á su alma el cadáver de la Emperatriz y el Venerable Maestro, formó la regla de su admirable vida en los celestiales documentos que le dió en Granada, y fuéron sin duda la tabla de seguridad en que pudo escapar de las tormentas de la corte y de palacio, y arribar al puerto de la Compañía: así San Juan de Dios gobernó todos los progresos de su santa vida á la luz de esta doctrina celestial, que ántes habia sido el dedo de Dios para su conversion: tan rendido á la voluntad del Venerable Maestro, que aun para entrar en Montilla, adonde acudia freqüentemente á consultar los negocios de su alma, le enviaba desde el campo á pedir licencia con este recado: *Dígale al santo Maestro Avila, que está aquí aquel gran pecador Juan de Dios,*

que

que si le da licencia, entrará á hablarle; quedándose allí con la cabeza descubierta á la fuerza del sol hasta que volvia la respuesta: y finalmente, apénas se hallará alguno de los que mas floreciéron en aquel feliz siglo, en cuyo aprovechamiento no haya tenido parte la direccion de este Maestro universal. A la pregunta 20 se ve á correspondencia de lo dicho hasta aquí un admirable don de consuelo y de ahuyentar tentaciones, en que resplandeció altamente nuestro Venerable á beneficio de muchas almas afligidas y tentadas, que hallaban en su boca cierto el remedio de los trabajos interiores que las molestaban: saliendo por ella las dulcísimas influencias del Espíritu Santo Consolador, que habitaba en su alma; y es entre otros muy especial el caso que deponen algunos testigos de cierto eclesiástico gravemente afligido con una torpísima y molesta tentacion, cuya vehemencia no habia podido sacudir en mucho tiempo, ni con muchas diligencias de misas, oraciones, limosnas y penitencias que á este fin hacia; el qual, habiéndola manifestado al Venerable Maestro, y confesado generalmente con él, se halló luego libre de ella, sin que jamas la hubiese vuelto á padecer; debiendo al purísimo espíritu y trato de nuestro Venerable el consuelo de su alma, que no encontraba en quantos medios le habia dictado su devocion.

Del

Del don de profecía y milagros obrados en su vida y muerte consta largamente á las preguntas 29 y 31 de las probanzas, donde entre otros se ve aquella prodigiosa y repentina sanidad del Licenciado Juan Ramirez de Mesa, hético y tísico confirmado, obrada por intercesion de nuestro Venerable, con admiracion de un insigne médico que le habia desahuciado; y á la 33 consta tambien del suave y celestial olor que por mas de treinta años se percibió en el aposento y oratorio del Venerable Maestro. Mas no siendo mi intencion describir sino un rasgo de sus virtudes, en que estan los mas sólidos fundamentos de un varon santo, me abstengo gustoso de entrar al reconocimiento de una materia tan subida, dexando hasta el nombre de ellos á la infalible inteligencia de V. Beatitud y su sagrada Congregacion. Pero á la verdad, Santísimo Padre, si se permite á nuestros ojos registrar toda la serie de vida de este varon apostólico, se hallarán tantos milagros quantas fuéron las insignes conversiones de pecadores, y las mudanzas maravillosas de vida errada á estado perfectísimo, que Dios obró por su medio, siendo otros tantos portentos de su predicacion los muertos y ciegos en el pecado que resucitó á la gracia, abriendo los ojos al desengaño.

Cierre este corto discurso de las virtudes y espíritu del Venerable Maestro la llave de oro de sus escri- Sus escritos.

cri-

critos, en que parece dexó como en testamento continuada la sucesion de su predicacion apostólica, á vista del fruto con que hoy la renuevan, y los admirables efectos que causan en todo género de espíritus. Escribió diferentes cartas, todas llenas de admirable y solidísima doctrina; y aunque separadas y sin ánimo de imprimirlas, la devota diligencia de sus discípulos logró reducirlas á un volúmen, no sin grande providencia del Altísimo, para que los venideros resarciesen en su doctrina los frutos que no pudiéron coger en su voz. Para la venerable vírgen Doña Sancha Carrillo, su hija espiritual, escribió aquel celestial y profundísimo libro, que intituló *Audi filia*, cuyas letras se puede dudar si igualan al número de almas que ha reducido al camino de la virtud. Finalmente, escribió otro volúmen con veinte y siete tratados del Santísimo Sacramento, otros del Espíritu Santo, de nuestra Señora y San Josef, en que derramó copiosísima materia de su ardiente devocion: en todos campea un magisterio superior, justamente concedido á quien era Maestro de todos: una elegancia sin artificio en las materias mas altas, lenguage propio de la verdad, que aficiona el corazon á ella: una doctrina sólida y segura, fixa siempre al norte de las verdades católicas: un peso de razon fortísimo para convencer en ellas; y finalmente, una penetracion altísima, y claro conocimien-

miento de las obras de Dios: prendas todas á que se ajusta la idea de un Santo Padre y Doctor de la Iglesia. Apoyo evidente de esta verdad es la incomparable veneracion y aprecio con que se citan sus escritos por los varones mas santos y doctos que han florecido desde su tiempo: apénas habrá arribado á semejante concepto alguno de quantos venera la España despues de aquellos siglos felices que produxéron los Ildefonsos, Isidoros y Leandros: tanto como esto es el tesoro de doctrina, la gravedad de las sentencias, y el valor y eficacia que encierran sus escritos.

Los elogios de Santos, de varones venerables, de Príncipes y Prelados, de religiosos y doctos hácia el Venerable Maestro, que arguyen el universal consentimiento y aclamacion de su santidad, son tantos, que por fuerza habré de dexar los mas, por no pasar á volúmen esta carta; porque con toda verdad puedo asegurar á V. Santidad, que no se abre libro en que se haga memoria de su nombre sin encarecidas alabanzas y expresiones de veneracion: jamas se asomá á los labios, que no sea con el título de Santo, de Venerable Maestro, de Apóstol de Andalucía: jamas se oye su nombre, especialmente hácia los paises de su predicacion, que no se regalen los oidos y se enternezca el corazon con la memoria de su venerado Maestro, manifestando Dios su propia voz en esta

ge-

general contestacion y voz del pueblo. Sea el primer elogio el que, aun en vida del Venerable, le dió la suprema Cabeza de la Iglesia desde la silla que hoy gloriosamente ocupa V. Beatitud. En la Bula de ereccion de la Universidad de Baeza, dada en 19 de Enero de 1540, le nombra así la Santidad de Paulo III: *Joannem de Avila, Clericum Cordubensem, Magistrum in Theologia, & verbi Dei Prædicatorem insignem:* digno elogio, por cierto, de quien usó tan bien de la palabra de Dios, y feliz para este Reyno, si resonando segunda vez en el Vaticano, lo trasladase V. Santidad desde aquella Bula á otra, por que suspiramos. Santo Tomas de Villanueva, segun lo refiere Luis Muñoz en esta vida, afirmaba *que desde los Apóstoles no sabia quien hubiese hecho mas fruto que el Venerable Maestro Avila.* San Ignacio de Loyola, habiéndole dicho el Padre Nadal que el Venerable Maestro dexaba como humilde de entrar en la Compañía, por considerarse viejo y de ningun provecho, respondió: *Quisiera el santo Padre Avila venirse con nosotros, que le truxéramos en hombros como al arca del Testamento:* consta del citado autor, y lo deponen como público los testigos á la pregunta 24. El mismo Santo, en las persecuciones que por entónces padeció la Compañía en Salamanca, consultó y escribió al Venerable Maestro una carta, que tambien transcribe el

ci-

citado autor en esta vida; y hablando de ella el Padre Nicolas Orlandino en su historia de la Compañía, dice así: *Florebat per id tempus in Bætica sanctitatis, & eloquentiæ apostolicæ nomine, totaque celebrabatur Hispania Joannes Avila experientissimus virtutis magister, idemque scritor egregius, cujus quantum voci ejus provinciæ ætatisque populi, tantum stylo posteræ totius penè Christiani orbis debent ætates. Hunc Ignatius pro ea charitate, quæ sanctorum inter se animos nectit, consulendum putavit de Salmaticensibus turbis &c.* Santa Teresa de Jesus en carta escrita á Fr. García de Toledo, Dominicano, Confesor suyo, enviándole la relacion de su misma vida para que la comunicase con el Venerable Maestro, de cuyo espíritu y sabiduría esperaba la seguridad en su alta oracion y favores de Dios, dice: *Yo deseo harto se ordenen como lo vea, pues con ese intento la comencé á escribir; porque como á él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada, que ya no me queda mas para hacer lo que es en mí.* Esta carta está en las obras de la Santa á continuacion del cap. 40 de su vida. El mayor elogio con que esta grande Santa y Maestra explicó el alto concepto de nuestro Venerable, fué sin duda el sentimiento que hizo en su muerte: descríbelo D. Fr. Diego de Yepes en el lib. 3, cap. 25 de su vida por estas palabras: *Quando murió el Padre Maestro Avila (de quien tan-*

tas veces habemos hablado en esta historia), súpolo luego la Santa en Toledo, que entónces estaba en casa de Doña Luisa de la Cerda; pues como ella vió que faltaba tan grande Santo de la tierra, comenzó á llorar con grande sentimiento y fatiga. Causó á sus compañeras grande novedad este llanto no acostumbrado en muerte de nadie: y la que habiendo sabido la muerte de su hermano no habia echado una lágrima, sino que puestas las manos bendecia al Señor, viéndola agora con tan nuevo sentimiento, les ponia grande espanto y admiracion. Y habiendo sabido de ella la causa de su llanto, le dixéron que ¿por qué se afligia tanto por un hombre que se iba á gozar de Dios? A esto respondió la Santa: De eso estoy yo muy cierta; mas lo que me da pena es que pierde la Iglesia de Dios una gran columna, y muchas almas un grande amparo que tenian en él; que la mia, aun con estar tan léjos, le tenia por esta causa obligacion. San Francisco de Sales en la Práctica del amor de Dios, lib. 9, cap. 6 dice: *El docto y santo Predicador de Andalucía Juan de Avila, teniendo intento de formar una compañía de Clérigos reformados para el servicio de la gloria de Dios, en que veia hechos ya progresos grandes; quando vió la de los Jesuitas en tal número, que le pareció bastante para su empresa, cesó en su intento con una mansedumbre é igualdad incomparable.* El venerable Padre Fray Luis de Granada, gloria de su siglo por la

emi-

eminencia de santidad y celestiales escritos, hace coro aparte en los elogios de nuestro Venerable Maestro por haber escrito su vida con un elogio y admiracion continuada: sirva por muestra de los demas el que hace en el prólogo de ella por estas palabras: *Porque despues que me puse á considerar con atencion la alteza de sus virtudes, parecióme cierto que ninguno podia competentemente escribir su vida sino quien tuviese el mismo espíritu que él tuvo; porque sus virtudes son tan altas, que claramente confieso que las pierdo de vista; y como me hallo insuficiente para alcanzarlas, así tambien para escribirlas, mayormente que para esto tengo de desviar los ojos de las comunes virtudes que agora vemos en nuestros tiempos, y subir á otra clase mas alta de otros nuevos hombres, en quien por estar la carne mas mortificada, reyna el espíritu de Dios mas enteramente, el qual hace los hombres semejantes á sí, y diferentes de los otros, que de la alteza de este espíritu carecen: y para decir algo de lo que siento, leyendo las vidas de los Santos pasados, y mirando la de este siervo de Dios (que él quiso enviar en nuestros tiempos al mundo), aunque confieso que en ellos habria mas altas virtudes, pues estan puestos por un perfectísimo dechado de ellas en la Iglesia, me parece que trató de imitarlos con todas sus fuerzas. Porque vi en él una profundísima humildad, una encendidísima caridad, una sed insaciable*

de

de la salvacion de las almas, un estudio y continuo trabajo para adquirirlas, con otras muchas virtudes suyas, que adelante se verán. Fray Diego de Yepes, Confesor de Felipe Segundo y de Santa Teresa de Jesus, despues Obispo de Tarazona, en el catálogo de personas santas que aprobáron el espíritu de Santa Teresa, dice así: *El Padre Maestro Avila, bien conocido en nuestros tiempos por varon evangélico, y Ministro de los mas fieles y zelosos que ha tenido la Iglesia en muchas edades, cuya vida y virtudes son tales, que el Padre Fray Luis de Granada escribió de ella un libro &c.* Fray Juan de Santa María, Religioso Descalzo de San Francisco, en la Crónica de esta Reforma, part. 1, cap. 31, tratando de las personas insignes que hiciéron grande aprecio de las virtudes de San Pedro de Alcántara, pone á nuestro Venerable con estas palabras: *Dió tambien testimonio de su santidad el Padre Maestro Juan de Avila, hombre de grande espíritu, experiencia para discernir lo verdadero de lo falso, y lo bueno de lo no tal: bien conocido en nuestros tiempos por varon evangélico y Ministro muy zeloso de la honra de Dios: conoció mucho al santo Fray Pedro, y le trató con particular caridad, y dice &c.*; en que es de notar aun mas que el elogio de estos dos historiadores el motivo de enriquecer con el testimonio de nuestro Venerable la opinion de dos Santos tan grandes. El Padre Juan Lorino, ilus-

tre

tre escritor, en el cap. 6, vers. 2 de los Actos Apostólicos dice: *Joannes Avila vir nostro sæculo apud Hispanos magni nominis propter vitæ sanctimoniam, & efficaciam prædicationis.* El Padre Bernardino Rosignolio, varon de acreditada santidad, en el lib. 5 *de Disciplina christianæ perfectionis*, cap. 26, habla del Venerable con este elogio: *Sanctissimo viro Magistro Joanni Avilæ celeberrimo in Hispania superioris sæculi concionatori.* El Padre Andres Escoto en su Biblioteca Hispana hace un breve compendio de su vida, que comienza: *Joannes Avila, Theologus, & sæculi sui ecclesiastes summus, si utilitatem spectes in disseminando Dei verbo, ne inter spinas cadens suffocetur.* El Padre Antonio Posevino en su Aparato sacro dice: *Joannes Avila, Hispanus, in Bætica provincia concionator, vir optimus, & qui vitæ sanctitati doctrinam adjunxit. Generale Epistolarium, in quo inter alias epistolas scripta est Prætori Hispalensi, qua agitur accuratissimè de ratione administrandi ecclesiastica, & sæcularia.* De esta carta hace despues un elogio muy particular, poniéndola por régimen y estudio de los hijos de los Príncipes; y mas abaxo, hablando en general de todas, dice: *Et sanè idem ipse Avila, qui donum à Deo prudentiæ magnum erat consecutus, epistolas alias scripsit, non tantum spiritualibus, quàm & politicis percommodas, & (auxim dicere) penè cælestes.*

El

El Padre Nicolas Orlandino, ya citado, ponderando en el lib. 14 de su historia, núm. 26, de quánto favor y ayuda habia sido para la Compañía el Venerable Maestro, dice: *Societati vero ipsi plurimum ille & auctoritatis & gratiæ, sua auctoritate; eximiaque in eam benevolentia, comparavit.* Y al núm. 59, cotejando los consejos de San Ignacio con los de nuestro Venerable, dice: *Ut intelligas, quam geminum illud evangelicæ sapientiæ lumen Ignatius, & Avila consentirent.* En el lib. 13, núm. 42, hablando del consuelo que recibió el Venerable Maestro con la fundacion de la Compañía en Córdoba, dice: *Agebat Cordubæ cum alumnis suæ disciplinæ tunc Avila, qui simul nostros in ea urbe conspexit, pro qua re egregiè laborabat, magnitudine gaudii elatus in canticum Simeonis erupit: Nunc dimittis servum tuum Domine.* El Padre Miguel Turriano escribió una carta á San Ignacio de lo que habia experimentado en nuestro Venerable, la qual refiere el mismo Orlandino al núm. 60. Dice así: *Quam de Patre ac Magistro Joanne Avila conceperam animo opinionem, eam confirmavi vehementer, cum in hominis congressum usumque veni. Fuitque maximum mihi sinceritatis ac veritatis ejus spiritus argumentum, cum vidi quàm ex animo complectatur, & excipiat spiritum Societatis, & cuncta ejus instituta, idque ait se facere naturali quadam quasi proprii amoris illecebra, quod omnia*

nia planè congruunt cum ea forma, quam in animo suo ipse descripserat: id esse quod suo spiritu sentiebat, & sentiit verum se paranimphum instar Sancti Joannis fuisse, & gaudio gaudere propter sponsum. El venerable Padre Juan Eusebio Nieremberg en los varones ilustres de la Compañía hace repetidos elogios de nuestro Maestro en las vidas de los que fuéron sus discípulos: en la del Padre Juan Ramirez dice: *Criáronle los padres en grande cristiandad con la doctrina del Venerable Padre Juan de Avila, insigne Predicador y varon de gran santidad.* Y mas abaxo: *Comunicólo con el Venerable Padre Avila, esperando su consejo, como tan acertado en todo con la admirable discrecion de espíritu, de que Dios le habia dotado:* cuyo concepto repite en la vida del Padre Diego Guzman y otras. El Cardenal Cienfuegos en la vida de San Francisco de Borja, lib. 2, cap. 7, §. 3, describiendo la admirable mudanza que causó en su alma el sermon que el Venerable Maestro predicó en Granada en las honras de la Emperatriz, le hace un elogio muy singular en estas palabras, dignas por su dulzura y mocion de que se presenten á V. Santidad: *Predicó* (dice) *el dia primero el Padre Maestro Juan de Avila, grande Apóstol del Andalucía, cuya lengua y cuya pluma fuéron dos perpetuos conductos de la gracia, dos clarines del Evangelio, por donde articulaba fuego el Espíritu Santo::: estuvo en es-*

esta ocasion dos horas en el púlpito exhortando con mas viveza y mas alma que nunca al desengaño: habló de la brevedad de la vida, flor delicada, que con su mismo aliento se marchita: de lo poco que se debe fiar en el favor de los Príncipes::: pasó luego á la eternidad, region que pisa el alma al primer paso que da, saliendo de esta vida: ponderó aquellos dos distantes extremos y sitios, que deben ser continua materia de nuestros discursos y de nuestros miedos. Parece que habia estudiado el sermon en el corazon del Marques de Lombay, que admirado de lo que oia, pensaba que aquel grande Orador estaba leyendo desde aquel sitio alto lo que el desengaño acababa de escribir en su seno::: Este sermon fué otro nudo, que ató nuevamente al Marques á su resolucion::: Dexó descansar de tanta fatiga al Maestro Avila, y luego á la tarde le hizo llamar á su posada: vino aquel sonante clarin de la verdad, y cerrados los dos en una pieza, le dió el Marques muy despacio cuenta de su vida::: Oyó el Maestro Avila al Marques con silencio, con ternura y con admiracion, levantando al cielo los ojos agradecidos, de que hubiese derramado tanta luz sobre una alma metida en el corazon de la vanidad: alentóle con razones llenas de fuego::: Se entregáron ambos á mucha oracion y penitencias aquellos nueve dias, y despues le dió leyes santísimas é inspiradas todas::: Previó en esta ocasion el Maestro Avila que destinaba la gracia á

aquel

aquel Príncipe desengañado para dechado milagroso del desprecio del mundo. El Cardenal Belluga, en su libro contra los trages y adornos profanos, cap. 9, §. 2, trae en confirmacion de su sentencia á nuestro Venerable por estas palabras: *Demos principio oyendo á nuestro Apóstol de Andalucía el Padre Maestro Avila, quien habló con admiracion en esta materia; y aunque era digno de expresar aquí quanto dice, solo referiré algunas de sus cláusulas.*

Con la misma estimacion y aprecio hablan del espíritu y virtudes del Venerable Maestro el Padre Molina, de la Cartuxa, en su libro de Instruccion de Sacerdotes: el Padre Rivadeneyra, Vida de San Francisco de Borja, lib. 1, cap. 7, y dia de la Concepcion: el Padre Martin de Roa, Vidas de la Condesa de Feria y Doña Sancha Carrillo: el Padre Gabriel de Aranda, Vida del venerable Contreras: el Padre Juan de Mariana, Historia de España, año de 1589: el Padre Juan Sebastian, Excelencias y obligaciones del estado Clerical: el Padre Juan de Torres, Filosofía de Príncipes: Fray Gerónimo Gracian de la Madre de Dios, Dilucidario del verdadero espíritu, cap. 4: Fr. Antonio Daza, Franciscano, lib. 4, cap. 4 de su Historia universal: Fr. Tomas de Jesus, Práctica de la viva fe, lib. 2, cap. 15: Francisco Castro, Vida de San Juan de Dios: Bartolomé Ximena, Historia de Jaen, cap. 20:

Don Pedro Fernandez de Córdoba, Vida de Doña Sancha Carrillo: el venerable Don Josef de Barcia, Obispo de Cádiz, tan conocido en el mundo por sus celestiales escritos, introduccion exhortatoria al Despertador cristiano: Fr. Juan de San Gerónimo y Fr. Juan de Jesus María, Compendio de la vida de Santa Teresa, núm. 17: el Padre Doctor Francisco Ribera, Confesor de Santa Teresa, en su Vida, lib. 4, cap. 7: Don Nicolas Antonio, Biblioteca Hispana, *verbo Joannes*: Diccionario de Moreri, *verbo Avila*: D. Francisco Terrones, Obispo de Leon, *de Arte concionandi*: Don Tomas Carleval, *de Judiciis*, tomo 1, tít. 1, disp. 2, núm. 72: Juan Diaz, discípulo del Venerable Maestro, prólogo al libro del Santísimo Sacramento: Don Diego de Zúñiga, Anales de Sevilla, año de 1534: Don Fr. Antonio Govea, Vida de San Juan de Dios: el Padre Sebastian Izquierdo, Phar. omn. scient. disp. 32, quæst. 2, núm. 39: Don Juan Rhos, Var. virt. hist. lib. 5, cap. 1, Crónica de los Trinitarios Descalzos, Vida de su fundador: Fr. Melchor del Espíritu Santo, Diamante Trinitario, cap. 1: Cárlos Rosignolio, Verdades eternas, tom. 1, lec. 3, §. 3: Fr. Francisco de Santa María, Cron. del Carmen Descalzo, lib. 5, cap. 36: Fr. Gregorio Alfaro, Vida de Don Francisco Reynoso, Obispo de Córdoba, lib. 3, cap. 3; y finalmente, vuelvo á decir á V. Santidad que no se

abre

abre libro en que se cite al Venerable Maestro, que no sea con encomios muy subidos, propios de un Santo.

Este es, Santísimo Padre, el dibuxo del Venerable Maestro que presento á V. Beatitud, aunque con el desconsuelo de ser tan desigual y desfigurado, que apénas se podria hacer juicio de sus virtudes y méritos, si por otra parte no constasen con mas proporcion de las informaciones que remito. Confieso á V. Santidad que en mí se verifica la sentencia poco ha referida de Fray Luis de Granada, que ninguno puede competentemente escribir la vida de este insigne varon sino quien tuviese el mismo espíritu que él tuvo; y que sus virtudes son tan altas, que como me hallo insuficiente para alcanzarlas, así tambien para escribirlas; pero dirigiéndose este rasgo de ellas al espíritu de V. Beatitud, á cuyo entendimiento envia Dios superiores luces en tiempo oportuno, aun de esta defectuosa copia sabrá deducir la verdad de su original, levantando el concepto al grado eminente de santidad que le corresponde; y yo espero en los méritos del Venerable Maestro, que por su intercesion ha de estampar Dios en el piadoso ánimo de V. Santidad una idea cabal de sus virtudes, para que se mueva á exponerlas á la pública veneracion; pues desde que se dió principio á esta compulsa se va explicando tan á las claras en repetidos milagros (los quales se estan comprobando con auto-

ri-

ridad Ordinaria), que parece pide á voces la declaracion de sus cultos; y que el cielo quiere dar nuevos testimonios y recuerdos de su santidad á la tierra, aumentando los prodigios hasta introducir su veneracion. Aquí, Santísimo Padre, arrimo la pluma, y postrado á los pies de V. Beatitud quisiera explicar lo que resta, haciendo razones las lágrimas de todo este Reyno, los deseos de todos los Príncipes, Prelados y Religiosos, las ansias de los espirituales, y la devocion de todos, que unánimes suspiran por la beatificacion de este Venerable; pero fortalecido con la confianza de hijo, yo, aunque indigno instrumento para obra tan grande, en nombre de todos suplico á V. Santidad, como á Padre piadoso, vuelva los ojos á esta porcion de Iglesia Catolicísima, que ha ciento y sesenta y dos años vive mártir de estas ansias, para que inclinado á ellas, restituya en consuelo el justo dolor de tan largo silencio, mandando que esta causa prosiga, á mayor honra de Dios y gloria del estado eclesiástico, hasta su feliz conclusion. Así lo espera este religioso Reyno del paternal amor de V. Beatitud; y yo postrado humildemente á sus pies pido su apostólica bendicion. Nuestro Señor guarde la muy santa persona de V. Santidad, como la Iglesia Católica ha menester. Madrid, Agosto 15 de 1731 años. = Beatísimo Padre. = A los pies de V. Santidad su mas humilde siervo = *Diego Cardenal Astorga.*

VI-

VIDA Y VIRTUDES

DEL V. M. JUAN DE ÁVILA,

MISIONERO APOSTÓLICO.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA PATRIA DEL MAESTRO JUAN DE AVILA.

Una de las mayores dignidades á que Dios ha levantado al hombre es hacerle órgano de su divina voz, y oráculo del Espíritu Santo: no reparando para cosa tàn grande valerse de un instrumento tan inútil como una lengua de carne, obrando por este medio sus grandezas, y consiguiendo sus glorias (discurso de nuestro gran Maestro). El primero en quien este espíritu obrador y vivificativo de los oyentes se aposentó llenamente fué Cristo nuestro Señor, que engendrando por la palabra hijos á Dios, y muriendo por ellos, mereció aquel ilustre título de Padre del siglo venidero. Sus riquezas comunicó á los hombres, sin que hubiese parte de sus tesoros que no les franquease: dióles espíritu para ganar los perdidos, compasion para traer las almas enagenadas de su Criador:

comunicóles el don de la palabra viva y eficaz para dar vida á los que les oyen, y para que á gloria suya pudiesen gozar tambien de aquel honroso título de padres del espíritu, y poder decir osadamente con el Apóstol San Pablo: Por el Evangelio os he engendrado. Las primicias de este soberano don, de esta divina eficacia de palabras gozáron los Apóstoles sagrados y los Doctores de la Iglesia, que fuéron el alma del mundo, que yacía miserablemente muerto en tantos errores y pecados. Y aunque en todos los siglos ha enviado Dios á su Iglesia Maestros y Predicadores que guien á los fieles en la verdadera Religion Católica, y les enseñen las sendas de la virtud y los despeñaderos de los vicios; mas con particular misericordia en algunas ocasiones ha favorecido á los mortales, enviándolos algunos varones apostólicos de excelente santidad, de poderoso espíritu, que en alguna manera renovasen aquellos siglos de oro de la primitiva Iglesia.

De esta felicidad gozó en la edad de nuestros padres la ilustre provincia de Andalucía, porcion mas fértil de España, en la predicacion del varon divino el Venerable Maestro Juan de Avila, á quien comunicó la liberal benignidad de Dios con larga mano aquella viva y eficaz palabra que gozáron los siglos apostólicos: su espíritu, su doctrina y santidad encami-

mináron al cielo innumerables almas, y á él le adquiriéron inmarcesibles coronas.

Los hechos mas señalados de este varon insigne, que no ha podido dar olvido por su grandeza el tiempo, pretende recoger á este volúmen mi corto y débil talento para la mayor gloria de Dios y de este varon santo; y porque hazañas tan gloriosas, virtudes tan ilustres sean tambien exemplo á los siglos venideros. ¡O si alguna corta parte de aquel rayo divino que ilustró el entendimiento de este Doctor santo, de aquel espíritu que movió la lengua y mano de este grande orador, de este escritor sagrado, se dignase de favorecer mi intento, para que mis palabras correspondan en parte á la grandeza del asunto! Suplícote, soberano Señor mio, pues acostumbras para obras grandes valerte de flacos y viles instrumentos, me des el vigor de tu espíritu y direccion de tu gracia para que acierte á describir los hechos y las virtudes heroycas de este gran siervo tuyo, que confiado en tu misericordia emprenderé hazaña tan desigual á mis fuerzas.

Fué la patria del Venerable Maestro Juan de Avila la noble y muy leal villa de Almodóvar del Campo, puesta en el de Calatrava, de donde tomó nombre. Es del Arzobispado de Toledo, Primado de las Españas, poblacion muy favorecida del cielo. Ha producido varones tan ilustres, que qualquier de ellos pu-

pudiera hacer dichosa la mayor ciudad del orbe. Cuenta esta villa entre sus naturales, ó por haber nacido ó traer de allí su orígen, á aquella sonora trompeta del Evangelio el Padre Fray Alonso de Lobo, de la Orden Seráfica en su primer rigor: varon verdaderamente apostólico, cuya predicacion en lo mejor de Europa reduxo á mejor vivir innumerables almas: pobló los monasterios, y llenó los claustros sagrados; y en los mas obstinados pecadores su voz, rayo sagrado, alumbró de manera sus tinieblas, que conociéron y siguiéron la verdad. No pueden los mas encarecidos encomios igualar al gran concepto que comunmente se tiene de este heroyco varon.

No es inferior adorno de esta villa el Padre Martin Gutierrez, de la Compañía de Jesus, varon de grande espíritu y letras, y superior talento en el gobierno de almas: ocupó los mayores puestos y estima de su Religion en la Provincia de Castilla: constó su vida de un exercicio continuo de todas las virtudes: fué muy devoto de la Santísima Vírgen, que le favoreció con mercedes grandes: apareciósele diversas veces; y siendo Rector le daba avisos de algunas cosas secretas en órden al buen gobierno de sus súbditos, y consolóle en una grande afliccion que tuvo por un testimonio que le levantáron. Siendo Prepósito de la Casa Profesa de Valladolid fué elegido con otros Religio-

sos

sos para hallarse en la Congregacion general que se hacia en Roma para dar sucesor al Excelentísimo Duque, despues perfecto Religioso, el Santo Francisco de Borja. Haciendo su jornada por Francia fué preso con sus compañeros por unos bandoleros Luteranos, y llevados á un castillo, donde los tratáron como suelen á los Sacerdotes de la Iglesia. En esta prision, donde no pensáron salir vivos, le dió un dolor de costado, que en cinco dias le pasó al cielo: previnole Dios con grandes sentimientos: mostró en esta ocasion su gran fe, paciencia y constancia: tuvo ocho dias ántes revelacion de su muerte: dióle la buena nueva su gran patrona María: murió cumpliendo su obediencia, confesando entre los enemigos de la Iglesia ser su verdadero hijo. Luego que espiró (caso raro!) entró en aquella prision una matrona venerable, que amortajó el cuerpo: creyóse piadosamente fuese la Vírgen Santísima, ó alguna muger santa de órden suya. Enterráronle junto á una Iglesia, donde solia estar una cruz: de este lugar, treinta años despues, le sacó la piedad de los suyos, y traxo á España, y colocó aquellos huesos venerables al lado del Evangelio de la Casa Profesa de Valladolid con un honroso epitafio. La gloriosa Santa Teresa le vió en el cielo con laureola de Mártir; y entre los suyos le pone su Religion con opinion de hombre santo.

Dió mas dilatado vuelo el Padre Antonio de Critiana, de la misma Compañía: pasó al Japon, donde por espacio de treinta años predicó entre los Gentiles la fe de Cristo, á la qual convirtió innumerables almas: en tan largo tiempo padeció grandes persecuciones y trabajos: hizo copioso fruto, que halló junto en el cielo: murió en aquellas provincias perseverando hasta el fin en vocacion tan heroyca.

No elogio breve, corta sí será la mas dilatada historia que se empleare en aquel varon del cielo el muy Reverendo Padre Fray Juan Bautista de la Concepcion, el primero que renovó la vida de los que profesáron la regla primitiva de la Religion sagrada de la Santísima Trinidad. Fué varon apostólico, de admirable caridad, obediencia rara, pobreza singular, y prodigiosa penitencia: fué su vida un cúmulo de todas las virtudes, que en él resplandeciéron en grado heroyco: tal convenia que fuese el que habia de ser la piedra fundamental de tan ilustre edificio, y exemplar de perfeccion á tan santa, tan penitente, tan religiosa Familia, que en tan breve tiempo ha producido tantos varones de gran santidad. Durmió en el Señor en Córdoba en 14 de Febrero de 1613, donde se venéra su cuerpo en milagros, como lo fué en virtudes, honor de su patria la dichosa villa de Almodóvar.

Res-

Resplandece entre sus esclarecidos hijos el venerable Sacerdote Juan Fernandez, que empleaba su vida en enseñar la doctrina cristiana en el Reyno de Granada á aquellos incrédulos miserables. En la ocasion del infeliz levantamiento le cogiéron los Moros, y le pasáron una navaja muchas veces por la cara; y con esta y otras inauditas crueldades acabáron aquella santa vida, que se empleaba tan en beneficio suyo, poniendo este Mártir santo al lado de tantos Confesores que ilustran esta noble villa.

Don Juan Fernandez del Portillo, Obispo de la Veracruz, el Doctor Pedro de Almagro, Catedrático de Prima jubilado en la Universidad de Baeza, hombres de grandes letras y virtudes, fuéron naturales de Almodóvar; y otros doctos y santos varones, á quien pudiéramos (á ser profana esta historia) dar iguales hombres en las armas de la nobleza de esta ilustre villa, que han hecho heroycas hazañas, y derramado su sangre en defensa de la santa fe Católica y servicio de sus Reyes.

Florece la Religion Cristiana con raras demostraciones en los naturales de esta villa: son muy dados al culto divino y su celebracion: los Sacerdotes imitan las Iglesias Catedrales: en el resto del pueblo se halla una piedad nativa, sustentada en congregaciones pias, con que se alientan á la virtud: de aquí sus di-

chas,

chas, y por ventura su primer orígen de una devocion admirable á la Reyna de los cielos. Consérvase una Hermandad mas ha de doscientos años dedicada á la Concepcion purísima de María: celebran este misterio con solemnes fiestas, á que exceden las que hacen á Cristo Sacramentado. Tal es el suelo que produxo nuestro varon apostólico, que colmó con sus hechos y virtudes las felicidades de su patria.

CAPITULO II.

PADRES, NACIMIENTO Y NIÑEZ DEL MAESTRO JUAN DE AVILA.

Fuéron los padres de nuestro Venerable Maestro Alonso de Avila y Catalina Gijon, de lo mas honrado y lustroso de Almodóvar: de familia pura y limpia, sin mezcla de aquella sangre, que una gota dicen que inficiona mucha buena: en nuestro vulgar Cristianos viejos, de limpieza asegurada: muy bien puestos de hacienda; y lo que mas importa, temerósos de Dios, y observantes de su ley, quales convenia que fuesen los que tal planta habian de producir.

Habian pasado dias en su bien conforme matrimonio sin tener hijos: deteníanse de suerte que pudiéron ocasionar grandes deseos en la honesta matro-

trona. Acudió con su piedad al Señor de la naturaleza, que solo puede alegrar con la fecundidad á las mugeres. Despues de muchas devociones y ruegos tomó por intercesora á la gloriosa Santa Brígida, yendo en romería trece dias á pie y descalza, con una soga ceñida á lo interior del cuerpo, á visitar una ermita, donde se apareció una imágen de esta Santa, puesta en una sierra muy áspera, poco distante de Almodóvar. Pedia, como otra Ana, un hijo que se dedicase á Dios y á su servicio. A pocos dias despues de esta romería sintió prendas de que Dios la habia oido: concedióle otro Samuel, hijo de lágrimas y oraciones, que desde sus tiernos años asistiese en su templo.

Nació el Venerable Maestro Avila dia de la Epifanía, Pascua solemne en la Iglesia, en que la estrella guió aquellos Santos Reyes al pesebre de Belen, donde conociéron y adoráron al Salvador del mundo, con feliz pronóstico de que el niño que en este dia nació habia de ser estrella resplandeciente en la Iglesia de Dios, que habia de encaminar á muchas almas al servicio de su Criador, como en el discurso de esta historia se irá viendo.

Consérvase hasta hoy la casa en que nació, y se venera la pieza en que gozó de esta luz. Muchos Religiosos y seglares y personas graves que pasan por

Almodóvar visitan este aposento; y arrodillados con devocion y lágrimas veneran el suelo, dando gracias á Dios que les ha dexado ver lugar que gozó de tanta dicha.

El dia del bautismo, como el año ha borrado el tiempo, mas si, como es ordinario, fué el octavo, en que celebra la Iglesia el bautismo de Cristo por el gran Bautista, de donde por ventura le llamáron Juan, no es de menor misterio, porque este dichoso niño habia de ser una clamorosa voz de Dios en el desierto del mundo, imitando al mayor de los nacidos en austeridad de vida y predicacion, reduciendo á tantos pecadores al bautismo de la penitencia.

Voz es entre su gente recibida que todo el tiempo que duró el preñado no podia Catalina comer los juéves y viérnes mas que una vez al dia; y que si lo intentaba, no lo sufria el estómago, y lo volvia; y que nacido el niño, sólo una vez tomaba el pecho estos dos dias: novedad que dió pena al principio, temiendo ser enfermedad, hasta que desengañó el tiempo. Esto aseguran los antiguos de Almodóvar y muchas matronas ancianas, que conservan con mayor tenacidad estas piedades. No tuviéron otro hijo: hizo Dios á Catalina con uno solo fecunda: uno dicen que pare la leona, pero leon. Criáronle sus padres cristiana y cuidadosamente en santo temor de Dios, en-

señándole la doctrina y obligaciones cristianas, en que su blando natural, como una cera, recibia en lo bueno fácil enseñanza: vivió niño con tal modestia y cordura, que pudo ser exemplo á los ancianos.

No llamaré virtudes las de la niñez, sino unos impulsos ó prisas de la divina gracia, que se anticipa á la naturaleza, y prorumpia impaciente entre lo imperfecto de la edad: así lo vemos en los que tiene Dios escogidos para grandes siervos suyos. Experimentóse en nuestro Juan, con quien naciéron de un parto la gravedad de costumbres, la obediencia y rendimiento á sus padres, la penitencia, los ayunos, la misericordia con los pobres, la piedad con Dios, la oracion, la inclinacion á la Iglesia. Apénas tenia cinco años quando le hallaban fuera de la cama echado en unos sarmientos en el suelo ó unas tablas: desde este tiempo comenzó á usar de este regalado lecho. Si tardaba en recogerse á casa, le habian de hallar sus padres rezando en un rincon de la Iglesia. Cuentan que siendo muy niño le hizo su madre un sayo de terciopelo negro, con guarnicion pajiza, que él rehusaba ponerse: yendo á la escuela encontró un dia á un pobrecico de su edad muy mal parado, vistióle su sayo galano; y tomando el sayo roto del pobre, fué á los ojos de su madre, que le dixo: Hijo, ¿cómo traes ese sayo? ¿qué es del tuyo? El respondió: Ma-

dre,

dre, aquel es mejor para aquel niño, y este para mí. En aquella tierna edad se encerraba, y tomaba disciplinas, continuaba el ayunar juéves y viérnes, que habia comenzado desde el vientre. Decia su buena madre, que ignoraba la mano que movia estas acciones: ¿Qué pecados ha podido cometer mi hijo para que haga tanta penitencia?

Ya mayor era su trato con gente religiosa y docta, freqüentaba con mayor asistencia las Iglesias, Sacramentos, sermones: mostraba gran inclinacion al culto divino, empleándose en obras de virtud: huía de compañías y tropiezos que pudiesen amancillar la candidez de su ánimo y su gran honestidad; de manera, que desde su niñez y tierna edad comenzó á dar muestras de la gran santidad para que nuestro Señor le habia escogido, sin que jamas se entendiese en todo el discurso de su vida hiciese cosa reprehensible, antes todas dignas de muy grande alabanza, y que prometian lo que despues se vió con gran colmo cumplido.

CAPITULO III.

SUS ESTUDIOS.

Habiendo felizmente conseguido los primeros estudios, que abren puerta á los mayores, siendo de ca-

tor-

torce años le envió su padre á Salamanca á estudiar Leyes, con los intentos honrosos que se desvanecen tantas veces. Poco despues de haberlos comenzado se le descubrió con mayores resplandores aquella divina luz, que hace Santos á los dichosos á quien nuestro Señor la comunica: íbale trayendo á sí con un particularísimo llamamiento, con que le eran poco gustosos los estudios de la Jurisprudencia: acudia á sus lecciones, y mucho mas estudiaba la ciencia de los Santos, de que solo es Dios maestro. Vivió con gran virtud en Salamanca: solia decir despues, quando Predicador y docto en las ciencias sagradas contaba estos sucesos: ¿Y cómo ó para qué se me daban á mí las negras leyes?

Volvió á las vacaciones á casa de sus padres, y como persona tocada de Dios, les pidió le dexasen estar en un aposento apartado de la casa, para con quietud darse del todo á Dios: concediéronsela sus padres, porque era raro el amor que le tenian. En este aposento tenia una celdita muy pequeña y pobre, donde comenzó á hacer vida muy recogida y áspera penitencia: la cama eran unos haces de sarmientos: continuos los ayunos: la comida poca y desabrida: añadia cilicio y disciplinas, y largas horas de oracion todos los dias: era su vida la de un Monge en el desierto. Sus padres sentian tiernamente este tenor de vida tan contra-

trario al amor que tenian á su hijo; mas no lo contradecian, considerando, como temerosos de Dios, la merced que en esto les hacia. Perseveró en estas costumbres santas casi tres años. Confesábase muy freqüentemente: comenzó su devocion por el Santísimo Sacramento; y así muy de ordinario asistia muchas horas en oracion en su presencia. Comulgaba con mayor freqüencia que se usaba en aquel tiempo, con gran devocion y reverencia. Estas acciones de tan grande exemplo fuéron de suma edificacion así á los Clérigos, como á los demas del pueblo: que virtud tan grande en tanta mocedad llevó los ojos y los afectos á todos.

Acertó á pasar por Almodóvar un Religioso de la Orden de San Francisco, varon de vida exemplar, que se admiró de tan anciana virtud en tan floridos años: animó al mancebo prosiguiese sus estudios, mudando la facultad; y aconsejó á sus padres le enviasen á estudiar á Alcalá las Artes y Teología, para que con sus letras pudiese mejor servir á nuestro Señor en su Iglesia.

El consejo pareció del cielo; y así lo mostró el suceso. Partió á Alcalá, donde estudió las Artes: fué su maestro en ellas el gran Padre Fray Domingo de Soto, insigne en religion y letras. Mostró con brevedad la gran delicadeza de su ingenio, acompañada de

una

una rara virtud: ganó el amor de su maestro, que hizo tal estimacion de su talento, que decia que si siguiera las escuelas, fuera de los sugetos aventajados en letras que hubiera habido en España. Fué exemplo á sus condiscípulos, que estaban edificados de su proceder y modestia. En este tiempo ganó con su virtud la amistad de Don Pedro Guerrero, que despues fué Arzobispo de Granada, ilustre Prelado por su santidad y letras: caminaban á un paso en los estudios, y duróle siempre la aficion, y favoreció mucho, quando Arzobispo, las cosas del Venerable Maestro, que se lo pagó colmadamente en las admirables advertencias que le dió para el gobierno de su Iglesia. Antes de acabar sus estudios falleciéron sus padres: prosiguiólos: oyó la sagrada Teología: estudióla exâctamente: salió de los mas aventajados de su curso, así por la grandeza y delicadeza de su ingenio, como por la diligencia y cuidado del estudio. Duró en Alcalá por muchos años el buen olor de sus virtudes; y los mayores Maestros y Doctores de esta Universidad las proponian por exemplo á los estudiantes de Almodóvar, quando no veian en ellos el buen suceso y modestia, que admiráron en el Maestro Juan de Avila. El que mas pregonaba sus virtudes fué el Doctor Garnica, Obispo que fué de Osma: á varones tan grandes obligó á veneracion con sus costumbres.

CA-

CAPITULO IV.

ORDENASE DE SACERDOTE.

Acabados felizmente sus estudios, trató luego de conseguir el intento á que los habia encaminado, de dedicarse á Dios y al servicio de su Iglesia. Tuvo particularísima vocacion de Dios al estado santo del Sacerdocio. Entró por la puerta de una recta intencion de consagrarse al divino culto, y ser una hostia viva agradable á los divinos ojos por medio de los órdenes sagrados, cumpliendo exâctamente las obligaciones que pide dignidad tan alta. No le lleváron los ojos las rentas eclesiásticas al que dexó con brevedad las propias: no conseguir dignidades, teniéndose por colmadamente honrado con la sublime de ser Sacerdote de Cristo: no la estimacion de los hombres, mas ser familiar á Dios: que los que entran en la Iglesia por aumentos y conveniencias temporales, raras veces son buenos eclesiásticos, ni el principio torcido se endereza: de aquí la ruina de innumerables Sacerdotes.

La disposicion para recibir los sacros órdenes comenzó desde los años que pudo tener conocimiento de la dignidad sacerdotal y las cosas sagradas, que amó y reverenció desde muy mozo, con una propen-

sion

sion particular al culto divino; mas la preparacion mas inmediata fuéron unos deseos encendidos, con un aprecio grande del inestimable bien á que ascendia, á que juntó un temor reverencial y un profundo conocimiento de su insuficiencia, con larga oracion y penitencias: recibió los santos órdenes humilde y reconocido, y confiando en Dios le habia de dar gracia para el cumplimiento de tan apretadas obligaciones.

Esta preparacion fué tan rara, y con el tiempo tuvo tan gran nombre, que muchos, á su imitacion, con la noticia que tuviéron de lo que en esta ocasion hizo el Venerable Maestro, se preparáron para decir la primera misa con varios exercicios de oracion, actos de humildad, mortificacion, recogimiento y penitencias, y se animaban unos á otros para semejantes exercicios por este gran exemplo.

Habiéndose ordenado quiso decir la primera misa en Almodóvar, por honrar los huesos de sus padres, y consolar sus deudos. Decíanle sus amigos hiciese alguna demostracion honrosa, como se acostumbra en estas ocasiones; mas el santo y el cuerdo mancebo el dia que dixo su primera misa, como quien tenia mas altos pensamientos, traxo á su casa doce pobres: vistiólos, lavóles los pies, dióles de comer cumplidamente, sirviólos á la mesa, agasajólos, hizo con ellos otras

obras de piedad: accion que admiró y edificó á todos, juzgando prudentemente que los festejos han de tener proporcion con las cosas; porque se hacen con la accion mas santa, con misterio mas venerable, con la mesa en que el manjar es Dios, ¿qué conveniencia tienen los banquetes, las mas veces profanos, ó en que muchos se portan profanísimamente?

Fué el Maestro Avila uno de los grandes, perfectos y santos Sacerdotes que ha tenido la Iglesia en nuestros tiempos: comunicóle el Espíritu Santo una gran luz, con que alcanzó un alto conocimiento, en grado muy excelente, de la dignidad y oficio sacerdotal, la pureza, la santidad que pide, y quales son las propias obligaciones de este estado. Estas cumplió tan perfecta y cabalmente en todo el discurso de su vida, que fué un raro exemplo de las virtudes sacerdotales; y quantos preceptos y instrucciones dan los Santos y Doctores de la Igesia á los que han sido llamados á este santo ministerio, las executó exâctamente. De esto es comprobacion el discurso de esta historia, en particular en el libro tercero, donde se describen sus virtudes, y allí tiene su lugar la estimacion que hizo del estado sacerdotal, de su dignidad y su excelencia.

CA-

CAPITULO V.

DETERMINA DEXAR A ESPAÑA, Y SU SUCESO.

Conociendo el nuevo Sacerdote que los talentos que nuestro Señor le habia dado de letras y conocimientos grandes no eran solo en órden á sí mismo, sino para bien de los próximos, cuya enseñanza en las cosas de espíritu es oficio propio de los ministros del altar, abrasado de un ardiente zelo de la honra de Dios y salud de las almas, deseaba emplear sus fuerzas, letras y talentos en su beneficio y edificacion. Cuidadoso deliberaba del lugar en que habia de poner por obra sus intentos: ofreciósele las Indias, mies copiosa, por parte donde habia mas trabajo, mas necesidad, ménos honra y aplauso de mundo, y allí emplearse todo en la conversion de la Gentilidad, con denuedo de entrar por la tierra tan adentro, que en pago de sus servicios pudiese esperar un glorioso martirio: que el ardor grande de amor que abrasaba ya su corazon, no se contentaba con menor correspondencia.

El equipage que previno para su jornada fué procurar las expensas evangélicas, que para el oficio de Predicador se requieren: estas señaló Cristo nuestro

bien

bien á los suyos quando dixo: *Si alguno no renunciare todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo.* Executó el varon apostólico ántes de su partida este consejo evangélico: vendió toda la herencia de sus padres: repartióla á los pobres, sin reservar para sí mas que un humilde vestido de paño baxo: en lo qual tambien cumplió lo que el mismo Señor dixo á sus discípulos quando les envió á predicar por el mundo, mandándoles no llevasen bolsa ni alforja, sino sola la fe y confianza en Dios, porque con esta provision nada les faltaria; lo qual se cumplió muy bien en el Venerable Maestro Avila, porque todo el tiempo que vivió, ni poseyó nada, ni quiso nada, ni nada le faltó; mas ántes, siendo pobre, remedió á muchos pobres, y pudo decir lo del Apóstol: *Vivimos como pobres; mas enriquecemos á muchos: y como quien nada tiene, y todas las cosas posee.* Protestó tambien con este hecho que no pasaba á las Indias á adquirir hacienda con el Evangelio: que doctrina interesada mas llena la bolsa que los cielos. Dió con esto el primer paso de la perfeccion evangélica, profesada en su mayor rigor, saliendo victorioso en el primer combate, vendiendo lo que tenia, dándolo todo á los pobres, con que facilitó seguir desembarazadamente á Cristo, virtud de Dios y su sabiduría, y exercitar todas las virtudes, y en particular aquellas que conducen á la persua-

suasion de la doctrina, y son propias del Predicador apostólico.

Ofreciósele comodidad para su intento en el pasage á las Indias del Obispo de Tlaxcala, que gustó llevarle en su compañía. Vino para ésto á Sevilla, donde esperaba tiempo para su navegacion, á que se iba previniendo; mas nuestro Señor, que le tenia escogido para diferente empleo, y muchas veces declara su voluntad imposibilitando la nuestra, impidió la jornada de este modo. En este tiempo que esperaba embarcacion, iba todos los dias á decir misa á una Iglesia de Sevilla: decíala con gran devocion y reverencia y copiosas lágrimas. Concurria en esta Iglesia un exemplar Sacerdote, su nombre Hernando de Contreras: florecia á la sazon en la ciudad con gran opinion de santidad: sus virtudes y vida tienen su lugar en esta historia. Reparó este varon santo en la persona del Maestro Avila: arrebatóle los ojos su modo de decir misa. Movido, pues, de lo que veia y de la modesta gravedad del Venerable Maestro, comenzó á comunicarle: visitóle algunas veces, supo el intento que tenia, descubrió el fondo de las letras y virtudes, su talento y espíritu, y en particular el zelo de la salvacion de las almas, que dificultosamente podia disimularse: parecióle con particular luz del cielo, como lo mostró el suceso, seria servicio de nuestro Señor muy

agra-

agradable el detenerle en España; y así trabajó mucho para que mudase de propósito, asegurándole que harto habia que hacer en el Andalucía sin pasar tantos mares. El empeño que ya tenia en su jornada, y los grandes bienes que de ella se prometia, no le dexaban desistir de su propósito, ni dexar la compañía del Obispo. Acudió el Padre Contreras á Don Alonso Manrique, Arzobispo de Sevilla, Inquisidor general: dióle noticia de lo que habia comprehendido de la persona y partes del Maestro, y quan gran fruto se podia esperar si quedaba en su Arzobispado: persuadióle que le mandase llamar, y obligase por obediencia á que se quedase. Supo este gran Prelado quanto debe estimarse y procurarse un buen obrero, sin los quales es imposible cumplir tantas obligaciones como corren por cuenta de un Prelado. Hizo llamarle, comunicóle mucho, fuésele aficionando grandemente, insistió por muchos dias se quedase, á que resistia el Maestro: tan empeñado se hallaba en los deseos de publicar y predicar la fe á los Idólatras, y hacer en esto grandes servicios á Dios. Despues de muchas razones que en esto pasáron, el Espíritu Santo, que por los Pontífices declara muchas veces su voluntad, le mandó con precepto de santa obediencia que se quedase en su Arzobispado: obedecióle el Maestro, y levantando los ojos y espíritu al cielo, dixo: Pues vos,

Se-

Señor, no os servis de que yo pase por ahora á las Indias, hágase vuestra voluntad. Preguntándole despues al Arzobispo, qué le habia movido á impedir con tanta instancia el viage al Maestro Avila, respondió, que por no privar á las ovejas de su Arzobispado de la doctrina, santidad y buen exemplo de un tan insigne varon, y que mas necesidad tenia España de virtud, santidad y letras que las Indias, donde por la mayor parte bastan unos virtuosos Sacerdotes que enseñen la doctrina con buen zelo.

Mandóle despues el Arzobispo que predicase: escusábase como nuevo en aquel oficio: por la instancia y respeto al Prelado hubo de animarse y predicar: el sermon fué en la Iglesia de San Salvador, dia de la Magdalena: quiso asistir el Arzobispo, con que se juntó un copioso auditorio, gran parte de gente principal. Fué este el primer sermon: hállase ántes de subir al púlpito apretado grandemente de una pesada vergüenza y encogimiento natural. Volvió en este trance los ojos á un Crucifixo, y con tierno afecto le dixo estas palabras: Señor mio, por aquella vergüenza que vos padecisteis quando os desnudáron para poneros en esa cruz, me quiteis esta demasiada vergüenza, y me deis vuestra palabra, para que en este sermon gane alguna alma para vuestra gloria; y así se lo concedió nuestro Señor: fué uno de los grandes sermones que pre-

predicó en su vida y de mas provecho: dexó los oyentes grandemente maravillados, viendo el espíritu y fervor con que predicó.

Prosiguió con este feliz principio con el mismo fervor y ardiente espíritu, moviendo grandemente los corazones de los que le oian: comenzó su predicacion de los veinte y ocho á los treinta años de su edad. Ganó á su comunicacion al Padre Contreras y algunos Clérigos virtuosos, que le tratáron mucho, y se aprovecháron de su doctrina. Predicaba tambien en los hospitales: eran copiosos los auditorios. Comenzó asimismo á dar órden en las escuelas de los niños, y predicar la doctrina cristiana por las plazas; y en estos exercicios perseveró en Sevilla por algun tiempo, que por ser el mas antiguo de su predicacion, se tiene poca noticia de sus efectos, que sin duda fuéron grandes.

Es muy digno de saberse cómo lo pasó en Sevilla en el tiempo que esperaba embarcacion, y comenzó á predicar, y no era tan conocido: preguntándoselo un discípulo suyo, le respondió, que moraba en unas casillas con un Padre Sacerdote, sin tener nadie que le sirviese; y así, quando iba á decir misa pedia á algunos de los que allí se hallaban que le ayudasen á misa. Y en quanto á la comida dixo, que comia de lo que pasaba por la calle, leche, granadas y fruta, sin ha-

haber cosa que llegase al fuego, y que algunas personas devotas le hacian algunas veces limosna con que lo compraba. Estos fuéron los regalos del nuevo Predicador: poco se mejoráron quando mas conocido y estimado: tiene su abstinencia lugar en el tercero libro.

CAPITULO VI.

DENUNCIAN AL MAESTRO AVILA EN EL SANTO OFICIO, Y SU SUCESO.

Honroso y meritorio es el oficio de Predicador, y igualmente de peligro. Consagróle con su persona Cristo nuestro Señor, que no sabemos dixese mas de una ó dos veces misa: bautizó sola una vez, ó pocas mas, segun dicen algunos; mas en los tres últimos años de su santísima vida predicaba cada dia, y en algunos muchas veces. Este fué el oficio de los Apóstoles, de los Discípulos del Señor, de los Doctores de la Iglesia, y es propio de los Prelados y Obispos sus sucesores, que como Pastores han de sustentar su ganado con doctrina sana y fiel. El mérito es grande, el fin altísimo, resucitar las almas, encaminarlas al cielo, cooperar á la salvacion de los hombres, alumbrar su ignorancia, sazonar las costumbres, librar de errores, animar los pusilánimes, hacer los hombres Angeles:

son los que edifican la Iglesia, pueblan el cielo: estas son las estrellas que resplandecen en eternidad perpetua, los que por la enseñanza adquieren laureolas celestiales, y obrando y enseñando son grandes en el reyno de los cielos.

Por otra parte son los peligros igualmente grandes; porque si el Predicador no cumple con lo que pide su oficio; si procura, ó no huye el agrado de los hombres; si atiende al regalo del oido, y deleytar el entendimiento del oyente ántes que á mover la voluntad, y cuida de la cultura de palabras mas que de las costumbres; y en fin, si con la agudeza de los conceptos se predica mas á sí que á Jesucristo, es evidente el riesgo, y un modo de alevosía pesada. Semejable (dice nuestro gran Maestro en una carta) al que fuese á decir á una doncella que la queria por muger el hijo del Rey, si ella queria dar consentimiento; y el tal mensagero grangease para sí la que habia de ganar para el hijo del Rey. De esta predicacion tan aseada y tan culta, sin vigor y sin el espíritu, decia el venerable Padre Gaspar Sanchez, de la Compañía de Jesus, ilustre intérprete de la sagrada Escritura, varon de gran santidad, que era la mayor persecucion que padecia la Iglesia de Dios en estos tiempos. Van dilatando su imperio la ambicion y la avaricia y los vicios deshonestos. La usura y la simonía, disimuladas con

un

un honesto trage, pasan entre los contratos y donaciones lícitas, sin haber quien les diga una palabra. La profanidad, los trages brotan sensualidad: por no nombrarse no se reprehenden. El olvido de Dios y de sus leyes dan clamores al cielo: han pasado á muchos hombres los trages y vicios de las mugeres. Los tiempos nunca peores: un dia de escándalo, un siglo es de perdicion. Todo va caminando en tinieblas, la lumbre de la razon obscurecida con el humo de la vanidad. Los sentidos atropellan las potencias: el apetito se ha alzado con el navío: las públicas costumbres perdidas: no hay detener el raudal de la relaxacion: llévase los remedios tras de sí, si Dios no pone remedio: cada uno se busca á sí, y se halla, que es lo peor: aquello que es sustentar con el cuidado de muchos al todo, pereció. Tratan los particulares de sus particulares: desvanécese lo público: vase perdiendo muy apriesa todo, no solo en lo temporal, sino en lo eterno: que el dispendio de las vidas ya es poco respeto de la ruina de las almas. Crecen en las costumbres los vicios, y totalmente triunfa lo insolente de lo honesto: la mentira se burla de la verdad: el cuerdo y recatado es ya risa de las gentes. Tiene la soberbia á la humildad en cadena, y herrada como esclava á la razon: los vicios extraordinarios ya son comunes: el pie se asienta seguramente sobre lo que ántes tembló

la

la tierra al pisarlo: no causa el vicio desprecio, sino aprecio: aplaudido el malo como pudiera el bueno. Grandísimos pecados ya son galanterías, y bizarría el escándalo: los nombres de las cosas acreditan las maldades, extenúan los delitos: la honra, un tiempo embarazo del pecado, ya se fué, conquistada del poder, vencida por el dinero: las ofensas de Dios se aumentan: ni los castigos nos mejoran, ni los escarmientos nos avisan: sordos como en las riberas del Nilo sus habitadores al ruido con que desembocan sus aguas. La corte, cabeza de la monarquía, trae con su grandeza á sí los vicios de todo el orbe: como rios caudalosos la inundan en perdicion. Al estruendo de las cosas temporales ensordecemos; y quando bien se siente el golpe comun, pasa brevemente con el divertimiento el dolor, y con el dolor la enmienda. La Religion padece gran persecucion de nuestras culpas: afligen mucho nuestros pecados la Iglesia: perseguido de los Católicos Cristo con los pecados poco ménos que los Hereges con las armas y los libros, y con circunstancias de mayor dolor. Dexamos á Dios, y déxanos á nosotros: resistimos á su voluntad, y déxanos en la nuestra. Mal servido está de nosotros Dios poderoso, y enojado: ni quando nos castiga le tememos, ni quando nos perdona le amamos.

Esto se sufre decir del estado de las cosas: la enmien-

mienda y el reparo de tan grandes males corre en gran parte por cuenta de los Predicadores: sal son de esta corrupcion, medicina de estas llagas, luz de tantas tinieblas: no se curan dolencias tan peligrosas con lenitivos suaves de canciones desleidas: cauterios piden, rigor, fuego. Dice Dios á cada Predicador con su proporcion lo que al Profeta: *Ecce dedi verba mea in ore tuo: ecce constitui te hodie super Gentes, & super regna ut evellas, & destruas, & disperdas, & dissipes, & ædifices, & plantes.* Y quiera Dios no alcance á nuestro siglo la lamentable voz de Jeremías: *Prophetæ tui viderunt tibi falsa, & stulta, nec aperiebant iniquitatem tuam, ut te ad pœnitentiam provocarent.* Y esto por seguir el pueblo, que les dice: *Nolite aspicere nobis ea quæ recta sunt, loquimini nobis placentia, vide nobis errores.*

Por el estremo contrario no son pocos los riesgos del Predicador Cristiano: si se predica de veras, danse á muchos pesadumbres, malas nuevas: rífase con poderosos; en fin, son centinelas y atalayas, que si dan con la bocina el aviso de enemigos, suelen caer en sus manos. ¿A quántos hemos visto arrojados por el enojo de un Príncipe ó rezelos del privado, y pasar en un rincon los mas floridos años de su vida, defraudando á la Iglesia de talentos de importancia, castigados, mereciendo loa? ¿A quántos han llevado al Santo

Ofi-

Oficio oyentes ignorantes ó malévolos? Y muchos mas son los denunciados á los que el Santo Tribunal no llama por el gran tiento con que en estas materias se procede. Y afirma un experimentado, que si los Inquisidores hubiesen de llamar todos los Predicadores denunciados por oyentes ruines, no habria quien predicase. Estos son los mas ciertos gages de los que predican desengaños y verdades, aun cortesana y prudentemente dichas. Costóle al Bautista una verdad la cabeza, y muchas á Jesucristo la vida; y raros de quantos han exercitado este oficio apostólico apostólicamente han dexado de haber padecido mucho: mas hales dado Dios muy grandes premios.

Fué el Venerable Maestro Avila insigne exemplo de estas experiencias: predicaba con zelo y espíritu del cielo: afeaba los vicios: reprehendia las costumbres: decia con viveza las verdades evangélicas, las sentencias de los Santos y Doctores de la Iglesia con aquella sinceridad y llaneza que ellas tienen; mas dichas con tal vigor, que eran unos dardos penetrantes, arrojados con un valiente brazo. Ofendidos algunos presumidos, que acaso imagináron que de intento se asestaban á sus vicios, le denunciáron en el Santo Oficio en el Tribunal de Sevilla: calumniando las proposiciones, ó exâgerándolas, ó torciendo el verdadero sentido, decian que cerraba la puerta de la

sal-

salvacion á los ricos (como si la facilitara el Evangelio), y otras cosas de esta calidad, y acaso mas pesadas.

Prendiéronle hasta averiguar la causa (duro golpe en un hombre honrado!) Piérdese de contado la opinion con muchos, que no saben ó no quieren distinguir entre la prision y la sentencia, que aun favorable cura agriamente el crédito. Lo estrecho y desacomodado de la cárcel, la soledad y otras penalidades son de mayor afliccion que en el mundo pueden suceder á un hombre de discurso, mayormente tan conocido y de tan gran opinion. Portóse en esta ocasion el varon santo con una rara paciencia y sufrimiento, y una confianza en Dios maravillosa, con tanta paz y quietud de ánimo, que espantaba á los mismos Oficiales. Fuése el proceso fulminando con el tiento que usa el Santo Tribunal. La defensa que hizo fué dexar la causa á Dios, confiar que en tales manos no padeceria su inocencia. Aconsejábale el Maestro Párraga, de la Orden de Santo Domingo, varon de grandes letras, edad y santidad, que tachase los testigos, dándole muy concluyentes razones para hacerlo. No pudo conseguirlo: respondia estaba muy confiado en Dios y en su inocencia, y que él le salvaria; pues Dios nuestro Señor (como dice San Agustin) no ama y desampara, mayormente en el tiempo de la tribulacion;

cion; ántes en el Salmo, hablando del varon justo, dice: *Con él estoy en la tribulacion, librarlohe y glorificarlohe;* como se verificó en este siervo suyo.

Esforzábase la calumnia de los contrarios con tan poca resistencia; mas nuestro Señor no faltaba: asistióle en la prision, y le hizo señaladas mercedes: en particular lo que estimó en gran precio fué darle un alto conocimiento del misterio de Cristo; esto es, de la grandeza de la gracia de nuestra redencion, y de los grandes tesoros que tenemos en Cristo para esperar, y grandes motivos para amar y para alegrarnos en Dios, y padecer trabajos alegremente por su amor. Estimó toda su vida por dichosa esta prision, pues por ella aprendió en pocos dias mas que en todos los años de sus estudios. Tan grande premio tuvo el padecer por la justicia y hacer con fidelidad su oficio.

La causa se fulminó teniendo el campo por suyo sus contrarios, esforzando su calumnia, sin la mas ligera oposicion del reo. Cuentan que estando muy adelante el pleyto, le dixo uno de los Jueces: Padre Maestro, su negocio está en las manos de Dios; queriendo decir estaba en muy peligroso estado. El con gran confianza en la providencia y misericordia divina, con un semblante alegre respondió: Nunca ha tenido mi negocio mejor estado: hasta aquí han hecho los hombres,

bres, ahora hará Dios. La sinceridad de sus palabras, aquella seguridad y modestia, que mostraba indicios de un ánimo inocente, obligó á reparar y preguntarle si tenia algunos enemigos: respondió que nunca habia dado ocasion que hombre alguno le fuese con razon; mas que podia haber algunos ofendidos de las verdades del púlpito: nombró los que sospechaba que se halláron ser acusadores y testigos. La fama ha esparcido varias cosas, como en los casos de los hombres grandes, cerca del modo cómo el venerable varon salió libre de este trance: en lo que mas conforman es que uno de los conjurados escribió una carta á otro exhortándole á la perseverancia en la ratificacion de su dicho, con palabras que daban á entender que la dilacion habia sido venganza; cómo vino la carta al Tribunal tambien se varía mucho: lo cierto es que este caso tuvo mucho de milagro, y que campeó la divina providencia que nuestro Señor tiene de los suyos. Finalmente, á pocos lances se descubrió su virtud y santidad de su vida, y la verdad y sinceridad de su doctrina, y que todo habia sido una conjuracion y calumnia.

Declaráronle por libre: habitaba en el amparo del Altísimo: ayudóle la proteccion de Dios del cielo. Decíale á Dios y Señor, mi valedor eres tú y mi refugio: en tí esperaré, Dios mio, porque tú me libra-

rás del lazo de los cazadores y de la palabra áspera: tus espaldas me harán sombra, esperaré debaxo de tus alas: tu verdad me cercará como escudo contra las saetas que vuelan de día, y el negocio que anda en las tinieblas. Por esta confianza experimentó con efecto aquellas palabras: Porque esperó en mí, le libraré; ampararéle, porque conoció mi nombre: clamó á mí, y yo le oiré: con él estoy en la tribulacion: salvarle, glorificarle, llenarle de longitud de dias, mostrarle mi salud; esto es, aquella salud que el Santo viejo Simeon cantó que se habia de revelar á las gentes, y ser gloria del pueblo de Israel.

Ordenó el Santo Tribunal que predicase un dia de fiesta en la misma Iglesia donde de ordinario predicaba, que era en San Salvador, Iglesia grande y Colegial de Sevilla: y en apareciendo en el púlpito, quando iba á comenzar su sermon, sonáron trompetas y chirimías, señales de su victoria, con grande aplauso y consuelo de la ciudad. Mas él, por cumplir lo que el Salvador nos aconseja, comenzó el sermon exhortando los oyentes á que hiciesen oracion por los que le habian calumniado. Acabado el sermon dixo, que mayor tentacion habia sido para su carne el haberle tocado las chirimías, que todas las que tuvo estando preso. Pensó el demonio quitar con este golpe de la Iglesia este gran caudillo del exército de Dios, que di-

dilataba el reyno de los cielos; mas sucedió al contrario, porque desde este dia fué mayor su opinion con los doctos, su estima con los señores, su veneracion en el pueblo. Salió acrisolado en las virtudes de paciencia, resignacion, fe, esperanza, amor y perdon de enemigos; conocimiento grande del valor de los trabajos.

Otra persecucion se llegó á la pasada, no de tanto cuidado, mas que suele ser harto molesta: fué la emulacion y envidia de algunos Predicadores, que viendo la fama y gran concurso de sus sermones, y viéndose así olvidados, tuviéron por injuria propia la prosperidad agena, que procuraban desacreditar por varios modos: flaqueza que alcanza á muchos: en algunas artes fácilmente se conocen ventajas; en la de la oratoria raras veces por lo que tiene de ingenio, en que se cede dificultosamente. De estas contradicciones padeció muchas, mayormente á los principios de su predicacion, hasta que la grandeza de su virtud y eminencia en el púlpito venció la envidia, que á poco tiempo se trocó en veneracion.

Nunca por estas persecuciones perdió la paz y serenidad de su alma, que conservó siempre entera: no se le oyó palabra contra sus émulos; ántes procuró por todos medios sazonarlos y sacarlos aquella espina del corazon. Los que intentáron dañarle, le dié-

ron

ron materia para merecer: que el justo sabe hacer de piedras pan, y saca de la ponzoña medicina, y de las pérdidas de otros crecen sus aumentos. Dixo el Venerable Maestro Avila á uno de sus mas confidentes discípulos, que habian sido grandes los provechos que estas persecuciones habian causado en su alma.

CAPITULO VII.

DE LA GRAN EMINENCIA DE LA PREDICACION DEL MAESTRO AVILA, Y DE LOS GRANDES TALENTOS QUE TUVO PARA ELLA.

Han sido muchos los que con erudicion, para la enseñanza pública, han formado un Príncipe perfecto, un Gobernador, un Capitan cabal, un Prelado, un Sacerdote que conste de todas sus perfecciones: empresa no dificultosa, porque juntando las partes necesarias que componen un sugeto de estos, pidiéndolas en grado levantado, forman unas ideas que pasan los términos de posibles, y nunca llegan á que los toquemos con las manos.

Es sin duda providencia mas difícil describir cabalmente las grandes persecuciones que se juntáron en el Maestro Avila en el oficio de la predicacion del Evangelio, á que le llamó nuestro Señor; porque por mu-

mucho que se diga de su valentía en el decir, la fuerza de su eloqüencia, el fervor de su espíritu del zelo de la salud de las almas, la eficacia de sus palabras, el trasegar corazones, la mudanza de costumbres, aun no puede cabalmente percibirse la eminencia de la predicacion de este varon apostólico. Era forzoso tener alguna experiencia, que ya es imposible alcanzarse. Es una cosa leer las conversiones de varios pecadores, las vidas mejoradas, los hombres sensuales trocados en Serafines; otra oyendo la voz viva de aquel orador divino, sentir en sí mismo estos felices efectos, el corazon clavado, trasegarse el ánimo, hallarse el hombre mudado en un momento; porque al modo que si oimos las mercedes sobrenaturales que hace nuestro Señor en la oracion á los Santos, los soberanos deleytes que les comunica, y aquella marea divina, que es una participacion de los gozos de la gloria, si bien concebimos en el entendimiento ser una cosa grande, y por mucho que vuele el pensamiento queda corto, porque no puede alcanzar qué bien es este sino es quien lo experimenta; así dificultosamente puede percibirse cómo fué la eficacia y los efectos de esta predicacion tan sobrehumana, de que solo pudiéron hacer juicio los que por su buena dicha la gozáron, mayormente en siglo que vemos tan poco de esto; mas con la divina gracia procuraré, quanto alcanzaren mis

fuer-

fuerzas, juntar lo que de este gran Predicador he hallado escrito, á gran peligro de que en mi pluma mengüe mucho.

Determinó por primer fundamento para acertar este camino buscar una guia á quien pudiese seguramente seguir: no halló otra mas conveniente que el Apóstol San Pablo, dado por Predicador de las Gentes, á quien procuró imitar en obras y palabras en el largo discurso de su vida. Ni esto tuvo por soberbia; pues el mismo Apóstol convida á todos los fieles á seguirle, diciendo: *Hermanos, sed imitadores mios, como yo lo soy de Cristo.* Y aunque este exemplo es tan alto, que nadie puede llegar á él, ni aun acercársele; empero, como dice Quintiliano, mas altos subirán los que se esforzaren á subir mas alto, que los que perdida la esperanza se abatieren vilmente. Con este intento hizo particular estudio en las Epístolas de San Pablo: llegó á saberlas de memoria: fué su principal caudal. Quando comenzó á predicar habia en España muy moderadas letras, y muy poca inteligencia de las Epístolas del Apóstol, de las grandes profundidades y misterios que en ellas estan encerrados. Este gran varon trabajó mucho por penetrar estos secretos: comenzó á explicarlas y citarlas en el púlpito con grande agudeza y sutileza, diciendo cosas maravillosas. Parece que para su inteligencia tuvo particular luz y socor-

corro del Espíritu Santo, muy semejante al de S. Juan Crisóstomo, porque se viéron los efectos mismos que alcanzó el Apóstol al Santo Doctor Griego: fué otro Crisóstomo en el púlpito, en el zelo y conversion de las almas, sí bien muchos juzgáron el espíritu de nuestro santo Maestro haber tenido algo mas de suavidad: de aquí nació la gran devocion que tuvo á San Pablo, con un singularísimo amor y reverencia: predicaba de él cosas maravillosas, y le imitó, entre otras virtudes, en la prudencia y en la desnudez, y amor á los próximos en las cartas y caminos.

Constan las partes del Predicador de lo adquirido y infuso, de lo que alcanza con su trabajo, de lo que Dios nuestro Señor le comunica por su bondad inmensa para hacerle perfecto en su oficio: obra tan de su mano. Las letras de nuestro Predicador fuéron grandes: la Teología Escolástica y Moral, tan necesaria al púlpito, las supo con eminencia: fué varon doctísimo: era de grande ingenio y agudeza, á que se llegó un continuo estudio. Puso el principal trabajo en adquirir conocimiento general y grande de la sagrada Escritura, principal materia de los sermones: abriole la puerta de su inteligencia el que tiene la llave de David, que él solo la abre á quien es servido: sabia la Escritura con grande magisterio: tenia toda la Biblia de memoria, y qualquier lugar que oia

de-

decir citaba el capítulo y hoja en que estaba.

Llegó con el trabajo, y principalmente con la gracia y luz del Espíritu Santo, á tan gran facilidad y destreza en el estudio de sus sermones, que no habia menester para formarlos mas que la noche precedente al dia que habia de predicar. Obligábanle á cuidado los copiosos auditorios, y con durar dos horas las mas veces los sermones, no le costaban mas que el estudio de una noche, y parece gastaba mas tiempo en predicarlos que en prevenirlos. Habia hecho (como de Nepociano dice San Gerónimo) su pecho una librería de Cristo. Al grande Antonio la memoria le servia de libros, y el Maestro Avila tenia en su alma por libros la lumbre del Espíritu Santo, que le enseñaba lo que habia de decir. Determinó en un tiempo ser mas breve en los sermones, y esto le costaba mas trabajo: tantas eran la riquezas y tanta la afluencia de las cosas que su espíritu le ofrecia, que le costaba mas estudio no el hallar que decir, sino acortar lo que se le ofrecia.

Predicaba con tanta facilidad y claridad que le entendian todos, explicando la Escritura y expositores de ella; y tenia tal agradó y dulzura en el decir y fuerza en el persuadir, que durando de ordinario los sermones (como hemos dicho) dos horas, nunca se cansaban los oyentes, ni aun los que estaban en

pie;

pie; y quando acababa les pesaba, pareciendo se privaban de oir un Angel; y así lo decian, y no se cansaban de le alabar y engrandecer la sana doctrina que enseñaba: y por maravilla hizo sermon de que no se sacase fruto, y muchos mudasen de vida.

Llevaba el sermon muy bien trazado, como persona de tantas letras y ingenio; mas tenia por estilo, que yendo de camino, prosiguiendo su intento principal, iba sacando de lo que decia algunos breves avisos y sentencias para diversos propósitos, ó para esfuerzo de tentados, ó consuelo de tristes, ó para confusion de soberbios; y para personas de diversos estados daba varios documentos. Llamaba un hombre docto á sus sermones una red barredera; y no con menor propiedad el Padre Fray Luis de Granada los comparó al arcabuz cargado de mucha municion, que de un tiro hace mucho estrago: el santo le hacia en varios vicios, dando en todos con gran destreza y valor. Tampoco se contentaba en dar doctrina en comun, ó por mayor decencia á tratar en particular, y dar los medios con que habian de adquirirse las virtudes, como exercitarse las buenas obras; y por el contrario daba particulares avisos cómo se habian de huir las ocasiones, los vicios, y evitar los pecados: instruia finalmente á sus oyentes como un maestro de novicios en la virtud: con este magisterio cogió abundantes frutos.

CAPITULO VIII.

PROSIGUE LA MATERIA DEL CAPITULO PASADO DE LOS DONES SOBRENATURALES, QUE NUESTRO SEÑOR LE DIO EN ORDEN A LA PREDICACION.

Entre lo sobrenatural y infuso tuvo el primer lugar en este gran Maestro el amor que tuvo á Dios: fué encendidísimo: dióle grandes ayudas, grandes fuerzas para exercitar fructuosamente tan importante oficio: esta llama del amor divino que ardia en su corazon le daba unas palabras abrasadas, que prendian en las almas este mismo fuego. Preguntóle un dia un virtuoso Teólogo, ¿qué aviso le daba para predicar con fruto? Respondióle brevemente: amar mucho á nuestro Señor. Esto dixo por la experiencia que tenia de las grandes fuerzas que le habia dado este amor para haber llegado á tan superior eminencia. Estudiaba sus sermones como otro Santo Domingo en el librico de la caridad, que le daba, como al gran Patriarca, excelentes cosas que decir. Nacia en él de este amor una sed insaciable de la gloria de Dios; y porque él es glorificado en la santidad y pureza de la vida de sus criaturas, de aquí se originaba un entrañable deseo de que todos tuviesen esta pureza; y así, al paso

de

de este afecto amoroso era incansable, sin perdonar trabajo dia y noche en procurar la salvacion de las almas, teniendo á suma felicidad perder la salud y vida en esta empresa. Este zelo y este amor en que andaba tan encendido y transformado, le traxéron predicando por tantas ciudades y pueblos como veremos, sin que tratase ni pensase en otra cosa que en salvar las almas, poniendo para este fin varias industrias y medios, que eran como centellas vivas que procedian del fuego que ardia en su corazon, y le causaban estos deseos.

De este gran amor de Dios procedió el que tuvo al próximo, que verdaderamente fué excesivo: amaba á todos con un amor ternísimo, como si fueran sus hijos, con que robaba y cautivaba los corazones, y hacia que amasen y estimasen su doctrina por ser del maestro que tanto amaban; porque quando la persona es agradable, lo son todas sus acciones. Fué esta su benevolencia un medio eficacísimo para cazar las voluntades; y es cosa que no se puede determinar fácilmente con qué ganó mas almas para Cristo, si con las palabras de su doctrina, ó con la grandeza de la caridad y amor, acompañado de buenas obras que á todos hacia; porque así amaba, así se acomodaba á las necesidades de todos como si fuera padre de todos, haciéndose (como dice el Apóstol)

to-

todas las cosas para todos. Consolaba los tristes, esforzaba los flacos, animaba los fuertes, socorria á los tentados, enseñaba á los ignorantes, dispertaba los perezosos, procuraba levantar los caidos; mas nunca con palabras ásperas, sino amorosas; no con ira, sino con espíritu de mansedumbre. Todas las necesidades de los próximos teníalas por suyas, así las sentia, y las procuraba remedio quanto alcanzaban sus fuerzas: con esto se juntaba una singular humanidad y mansedumbre, que son las virtudes que hacen á un hombre amable. Era tan especial el amor que mostraba á todos, que los que con él trataban se persuadian que cada uno era el mas privado de todos y singularmente amado: así amaba á todos como si para cada uno tuviera un corazon: de aquí nacia que aficionados los ánimos se imprimian vivamente sus palabras. De esta manera este prudente Ministro del Evangelio con este amor ablandaba la cera de los corazones, y con la palabra de Dios imprimia el sello de la doctrina en ellos.

Mas como no hay amor sin dolor, como el amor que tenia á sus hijos espirituales le hacia con grandes ansias procurar la salud de sus almas, y se alegraba del remedio de ellas; así por el contrario sus caidas le eran de gran dolor y sentimiento: padecia su corazon un martirio lastimero en ver la muerte espiri-

tual

tual de qualquiera de sus hijos, porque les amaba como verdadero padre. Sabia estimar el mal de un alma que pierde á Dios, que le ofende, que aumenta el reyno del demonio. Lloraba por los que en su manera lloran los Angeles, y el Señor de los Angeles llorára y moriria otra vez si posible fuese. Fué grande su zelo y espíritu y el deseo de la salvacion de las almas, y á este paso sentia sus caidas.

Junto con este amor de Dios y el próximo tuvo otro don especialísimo del Espíritu Santo: fué un gran fervor y un espíritu vehemente para mover los mas endurecidos corazones. Esta era una viveza, un espíritu ardiente, que no hay palabras que puedan bastantemente explicarle: tenia uno como imperio sobre los corazones. Provocábase este espíritu en un zelo ardentísimo que tenia de la salvacion de las almas, y una hambre de su conversion, don tambien del mismo Espíritu Santo. De aquí decia, que quando habia de predicar, su principal cuidado era ir al púlpito templado: en que daba á entender, que como los que cazan con aves procuran que el azor ó el falcon con que han de cazar vaya templado, esto es, con hambre, para que vaya mas ligero tras la caza; así procuraba ir al púlpito no solo con la actual devocion, sino con una muy viva hambre y deseo de ganar en aquel sermon alguna alma para Cristo; por-

que

que esto le hacia predicar con mayor ímpetu y fervor de espíritu. Era grande el ardor y deseo que este grande amador de la honra de Dios tenia de engendrar hijos espirituales que le honrasen y glorificasen. Este mismo deseo le daba no solo fervor y eficacia para predicar, sino tambien le dictaba cosas con que prendiese y hiriese los corazones. Salian sus palabras como saetas encendidas del corazon, que ardia y hacia tambien arder los corazones de los oyentes. De esta mocion es materia la mayor parte de esta historia: basten por ahora dos grandes testimonios. Dice á este intento el Padre Fray Luis de Granada estas palabras: „ Un dia oíle yo encarecer en un sermon la maldad „ de los que por un deleyte bestial no dudaban de „ ofender á nuestro Señor, alegando para esto aquel „ lugar de Jeremías: *Obstupescite cæli super hoc.* Y es „ verdad cierto que dixo esto con tan gran espanto y „ espíritu, que me pareció que hacia temblar las pare„ des de la Iglesia."

El Doctor Don Francisco de Terrones, Obispo de Leon, Predicador del Rey, persona muy conocida en estos Reynos por su eminencia en el púlpito, en un tratado que anda suyo del *Arte de predicar*, dice así: „ En nuestros tiempos hemos conocido al Maes„ tro Juan de Avila y al Padre Lobo y á otros san„ tos, que no revolvian muchos libros para cada ser-

„ mon,

» mon, ni decian muchos conceptos, ni esos que de» cian los enriquecian mucho de Escritura, exemplos » ni otras galas; y con una razon que decian y un » grito que daban abrasaban las entrañas de los oyen» tes. Y en tiempo que predicaba en Granada el Maes» tro Avila, predicaba juntamente con él otro Predi» cador, el mas insigne y de mayor fama que ha te» nido nuestra edad; y quando salian los oyentes del » sermon de este, todos iban haciéndose cruces, es» pantados de tantas y tan lindas cosas tan linda y » gravemente dichas y tan provechosas. Mas quan» do salian de oir al Maestro Avila iban todos las ca» bezas baxas, callando, sin hablarse unos á otros, en» cogidos y compungidos á pura fuerza de la virtud » y excelencia del Predicador."

De los principios que hasta aquí hemos dicho procedia su eloqüencia; del encendido amor de Dios, de las entrañas de compasion de los próximos, del deseo vehemente de su aprovechamiento nacia como de fuentes aquella retórica divina, que persuadia quanto predicaba. Es propiedad de todos los afectos y pasiones, mayormente quando son vehementes, hacer eloqüentes á los hombres, y entre todas el amor y el dolor son los Tulios y Demóstenes que dan mayores preceptos. Su lenguage era propio, casto y natural, sin género de artificio ni afectacion; mas como si ha-

bla-

blara la naturaleza bastante á explicar sus conceptos, sin duda el mas conveniente para persuadir y mover los corazones, acumulaba razones, y esas eficaces, sin parar hasta vencer. Fué de verdad eloqüentísimo; porque si es el mejor médico el que á mas sana, ese será verdaderamente eloqüente el que con mayor fuerza persuadiere: la prueba de esta verdad es la mayor parte de esta historia. No careció de la retórica humana y sus preceptos, tropos y figuras, sí bien no pretendida por él, porque mayor enseñanza le movia la lengua. Habiendo el Padre Maestro Fray Luis de Granada venido á verle á Montilla, le oyó un sermon, en que habló con levantadísimo espíritu, de que quedáron todos admirados. Comiendo este dia juntos, le dixo el Padre Fray Luis: Cierto, Padre Maestro, que no ha dexado hoy vuestra Reverencia piedra en la Retórica que no haya movido. Respondió el santo Maestro: No me cuido de eso en verdad. Y pidiéndole el Padre Fray Luis el sermon para copiarle, sacó del seno una dobladura de una carta, donde en pocos renglones estaban los puntos reducidos.

Procedió en gran parte su eminencia en el oficio de la predicacion y en el gobierno de las almas que estaban á su enseñanza de la alteza de los conceptos que tenia de las virtudes y de todas las cosas espirituales. Entendió primorosamente este negocio de

la cristiandad. Esto nació de la grandeza de su santidad, porque su vida, superiormente levantada y muy extraordinaria del comun vivir de los hombres virtuosos, le dió eminente conocimiento de las virtudes y de las cosas divinas. Supo estimar y ponderar la dignidad y quilates de las cosas espirituales con el juicio de Dios y de los Santos, que dan á cada cosa su peso conforme á su verdadero valor.

El fin de su predicacion era sacar las almas que estaban caidas y muertas en pecados, ordenando todas las razones y sentencias á este intento, por tocar á tan gran parte del pueblo esta desdicha. Daba tambien doctrina para conservar las almas que vivian, y aventajarlas en las virtudes; mas lo primero era lo que señaladamente pretendia, y así tenia por impertinentes todas las cosas que no hacian á este intento; y esto le impelia hablar siempre àl corazon, sin divertirse á otras materias sutiles y curiosas. Ni paraba solamente en mover los corazones al temor y amor de Dios y aborrecimiento del pecado, sino tambien proveia de avisos y recetas espirituales contra todos los vicios, en especial el pecado mortal, que comprehende á todos. Finalmente, no le quedaba medio que no intentase ni piedra que no moviese hasta batir el inexpugnable castillo del corazon humano, y rendirle para Dios: andaba siempre absorto en este pensamiento co-

como hombre enseñado de Dios, y que conocia las veras del oficio del Predicador. Muchas veces, llevado del espíritu, decia muchas cosas que no traia prevenidas. En una ocasion, dexando todo lo que traia estudiado, enderezó el discurso á la defensa de nuestra santa fe y religion sagrada, y confutó una secta, de que resultó convertirse un Moro, ó otra persona de la secta confutada.

Daba el alma á todos estos intentos la oracion, que era en este varon santo la que adelante veremos. No predicaba sermon sin que por muchas horas la oracion le dirigiese. Allí se acrisolaban los conceptos, y se les infundia vida: allí se les daba corte á las razones, que herian en los corazones mas duros: tomaban viveza sus palabras, mas penetrantes que espada de dos filos: aquí se renovaba el espíritu, y aumentaban vigor aquellos ímpetus que se executaban en el púlpito: en la oracion suplicaba á nuestro Señor íntimamente diese virtud y eficacia á sus palabras: pedia la conversion de las almas: en ella negociaba el trueco de los corazones, la mudanza de las vidas: aquí las lágrimas sobre los pecadores, los gemidos que penetraban los cielos. A esta virtud se debe lo que fué este Predicador evangélico, lo que obráron sus sermones y su vida; y así afirmaba que los hijos espirituales que con la predicacion se ganaban, mas eran hijos de lágrimas

que

que de palabras. Los frutos de esta predicacion pueden dificultosamente reducirse á número. ¿Quién contará los caballeros profanos trocados en caballeros cuerdos, modestos y de loables costumbres: tantos ricos derramando sus haciendas, pasándolas donde las pudiesen gozar eternamente: tantos pobres ocupados en obras de misericordia y caridad? ¿Quántos mercaderes ricos tratáron de las grangerías verdaderas, ajustándose á lo seguro y lícito? Las mugeres que llegáron á los supremos grados de perfeccion fuéron innumerables; y los que entráron en Religiones y saliéron varones perfectísimos, no ménos los Clérigos, que pudiendo aspirar á prebendas y dignidades grandes, las dexáron, y vendiéron sus haciendas, profesando la pobreza evangélica con vida exemplarísima, cuidando de su salvacion y la de sus próximos, permaneciendo todos con una perseverancia admirable. Dióle Dios tal eficacia para reducir y levantar á Dios muchas almas, que fuéron raras ó ningunas las que una vez tocadas de sus palabras volviesen atras en lo comenzado.

Este es, lector cristiano, un bosquejo, no del todo bien formado, de lo que fué este varon apostólico en el oficio de la predicacion del Evangelio: sus efectos fuéron materia de los discursos que se siguen: el fruto grande que con ella hizo consiguióle la santidad

dad de su vida y la excelencia de sus virtudes, que tienen su lugar mas adelante; empero es de advertir en este que sus obras fuéron las que ayudáron grandemente á las palabras, porque no predicó lo que no hacia, y se ha de colegir la grandeza de su predicacion por la de su santidad, dexando por cosa cierta que la bondad de su vida, que fué en todas maneras grande, dió eficacia á sus palabras.

Pareceria por ventura á alguno que era de este lugar celebrar con dilatados elogios el alto ministerio de la predicacion evangélica que tuvo en la Iglesia nuestro Venerable Maestro, la grandeza de su fin, quan agradable es á Dios exercer el oficio á que vino Cristo á la tierra, en cuya persona se dedicó el instituto de ser perfectas, y procurar otros lo sean. Compararle con la vida solitaria y penitente, que dada á la contemplacion en el retiro, solo trata del aprovechamiento propio, acumulando razones en que pareciese que le hacia ventajas, materia en que se debate contenciosamente, digresion fuera escusada, y en gran parte inútil. ¿Qué edificacion resulta de semejantes contiendas sino desconformidad de voluntades, bandos, disensiones, siempre con malos efectos? El Espíritu Santo es autor de las vocaciones, y reparte sus dones soberanos conforme su divino beneplácito: él lleva á la soledad, mueve á la rigurosa penitencia, levanta

á

á la contemplacion, pone Ministros en la Iglesia, no para que unos se prefieran á otros, mas para que cada qual guarde su puesto, y cumpliendo con su instituto, espere de Dios el premio de sus trabajos: que aunque los Santos Doctores de la Iglesia dan á cada profesion sus grados, no fué para contiendas ni disension de voluntades, mas para que reconocidos á los beneficios divinos, se alentasen al agradecimiento y correspondencia. Grande fué el Maestro Avila en su ministerio: grandes en aquel tiempo muchos que habitaban los desiertos, los conventos: atendian á dar cuenta cada qual de sus talentos, formando este fortísimo esquadron de la escogida parte de la Iglesia en una union perfecta, en que consiste su principal hermosura.

CAPITULO IX.

SU PREDICACION EN CORDOBA, Y LO QUE SUCEDIÓ EN ESTA CIUDAD.

Son los Predicadores evangélicos como nubes (así los llama Isaías), que llevadas por el viento del divino Espíritu, van fertilizando las almas con las lluvias de la doctrina sagrada: tal fué el santo Maestro Avila, que conociendo la alteza de su vocacion y los talentos que habia recibido para ella, no cesó, mién-

miéntras le duráron las fuerzas, de caminar por diversas partes, comunicando el riego de su doctrina.

No puede fácilmente averiguarse la mudanza que fué haciendo de unos lugares á otros, ni las veces que estuvo en cada uno, ni importa mucho saberse mas que de Sevilla pasó á otros lugares de su Arzobispado, Alcalá de Guadayra, Xerez, Palma, Ecija: estuvo tambien en el Obispado de Jaen, en Andujar, en que gastaria nueve años, predicando en todos ellos con notable fruto y aprovechamiento, y llamamientos de muchos pecadores, por mas duros que fuesen.

Trataba el negocio de Dios mas que como hombre sin interes de tierra: predicaba con espíritu de Apóstol: despertaba á todos del olvido de su remedio: procuraba lo buscasen y recibiesen en la freqüencia de los Sacramentos de la Penitencia y sagrada Eucaristía: todo con tan admirable suavidad y eficacia, que ni perdia lance, ni se le perdia persona que de veras gustase una vez de su doctrina.

Despues de los lugares que diximos vino á Córdoba, donde estuvo algunas veces en tiempo de los Obispos Don Fray Juan de Toledo y Don Cristóbal de Roxas: perseveró en esta insigne ciudad por muchos dias: los concursos á los sermones fuéron grandes: tendió la red del Evangelio con notable fruto,

con

con reduccion de muchos nobles, Clérigos y otras personas de todos estados: viéronse conversiones milagrosas.

Aposentóse la primera vez que estuvo en Córdoba en el hospital de San Bartolomé: cúpole un aposento con una ventana al altar mayor: allí asistia como un ángel humano al Santísimo Sacramento (su principal librería): gastaba lo mas del tiempo en oracion y contemplacion, que aun para tomar la refeccion ordinaria baxaba molestamente. Halló en este hospital su gran caridad un continuo exercicio de virtudes: visitaba de ordinario los enfermos, confesábalos, exhortaba á la paciencia, á la disposicion para morir, quedándose muchas veces las noches enteras con los que estaban de peligro: consolábalos, confortábalos en Dios: apadrinábalos en el duro combate de la muerte, en que tantas veces valen tanto los ayudadores buenos, que parece aseguran la victoria: regalábalos en el modo que podia. Dos piadosas mugeres, que vivian cerca del hospital, tomáron por devocion los dias que predicaba enviarle algun regalo, que aumentaba la racion de los enfermos mas necesitados, sin dexar que le cupiese parte su rara é indeclinable abstinencia. Aposentóse otras veces que vino á esta ciudad en casa del Licenciado Alonso de Molina, su discípulo, hombre de gran virtud, como en su lugar veremos.

De-

Demas de los sermones ordinarios leia por las tardes, en una Iglesia Parroquial de Córdoba, las Epístolas de San Pablo, ó hablando mas propiamente hacia unas pláticas espirituales en que explicaba la doctrina del Apóstol: era grande el concurso: hallábanse caballeros y toda suerte de gente: acudian tambien muchas señoras de la primera nobleza, de vida muy exemplar, y otras mugeres pias deseosas de su aprovechamiento. Reparó en esta leccion un Religioso docto de la Orden de los Predicadores, los grandes zeladores de la honra de Dios, cuidadosos de qualquier inconveniente que pueda temerse en materias de la Religion: dixo á un Maestro grave de su casa, que le parecia mal aquel concurso, y leerse á seglares y mugeres lecciones de Escritura; respondióle que suspendiese el juicio, y le oyese: hízolo así; volvió edificado y admirado á su convento, diciendo á voces: Vengo de oir á San Pablo, interpretar á San Pablo. Viene con esto bien lo que decia el Padre Fray Alonso Carrillo, Catedrático de Prima de Teología de la misma Religion, que si al Apóstol San Pablo y su doctrina habian de entender dos hombres y dar explicacion verdadera, uno era el Maestro Avila, y el otro estaba por nacer, porque era único en el mundo en la ciencia y las virtudes.

Habia en este tiempo en el Andalucía gran falta

de

de estudios, en que con facilidad pudiesen darse á las letras muchos á quien sobra talento, y falta posibilidad para ir á Universidades. Dispuso el Venerable Maestro, como en Córdoba, tan fértil de excelentes ingenios, se leyesen Artes y Teología: proveyó de Lectores: persuadió al Doctor Pedro Lopez, médico del Emperador, fundase en Córdoba el Colegio de la Asuncion, donde se criasen Clérigos virtuosos que saliesen á predicar por los lugares vecinos, que ha sido de gran provecho en aquel Obispado. Vió copiosos frutos de este utilísimo acuerdo. Llevóle un dia el Padre Francisco Gomez un buen número de Clérigos que habian acabado de oir el curso de Teología: eran los primeros Teólogos que se habian visto en Córdoba, para que los echase su bendicion, y viese cumplidos sus deseos: recibiólos con grandes muestras de alegría, y dixo las palabras de Jacob: *Jam lætus moriar,* por ver Sacerdotes apostólicos para acudir á los próximos. Duráron estos estudios hasta que viniéron los Padres de la Compañía de Jesus, que en su Colegio sucediéron en este oficio.

En este tiempo se celebró en Córdoba Sínodo diocesano: juntóse gran número de Clérigos: predicóles el Venerable Maestro apartadamente; y se tiene por cierto fuéron aquellas pláticas que para Sacerdotes andan entre sus obras. Era grande el deseo que

tuvo de la perfeccion en el estado eclesiástico, por ser los Sacerdotes los Ministros de los Sacramentos y de la palabra de Dios, de cuyo exemplo depende el aprovechamiento del pueblo; y con este ardor y deseo les predicó con tan gran fervor y espíritu, que se viéron en muchos de aquella Congregacion muchas mudanzas: unos determináron de mejorar la vida, otros de seguirle y entregársele por sus discípulos; á otros, que pareciéron personas de ingenio y esperanzas envió á estudiar á Salamanca, de cuyo beneficio dicen algunos participó el Cardenal Toledo. Muchos de estos Sacerdotes, despues de aprovechados con su doctrina y exemplo, enviaba á confesar y predicar á muchas partes, como mas dilatadamente se dirá adelante.

Entre las cosas mas señaladas que obró su doctrina en esta ciudad fué la resolucion acertada de Leonor de Córdoba, doncella, de calidad conocida: era de veinte y quatro años, estimada y querida de sus padres: trataban de casarla aventajadamente: oyó un dia al Venerable Maestro en un sermon de las Vírgenes engrandecer la excelencia del estado virginal, la estima que hace Dios de él, y los premios que le aguardan: mudósele de tal manera el corazon como si le pusieran otro nuevo; y era tan grande la luz, mediante aquellas palabras que daba nuestro Señor á

su

su entendimiento, que le parecia veia el cielo abierto, y en él las laureolas que hermoseaban las azucenas cándidas, los coros digo de las Vírgenes, con palmas y guirnaldas ir sirviendo al Cordero inmaculado adonde quiera que va, oir aquellas canciones que cantan solos los Vírgenes; y finalmente, ver todas aquellas cosas que iba diciendo el Predicador. Resolvió no casarse: recogióse en casa de sus padres, donde hizo una vida digna de escribirse para exemplo de la Iglesia: fué raro su encerramiento: tuvo continuas enfermedades llevadas con admirable paciencia: recibió grandes favores del cielo: gozó de soberanas visiones: tuvo continuas luchas con el demonio; y adornada de todas las virtudes, llegó á los ochenta años de edad, en que colmada de merecimientos y dias, pasó, mediante una santa muerte, á recibir la corona de sus trabajos, como se puede creer piadosamente.

Es digno de saberse este suceso. La tarde de un dia de la Circuncision salió del hospital donde estaba á hora y con paso extraordinario: siguiéronle algunos devotos suyos, pensando iba á hacer alguna plática: entróse repentinamente en un convento de Monjas: estaba llena la Iglesia de gente, buena parte de caballeros mozos: esperaban una comedia que habian de representar las Monjas: subió en el púlpito, y con mucha modestia y mansedumbre comenzó á re-

pre-

prehender aquel exceso. Fué apretando las razones con viveza, y corriendo al punto las Religiosas los velos del coro, se fuéron despojando de las galas y vestidos profanos, poniéndose sus hábitos religiosos. La gente se fué saliendo de la Iglesia, hasta el caballero mas empeñado en la fiesta: dexáron solo al Venerable Maestro, que llorando se llegó á la reja, y continuó su plática á solas las Religiosas, con tan vivo sentimiento de su parte, y tan gran mudanza en ellas, que se oian acá fuera los gemidos y sollozos con abundantes lágrimas. Adornarse una casada para agradar á otros ojos, es especie de traycion. La esposa de Jesucristo, que es arca del Testamento, y que el velo la niega á toda vista humana, festejar ojos profanos en hábito peregrino, género es de sacrilegio; y dexar los santos hábitos, aun en lo interior del monasterio, no carece de pocos inconvenientes. Creyóse por cosa cierta tuvo aviso superior el Venerable Maestro para esta accion tan notable; por lo ménos no se supo alcanzar quien le pudo dar noticia.

La mayor hazaña que hizo en Córdoba, y por ventura no se ha visto igual en nuestro siglo, fué la conversion de una muger muy noble, á quien el vicio, con pretexto de padecer necesidad, la habia traido á estado tan miserable, que habia años que yacía atollada en una amistad torpe y escandalosa con un

per-

personage rico y poderoso, de quien tenia tres hijos, que apretaban mas fuertemente el lazo. Solia el santo Maestro en sus sermones enderezar algunos trozos para sacar á mugeres de pecado, que de la pobreza toman color para mala vida: repetia aquellas palabras con que los hijos de los Profetas daban voces á Eliseo diciendo: *Mors in olla vir Dei, mors in olla*; y así clamaba y decia: Pobrecita miserable, la muerte está en la olla, la muerte está en la olla de que te sustentas: rejalgar es eso que comes, que trae consigo no muerte temporal, sino muerte eterna. Con estas palabras y otras semejantes, dichas con aquel vehemente espíritu, heria de agudo los corazones. En uno de estos sermones trocó nuestro Señor (cuya misericordia es infinita) el corazon de esta muger con un tan gran tocamiento, que resolvió animosamente salir de aquel cenagal tan asqueroso. Dió cuenta al Venerable Maestro del miserable estado en que vivia, la firmeza de su propósito, y sus alentados deseos; mas hallaba dificultades grandes en salir de aquel atolladero, así por su pobreza, como ser tan poderoso el personage, tan enseñoreado de ella con posesion de tantos años. El dixo: Señora, este negocio quiere tierra en medio. La execucion casi tocaba en imposible; mas el verdadero discípulo de Cristo, confiado en su Señor, determinó sacar esta alma de pecado. Fué menes-

nester mucha industria y fortaleza, y mucha costa hasta llevar la empresa al cabo. El contrario poderoso bramaba como la osa quando le hurtan los hijos: amenazaba muertes, venganzas. Sacóla de su casa, púsola en un convento de Santa Marta, que no tuvó por lugar seguro. Llevóla á Montilla, para que la amparase la autoridad y sombra de la Marquesa de Priego: proveyó, como prudente Capitan, de buena escolta al sacarla de Córdoba, y él en persona la acompañó hasta Montilla, valiéndose de ministros de justicia: pasóla despues á Granada, donde quedó asegurada de todo punto. Tuvo esta hazaña circunstancias que la hiciéron grande: rompió terribles dificultades, peligros, rezelos, murmuraciones, juicios de mundo, y mucha costa: en nada se embarazó; mas poniendo su confianza en Dios, ni reparó en la costa, ni rehusó el trabajó, si no cerrados los ojos á los juicios del mundo, y abiertos á solo Dios, acometió y dió cabo á tan gloriosa hazaña por sacar esta alma del miserable cautiverio en que vivia, por la qual Cristo diera su sangre, si la dada no bastára. Esta nueva Magdalena, gobernada por este gran Maestro, caminando por sus pasos contados, llegó á tan gran perfeccion, que por consejo de este varon santo (con ser limitadísimo en las licencias para comulgar), comulgaba cada dia con mucho aprovechamiento de su al-

alma. En esta vida exemplar perseveró treinta años, acabándola santamente. En todo este tiempo la proveyó el Venerable Maestro de todo lo necesario miéntras vivió, llevando hasta el fin con grande constancia, perseverancia y fidelidad lo que habia comenzado, sin faltar jamas aquella alma, que fiada en su palabra se puso en sus manos, desamparando el regalo en que vivia; y lo que mas es, dos hijas y un hijo que tiernamente amaba. La santidad y perseverancia de esta verdadera penitente declaran haber sido obra de Dios.

CAPITULO X.

PASA A PREDICAR A GRANADA.

No hay cosa que así encienda á los Predicadores apostólicos el deseo de aprovechar como haber aprovechado, ó sacando algunas almas de pecado, ó haciendo que otros caminen á la perfeccion á toda priesa. No puede ofrecerse lance de mayor ganancia que la salvacion de un alma, ni hay trabajo mas bien empleado que el que obra lo que obró la sangre de Jesucristo; porque cebado el Predicador en este tan dulce fruto de su trabajo, y alegre y animoso con ver una alma librada de las garras del dragon infernal,

y restituida á su Criador, procura en sus sermones enderezar todas las cosas á este fin, y concibe en su ánimo una nueva alegría y confianza de su salvacion, esperando que no permitirá nuestro Señor que se pierda quien á otro libró de la perdicion.

Animado el Venerable Maestro Avila con el abundante fruto que habia recogido en Córdoba, arrebatado de un ardiente zelo de la conversion de las almas, partió á Granada, donde fué el colmo de su mayor felicidad. Parece le dobló Dios el espíritu, y fué añadiendo talentos á talentos, pues veia se doblaban las ganancias.

Era á esta sazon Arzobispo de esta ilustre ciudad Don Gaspar de Avalos, gran Prelado y gran siervo de Dios. Conoció el prudente Arzobispo muy al principio la excelencia y eficacia de la doctrina de este admirable varon, y se alegraba y daba el parabien á sí mismo de haberle enviado nuestro Señor tal ayudador para descargo de su obligacion, tal cooperador en el ministerio de su apostolado. Aposentóle en un quarto apartado de su misma casa, y se valia de su consejo en todas las cosas de importancia del gobierno de su Arzobispado y de su alma.

Comenzó su predicacion con nuevo fervor y espíritu: respondió el fruto al trabajo: ofreciéronse muchos á ser sus discípulos: hizo gran provecho en los

Maes-

Maestros y Doctores del Colegio de esta ciudad: tratáronle muchos familiarmente, y aprovecháronse de su doctrina, profesando nueva vida, exemplar y santa. La copiosa Clerecía y gran número de estudiantes fué mies copiosa á este labrador del cielo, á que ayudó mucho la religion y santidad del Prelado, que favorecia cuidàdosamente todas las cosas de virtud. Floreció la freqüencia de los Sacramentos, que en aquella edad era muy poco conocida: con esto y la doctrina, exemplo de tal Maestro, fuéron muchas las personas què se señaláron en virtud. Algunos de los discípulos mas familiares comian en su mesa en un pequeño refectorio que tenia.

Hízose en Granada un Colegio de Clérigos recogidos para servicio del Arzòbispado, y otrò de niños para que se les enseñase la doctrina cristiana y buenas costumbres. Logràronse en esta ciudad prósperamente sus deseos; y alegrándose el Venerable Maestro en el fruto de sus trabajos, quando nombraba á esta ciudad, decia mi Granada, por haber lucido allí tanto sus sudores: parecia que la mano de Dios intervenia en este negocio, favoreciendo á este fiel siervo suyo, que dia y noche no pensaba ni trataba sino en ampliar su gloria.

Viendo, pues, el religioso Arzobispo el fruto que hacia en su Iglesia la doctrina y exemplo de este

varon santo, insistió mucho en tenerle siempre consigo, así por su consejo, como por el bien de las almas de su rebaño; y así decia: Hermano Maestro, estaos aquí con nos: mirad que aquí servis mucho á nuestro Señor. A lo qual respondió: Reverendísimo Señor, todo lo que nuestro Señor fuere servido haré como es razon. Mas no contento el Arzobispo con esta respuesta general, le apretó mucho para que le diese palabra de estar en su compañía; mas ni toda esta importunidad, ni ofrecerle la Canongía Magistral, que habia entónces vacado, fué parte para obligarle á disponer de su perseverancia en Granada, como hombre que no era suyo, sino del Señor que le habia escogido para aquel oficio: solo á su voluntad atendia, sin cuidar comodidades propias, ni llevarle el ser estimado ó bien recibido en una ciudad, si verosímilmente entendia podia hacer mayor provecho en otra: así no quiso prendarse ni dar palabra de estar en un lugar, con que su predicacion hubiera sido de limitado fruto; mas pasando de unos lugares á otros, alcanzó el riego de su celestial doctrina innumerables almas, sin dexar ciudad ó pueblo en el Andalucía que no participase de la gran misericordia que Dios hizo á esta provincia de darle este fervoroso Apóstol: dexaba hijos espirituales en todas partes, que despues conservaba con documentos y cartas; y volviendo una y otra

vez

vez donde habia estado primero, alentaba y consolaba aquellos queridos hijos, cuyas almas amaba mas que su propia vida; y así á muchos Prelados que procuráron tenerle en sus Obispados respondia: No puedo dar palabra en quanto á estar ó salir, porque no soy mio: haré lo que Dios me mandáre. Fué un singular retrato del Apóstol San Pablo, su gran devoto, cuyos pasos y vida procuró imitar y seguir en el largo discurso de su vida.

CAPITULO XI.

PREDICA LAS HONRAS DE LA EMPERATRIZ, Y BUEN EFECTO DE SU SERMON EN EL MARQUES DE LOMBAY.

No es mi intento en esta historia escribir las vidas de muchos varones y mugeres, que por la predicacion del Venerable Maestro Avila ó mudáron ó mejoráron de vida hasta llegar á la cumbre de la perfeccion cristiana: ha ocupado esta materia grandes plumas: empero las acciones de este varon apostólico en las conversiones ó mejoras de estas personas insignes son materia propia de este libro; y no fuera del intento que se sepa á qué grado de santidad han llegado almas á quien nuestro Señor ha hecho grandes en su Igle-

Iglesia, tomando por instrumento la predicacion, direccion y consejos de este gran Maestro: así dexando lo particular á las historias propias, tocarémos solamente la parte que en estas vidas tuvo este santo varon: los maravillosos efectos que vió y admiró el mundo en muchos hijos espirituales suyos declaran su santidad, la eficacia de sus palabras y consejos. No tuviera término este libro si hubiéramos de poner por estenso lo que en esta parte obró, mediante la divina gracia: descubrirémos con brevedad sus mayores lucimientos, para que por la santidad de los discípulos colijamos en parte la que tuvo su Maestro.

Hallábase en Granada el Maestro Avila, año 1539, quando entristeció á estos Reynos la acelerada muerte de la Serenísima Emperatriz Doña Isabel, digna consorte del Emperador Cárlos Quinto, Rey de España: era entónces el sepulcro de los Reyes la Capilla Real de la Iglesia de Granada, adonde se traxo el cuerpo de esta gran Señora: acompañóle, de órden del Emperador, el Marques de Lombay Don Francisco de Borja, hijo del Duque de Gandía, mozo de veinte y nueve años, en quien las partes de naturaleza igualaban á las de su calidad. Habiendo de hacer la entrega del cuerpo, descubriéron el que pensáron ser rostro que diera á conocer al dueño: habia hecho en él tal estrago la muerte (parece se esforzó

á

á obstentar sus fuerzas contra el mayor poder, contra la mayor belleza, como si temiera resistencia), que no se atrevió á jurar ser de la Emperatriz aquel cuerpo, mas de haber puesto cuidado en el traerle y guardarle. ¡O deidades humanas! ¡ó soles de la tierra, quál es vuestro ocaso despues de tantas adoraciones y lisonjas! Huyéron los demas del cuerpo: tal era el horror que ponia á todos: solo la lealtad del Marques y el amor grande que tenia á su Señora le tenia fixo, considerando aquellos que fuéron ojos, que poco ántes con un mirar suave serenaban los corazones de todos. Los ojos de Don Francisco en los de la Emperatriz, los de Dios en Don Francisco, mirándole con unos rayos de luz que le fuéron penetrando hasta lo interior del alma, dándole un conocimiento grande, mediante aquel espectáculo, de lo poco que es quanto admiran los hombres, y veneran por la mayor del mundo, el miserable paradero de la grandeza del imperio, de *la* hermosura de la que fué Señora de dos mundos, y ocupó el corazon del mayor Monarca de ellos, despertó su corazon á buscar los verdaderos bienes en quien no tiene jurisdiccion el tiempo, ni los acaba la muerte, mas es su posesion y gozo eterno. Resolvió no perdonar á trabajos ni fatigas hasta alcanzarlos. Pasó la mayor parte de aquella noche á los pies de Cristo, regándolos con lágrimas, penetrando los cielos con ge-

gemidos, pidiendo á Dios misericordia, rogándole que admitiese sus deseos, y le diese su gracia para seguirle con todas las fuerzas de su alma.

El dia siguiente se hiciéron en la Iglesia arzobispal de Granada las honras de la Emperatriz: predicó en ellas el Maestro Juan de Avila; y despues de las alabanzas debidas á las grandes virtudes de la Emperatriz, trató divinamente del engaño y vanidad de las cosas de la vida, de la locura y desvarío de los hombres, que ponen sus ansias y deseos en pretender y conseguir unos bienes que dexan burlados al mejor tiempo á sus dueños, y muchas veces no llegan á alcanzarse, habiendo gastado el tiempo en esperanzas que corta sin pensar la muerte: desacuerdo que trae muchas veces á condenacion eterna. Pasó á ponderar la eternidad de gloria ó pena que se sigue á las obras de la vida, llorando el desatino de los hombres, que en el espacio breve que vivimos no procuran asegurar lo que solo es necesario: habló con aquel ardor y valentía que le daba su desengañado espíritu. Penetráron las palabras al corazon del Marques, ya tan tocado de Dios, y confirmáron la gran resolucion, que ya reynaba en su pecho; y como si supiera lo que por él pasó la noche ántes, encaminó las palabras á la obra que habia comenzado el Espíritu divino.

Envió á llamar el Marques aquella tarde al santo Pre-

Predicador: dióle cuenta del estado de su alma y vigorosos deseos. Animóle el Venerable Maestro, y consolóle mucho; y con aquellas palabras tan de verdad que usaba, le confirmó en su propósito: aconsejóle á que dexase la corte, mar lleno de innumerables peligros; que se acogiese al puerto de su casa, donde sin ambicion, sin envidia, sin los riesgos de los vayvenes humanos viviese cristianamente, vacando á Dios, cuidando de su alma. Allí trazáron el modo de la nueva vida, que executó el Marques para tan gran gloria de Dios, exemplo y admiracion del mundo.

De esta gran vocacion, de estas verdades enarboladas con continuo espíritu, de estos consejos dados con sinceridad y sin respetos, comenzó la admirable santidad de Don Francisco de Borja, Duque quarto de Gandía, que correspondiendo á una superior luz, que fué creciendo hasta la claridad del medio dia y amor divino que se fué apoderando de su alma, tomó aquella heroyca resolucion de dexar tanto por Dios.

Volvió en el Evangelio un caballero rico las espaldas á Cristo nuestro Señor, que le convidaba amorosamente con su compañía, por no deshacerse de su hacienda; mas Don Francisco de Borja las oye, y obedece despues de tantos siglos, dexando por la Compañía de Jesus y por seguirle, no solo unas viles pose-

sio-

siones, que embarazáron el corazon del mancebo, mas el gran Estado de Gandía, sus hijos, sus vasallos, la grandeza de su casa, la numerosa copia de criados, que en diversos ministerios acudian al servicio y estimacion de su persona: dexó numerosas rentas: deshízose de sí mismo, abrazando por voto la pobreza evangélica; y el que Virey y Duque mandó á tantos, obedece á qualquier hombre que le cupo en superior. Ciñó de tal manera su carne, que le vino á sobrar parte, segun cuentan, de la piel; y habiendo dexado tanto por Dios, llevado de sus promesas, nunca se llamó á engaño por falta de cumplimiento. Tan poderoso y puntual es el Señor á quien servia, que pudo darle de contado cien veces tanto de lo que habia dexado y llevado de tan gruesa grangería y tan asegurada ganancia: renunció tres capelos; lo mismo hiciera del imperio de la tierra: bebió del agua que quita la sed al que una vez la bebe.

¡Quién pudiera dilatarse por el estendido campo de sus heroycas virtudes! Admiró su prodigiosa humildad tanto mayor en un Grande, en un Señor que pudo y valió tanto. Igualó su penitencia á los que en los desiertos hiciéron profesion de macerar sus cuerpos. Habitaba con la oracion en el cielo, tan familiar á Dios, tan de su casa como los que abrasados asisten en su presencia. Alcanzó á ver nuestro siglo, émulo

de

de los primeros de la Iglesia, que admiró los Paulinos y Pamaquios, á un gran Príncipe en el altar, en el púlpito enseñando á los niños la doctrina, exercitándose en todos los ministerios de una nueva religion, dedicada á la salud de las almas: mas si fué Grande en el mundo, mayor es en el palacio de Cristo, donde ahora reyna, como lo ha certificado el oráculo de Roma, que le ha declarado por Beato, y debérsele culto y adoracion de Santo. Dichosa su nobilísima familia, su heroyca descendencia, á quien ilustrarán mas los resplandores de su diadema que su nobleza antiquísima. Dichosa España, que gozó de su doctrina, que se edificó con su exemplo. Felicísima la sagrada Religion de la Compañía de Jesus, á quien ilustró con su persona, y la propagó con su gobierno, y la animó á la perfeccion con su exemplo, la defendió y amparó con su autoridad de diferentes encuentros; y mil veces dichosa la nobilísima villa de Madrid, Corte del mayor Monarca, enriquecida con el tesoro de su santo cuerpo. Sus virtudes, sus hazañas merecieran un docto Cronista: fuera en mí referirlas deslustrarlas: solo ha sido mi intento que se sepa la gran estima que hizo nuestro Señor del Venerable Maestro Avila, tomándole por instrumento para ayudar esta gran santidad, y que la nueva vida de este Príncipe renaciese en las manos de este gran Maestro de espíritu.

CAPITULO XII.

PROSIGUEN OTROS SUCESOS EN GRANADA.

Hallóse á los principios quando asistió en Granada á la fundacion del convento religioso de la Encarnacion, de que fué fundadora y primera Abadesa Doña Isabel de Avalos, hermana de Don Gaspar de Avalos, Arzobispo de Granada. Por la amistad del Prelado y por su zelo acudió mucho el Venerable Maestro Avila á esta nueva planta, regándola con su celestial doctrina: hacia á las Religiosas continuas pláticas: persuadíalas á la obediencia, y particularmente les encargaba el silencio, sin el qual decia que apénas se podia hallar virtud: aconsejábalas se dexasen á sí propias, y que no bastaba haber dexado al mundo, si no se dexaban á sí mismas: que advirtiesen que habian sido llamadas á un estado perfecto; y que el Espíritu Santo no permanece sino sobre corazones quietos; y así las encargaba se amasen unas á otras, y que donde hay amor no habria murmuraciones: que evitasen este vicio, que era perniciosísimo en las comunidades. Quando no podia por su salud ó ausencia hacerles pláticas, les enviaba cartas y papeles que se leyesen en comunidad: todos miraban á que fuesen sumamen-

te perfectas, que olvidasen sus parientes, que solo pusiésen su gusto en estar en oracion en la presencia de Dios, de donde les habia de venir todo su bien: mirábanle las Religiosas como un hombre angélico venido del cielo: era grande el fruto que sentian en sus almas: andában todas en aquel tiempo como fuera de sí, absortas todas en Dios: muchas llegáron á gran perfeccion, y muriéron santamente. Reconoce este convento sus bienes espirituales á la doctrina y oraciones del santo Maestro Juan de Avila.

Acudia el santo varon á mejorar los buenos; mas su principal intento era reducir los pecadores; y á los que apénas tenian noticia de la virtud en una vida, si no distraida, poco atenta, encaminarlos á las obras virtuosas, oracion, penitencia, freqüencia de Sacramentos y exercicios de virtudes.

Predicando un dia en Granada en la Iglesia de los Mártires, le oyó una muger casada, de mediano estado, conocida por su hermosura y gala: quál fué la doctrina, lo mostró el efecto. Salió del sermon tan compungida, tan resuelta á mudar de vida, que en llegando á su casa, arrojó por una ventana al corral la arquilla del aderezo de su rostro, quebrando los botes y redomas, y aquella breve botica que tantas veces agravia la hermosura natural. Iba resolviendo de veras: comenzó por lo mas dificultoso: alcanzó de

su

su marido, despues de largos ruegos, que viviesen como hermanos, pues ya se hallaban con fruto de bendicion: renunció todas las galas: adornóse con un vestido honesto: traia continuamente una soga apretada á raiz del cuerpo en satisfaccion de una cadena de oro que traxera, en que tuvo algun deleyte: los pies descalzos, aunque cubiertos por la parte superior: acostábase sobre unas tablas dispuestas con artificio, que no la dexaban dormir con gusto, ni mucho tiempo: redimia los pasados gustos con continuas afliciones. Enviudó, y con el nuevo estado se dió á velas llenas á la penitencia: aumentó mas rigor en el modo del dormir, si dormia quien pasaba las noches en oracion: nunca comia carne: un pedazo de pan y unas hojas de rábano, halladas en la calle, eran su comun sustento: confesábase, desde que se reduxo, con el Maestro Avila, y en todo se gobernaba por sus órdenes. En este tenor de vida perseveró con un vigor notable. Llegó la enfermedad postrera, y aquel último trance, en que se coge el fruto de estas obras; vino el santo Maestro á confesarla, confortarla y asistirla: no desamparaba sus hijos hasta verlos en el cielo: pidióla, estando muriendo, le volviese á ver, quizá con particular mocion del Espíritu Santo: prometiólo, si Dios le daba licencia. Llamóse esta buena muger, despues de su reduccion, la Beata Paz. Ocho dias despues María

de Posadas, compañera de diez y seis años de la difunta, encontró al Venerable Maestro, y le preguntó si cumplió la palabra la Beata: arrasáronsele los ojos de agua al Venerable Maestro; y diciéndole la pesaba de haberle dado pena, respondió: Hija mia, este sentimiento no es por lo que me ha preguntado, sino porque estoy corrido que una mugercita me haya ganado por la mano. Sí, me vió, hija, y me cumplió su palabra: me dió á entender la merced que Dios la habia hecho en llevársela al cielo sin entrar en purgatorio. En vida tan penitente cosa es muy probable.

Fué tambien fruto en Granada de esta predicacion y enseñanza de este gran Maestro la rara santidad de Constanza de Avila (llamóse así por su humildad, aunque era de gente noble): fué desde moza discípula del Venerable Maestro Avila, y por su órden y direccion hizo voto de castidad: fué un exemplo rarísimo á Granada de todas las virtudes, en particular de un gran desprecio del mundo. Vivió ochenta y ocho años con una perseverancia admirable, y los quarenta comulgó todos los dias con órden del Venerable Maestro Avila. Su oracion fué levantadísima, y en ella recibió de nuestro Señor muy singulares favores, encaminados algunos por la persona del Maestro Avila, así en vida, como despues de su muerte. Padeció esta sierva de Dios por muchos dias una vehe-

hemente tentacion contra la inmortalidad del alma, que la traia con grandísima afliccion (á los grandes espíritus envia nuestro Señor grandes pruebas): resistióla valerosamente. Un dia vió al Venerable Maestro Avila ya difunto, y aunque sin cuerpo, mas entendió que era él con la misma certidumbre que si le viera con los ojos corporales; díxole: Hermana, grados de gloria tengo. Estas palabras que miráron derechamente contra aquella tentacion deshiciéron el nublado, y causáron una seguridad y quietud grande.

Visitaba esta santa doncella el Monte Santo de Granada, que tan magníficamente adornó é ilustró aquel gran exemplo de Prelados Don Pedro Vaca de Castro, Arzobispo de Granada, y despues de Sevilla, digno de eterna memoria. Andando, pues, por las cuevas encontró á la Santísima Vírgen María, que andaba en ellas como en su casa. Vió tambien en este Santo Monte al glorioso San Cecilio vestido de pontifical. De estas visiones dió cuenta á su Confesor el Padre Pedro de Vargas, de la Compañía de Jesus, persona muy conocida en España por sus letras y espíritu, y por justos respetos hizo lo declarase así ante un Notario y el Provisor de Granada.

Contó tambien esta devota Vírgen á su Confesor, estando muy cercana á la muerte, que un dia, recibiendo el Santísimo Sacramento, le dixo nuestro Señor

ñor con voz exterior, que estaba predestinada, y le gozaria en el cielo.

Estando esta sierva de Dios en Granada tenia algunas cosas que comunicar tocantes á su espíritu y bien de su alma con el Maestro Avila, que residia por este tiempo en Montilla, donde iba algunas veces á verle. Pensando en esta ocasion en su jornada, la dixo nuestro Señor: Ve, que me le quiero llevar. Fué á hablarle á los primeros de Octubre: el Mayo siguiente fué el tránsito del Venerable Maestro.

En esta ocasion ó en otra, estando el santo Maestro muy al fin de sus dias, le preguntó la Madre Constanza de Avila, ¿qué queria hiciese por él? Respondió que le pedia sacase cinco niñas de cautiverio, que fuesen de tan poca edad, que se entendiese ser vírgenes; y habiéndose la santa doncella ido á obligar por el rescate al convento de la Merced en Granada, se le apareció el santo Maestro Avila ya difunto, y le dió de palabra las gracias, oyendo y conociendo la voz: quedó tan alegre y consolada con esta vision maravillosa, que le movió nuestro Señor el corazon, despues de haber sacado las cinco niñas de cautiverio, á obligarse por otras cinco, y volvió el santo Maestro á dar de nuevo las gracias por la segunda redencion. Estuvo muchos años tullida en una cama, pasando extrema necesidad con una alegría y consuelo indecible.

Lle-

Llegó la enfermedad última, que habia de ser paso para su descanso: no le faltó en él su Maestro, apareciéndosele, y la aseguró de su gloria, dándole las buenas nuevas que presto se verian en el cielo. Traxéronle el Santísimo Sacramento por Viático, presentes el Licenciado Justino Antolinez, Dean de Granada, y hoy Obispo de Tortosa, y el Licenciado Estrada Manrique, que murió Oidor de Valladolid, y el Padre Pedro de Várgas, su Confesor: dió en esta ocasion tan grandes muestras de su santidad, fuéron tales los afectos amorosos y coloquios de esta santa vírgen, que parecia salir llamaradas de ella: eran las palábras tan encendidas en amor divino, hablando con el Santísimo Sacramento, que los que se halláron presentes estaban como asombrados y como fuera de sí, viendo unas muestras tan maravillosas y del cielo, donde piadosamente se cree voló su dichosa alma muy cerca de la de su Maestro, como se halló escrito en un papel suyo, que nuestro Señor le habia hecho esta merced: yace en el convento de San Gerónimo de Granada. Hallóse á su muerte la Madre Beatriz de Aguilar, grande amiga suya, muger de superiores virtudes; y decia que la Madre Constanza tenia en el cielo eminente lugar. La santidad de las dos hace la proposicion muy creible.

Estos fuéron parte de los frutos de la predicacion del

del Maestro Avila en Granada, donde fué tan acepto, que se despoblaba la ciudad el dia que predicaba: eran estrechos los mayores templos á la multitud que le seguia: todo era en sus sermones lágrimas, gemidos, compuncion: hasta los niños hacian demostracion de sentimiento. Quando se baxaba del púlpito era cosa maravillosa ver la gente que le seguia: besábanle las manos y la ropa: muchas personas se arrojaban á besarle los pies: él con gran benignidad los alzaba, mostrando en el semblante la pena que de aquellas demostraciones recibia. Admirábanle todos, aclamábanle como á varon apostólico, y como tal le veneraban: llamábanle comunmente la paz de Granada, porque se exercitaba en hacer paces y amistades, acudir á pobres y encarcelados, y hacer obras de caridad.

CAPITULO XIII.

PROSIGUE SU ESTANCIA EN GRANADA: CONVERSION DEL BEATO JUAN DE DIOS: BREVE DISCURSO DE SU VIDA ANTES DE ELLA.

El mayor triunfo de la palabra de Dios y de su gracia, encaminada por la predicacion de este su gran Ministro, fué la conversion y santa vida del Beato Juan de Dios, gloria de su Maëstro y de la Iglesia Católica.

Nació Juan en Montemayor el Nuevo, ilustre villa del reyno de Portugal, en el Arzobispado de Evora: sus padres no fuéron ricos, mas de buena sangre y vida: dexólos á los ocho años de su edad: pudo ser achaque de la niñez. Pasó á Castilla: vino á Oropesa: asentó con Francisco Mayoral, ganadero rico de esta villa: sirvióle, y acudia á los pastores, que con su modestia y diligencia los tenia aficionados. Fuéron sus ascensos con los años conformes á aquel estado. Pasó de zagal á pastor, exercicio en que se curtió para el trabajo: hízose hombre de fuerzas, robusto, y de valientes y bien compuestos miembros. Siendo de veinte y dos años, llevado de los brios y fervor de la edad, y inclinacion á la mudanza tan ordinaria en los mozos, se fué con la gente que se hizo en Oropesa al socorro de Fuenterabía, infestada del Frances. Hecho de pastor soldado (dos extremos): varios son los sucesos de la guerra, y Juan tuvo dos notables. Estando en la frontera de Francia faltó vitualla á sus compañeros: ofrecióse á ir por ella á ciertas caserías algo distantes: subió en una yegua, que poco ántes habian tomado al enemigo: á dos leguas de camino reconoció el animal el país de donde habia salido: dió á correr á toda furia sin poder detenerla: iba el buen ginete sin freno y silla: arrojóle de sí: estrellóle en un peñasco, dando tal golpe en las piedras, que le privó de sentido,

do, de que estuvo algunas horas echando por narices y boca mucha sangre: volvió en sí: reconoció dos peligros, de la vida, y ser cautivo: llegó como pudo á la estancia de los suyos, en cuyo amor halló reparo de su trabajo.

No fué el segundo el menor. Encargóle el Capitan que guardase cierta ropa, que le hurtáron los soldados, sin culpa ó descuido suyo: condenóle al punto á colgar de un árbol, apresurándose la execucion: encaminó Dios por aquella parte á un caballero; intercedió por su vida, yá cara al cielo.

Estos sucesos le volviéron á Oropesa á su exercicio antiguo de pastor, en que perseveró quatro años. No bien domados los brios, quiso segunda vez probar el furor de Marte, como si le hubiera sido favorable la primera: es grande la propension del hombre á la mudanza, tal vez empeorando. Partió á Alemania en servicio de Don Fernando Alvarez de Toledo, Conde de Oropesa, que pasaba con el Emperador Cárlos Quinto á resistir al Turco que venia sobre Hungría. La retirada del enemigo comun hizo breve la jornada, y la vuelta á España de nuestro Juan, que en tierra de Sevilla volvió á su antiguo exercicio: hallabase mejor con las ovejas que con la inquietud y incomodidades de la guerra: es el pastor un continuo bienhechor de su ganado, su médico, su proveedor, su

guia:

guia: fué ensaye en Juan este exercicio para beneficiar las ovejas racionales que le habia de encargar el Mayoral del cielo.

Por no quedar sin experimentarlo todo pasó á Ceuta, en Africa, donde con el sudor de su rostro, jornalero en la fortificacion de esta fuerza, alivió el desconsuelo y pobreza de un caballero desterrado y pobre, cargado con quatro hijas: sustentó con su jornal esta afligida familia: obra por ventura que le mereció de Dios las grandes mercedes que veremos.

Volvió á España acosado de una tentacion vehemente, ocasionada por un compañero suyo, que apostató de la fe: accion que el demonio le echaba sin rastro de culpa suya. Volvió con grandes deseos de mejorar de vida: pidió en Gibraltar á sus manos el sustento: su jornal bastaba á su despensa y vestido, y le sobró para hacerse mercader de libros corto caudal: traia la tienda en sus hombros, yendo de un lugar á otro, hasta que aportó á Granada, donde á la puerta de Elvira; mercader algo mas caudaloso, puso su tiendecica, ya de quarenta y dos años. Da muchas veces la divina gracia estas largas á la naturaleza para que vea el hombre lo que puede, lo que alcanza su talento; lo que es, lo que vale, para que mas campee la eficacia de la divina gracia, y la vileza de la criatura, con que se asegura la humildad, y admira la bon-

dad

dad divina, que obra muchas veces sus mayores maravillas con instrumentos vilísimos. De los campos de Oropesa, de la fortificacion de Ceuta, de las mudanzas de un hombre ya pastor, ya soldado, de un hombre grosero en el trato de cortísimo talento, que su mayor habilidad era comprar y vender unos librillos, saca el Artífice soberano una resplandeciente estrella del cielo de su Iglesia, un gran Santo, un gran Maestro, un Fundador de una Religion santa, y le encomienda la salud de los cuerpos y la salvacion de innumerables almas.

Aportó Juan á Granada quando por su buena dicha predicaba en ella nuestro apostólico Maestro: hacia la ciudad en aquel tiempo solemne fiesta al glorioso San Sebastian, en su dia, en una ermita dedicada al Mártir, sita en lo alto de la ciudad, frontera de la Alhambra: para que fuese la festividad cabal pidiéron que predicase el Venerable Maestro Avila: fué entre un numeroso concurso Juan uno de sus oyentes, descuidado del bien que le traia. Pasó el Predicador de las alabanzas del Santo á lo que en todos sus sermones pretendia el aprovechamiento de las almas: exâgeró el premio que el Señor habia dado al Santo Mártir por lo que padeció por su amor, la brevedad de sus penas, la eternidad de sus glorias. Sacó lo que habia de hacer un Cristiano por servir á tal Señor

y

y no ofenderle, y padecer ántes de cometer una culpa cruelísimos tormentos, cien mil muertes. De las saetas del Mártir pasó á las del amor divino; y mediante la divina gracia y una extraordinaria luz, que penetró lo íntimo del alma, hizo tan acertados tiros al corazon de Juan, bien dispuesto á recibir la semilla del cielo: fuéron tan vivas sus palabras, arrojadas con tan esforzado espíritu, que le atravesáron las entrañas; tan eficaces, que mostráron prestamente la fuerza de su virtud: dexóle de tal manera herido y abrasado en las llamas del divino amor y con tan excesivo dolor de sus pecados, que acabando el sermon salió fuera de sí por las puertas de la Iglesia, clamando y llenando el ayre de voces, bañados en lágrimas los ojos, pidiendo á Dios misericordia, confesando públicamente sus pecados; y alcanzando en breve tiempo la alta ciencia del desprecio de sí mismo, se arrojaba por el suelo, dábase con la cabeza por las paredes, arrancábase las barbas y las cejas, dando saltos y corriendo; y prosiguiendo con las mismas voces, se entró por la ciudad haciendo tales estremos, que le tuviéron por loco, y como á tal le gritaban: llegó, seguido de los muchachos y de la inculta plebe, á su posada, comenzó luego á cumplir el arduo consejo evangélico de dexar todas las cosas, y pobre seguir á Cristo pobre: miren si estaba en su seso. Sacó al punto

to

to el dinerillo que tenia, repartiólo á los pobres, dió luego tras los libros, y con un santo furor arremetió á los de caballerías y profanos: hízolos pedazos con las manos y los dientes (lo mismo hiciera con los de comedias, si entónces los hubiera), y los de espíritu dió á los primeros que por Dios se los pedian; y como siempre hay muchos á recibir, en breve se halló con solo el vestido: despojóse de este, y dióle; quedó con solos los calzones y camisa: ya de todo punto pobre, desnudo y descalzo y sin sombrero, voló por las calles de Granada dando las mismas voces; y seguido de la importuna quadrilla de muchachos, llegó á la Iglesia mayor, y arrodillado delante del Santísimo Sacramento, y atravesado del dardo del dolor de sus pecados, dando dolorosas voces, decia: Dios mio, misericordia, Señor, misericordia; apiadaos de este gran pecador, que os ha ofendido; y arrancándose la barba, y dándose de bofetadas y golpes, no cesaba de llorar y dar gritos, y pedir á Dios perdon de todos sus pecados.

CA-

CAPITULO XIV.

LLEVAN AL BEATO JUAN DE DIOS A LA POSADA DEL VENERABLE MAESTRO AVILA, Y LO QUE CON EL PASÓ.

Hay dos maneras de contricion y dolor de pecados (dice tratando de este suceso el doctísimo Maestro Fray Luis de Granada): una comun y ordinaria: otra extraordinaria, qual fué la de la Magdalena, que entró en medio del dia, al tiempo que el Salvador estaba á la mesa con el Fariseo y otros convidados, sin hacer caso de tantas cosas como habia que mirar, porque la violencia del dolor cerró los ojos á todo: de este principio naciéron los estremos que vemos en Juan de Dios: cosa rara, y que se ve pocas veces.

Algunas personas cuerdas, condolidas de lo que veian hacer, juzgáron que no era aquella de todo punto locura: levantáronle del suelo, y con palabras blandas y amorosas le lleváron á la posada del Maestro Avila, por cuyo sermon se habia convertido: contáronle lo que habia pasado despues que salió de la ermita. Hizo salir la gente fuera de la pieza: quedáron los dos solos, y el bendito penitente, arrodillado á los pies del gran Ministro de Dios, le habló de esta

ma-

manera: „Señor y Padre mio, veis aquí al mayor de „los pecadores, que en este mundo sufre la bondad „divina: veis aquí al que á mayores misericordias „opuso mas declaradas ofensas, correspondiendo á fa„vores con pecados: aquí está el mas ingrato que „sustenta el suelo, y que mas ha resistido á las divi„nas inspiraciones, á los soberanos llamamientos: de „esta verdad será prueba la breve relacion que haré „del desbaratado empleo de mis años." Dióle cuenta de su vida, desde que tuvo uso de razon hasta aquel punto: remató así: „Pudiera, Padre mio, des„esperarme, si no supiera que era mayor infinitamen„te la misericordia de Dios que mi malicia, y que „mas le ofendiera si desesperara: confio que no le ha „de faltar piedad: prendas son este dolor, este re„conocimiento de su gran misericordia, que ha de es„tenderla á este vilísimo pecador; y pues fuisteis el „medio de mi conversion, suplícoos que seais el mé„dico de mi enfermedad: aquí estoy á vuestros pies „tan obediente como si estuviera á los de Dios, por„que os tengo por Profeta y Embaxador suyo: segui„ré lo que me mandáredes hasta la muerte como si lo „ordenara el mismo Dios."

Alegróse en el Señor el santo Maestro Avila con el nuevo hijo que le enviaba. Admiró tan al principio tan adelantado espíritu y tan grandes muestras de

contricion en el nuevo penitente. Díxole: „Esforzaos, hermano Juan, en Cristo Redentor nuestro: „confiad en su misericordia, que le costásteis mucho: toda su sangre es vuestra, derramada con un „amor infinito: esperad, que el que comenzó la obra „la llevará hasta el cabo: sed fiel y constante en lo „que comenzásteis: no volvais atras, ni os dexeis „rendir del enemigo: sabed que los que constantes „pelean hasta el fin, como buenos caballeros en la „milicia del Señor, triunfarán con él eternamente en „la gloria; empero los que cobardes le volviéron las „espaldas, caerán en manos de sus enemigos, y perecerán con ellos para siempre: estad animoso, que „estas misericordias prometen grandes aumentos. Dios „es sumamente bueno: no faltó jamas al que de veras contrito aborrece su pecado, y con verdad le „busca, y se entrega á su servicio. En esta nueva milicia ha de haber tentaciones y trabajos, que suelen „suceder á los que comienzan á pelear las batallas „del Señor; mas animaos, que no os ha de faltar su „Magestad piadosa. Aquí me teneis por vuestro: veníos á mí, que sabiendo los golpes que mas os diéron pena, y las asechanzas con que mas os combate „el enemigo, con la gracia y favor de nuestro Señor „llevareis medicina saludable con que se cure vuestra alma, y nuevas fuerzas para pelear con vuestros

„ene-

» enemigos. Id enhorabuena con la bendicion de
» Dios y con la mia, que yo confio en el Señor que
» no os será negada su misericordia: yo os recibo por
» hijo, y os ofrezco mis oraciones y amor."

Salió Juan de la presencia del varon de Dios grandemente consolado y animoso, y prosiguió de nuevo su locura, haciendo mas desacostumbrados estremos. Por ventura este suceso es el que en el discurso de la vida del Venerable Maestro Avila descubre mas la gran sabiduría de que estaba enriquecido este varon del cielo, y aquella ciencia ó don de discrecion de espíritu, de que escribirémos adelante. Porque si habló tan en juicio y conoció la obra de Dios en el nuevo penitente el conocimiento y dolor de sus pecados, ¿cómo le consintió que volviese á hacer locuras? ¿Quién no dixera que un yermo, un hospital ó monasterio aseguraban aquel arrepentimiento, comunes oficinas de la penitencia? No pasó así; ántes en saliendo de la casa del Maestro, fué corriendo á la plaza de Vivarrambla: revolcóse en el lodo, y en presencia de multitud de gente decia quantos pecados le venian á la boca asquerosa con el cieno, diciendo que era un traydor, y merecedor de mayores ignominias; y con este mismo furor corria por las calles de Granada acosado de lo mas vil del pueblo. Demas de que siendo cuerdo, ¿cómo podia sin pecado fin-

gir-

girse lo que no era? Y si no puede honestarse el mentir con las palabras, mucho menos con los hechos.

Conoció el sapientísimo Maestro el espíritu de Dios que gobernaba á su Juan, y no ser nuevo estas locuras fingidas en los grandes Santos, que para alcanzar la importante ciencia del desprecio de sí mismos, y que los tenga en estimacion vilísima, han buscado estas disimulaciones, con que encubren los dones y misericordias divinas; y en Juan de Dios, demas de esto, comenzó un nuevo género de una rigurosa y pocas veces vista penitencia, puerta comun para las grandes santidades; porque viniendo á parar á la casa de los locos, no tomaba las disciplinas de su mano; sufrió el furor ó enojo de los ministros del hospital, que no les piden para el oficio mas ciencia que tener muy buenas fuerzas: eran los azotes rigurosos y continuos: la comida el asco de un hospital: el retiro y soledad un aposentillo ó jaula: el crédito casi irrecuperable, pues raras veces sanea la opinion el que la ganó de loco. Redúxose al mas abatido puesto, á que no podia alcanzar el discurso humano no alumbrado del cielo: habilidades del amor divino. Estan llenas las historias eclesiásticas de varones y mugeres Santos, que fingiéron la tontería y locura llenos de sabiduría verdadera con altísimos fines. Santa Domna Vírgen no hizo menores estremos que nuestro

Juan,

Juan porque la tuviesen por furiosa. Santa Isidora Vírgen se fingió tonta, sirviendo como tal en la cocina del monasterio de Monjas. Simon Salo, que quiere decir loco, siendo varon sapientísimo, le tuviéron por simple; y otros muchos, cuya santidad aprobó el cielo con milagros. Este espíritu, esta vocacion altísima penetró este sapientísimo Maestro en el santo Juan de Dios, y que le gobernaba una mocion superior. Sabia bien, como docto, que los hechos que no son de suyo malos ni en perjuicio de otros, el fin les da bondad ó malicia; y cómo los que pretendia el bendito Juan de Dios eran tan altos, no solo no hubo que temer culpa, mas esperarse un grande merecimiento. Fuéron estos unos principios, raras veces vistos, de una santidad heroyca. Es grande la diferencia, como dicen los Teólogos, en el mentir de palabra, ó disimular ó fingir otra cosa con el hecho, que esto es lícito, con la circunstancia que hemos dicho de intencion ó fin con que se hace.

CA-

CAPITULO XV.

ENVIA EL VENERABLE MAESTRO AVILA A VISITAR AL BEATO JUAN DE DIOS, Y LO DEMAS QUE PASÓ CON EL: UN SUMARIO DE LAS VIRTUDES DE ESTE SANTO.

Los títulos de las caxas, botes y redomas de la botica de un hospital de locos se reducen á uno solo: el loco por la pena es cuerdo. Esta medicina aplicáron al bendito Juan de Dios sobradamente, como es de tan poca costa: él la admitia humilde en satisfaccion de sus pecados; y como con el amor le parecian tan grandes, reprehendia á los ministros del hospital de su descuido en curar los pobres, con que los irritaba, para que los azotes fuesen mas crueles y continuos: que las verdades, aun dichas por un loco, escuecen y se vengan.

Luego que el Venerable Maestro Avila supo que su Juan estaba preso por loco, y tratado como tal, se alegró por una parte, viendo tales finezas de padecer por Dios: compadecióse por otra, viendo pruebas tan árduas en tan reciente espíritu: teníale por constante, considerábale tierno. Envióle á visitar con uno de sus discípulos; díxole: „Que se holgaba mucho de su „bien, y que tuviese valor para padecer algo por

„amor

» amor de Jesucristo: que le rogaba de su parte, que
» pues en algun tiempo se preció de buen soldado,
» ahora lo pareciese, poniendo la vida por su Rey y
» Capitan, que iba con el estandarte de la cruz de-
» lante: que recibiese con humildad y paciencia los
» trabajos que su Magestad le enviase: que si conside-
» rase lo mucho que por su amor habia padecido en
» su pasion, qualquier tormento le pareceria ligero:
» que se ensayase para quando saliese por el mundo
» á pelear contra los tres enemigos, y que confiase en
» el Señor no le desampararia."

Quedó consolado Juan, y agradecido á la visita de su buen Padre y Maestro, estimando se acordase de él en prision tan abatida, y tan olvidado de todos. Admiró su caridad, que tuviese memoria de su vileza, enviándole á consolar en su trabajo: lloraba de alegría, agradeció á Dios esta merced, respondióle así:
» Decid á mi buen Padre, que Jesucristo le visite y
» le pague tan buena obra de acordarse de este su hu-
» milde esclavo, ganado por buena guerra: que me
» conozco por siervo malo y sin provecho; mas que
» si no se olvidare de mí en sus santas oraciones, es-
» peraré en la misericordia divina que me ha de fa-
» vorecer, que le suplique crezca en mí alguna vir-
» tud, y él asegure el gusto de ver que no perdió en
» mí el fruto de sus trabajos."

El

El tiempo que duró en la prision el bendito Juan de Dios le envió á consolar muchas veces el Venerable Maestro Avila; y por ventura, si no fué á verle en persona, seria porque no se entendiese la inteligencia que entre los dos hábia; y que viendo á un hombre tan grave y conocido discurrir con él despacio, se deshiciese la traza. Lo cierto es que le esforzó y confortó mucho sin desampararle jamas.

Habiendo estado el Beato Juan de Dios en esta prueba tan dificultosa el tiempo que pareció conveniente, se le dixo de parte de su Maestro que bastaba la falsa opinion de la fingida locura para conservar la humildad; y que ahora convenia que diese á entender que estaba bueno; así porque no desacreditase las virtudes que Dios pusiese en su alma, como tambien para que le pudiese seguir á Montilla, para donde estaba de camino, para que allí mas despacio tratasen lo que á sus cosas convenia.

Como la enfermedad se tomó de voluntad, no duró mas de lo que quiso el enfermo. Los dias que dió á la convalecencia sirvió á los pobres del hospital; y con certificacion de salud, que le dió el mayordomo, partió á Montilla, flaco, roto, maltratado, descalzo, descubierta la cabeza: halló al santo Maestro Avila, que le acogió con un amor paternal, en cuya compañía estuvo algunos dias, en que gozó de

su

su exemplo, de su doctrina y consejos: hizo con él una confesion general: trazáron el discurso de su vida: formóse aquí como en planta el suntuoso edificio de las virtudes y empleos de Juan, del todo de Dios, porque Dios quiso.

Partió de Montilla á Guadalupe á visitar aquel religioso santuario, y comenzar sus empresas con el patrocinio de María Santísima, como lo hiciéron otros grandes Santos. Volvió á Granada, pasando por Baeza, donde á la sazon estaba el Venerable Maestro: no daba paso sin su acertada guia, fué grande el alborozo de hallarle; y habiéndole tenido consigo algunos dias, le dixo estas palabras: „Hermano Juan, cumple » que volvais á Granada, donde fuisteis llamado del Se» ñor, y el que sabe vuestra intencion y deseo os en» caminará el modo como le habeis de servir. Tened» le siempre delante en todas vuestras cosas, y con» siderad que os está mirando, y obrad como en pre» sencia de tan gran Señor; y en llegando á Granada » tomad luego un Confesor que sea tal qual yo os he » dicho, y sea vuestro Padre espiritual, sin cuyo con» sejo no hagais cosa que sea de importancia; y quan» do se os ofreciere cosa en que os parezca que ha» beis menester mi consejo, escribidme donde yo es» tuviere, que yo haré con vos en todo lo que soy á » la caridad obligado en el ayuda de nuestro Señor."

Partió á Granada: estuvo siempre dependiente de su santo Padre y Maestro: escribíale sus dudas. Dos cartas andan entre las del Venerable Maestro Avila para el Beato Juan de Dios: la una comienza así: „Vuestra carta recibí, y no quiero que digais que „no os conozco por hijo, que por ser ruin decis que „no lo mereceis; por la misma causa yo no merezco „ser Padre; y así mal podré yo despreciaros á vos, „siendo yo mas digno de ser despreciado." Y otra de esta manera: „Vuestra carta recibí, y no penseis que „me dais pena porque me escribis largo, que como el „amor es mucho, no puede parecer larga la carta." Exhortóle en ambas á la perseverancia y cautela en el tratar con próximos, en particular mugeres, y á que se aventaje mucho en el aprovechamiento de su alma. Iba muchas veces á Montilla á consultar y confesarse con el Venerable Maestro; y ántes de entrar en la villa le enviaba á pedir licencia, diciendo: Díganle al gran Maestro, á mi gran Padre, que aquí está aquel gran pecador Juan de Dios; que si le da licencia le irá á ver. Esperábala en el campo, descaperuzado muchas veces á lo ardiente del sol. En teniéndola, entraba en la villa: consolábase con él, y consultaba sus dudas. El tiempo que le sobraba gastaba en traer agua á cuestas de la fuente, y venderla por la villa: lo que sacaba repartia á los pobres, ó daba el agua si se la pe-

dian por Dios. Tuvo rara veneracion y respeto al santo Maestro Avila, y de su comunicacion tuvo grandes aumentos en su alma.

Estos fuéron tan grandes, y correspondió de manera á la vocacion de Dios y consejos de su Maestro, que vió el mundo en este santo varon estremos grandes, finezas nunca oidas del amor de Dios y de los próximos, de los mayores que ha gozado la Iglesia en estos siglos.

Eloqüencia divina, no rudeza humana podia dar cabal realce á las alabanzas, á las virtudes, á las hazañas heroycas de este varon admirable, de este hijo primogénito de la caridad cristiana, rayo del divino amor. Con el precio de unos haces de leña que traia del monte comenzó en Granada á juntar y regalar los pobres con un fervor y diligencia increible.

Alquilóles una casa, donde juntó las miserias todas de los hombres: al que las ardientes calenturas le tienen hecho un volcan continuamente; al que falto de los principales miembros es tronco animado mas que hombre: al otro hidrópico, que con el vientre hinchado anda como de parto de la muerte: aquel podrido con la tiricia sobrevive á su cadáver: este, cargado de llagas con tantas bocas, pide remedio para su necesidad: otros, podridas las cabezas y los miembros, es el destrozarlos su remedio:

del otro, lleno de males, se retira la medicina por haber vencido ya todas sus reglas: el ciego, que va estendiendo la mano, y muchas veces clama donde no hay quien le oyga: el otro, sin lengua y mudo, no tiene con qué pedir, pero ruega mas eficazmente miéntras no puede rogar. Si tuviera cien lenguas, si cien voces, pudiera apénas discurrir por los nombres de las enfermedades que abrazaba la caridad de Juan. Llevaba en sus hombros los enfermos: en ellos regalaba á Cristo: con sus miserias se enriquecia: acompañado de este exercicio marchaba, y festejador de los pobres, y pretendiente con los necesitados se apresuraba al cielo.

Habiendo gastado la mayor parte del dia en recoger, en regalar sus pobres, salia despues las noches á recogerles limosnas. Su trage de muchos años fué un capote de xerga ceñido, unos zaragüelles de frisa, descalzo de pie y pierna, rapada á navaja barba y cabeza: no la cubrió jamas desde el dia de su conversion en los ardientes soles, en los hielos, asistiese en Granada, ó caminase. Traia un esporton al hombro, y dos ollas en las manos, que sustentaba con una soga al cuello, diciendo con voz tierna y lamentable, que quebrantaba las mas duras entrañas: Hagan bien para sí mismos. Lo que aquí recogia llevaba á sus queridos hermanos, de cuyas almas cuidaba mas que de

los

los cuerpos: hacia se confesasen y recibiesen decentemente los Sacramentos. ¿Quién podrá contar el número de almas que encaminó al cielo con un zelo ardentísimo? Y no sufriendo su caridad estrechuras, no habia necesidad en la gran ciudad de Granada, cuyo remedio no corriese por su cuenta. La viuda pobre, á quien los huerfanicos piden lo que no les puede dar: la doncella, cuya necesidad ponia pleyto á su honor: el enfermo, que en un aposentillo perece por la vergüenza de no verse en un hospital: el que fué rico, y con doblado dolor padece con la memoria de la abundancia pasada y miseria presente una continua mengua: el anciano, que solo le quedan fuerzas para padecer y pedir: el pleyteante, que el caudal gastado viene á ser ya su principal interes: el labrador perdido, tal vez de los continuos tributos: el soldado destrozado: el peregrino y innumerables mugeres á quien sacó de pecado, y otras porque no cayesen, fuéron materia todas de la gran caridad de este Serafin abrasado, que imitador de la divina providencia, así cuidaba de cada uno como si fuera solo amparado.

Los Angeles del cielo supliéron tal vez sus faltas, mejor diré sus ausencias del hospital: sirviéron á su Señor en sus pobres, en cierto modo envidiosos (tal bien tiene servir los pobres de Cristo). Este Señor gustó en su misma persona participar del agasajo de

Juan.

Juan. Lavaba los pies á los pobres que recibia; y un dia habiéndolos lavado y limpiado á uno (que siendo rico se hizo pobre por su amor), mas él pensó que lo era, yendo á besarlos vió en ellos una llaga resplandeciente, reclamo de su Señor: alzó los ojos, y vió al rico de cielo y tierra, que le dixo: *Juan, á mí se me hace todo el bien que en mi nombre los pobres reciben: Yo soy el que estiendo la mano para tomar la limosna que se les da: Yo el que me visto de sus vestidos: Yo al que lavas los pies, quando los lavas á un pobre.* Con este favor quedó consolado y animoso.

¿Quién sobre su continuo trabajar los dias y las noches podrá describir su penitencia, la alteza de su oracion, en que le viéron cercado de resplandores, las luchas con los demonios, el zelo de la honra de Dios y de su gloria; sobre todo, su paciencia muchas veces provocada de aquellos á quien hizo mayores beneficios, su castidad, su recato? Respetáronle los elementos: en el incendio del hospital Real de Granada salió libre de las furiosas llamas: las aguas en una isleta, que tuvo firme en Genil miéntras estuvo en ella, llevándosela luego que le faltáron sus pies.

Habiendo sus incesables trabajos traídole la enfermedad postrera, sabidor de su tránsito, se hincó de rodillas, abrazado con un Cristo; y llamándole tiernamente, dió el alma á su Criador, quedando muerto hin-

hincado de rodillas, firme en aquella maravillosa postura, como el gran Pablo, primer habitador de los desiertos. Fué claro en milagros y en el don de profecía; y aunque sus virtudes nos hacian ciertos de su gloria, nuestro Santísimo Padre Urbano Octavo nos lo asegura, declarando por Santo al fervoroso limosnero. Enxugáronse las lágrimas continuas que corrian de sus ojos por sus pecados y agenos: y aquel pobrecito humilde, que andaba roto y descalzo por las calles de Granada, cargado de los enfermos, veneramos en altares. El que trabajaba dia y noche por sustentar al menesteroso, ya descansa en el trono de la gloria, alaba á Dios en los siglos de los siglos. Allí conversa con su santo y buen Maestro: dale agradecido gracias porque así le gobernó, porque le incitó á que venciese. Recibid, glorioso Juan, este corto y mal compuesto elogio, demostrador de un ánimo estimador de vuestros méritos, deseoso de cantaros alabanzas.

CAPITULO XVI.

PREDICACION DEL VENERABLE MAESTRO AVILA EN ZAFRA Y ESTREMADURA, Y SUCESOS QUE ALLI HUBO.

Pasáron por Córdoba el año de mil y quinientos y

qua-

quarenta y seis, con ostentacion correspondiente á su grandeza, los Condes de Feria Don Pedro Fernandez de Córdoba y Figueroa, y Doña Ana Ponce de Leon, Señora de estremada virtud y religion, que ha de ocupar adelante gran parte de nuestra historia. Iban á vivir á Zafra, villa principal del Estado de Feria: tenian gran amor y estima del Venerable Maestro Avila: habia predicado una Quaresma en Montilla, y con la experiencia que sentian en sus almas de sus sermones y trato, con acuerdo del cielo le enviáron á pedir se fuese con ellos la Quaresma de aquel año á predicar á Zafra: vino en obedecerlos, sin embargo de la mucha contradiccion que le hacian sus discípulos por la falta que habia de hacer en Córdoba ó en otra poblacion grande del Andalucía: determinó su jornada, que tan lucidos efectos tuvo.

Aposentáronle los Condes en casa de un Sacerdote honrado, donde guardó tan gran recogimiento, que aun en tiempos de calores excesivos no salia un punto de su aposento á tomar un poco el fresco y respirar un rato, aunque se lo rogaba mucho el huésped. Contábalo despues con admiracion muchos dias.

Con los sermones y comunicacion del Venerable Maestro crecian los Condes en religion y virtud, á que diéron principio con una confesion general, que ambos hiciéron con él. Exemplo de los Señores, no so-

lamente mueve á los criados, fuerza impele. Toda aquella familia hizo notable trueque en las costumbres, rara mudanza en la vida: hiciéron confesiones generales, freqüentaban Sacramentos con devocion y afecto, en particular las mugeres, en quien con mayor facilidad entra la devocion y persevera. Tres veces en la semana tenian exercicios de penitencia en una sala particular para ello; y con tan gran rigor, que estaban las paredes salpicadas de sangre mas de vara en alto. Tenian señalados sus ratos de oracion: de las raciones que les daban, contentándose con una parte moderada, daban lo restante de limosna.

Fué señalada entre otras la mudanza de vida de María de Saavedra, persona principal (usábanse entónces pocos dones, aun en personas nobles): dexó las galas, que eran muchas: púsose unas tocas largas, mortificacion no pequeña en pocos años: acompañó siempre á la Condesa de Feria por gozar de la doctrina y direccion del santo Maestro Avila, con quien se confesó el tiempo que residió en Montilla: vivió con notable exemplo: fué estimada de los Señores de aquella casa por su mucha virtud: murió en ella santamente.

Perseveró, pues, el santo Maestro en esta villa por la gran devocion que estos Señores le tenian, y por ver quan rendidos estaban á su parecer, y consen-

jo en todo lo que tocaba al gobierno de su Estado y de sus almas; y no por esto dexaba de predicar todos los domingos y fiestas. Y aquí procuró que se enseñase la doctrina á los niños; porque en todos los lugares que podia ponia en esto gran cuidado; y así lo encomendaba á sus discípulos quando los enviaba á algunos lugares á predicar y confesar. Y en este mismo tiempo leia una leccion de la Epístola canónica de San Juan Evangelista en la Iglesia del monasterio de Santa Catalina; y á esta leccion, entre otros oyentes, acudian la Marquesa de Priego y Condesa de Feria su nuera, la qual iba mas alegre á oir esta leccion, que si fuera á todas las fiestas del mundo.

Logró copiosamente la Condesa la residencia en Zafra del Venerable Maestro: aprovechó grandemente con la doctrina de este siervo de Dios; y así platicaba muchas veces con ella en las confesiones y fuera de ellas, dándole todos los documentos y avisos que se requieren para una vida perfecta. De modo, que en el estado de casada ya la encaminaba nuestro Señor á la perfeccion de vida, que pensaba tener de Monja, si nuestro Señor dispusiese de la vida del Conde ántes de la suya, como lo amenazaban sus continuas enfermedades.

Discurrió predicando por otras partes de Estremadura. En Fregenal predicó otra Quaresma con gran

fruto, confesando á quantos á él llegaban. Viniendo á fundar en esta villa un Colegio los Religiosos de la Compañía de Jesus, halláron grandes memorias de la predicacion de este apostólico varon y dos Sacerdotes exemplares, que siempre le oian los sermones de rodillas, y una opinion asentada en aquel pueblo de la virtud del Venerable Maestro, á quien llamaban Santo.

Tuvo el Venerable Maestro Avila en esta predicacion algunos sucesos dignos de saberse. Habiendo predicado en un lugar de Estremadura, volviendo á la tarde á Zafra, y en su compañía un hombre de á pie, divisáron de léjos quatro hombres: dixo el mozo: Padre, este camino no está seguro de ladrones: volvámonos al lugar, que aquellos hombres me parecen muy bellacamente. El Venerable Maestro le dixo: Hermano, no tema, confie en Dios: prosigamos el camino. En llegando al puerto donde estaban los quatro hombres, metiéron mano á las espadas, diciendo: Paren; venga la bolsa. Al punto, sin acabar de desenvaynar, quedáron yertos, temblando, sin poder moverse. Viéndolos así el santo Maestro, les dixo: Hermanos, ¿qué han menester? Ellos dexando las espadas, se hincáron de rodillas, y le pidiéron perdon de su acometimiento diciendo, que yendo á desenvaynar les dió un temblor y temor tan grande, que se halláron impedidos de sus movimientos. El santo

Maestro les dixo: Gloria sea á Dios nuestro Señor. Exhortóles mucho á que dexasen aquella mala vida, y se volviesen á Dios, y confesásen: prometiéron la enmienda. Prosiguió su camino el santo Maestro, salvo y seguro, dando gracias á Dios.

Estando en Zafra el Venerable Maestro salió á predicar un dia á un lugar de la comarca: volviéndose á la noche, á media legua del lugar de donde habia salido, oyéron él y un mozo que llevaba, en una cañada cerca del camino, unas voces lastimeras, suspiros y quejas dolorosas: dixo al mozo se llegase á ver lo que era: á poca distancia vió algunos bultos, al parecer como hombres enlutados, que con grandes demostraciones de dolor se lamentaban. Preguntóles la causa; respondiéron: ¿Para qué lo preguntais, pues vais en compañía de Avililla, que con el sermon que hoy predicó en el lugar donde salisteis nos ha quitado muchas almas que teníamos por esclavas? El buen hombre se volvió atemorizado y temblando: díxole el Venerale Maestro: Tenga ánimo, hermano, confie en Dios, que es todopoderoso, y va con nosotros, y no hay que temer.

El sentimiento del demonio de ver sacar las presas de las manos, que tenia por suyas, no fué solo en el suceso pasado. Cierto caballero mal entretenido con una deuda suya, con no pequeño escándalo, de

oir un sermon del Venerable Maestro se halló tan trocado y resuelto de mudar vida, y no ofender mas á Dios, que luego salió del sermon, fué á su casa, y sin pararse á comer se encerró en una sala; y herido de un vehemente dolor de sus pecados, revolvia en la memoria las ofensas que habia hecho á Dios, disponiéndose para irse á confesar con el santo Maestro Avila. Estando todo en estas amarguras y propósitos, entró en la sala un hombre de buena disposicion, con apariencias que iba á tratar un negocio de importancia: á pocos lances introduxo en la plática la persona del Venerable Maestro Avila: el caballero comenzó á decir grandes alabanzas de su doctrina y santidad, y de la eficacia que tenian sus palabras para encaminar almas al cielo. El hidalgo introducido dixo: Mucho me admira que un hombre tan entendido como vuesa merced se haya persuadido á creer esta santidad fingida de este hipócrita engañador. Añadió otras razones de este porte para divertirle del propósito; pero el buen caballero tenia tan embebido en su ánimo el impulso del Espíritu Santo, comunicado por la doctrina del gran siervo de Dios, que con ella conoció la falsedad que le queria persuadir. Al punto se levantó, y dixo: Váyase de mi casa, que á mí no se me ha de hablar de esa manera. Prosiguió santiguándose diciendo: Jesus, Jesus mil veces,

vál-

válgame Jesucristo, ¡qué haya hombre que tal diga! En medio de esta admiracion sonó un ruido como de un viento, que sopla recio en algun humero, y dió un golpe muy grande á la puerta de la sala todo en un punto. Quedó el caballero solo, conoció que era el demonio, con que tuvo por mas cierta su vocacion, y cobró mas esfuerzo para proseguir su intento. Fuese luego á dar cuenta al santo Maestro Avila de lo que habia pasado: él le aconsejó cómo habia de haberse en semejantes tentaciones, aunque no fuesen tan manifiestas. Dióle el modo de disponer para la confesion que hizo con el Venerable Maestro, y una maravillosa mudanza de costumbres, y acabó su vida con grandes muestras de santidad.

Otro caballero en Córdoba, discípulo del Venerable Maestro Avila, y de los mas aprovechados con su doctrina, estando un dia revolviendo en la memoria los santos consejos que el Venerable Maestro le habia dado, y las mercedes que nuestro Señor le habia hecho por haberlos admitido y executado, vió entrar por la pieza donde estaba un jumento de desmesurada grandeza, negro y muy lanudo; y apénas le vió quando le pareció que le habian metido una mano en la boca, y tirado tan recio hácia una oreja, que sintiendo gran dolor, le pareció le habian arrancado la quixada: acudió con su mano al socorro

de

de la parte ofendida, y diciendo: ¡ay Jesus! súbitamente desapareció la bestia, y quedó sin género de lesion. Fué el buen discípulo al Venerable Maestro: contóle lo que le habia pasado, de quien recibió doctrina tan conveniente, que nunca mas fué molestado con semejantes inquietudes y tentaciones.

El sentimiento de este enemigo con los discípulos, se mostró con mayor furor con el Maestro. Fué declarada la enemistad y persecuciones que los demonios le hiciéron, así atormentándole muchas veces por apartarle de sus santos exercicios, y otras valiéndose para sus trazas de hombres perversos y desalmados, para perturbarle é inquietarle en su espíritu y en el zelo y aprovechamiento de las almas; pero el santo varon, como valeroso Capitan, salia de todas las ocasiones vencedor, y no cesaba de noche y dia de acudir á la salvacion y provecho de las almas, y que el Señor fuese honrado y glorificado en todo.

CAPITULO XVII.

SU PREDICACION EN ECIJA.

No fué menor el fruto de la predicacion de este Apóstol santo en Ecija que en las otras partes. El tiempo que llegó á esta ciudad, como á las demas, ha

si-

sido dificultoso averiguarse despues de tantos años; y quando pudiéramos ajustarlo, no era la importancia mucha, como ni las veces que estuvo en cada parte; porque en las ciudades que dexamos escrito que predicó, no fué una sola, sino muchas veces, corriendo ya á una y otra parte, volviendo adonde habia estado primero, cómo entendia era mayor servicio de Dios y provecho de las almas; sí bien ha parecido juntar los sucesos de un lugar por mayor claridad, y evitar la confusion que resultara de escribir cada cosa en su tiempo quando fuera posible: esto advierto, porque algunos de los sucesos que hemos de escribir en Ecija, precediéron á muchas de las cosas que dexamos vistas: en tanta obscuridad hemos escogido el método que haga ménos molestos los discursos. La verdad hemos procurado ajustar en todo sin atender á tiempos.

Habiendo en esta ciudad subido un dia á predicar, ántes de comenzar el sermon ni santiguarse, asió el rostro del púlpito con las manos, tentando si estaba firme; y pareciéndole que no, hizo que le asegurasen, y dixo: Algun fruto se ha de hacer hoy, y el demonio lo quiere impedir. En el discurso del sermon, explicando un lugar de San Pablo (en que tenia la excelencia que diximos), se encendió con tan gran fuerza y espíritu, que muchas personas del auditorio le viéron salir centellas de fuego de la boca, y conocié-

ciéron á las personas á quien habian tocado, y les viéron desde aquel dia en adelante tan gran mudanza y trueco de vida, que fué una semejanza de la conversion de San Pablo; y una de las personas dicen fué Doña Sancha Carrillo, con que quedó como marcada para la mudanza que despues verémos.

Sucedió en esta ciudad un caso raro: predicó el Evangelio con la obra, que es la mas eficaz eloqüencia. Llegó á Ecija un Comisario á predicar la Bula de la Cruzada: mandó, como es costumbre, no se predicase aquel dia en que habia de hacer la publicacion. Fuéron algunas personas graves, devotos suyos, al Venerable Maestro Avila, y le pidiéron no dexase de predicar el sermon que tenia echado, que ellos sacarian beneplácito del Comisario. Descuidáronse de hacerlo. Habiendo publicado la Bula con su sermon ordinario, supo que en una Iglesia estaba predicando un Clérigo: partió colérico; y en baxándose del púlpito el Venerable Maestro Avila, le dixo: Ha sido muy grande atrevimiento predicar hoy, habiendo yo mandado lo contrario. Y sin esperar respuesta, alzó la mano, y le dió una bofetada en el venerable rostro. El con grande humildad se hincó al punto de rodillas, y con la mansedumbre de un cordero y admirable paciencia volvió el rostro diciendo: Empareje estotra mexilla, que mas merezco por mis pecados;

Acudió al caso la gente, que con clamor y sentimiento advirtiéron al Comisario lo que habia hecho. El sabiendo á quien habia injuriado (mejor dixera herido, que el varon justo sabe convertir la injuria en gloria), se arrojó en el suelo, pidió perdon al Venerable Maestro: él le alzó y abrazó con rostro alegre y risueño: besóle la mano, y le perdonó, diciendo, que mas merecia por sus pecados.

Una de las almas aventajadas que tuvo en aquel siglo la doctrina del Venerable Maestro Avila fué Doña Leonor de Inestrosa, muger de Tello de Aguilar, ambos de la mayor nobleza de Ecija. Posaba en su casa el Venerable Maestro Avila las veces que estuvo en esta ciudad, y pagóles colmadamente el hospedage. Cumplióse en ella lo que el Salvador promete en su Evangelio, que si en la casa donde fueren recibidos sus discípulos hubiere algun hijo de paz, descansará sobre él la paz; esto es, será partícipe de los bienes y gracias que iban á comunicar al mundo. Fué rara la devocion de esta Señora á la pasion de Cristo nuestro Señor, y así se firmaba algunas veces Leonor del Costado, por el tierno amor que tenia á esta rosa hermosísima, de donde se le comunicáron tantos bienes. Era muy temerosa de su conciencia; y aunque era lenguage suyo muy usado que nuestro Señor la amaba; dudaba ella de su amor para con él; y así el Ve-

ne-

nerable Maestro la escribió muchas cartas para templar estos demasiados temores, y esforzar su confianza: entre otras anda una al fin del primer tomo del Epistolario, muy eficaz para esforzar personas desmayadas y desconfiadas. Comulgaba con mucha devocion, y decia muy discretamente, que el dia de la comunion tenia gran reverencia á su pecho por haber recibido en él á tan gran Magestad. Muriósele una hija de once á doce años al medio dia: tratáron de enterrarla aquella tarde, rezelando la pena que como madre recibiria teniendo el cuerpo difunto de la hija toda aquella noche en casa: el Padre Fray Luis de Granada, que en esta ocasion estaba en Ecija, le dixo lo que pensaban hacer y el motivo; ella le respondió: Padre, ¿por qué tengo yo de rehusar de tener toda la noche un cuerpo santo en mi casa, como lo es el de esta niña? Despues le dixo que fué tan grande la consolacion que su alma recibió considerando que aquella niña iba á gozar de Dios, que con ningunas palabras lo podia explicar, y que recibia gran pena con las visitas de algunas Señoras que venian á consolarla, porque le impedian algun tanto el gusto de aquella grande y verdadera consolacion, en la qual quisiera estar ocupada noche y dia. Tan grande era la conformidad de su voluntad con la divina; y así la premió nuestro Señor, pues la ocasion de mas tierno

no dolor la convirtió en consuelo.

No es de menor admiracion otro suceso. Estando Doña Leonor de parto no se halló presente el Venerable Maestro Avila, que en estas ocasiones la acudia, como huésped agradecido, con el favor de sus oraciones. Viéndose desamparada de este socorro, presentóse con el espíritu á nuestro Señor con una profundísima humildad; y aquel Señor, que sabe agradecer el hospedage que se hace á sus siervos, asistió en lugar del santo huésped, y en el punto del mayor dolor que se siente en los partos, ninguno sintió, porque el Señor, por su especial providencia y amor que tenia á esta sierva suya, dispensó con ella en la pena en que estan sentenciadas todas las mugeres en sus partos.

Y con ser tantas las virtudes de esta alma tan favorecida de Dios, no quiso su Magestad que saliese de esta vida sin una gran corona de paciencia; porque cinco años ántes que falleciese le nació un cancro en el pecho, que todo este tiempo iba siempre labrando poco á poco con un humor tan maligno, que la carcomia hasta los mismos huesos del pecho, y en llegando al corazon, le acabó la vida. De esta manera visita nuestro Señor algunas veces á sus grandes siervos: de esta manera favorece á sus escogidos: págales grandes servicios, dándoles ocasion de una

lar-

larga paciencia, para darles despues una gloriosa corona; mas es de ordinario á personas que tienen virtud y gracia para poder con la carga.

CAPITULO XVIII.

PROSIGUEN SUCESOS DE ECIJA, Y SUMARIO DE LA CONVERSION DE DOÑA SANCHA CARRILLO.

Hizo ilustre la asistencia en Ecija del santo Maestro Avila la reduccion á mas acertada vida de Doña Sancha Carrillo, hija de Don Luis Fernandez de Córdoba, y Doña Luisa de Aguilar, Señores de Guadalcázar, hoy Marqueses. Juntó en ella la naturaleza grande hermosura y discrecion rara, y quantas partes hacen á una muger perfecta: llegábanse á esto el brio que dan nobleza y riquezas quando acompañan superiores prendas, el talle, la bizarría y la gala conforme á sus pensamientos, que se reducian todos á lo que aconsejan pocos años, lucir, valer, alcanzar un aventajado casamiento, gozar los intereses que los nobles y ricos logran comunmente en este estado. Estaba recibida por dama de la Emperatriz Doña Isabel en el palacio de Cárlos Quinto: materia de levantados designios: todo era tratar de galas, joyas, vestidos, y prevenir la jornada, sin perdonar á gastos,

que

que muchas veces arrastran á los deudos.

Predicaba á esta sazon en Ecija, donde vivian los padres de Doña Sancha, el santo Maestro Avila, con aquel fervor y espíritu que hemos visto: seguíanle Don Pedro de Córdoba, hermano de Doña Sancha, Sacerdote de exemplar vida y costumbres: deseaba mucho ver en su hermana mas recogidos pensamientos: dolíase de su olvido de las cosas del cielo: persuadíala se confesase con el Venerable Maestro Avila, que como con pasagero podia franquear sin empacho su conciencia. Valióse de las oraciones del Venerable Maestro Avila, á quien sabia deberse las reducciones de muchas almas, tanto como á sus sermones. Dióle cuenta de los designios de Doña Sancha y de sus deudos, del estado de sus cosas, del divertimiento de su edad, que atiende poco á lo que mas importa. Pidióle la encomendase á Dios de veras: encargóse el santo varon de este negocio, y alcanzó de Dios la maravillosa reduccion de Doña Sancha.

Persuadióla al fin Don Pedro á que se confesase con el Venerable Maestro: aplazó el dia, prometiéndose de aquellas vistas y oraciones un gran suceso. Partió Doña Sancha de su casa, acompañada de sus criados, con la gala y bizarría que si saliera á casarse, con mas satisfaccion de su hermosura que dolor de sus pecados. Esperaba el santo Maestro Avila en la Iglesia

sia

sia de Santa María (buen presagio de sus dichas): recibióla con agrado y suavidad: oyóla con paciencia: tratóla con mansedumbre; y en habiendo acabado su confesion, comenzó áquella eloqüencia milagrosa y admirable eficacia que Dios puso en sus palabras con gran blandura á descubrirla los caminos de Dios y su servicio, la hermosura de la virtud, sus premios, la felicidad de quien la busca: representóla vivamente los riesgos, los peligros del siglo, la vanidad de sus bienes, si así merecen llamarse los que solamente tienen unas apariencias vanas. » Lastímame, Señora (le decia), ver tantas partes como nuestro Señor ha puesto en su persona, de nobleza, entendimiento y hermosura, dedicadas al mundo, á un tirano que paga servicios con olvidos, y despues de largos años de seguir sus fueros corresponde con baldones. Otra cosa dan de lo que prometen los palacios. ¡O quántas vidas consumen con largas esperanzas, que dilatadas atormentan, cumplidas no satisfacen! ¡Quántos servicios aun con advertirse no se pagan! ¡O si supiera lo que es la vida de los palacios, los disgustos, las rencillas, la emulacion, las contiendas, las competencias y envidias! Alimentan la soberbia las galas: los adornos, la vanidad y el fausto es el cebo de los pensamientos: pásanse los años mejores de la vida en esperanzas inciertas. ¡O si supiera lo

» que

» que es esperar un casamiento que arrebata el pensa-
» miento dia y noche, pendiendo de quien no le da
» cuidado alguno! Y quando todo suceda al pedir de su
» deseo, ¿qué hallará al fin de la vida mas de haber
» perdido el tiempo que la ha dado Dios para negociar
» y alcanzar su salvacion? ¿Qué olvido es este, Señora,
» de lo que tanto la importa? La vanidad está apo-
» derada de su corazon, ¿cómo ha de entrar en él
» Cristo? ¿A pedirle perdon viene con un manto tras-
» parente, arrastrando los ojos de quantos hay en la
» Iglesia? Eso delinquir es, no arrepentirse. ¿Dice con
» el dolor de los pecados tanta gala, tanta joya, tan-
» tos vestidos ricos, tantas guarniciones? ¿Qué lágri-
» mas ha vertido? ¿El tiempo de pensar las ofensas
» que contra Dios ha cometido ha gastado en adere-
» zar el rostro? ¡Donoso arrepentimiento! ¡buena dis-
» posicion para llegarse á este Sacramento! Duélale su
» perdicion: errados lleva sus pasos: mire no paren
» en el infierno, como temo. Alumbre Dios, por quien
» es, su entendimiento para que sepa á quien se de-
» be dar toda. Tuerza, Señora, el camino: mire que
» la espera Cristo con los brazos abiertos, dulce Es-
» poso, que con diferente amor y caricias de los que
» lleva el mundo la tratará miéntras viviere, y des-
» pues le gozará en su gloria. Anímese, que por el tra-
» bajo breve le esperan premios eternos en compañía
» de

„ de innumerables vírgenes, que no estan arrepenti-
„ das de haber servido á este Señor con limpieza de
„ alma y cuerpo. Breve es todo lo presente, ó sea
„ próspero ó adverso: aquel bien busque, Señora,
„ que el mal tema que ha de durar eternamente."

Estas ó semejantes palabras le decía el gran Ministro de Dios, tan abrasado en su amor como deseoso que se abrasase su penitente. Las razones salian tan abrasadas del incendio de su pecho, que pusiéron fuego en el de la doncella, tan eficaz y fuerte, que desde que comenzó él á hablar, comenzó ella á resolverse en lágrimas tan copiosas que regaban el suelo. Sintió el santo Maestro la mano del Altísimo, y que su grácia iba obrando eficazmente en el alma de Doña Sancha, dándole una luz extraordinaria con una vocacion muy rara: decíalo el semblante y ademanes: calló, dexó obrar al poderoso á trastornar corazones: levantóse de sus pies casi sin aliento, atravesada de un penetrante dolor de no haber ántes conocido á Dios, y de haberle ofendido; y sin hablarle palabra echó el manto hasta los pechos, y dando profundos gemidos, volvió á su casa bien diferente de la que habia venido. Entróse en un retrete, estuvo allí todo el dia llorando amargamente sus pecados, condenando la vanidad de su vida, su olvido de Dios y de sus beneficios. Su comida aquel dia fué dolor, las lágri-

mas su bebida, y arrojada á los pies de Cristo le pedia misericordia que la admitiese por suya, recibiese su dolor y sus deseos, y dispusiese los ánimos de los suyos para que no le estorbasen sus intentos. Resolvióse con un firme propósito de servir á Dios toda su vida, y de no admitir ni aun pensar en otro esposo. Despojóse á toda priesa de sus galas: deshizo los tocados: arrojó de sí las joyas: lavó con lágrimas el rostro: cortó el cabello: cubrió la cabeza de unas tocas bastas, el cuerpo con una saya negra llana y sin guarnicion, para que entendiesen sus padres y parientes la firmeza de su propósito, habiendo condenado al siglo con el vestido.

En este trage humilde con un semblante modesto, muerto el brio juvenil, desfallecida de fuerzas salió á la noche de su aposento, y como otra Demetrias se puso en presencia de sus padres y hermanos: quedáron todos atónitos con espectáculo tan raro y novedad tan estraña: concurriéron los deudos, y admirados todos á porfia procuráron divertirla de su intento, multiplicando razones, representando inconvenientes que traen resoluciones grandes executadas aceleradamente. Estuvo de mármol á sus ruegos, de bronce á sus persuasiones: satisfízoles, aplacóles con una constancia mas que humana. Quisiera retirarse á un monasterio donde acabar sus dias, sin memoria de

lo

lo que habia sido: sintiéndolo sus padres así, del acuerdo del Venerable Maestro Avila tomáron una pequeña casita que estaba pegada á la suya, acomodáronla dos aposentos y un oratorio y un patio: diéronle puerta á su casa, y cerráron la de la calle.

CAPITULO XIX.

NUEVA VIDA Y VIRTUDES DE DOÑA SANCHA CARRILLO.

Encerróse Doña Sancha en este retiramiento, tan muerta á todo lo humano, que no pudo hacerla estorbo la cercanía de la casa de sus padres: no admitió en su compañía doncella ó dueña que la sirviese, para hallarse mas libre y poder dar á Dios todas las horas. Retirada vivió toda la vida desde el dia que se consagró á Dios hasta que partió á gozarle al cielo. Tuvo la soledad por deleyte, y como otra Asela, en medio de la ciudad halló la soledad de los Monges: encerrada en esta celda gozaba de las anchuras del paraiso. Amaba á sus padres y sus deudos, mas sin dexarse ver de ellos. Consagróse á Dios con voto de perpetua virginidad, y guardóla en cuerpo y alma con pureza de ángel: hizo preciosa su virginidad con la santidad de sus costumbres, que correspondiéron á la grandeza de su propósito. Aspiró á la perfeccion in-

 ce-

cesablemente con el aliento y ardor que comenzó el dia que mudó de pensamientos. Comenzó con áspera penitencia á quebrantar la lozanía de diez y ocho ó veinte años: afligia con extraordinarios ayunos el cuerpo, de suyo flaco y delicado. Los manjares viles y groseros, las naranjas esprimidas, los manojos ó deshechos de las yerbas que arrojaban al muladar, recogia por una puerta secreta, y eran su mas regalado plato, á vista de las viandas preciosas de la mesa de sus padres. Era un corcho su cama, las almohadas unos libros, de que se ayudaba para la meditacion ordinaria: el sueño muy poco y á deseo: las disciplinas cruelísimas, bañadas en sangre, y muy freqüentes. Su camisa un silicio nudoso desde el cuello á los pies: sobre él una túnica basta, ceñida con unas cintas de cardas, tan apretadamente, que penetraban hasta la carne, y la herian sin piedad. No vistió jamas lienzo, ni usó de otro refrigerio, multiplicando asperezas, acosando su cuerpo delicado y tierno, de su natural criado en tanto regalo. Halláronle, quando la componian para la sepultura, carpido cruelmente por la parte que la ceñian las cardas, de manera que le entraba un grueso de un dedo por lo lastimado de la cintura.

Puso su principal cuidado en la guarda del corazon: aprisionóle dentro de su pecho con las leyes di-

vi-

vinas, sin dexar que supiese mas caminos que el del cielo, ni sus pies que el de la Iglesia. Fué la guarda de los sentidos rigurosa, en particular los ojos: traíalos tan compuestos y humildes, que mostraban bien la pureza de su alma. En los templos, adonde solo eran sus salidas, no los apartaba del altar ó imágenes sagradas; en su retiramiento cerrados, porque no hiciesen estorbo en la ocupacion del alma, ó levantados al cielo, fixos en aquel Señor á quien amaba. Puso igual cuidado en los oidos y lengua, atendiendo vivamente que por estas puertas no entrase cosa que pudiese amancillar su pureza.

Dábale nuestro Señor grandes alientos, y animaba á proseguir vida tan penitente. Estando una vez comiendo sintió un entrañable deseo de sentir algo de lo mucho que Cristo nuestro Señor por ella habia padecido: súbitamente se le apareció el Señor con su cruz á cuestas, cubierto de sudor, pero con un semblante blando y amoroso, que regalaba en mirarle. Arrojóse ella á sus pies, y díxole: Señor, dadme vuestra cruz, y ayudaroshe yo á llevarla. Miró á el Señor con ojos muy regalados y amorosos, y respondióla: No doy yo mi cruz á los perezosos; y desapareció. Quedó regalada con el favor, y herida con la respuesta, y animóse á proseguir su camino por las amarguras de la cruz.

Fué

Fué estremada su caridad para con Dios: amó á los próximos como á hijos de este Señor, y queridos de su Padre: costóle este amor la vida, como adelante veremos. Su fe fué heroyca: la estima de los santos Sacramentos y veneracion admirable: sus fiestas eran quando se publicaban indulgencias, viendo franquear la sangre de Jesucristo. La devocion al Santísimo Sacramento no hay lengua que la explique. Comulgando gozó de inestimables favores. Vió muchas veces á Cristo crucificado en la hostia, diciéndola dulces y amorosísimas palabras. Yendo á comulgar un dia al convento de San Agustin, que estaba entónces distante de la ciudad algun trecho, hallóse cansadísima con el sol, que era muy fuerte, y grande su flaqueza: quiso volverse del camino, vió con los ojos interiores del alma á Cristo nuestro Señor á modo de caminante, los pies descalzos, cubierto el rostro de sudor de sangre: miróla con amorosísima y dulce vista, y la dixo: Hija, no me cansé yo de buscarte hasta la cruz, y di mi vida por tí; ¿y tú te cansas de buscarme á mí viviendo? Con estas tiernas palabras se animó y llegó al convento tan descansada como si hubiera ido en palmas. Recibió á su Dios sacramentado, y levantando los ojos á mirarle, le parecia que todo era un inmenso fuego, que abrasaba el mundo con amor.

No la diéron estimacion de sí tantas misericordias,

dias, porque su humildad fué rara, y grande la luz para conocer las manos de donde le venian las riquezas, y la miseria y pobreza propia: desconoció ser noble, solo se conoció mortal: su trato fué muy suave y discreto: sus palabras encendidas en el amor de Dios, que ardia en el pecho.

Su oracion y contemplacion fué altísima, enagenándose del uso de los sentidos, engolfándose en el mar inmenso de las divinas misericordias: recibiólas grandísimas, en especial los dias de la Encarnacion, Nacimiento de Cristo, misterios de la Semana Santa y Santísima Trinidad. Y quando oia hablar del amor de Dios, con qualesquier palabras brotaba el fuego. Era su ordinario manjar la meditacion de la vida y muerte de Cristo bien nuestro: representáronsele con superior luz muchos de estos misterios con notables efectos en su alma. Sentia muchas veces en pies y manos dolores tan intensos que no podia moverse.

Las batallas y luchas con los demonios fuéron continuas y crueles: no tiene pieza el infierno que no disparase contra la fortaleza de esta vírgen: no ardid, no traza que no se executase; pero siempre en vano. Acometióle un dia el espíritu de la fornicacion, soplando aquel fuego infernal con que hace arder las piedras con tal furia, que ardia en vivas llamas: esperó el demonio tener una gran victoria, y rendir la

inexpugnable fortaleza: tal fué el asalto del enemigo: peleaba la valerosa vírgen con todas las armas que en estas ocasiones tenia usadas: ruegos, consideraciones, lágrimas, clamar al cielo: estábase en su mayor fuerza el combate: acordándose de lo que muchos Santos habian hecho en semejantes aprietos, movida de un impulso superior se arrojó desnuda en un tinajon de agua muy fria, que estaba en el patio de su quarto; detúvose allí largo espacio: aseguró la entereza de su alma con gran menoscabo de su cuerpo. Huyó avergonzado el infierno: cantáron los Angeles la victoria: quedó á la Iglesia este exemplo por este glorioso triunfo: por tan ilustre vencimiento la privilegió nuestro Señor para no ser mas molestada en esta parte: premio debido á tan heroyca hazaña.

No se dió por rendido el enemigo, porque en tropas venian los demonios á espantarla y acosarla con horribles y formidables figuras, usando de varios engaños y fingimientos: andaba á brazos partidos con los espíritus malignos: vivia trabajadísima. Contólo Don Pedro de Córdoba, su hermano, al Venerable Maestro Avila: él dixo misa sobre una cruz, y enviósela, con que sintió grande alivio. En tan reñidas batallas tuvo favorable á Dios, que la defendió con su poder y amor de Padre; y á los Angeles santos, que como los imitó en la pureza, tuvo asegurado su

ni fa-

favor, en particular el de su Guarda, con quien tuvo entrañable devocion: igual á las ánimas del purgatorio, á quien favoreció mucho. Tuvo freqüentes visitas de personas difuntas, pidiéndole socorro en sus terribles penas.

El don de profecía y visiones divinas fuéron muchas: las que tocan á nuestro Venerable Padre fuéron, que quando predicaba veia sobre su cabeza un lucero de maravillosa claridad y hermosura, y que salian de su boca vivos rayos de luz, y iban á parar á las orejas de los oyentes; y quando oia misa veia en su cabeza muchos resplandores; y quando volvia al pueblo á decir *Dominus vobiscum*, salian de su boca rayos resplandecientes; como al contrario, en dos Sacerdotes vió lastimeras señales de su mal estado.

El rigor de tan áspera penitencia, las vigilias tan continuas, las luchas y encuentros con los demonios, la hambre y sed, los continuos martirios con que atormentaba su cuerpo fuéron causa de gravísimas y perpetuas enfermedades: padecia muchas fiebres, graves dolores, ordinarios desmayos, unos ardores interiores que consumian las carnes y la abrasaban, sin que se sintiese afuera. Crecian los males con los remedios, que como eran tan extraordinarios, mas hacian los médicos experiencias, que aplicasen medicinas. Favorecíala nuestro Señor en estas enfermedades con nota-

bles favores. Estando un dia apretada oyó de léjos una capilla de dulcísimas voces: fuéronse acercando: entráron en su aposento gran número de vírgenes; y cantándola, cercáron la cama: la Reyna de los Angeles María Señora nuestra se puso á su cabecera: repartió una de sus damas velas á todas, y prosiguiéron la música: al paso que las voces regalaban su alma, se partiéron huyendo los males del cuerpo fatigado: fuéron despues saliendo, mirándola con unos rostros risueños, haciéndola con las cabezas señas que se fuese en su compañía. La Vírgen Santísima la mostró mayor cariño, con una hermosa y extraordinaria luz, con cuya comparacion la del sol dixo le parecia obscura: quedó con esta visita buena: levantóse de la cama como si no hubiera tenido mal alguno.

El último año de su vida se agraváron sus enfermedades: arrojáronla en la cama, desfallecida de fuerzas: padecia continuos desmayos: veníanle sudores de un humor tan fuerte, que abrasaban la ropa de la cama, de manera que quando la levantaban se hacia pedazos: el olor muy molesto, y como de sepultura de parroquia: llegaba á tanto la fuerza del mal humor, que con las manos sacaba las muelas de la boca, y se le deshacian entre ellas. Su paciencia fué heroyca: á dos causas atribuyéron su temprana muerte. Amenazó un año estéril al Andalucía, y la falta de

aguas obraba ya lastimosísimos efectos: en especial en los pobres se temian mayores: ofreció á Dios su vida por su remedio: el año fué muy fértil, y á Doña Sancha se agraváron sus enfermedades, en especial despues de aquel hecho heroyco, quando con el agua helada atajó en el cuerpo que el fuego no pasase al alma. Uno de los accidentes de su mal era un frio tan grande, que cargándola quanta ropa podia sufrir, no podia entrar en calor. Favorecida de Dios con haberla avisado un año ántes que muriese de su dia último, habiendo recibido una gran ilustracion del cielo, en que con especial luz se descubriéron los misterios de nuestra redencion, recibidos los santos Sacramentos, purificada aquella alma santa en tan continuos crisoles, abrasada en unas ansias ardientes de ver y gozar de Dios, partió á poseerle eternamente á los veinte y quatro años y medio de su edad, con los méritos de una ancianidad de siglos.

Habia pedido á nuestro Señor la hiciese merced de que fuese ella arrastrada por Cristo: sucedió que llevando el santo cuerpo de Guadalcázar á Córdoba á depositarle en el convento de San Francisco, cuya capilla mayor es entierro de los Señores de esta casa, acompañándola el Venerable Maestro Avila, que hasta este último oficio le quiso ser buen Padre, al entrar en la ciudad se espantáron las acémilas: diéron á correr

rer

rer con ímpetu: descolgóse el ataud, quedando colgado por la parte de los pies: desclavóse la tabla de la parte superior, y salió por allá la cabeza de la difunta: fué arrastrando por las calles hasta la puerta del convento, donde paráron las acémilas, no guiadas ni detenidas por hombre: halláron el cuerpo sin lesion, sonroseado el rostro, y los labios de risa, sin que el cuerpo y cabeza hubiese recibido ofensa alguna. Maravilloso es Dios en sus Santos.

Este es, cristiano lector, un mal formado resúmen de la vida de esta esposa de Cristo. Entre otros favores que la hizo Dios fué darle por Cronista al Padre Martin de Roa, de la Compañía de Jesus, que con grave y elegante estilo escribió las virtudes de esta vírgen, gran exemplo en la Iglesia de lo mucho que importa que en el tribunal santo de la confesion usen los Confesores de la entereza que pide su oficio: una gala profana reprehendida con brio dió al cielo á Doña Sancha. Decia ella á su Maestro santo (como lo refiere el Padre Fray Luis en su vida) despues con mucho donayre, haciendo memoria de lo que pasó aquel dia: ¡Quál me parastes aquel manto! Porque haciendo de su parte lo que deben, estará muy presente la luz divina, que concurre pronta á nuestro aprovechamiento.

Si me he alargado fuera del intento, sobre haber

que-

quedado corto, respeto del gran sugeto, sea disculpa de todo la devocion de esta vírgen; y para los que no alcanzaren el docto original, tengan siquiera esta noticia, y se muevan á buscarle y leerle.

A esta esposa de Cristo escribió el Venerable Maestro Avila el libro de oro del *Audi filia:* es muy acomodado al estado virginal: estimábale ella tanto, que le llamaba mi tesoro: de este libro se hará larga mencion adelante.

CAPITULO XX.

PREDICACION DEL VENERABLE MAESTRO AVILA EN BAEZA, Y SUCESOS DE ESTA CIUDAD.

Baeza, ciudad noble en el Obispado de Jaen, fué sumamente dichosa por la predicacion de este apostólico varon. Hallóla una selva de malezas: convirtióla en un vergel amenísimo; y donde ántes nacian ortigas y cambroneras, diéron fragrante olor lirios y rosas; y por el cardo espinoso floreciéron la oliva de la paz y otros árboles fructíferos.

Ardíase la ciudad quando vino á predicar el Venerable Maestro Avila con unos antiguos bandos entre dos linages nobles, que dividian la demas gente de lustre en dos parcialidades, que cada qual seguia á

su

su cabeza: el vulgo era el teatro á quien se representaba la tragedia, afligido con escándalos, insultos, muertes y derramamientos de sangre. Intentó varias veces el poder del Rey prudente aplacar estas que llamaban comunidades; mas fué en vano, porque si bien á vista de los Jueces se cubrian las brasas con una ligera capa de ceniza, con qualquier ocasion leve saltaban las centellas, quedando en los corazones las raices de los odios implacables. Dolíase gravemente el varon santo de la perdicion de tantas almas, y que fuese hereditario el pecado, y como anexo al vivir. Resolvióse de estar en Baeza muy de asiento, y poner todas sus fuerzas por remediar tantos males, y ya en sermones y pláticas particulares, rogando á unos, exhortando á otros, instando oportuna y importunamente, consiguió lo que tanto deseaba; porque dió nuestro Señor tal fuerza y gracia á sus palabras, que allanó estas parcialidades: dexáron de todo punto los bandos, haciéndose todos del bando de Cristo: tratáron de su salvacion; y de una Babilonia de confusion, convirtió á esta ciudad en una Jerusalen de paz y union; y lo que no habia podido hasta entónces acabar el brazo y poder del Rey, lo consiguió un humilde Sacerdote. Hubo despues particulares llamamientos de caballeros y personas principales, y de otra gente del pueblo, verificándose en este caso el lugar de los Pro-

Profetas Isaías y Jeremías: *Spiritus robustorum quasi turbo impellens parietem, & quasi malleus conterens lapidem.* Porque verdaderamente la palabra de Dios en la boca de este gran siervo suyo, á do quiera que predicase, era fuego que encendia los corazones, y martillo que quebrantaba la dureza de muchos que estaban obstinadísimos.

Sucedió una cosa digna de admiracion, que en la casa donde se hacian las juntas y fomentaban los odios, se fundó un Colegio, que fué como casa de una reformada Religion; y donde se cometian tantos y tan enormes pecados, se han hecho á Dios grandes servicios, y nacido increibles bienes, lo qual pasó de esta manera.

La fama de la santidad y predicacion apostólica del santo y Venerable Maestro ocupaba ya el orbe cristiano: no se estrechaba en los límites de la Andalucía: llegó á Roma, donde le llamaban el Apóstol español. Residia en esta corte el Doctor Rodrigo Lopez, Capellan y Familiar de Paulo Tercero, Pontífice Romano: habia comenzado á fundar en Baeza un Colegio donde se enseñasen niños á escribir y contar, la doctrina y costumbres cristianas, de que habia notable falta, con designio de fundar un Colegio en que se leyese Latinidad, Artes y Teología: y teniendo noticia de las grandes partes, virtud, letras y santidad

del

del Venerable Maestro Juan de Avila, quiso valerse de su industria para executar su intento, á lo que parece con espíritu del cielo. Así obtuvo del Pontífice Bula de ereccion de Universidad, con facultad de graduar en Artes y Teología: propuso á su Santidad la persona del Venerable Maestro Avila por Patron y Administrador de las escuelas, por estas palabras que vienen en la Bula: *Joannem de Avila, Clericum Cordubensem, Magistrum in Theologia, & verbi Dei Prædicatorem insignem.* Así le llamáron treinta años ántes que muriese.

Estaba en este tiempo el Obispado de Jaen y toda el Andalucía muy falta de Escuelas y Colegios donde se enseñasen letras: algunos ricos pasaban á Castilla: los pobres padecian grande mengua de estudios y enseñanza: malográbanse excelentes ingenios: resultaba en los pueblos ignorancia de las cosas sagradas por defecto de obreros que enseñasen doctrina y buenas costumbres; y así se encargó gustosamente de esta empresa, y puso el hombro con esforzado vigor á la fundacion de estos estudios, de donde se prometia el reparo de estos daños: asistia al edificio, que salió muy vistoso y capaz en las casas que diximos.

Fué su intento no solo que se criasen hombres de letras, sino tambien de virtud; pues las Escuelas eran solo para formar Eclesiásticos, Curas de almas

y

y Clérigos exemplares. Así hizo que las constituciones mirasen á este fin, y que los mozos comenzasen desde luego á industriarse en costumbres eclesiásticas, pues se criaban para Ministros de Dios, para enseñar su palabra y predicar al pueblo el camino de la virtud; y que habian de tener desde sus tiernos años embebido en sus entrañas el espíritu evangélico; porque mal puede uno ser maestro en el arte que nunca fué discípulo. Prohibióles todo género de galas, sedas, instrumentos músicos, juegos que no fueren moderados y modestos, los paseos de las calles, ir á las ferias los tiempos que se hacen en Baeza, salir de noche, y ordenóles otras cosas que forman un hombre concertado y modesto.

Y porque importa poco acumular leyes no poniendo medios para que se executen, traxo el santo Maestro Avila por piedras fundamentales de este edificio á los venerables Padres los Doctores Bernardino de Carleval y Diego Perez de Valdivia, varones verdaderamente apostólicos, discípulos suyos, insignes en letras y virtudes (sus acciones y sucesos tienen su lugar mas adelante): basta decir en este que vivian como unos reformados Religiosos, habitaban en las mismas Escuelas, cada qual en su aposento sin servicio de mugeres. Su trage modestísimo: unas sotanas y manteos de paño moderado: en casa unas ropas de paño ve-

llorí partido, de quien dicen las tomáron los Religiosos de la Compañía de Jesus, dexando las negras que traian de Italia. Fuéron estos insignes Doctores espejos de virtudes y santidad, á quien sucediéron otros de que haremos mencion mas adelante. No trataban de aumentos temporales, rentas ó dignidades eclesiásticas, ni salir á grandes puestos: sacrificáronse á Dios, y á criar aquella juventud en el temor santo de Dios y costumbres cristianas y eclesiásticas: leian Teología Escolástica y Positiva (de Artes traxo otros Maestros): predicaban en la ciudad todas las fiestas: confesaban y guiaban en el espíritu á muchas almas: hiciéron executar puntualmente las constituciones que hizo el Venerable Maestro Juan de Avila, único arquitecto de esta fábrica. Tratáron el negocio de la predicacion y salvacion de las almas apostólicamente, á imitacion de su gran Maestro. Los domingos por la tarde salia la Universidad cantando la doctrina por las calles: predicaban en la plaza estos santos Catedráticos. En tiempos de vacaciones, ó si la necesidad lo pedia, salian á misiones por los lugares comarcanos, de que resultaban innumerables bienes; en especial diéron raro exemplo en materias de honestidad y recato.

El modo de vivir los estudiantes es mas de religiosos que de seglares: todos los dias, ántes de entrar en leccion, oyen misa: los viérnes tienen plática de

la

la doctrina cristiana, y otros exercicios de penitencia. Todos los meses confiesa y comulga toda la Escuela, y los sábados acuden al hospital á servir y hacer las camas á los pobres: hacen los Maestros pláticas continuas, en que exhortan á las virtudes y gran desprecio de las cosas humanas. No admitian á persona al grado de Maestro sin que por algunos dias hubiese salido á misiones por los lugares á enseñar la doctrina cristiana; y así se decia que en aquel tiempo la Escuela de Baeza parecia mas convento de Religiosos muy perfectos que congregacion de estudiantes. Habiendo en años pasados entrado un Religioso grave de la Compañía de Jesus en estas Escuelas, y discurrido largamente con los Doctores y Maestros que hay ahora de aquellos Doctores apostólicos, que con vida, exemplo y predicacion evangélica, y con zelo del bien comun ayudáron la salvacion de tantas almas, les dixo al despedirse las palabras de Isaías: *Respicite ad petram undè excisi estis.* El Padre Andres Scoto, de la Compañía de Jesus, en su Biblioteca Hispana hace honorífica mencion de las Escuelas de Baeza como de un gran ornamento de estos Reynos.

La utilidad de estas Escuelas ha sido grande: el Obispado de Jaen es de los mas ilustres de España: las letras muchas, la Clerecía docta y virtuosa. Han gobernado las Iglesias hombres insignes en erudicion

y

y santidad, hijos todos de estos Estudios.

Mas la ciudad de Baeza, que ha estado mas cerca de la fuente y ha gozado del riego de tan apostólica doctrina, ha dado frutos copiosísimos. Antes de la venida del santo Maestro Avila y sus discípulos se ignoraba el camino del espíritu: era un lugar profano, divertido, lleno de escándalos y muertes; mas el trabajo de estos santos varones y de los que han sucedido ha sido tan lucido, que no ha habido estado que no haya mejorado de costumbres: los Sacerdotes exemplares, grandes siervos de Dios; y un Clérigo de Baeza se conoce en toda España en la modestia, moderacion del trage, compostura y gravedad de costumbres. Fuéron muchas las doncellas que consagráron á Dios sus cuerpos; y en los conventos de Religiosas se renovó el espíritu, y en todo género de estados ha habido personas de gran virtud. Y no hay ciudad en España que haya gozado de mas varones santos y apostólicos, que hayan enseñado mas sólida doctrina; y con haber mas de ochenta años que predicó el Venerable Maestro Avila y sus discípulos, permanecen hoy en dia discípulos de sus discípulos, que conservan el espíritu de este gran Maestro. Es comun sentimiento de hombres cuerdos que han conocido estas Escuelas, que por la intercesion del santo Maestro Avila ha hecho Dios singularísimas mercedes, y casi mila-

gro-

grosas á esta Universidad; porque verdaderamente han llegado y conservádose en gran perfeccion de virtud y letras, y gozado siempre de lucidísimos sugetos: de algunos se hará mencion mas adelante: aquí solo del Doctor Panduro, consumado Teólogo y varon de gran santidad: pudo él solo con sus virtudes y letras hacer insigne esta Universidad y darle nombre. Tiénese por cierto está su cuerpo entero, fácil de creer á los que conociéron la entereza de su vida y exemplo de sus costumbres.

CAPITULO XXI.

DE LO MUCHO QUE PROCURÓ QUE SE FUNDASEN COLEGIOS Y SEMINARIOS EN QUE SE CRIASE LA JUVENTUD.

Desde los principios de la predicacion del santo Maestro Avila reconoció que la quiebra de las costumbres cristianas y rotura de los vicios procedia del corto conocimiento que se tiene comunmente de las cosas de la fe y obligaciones del Cristiano; y que el único remedio de que se podia esperar mas asegurados bienes era la abundancia de doctrina para enseñar los niños, formar la juventud en costumbres cristianas, criar Clérigos virtuosos; mas veia la falta que habia en esto, y los pocos medios que se descubrian para re-

me-

mediar tan grandes daños; y así solia decir con grandes ansias: Tengo de morir con este deseo. Así herido de este zelo verdaderamente apostólico, desde que comenzó á predicar en Sevilla dió órden á las Escuelas de los niños y predicar en las plazas. Era su exercicio continuo enseñar á los rudos y los niños: ministerio que continuáron sus discípulos en toda la provincia del Andalucía. Enseñaban públicamente la doctrina cristiana, acudiendo á las Escuelas, procurando que prendiese en aquella nueva tierra la dichosa semilla del santo temor de Dios: cuidado primero de los Prelados eclesiásticos y de todos los que tienen cura de almas. Solia decir el santo varon que ganando los corazones de los niños en la tierna edad, se ganaban las repúblicas, que por ellos venian despues á ser gobernadas, y depender de ellos el estado del pueblo; y que comenzando bien, comunmente perseveraban; y así cuidó siempre que hubiese Maestros que acudiesen á este ministerio y encaminasen la juventud con santa y verdadera doctrina.

Entre estos cuidados executados por muchos años por el santo varon y sus discípulos con un zelo apostólico y maravillosos efectos, levantó Dios en su Iglesia el instituto santo de los Padres de la Compañía de Jesus, tan conforme á lo que el apostólico varon deseaba: quando llegó á su noticia se alegró grandemen-

mente su espíritu, viendo que lo que él no podia hacer sino por poco tiempo, y con muchas quiebras, habia nuestro Señor proveido quien lo hubiese ordenado tan perfectamente, y con perpetua estabilidad y firmeza.

De aqueste mismo zelo procedió el gran cuidado que puso el santo Maestro Avila en que se erigiesen Colegios y Seminarios donde se criase la juventud, y se formasen hombres de letras y espíritu, que pudiesen ser Maestros y Ministros de tan importante enseñanza. Tuvo este por tan proporcionado medio de su intento y obra tan agradable á Dios, que estando enfermo en Priego el Conde de Feria Don Pedro Fernandez de Córdoba, de quien haremos larga mencion mas adelante, deseando la Condesa asegurar su salud, preguntó al Venerable Maestro Avila, ¿qué obra haria mas agradable á nuestro Señor para pedir en retorno y alcanzar de su Magestad lo que deseaba? Respondióle que fundar un Seminario donde se criasen niños y los enseñasen la doctrina cristiana, letras y virtud: erigióse con título de Colegio: asisten Rector y Maestros á la crianza de la niñez, enseñando á leer y escribir, y con las primeras letras el gusto de la virtud y amor á la cristiandad. Este dotó la Marquesa de Priego con renta bastante para empresa tan necesaria, y levantó un buen edificio y capaz á es-

este propósito, arrimado á la Iglesia de San Nicasio, para que á sombra é intercesiones del Santo, como Patron del lugar, creciesen aquellas nuevas plantas en la enseñanza cristiana.

Mas la obra en esta parte mas digna de admiracion, y que debiera imitarse en todas partes, son las Escuelas de niños de la ciudad de Baeza, gobernadas desde sus principios por la prudencia y cuidado de este celestial varon. Llegó en un tiempo á haber mil niños: de ordinario pasan de quinientos de la ciudad y comarca, divididos en diferentes clases, que rigen siete Maestros, y les enseñan desde conocer las letras, á leer, escribir, contar y latinidad hasta estar capaces de oir facultad mayor: pónese el principal cuidado en que sepan la doctrina y obligaciones cristianas. De estas Escuelas pasan á las mayores, donde se leen Artes y Teología, todo de gracia; de manera que desde poner en las manos á un niño la cartilla hasta subir al púlpito ó ponerse en el altar, no les cuesta á sus padres un real solo; y muchos lugares del Obispado de Jaen gozan de este beneficio, enviando los padres á Baeza á sus hijos: socorro grande para la gente pobre. Gastan media hora por la mañana, otra media por la tarde en enseñar la doctrina cristiana, con que crian á toda aquella niñez y juventud en santas y loables costumbres. Ha sido grande la utilidad de es-

estas Escuelas por la buena crianza de estas nuevas plantas, que crecen felizmente con el riego de la sana doctrina que les enseñan.

Para esto puso el santo varon un Rector y Preceptores, hombre de gran virtud y exemplar vida, imitadores de su zelo.

Gobernó estas Escuelas muchos años el venerable varon el Padre Fray Francisco, indigno Descalzo Carmelita. Crióse en Baeza en sus primeros años al lado de los Doctores Bernardino de Carleval y Diego Perez, discípulos todos del Venerable Maestro Avila: andaba en hábito clerical: fué un raro exemplo de todas las virtudes: salia á predicar á las plazas: enseñaba por las calles la doctrina; y con no haber estudiado, por la grandeza del espíritu que hervia en su corazon, alentado con la doctrina del Venerable Maestro Avila, su Maestro, decia excelentes cosas con admiracion de todos, por ventura con mas fruto que las grandes eloqüencias: sobre qualqüier capítulo del *Contemptus mundi* (teníale bien estudiado y practicado) discurria largo tiempo con gran edificacion y admirable doctrina. De estas Escuelas sacó Dios á este santo varon para la Universidad insigne donde se enseñan todas las virtudes, la perfeccion evangélica en su mayor rigor, la verdadera santidad de vida, á la sagrada Religion, digo, de los Padres Descalzos

Carmelitas: aquí tomáron nuevos quilates sus virtudes. Descansa su venerable cuerpo en el convento de San Hermenegildo de esta villa de Madrid, en la capilla de la Santa Madre Teresa, en una decente urna, á que hace correspondencia otro Francisco, igualmente docto en las escuelas del cielo, el Hermano Francisco del Niño Jesus, cuya admirable caridad con los pobres, sinceridad prudente, insigne humildad, y otras virtudes, le hacen digno compañero del indigno en el santo hábito que vistiéron en la decente colocacion de sus reliquías en el lugar que tienen en el cielo.

Fué tambien Rector de estas Escuelas el devoto varon Pedro Sanchez, digno discípulo del Venerable Maestro Avila: fué hombre de gran oracion y silencio: no hablaba sino preguntado, ni respondia si no era lo necesario, estando siempre en perpetuo recogimiento interior, en particular las noches de Navidad: permanecia inmoble todo el tiempo que duraban los oficios, con ser hombre que pasaba de ochenta años. Resplandeció en la pobreza de espíritu: no llevaba la renta por entero, contento con lo que bastase á su sustento. Fué rara su caridad con los menesterosos: en años faltos recogia los niños pobres que hallaba desamparados: cuidaba de su abrigo y sustento. Fué admirable su paciencia en las injurias: murió con opinion de Santo, y por tal le res-

pe-

peta hoy el Clero y pueblo de Baeza.

Otro Colegio ó Escuelas de niños, al tenor de estas, fundó el santo varon en la ciudad de Ubeda por medio del Padre Diego de Guzman, de la Compañía de Jesus, su discípulo, que hoy permanecen con igual utilidad.

Por consejo del santo Maestro Avila fundó en Montilla la Marquesa de Priego Doña Catalina el Colegio de la Compañía de Jesus: tiene tambien Escuelas donde crian los niños desde los cinco años: enséñase lo mismo que en Baeza: procuran que desde los tiernos años freqüenten los Sacramentos: han resultado en esta villa y su comarca innumerables bienes: han sido causa que haya habido en Montilla doctos y virtuosos Sacerdotes, y algunos sugetos han salido insignes en letras y santidad.

Ya dexamos escrito como en Córdoba el Obispo Don Cristóbal de Roxas, á instancia del Venerable Maestro Avila, ordenó allí un Colegio de Clérigos virtuosos, para que de allí saliesen á predicar por todo aquel Obispado.

En esta misma ciudad, de su consejo, se fundó el Seminario de San Pelayo, donde se reciben mancebos virtuosos pobres de todo aquel Obispado: susténtanlos siete años hasta que acaben sus estudios en las clases de la Compañía de Jesus donde se leen

Ar-

Artes y Teología. Los dias de fiesta del año asisten con sobrepellices á los divinos Oficios en el coro de la Catedral. Críase esta juventud en virtud y letras: salen excelentes Curas de almas y Ministros del culto divino.

Lo mismo pasó en Granada, donde á instancia del santo Maestro Avila se hizo un Colegio de Clérigos recogidos para servicio del Arzobispado, y otro de niños para enseñarles la doctrina cristiana.

En algunas partes, como en Córdoba, hizo se leyesen Artes y Teología, y él proveyó de Lectores de los discípulos que tenia; y duró esto hasta que los Padres de la Compañía de Jesus fundáron allí un Colegio, los quales sucediéron en este oficio.

Finalmente, quantos Colegios se fundáron en su tiempo en toda el Andalucía, así de la Compañía de Jesus, como otros, en todo tuvo parte la diligencia, el cuidado, el consejo y el zelo de este apostólico varon, que tuvo por sólido fundamento para el aprovechamiento espiritual de los fieles y aumento de la disciplina cristiana estos minerales ricos, que con aguas de saludable doctrina y buen exemplo riegan los planteles de la Iglesia.

CA-

CAPITULO XXII.

SU PREDICACION Y ASISTENCIA EN MONTILLA.

Montilla, ántes noble villa, y ya ciudad, en el Marquesado de Priego, es estancia de sus Marqueses, dichosa por las muchas veces que gozó de la doctrina del Venerable Maestro Avila, y haber sido su morada los últimos años de su vida, y poseer hoy el tesoro de su cuerpo.

Predicó á los principios una Quaresma con gran fervor y aprovechamiento de las almas: hiciéronse mas de quinientas confesiones generales, no por via de jubileo, sino por la impresion que habian hecho las palabras de este siervo de Dios en los corazones de las gentes.

La comunicacion y buena correspondencia con los Señores de esta nobilísima casa, comenzó muy de los principios de su predicacion, y continuóse con una amistad muy agradable, no sin gran bien de los Marqueses, y envidia (si así puede llamarse) de otros Señores del Andalucía, viendo que los Marqueses de Priego tuviesen en esta villa tal prenda; y justamente, porque fuéron grandes las medras que se siguiéron de esta asistencia. Fué rara la cristiandad, la re-

li-

ligion, la bondad de estos Señores; y de verdad pudo llamarse feliz aquel Estado por haber residido en él tan de asiento el Venerable Maestro Avila, como tocarémos en otras partes. Las veces que vino á Montilla, ántes de vivir de asiento, fuéron muchas en todo el discurso de su vida.

Sus enfermedades, y lo mas cierto el acudir á la direccion y magisterio de la Condesa de Feria, le avecindáron, como hemos dicho, en Montilla: dispusiéronle los Marqueses una casa moderada cerca de la suya, no léjos del convento de Santa Clara.

Su modo de vida y de distribuir el tiempo era este: levantábase á las tres de la mañana (dando lugar la salud): el primer pensamiento que ocupaba su corazon era el haber de recibir aquel gran huésped, que es adorado de Angeles, Rey suyo, y hermano nuestro: rezaba con este pensamiento sus horas. Comenzaba luego su oracion: duraba dos horas largas (como despues diremos): esto quando predicaba y andaba cercado de negocios; mas por el tiempo que vivió en Montilla, quando le molestáron sus enfermedades, y no predicaba tanto, fué mucho mas dilatada, porque el tiempo del estudio le añadia á la oracion. Gran parte de la oracion de la mañana daba á las consideraciones, que le dispusiesen para decir bien misa (algunas pondremos en el tercero libro en capítulo particular, que

tra-

trata de esto). Decia misa tan larga y tan devota, como veremos en su lugar. Daba gracias una hora por lo ménos: despues rezaba parte de las horas que faltaban, siempre con gran devocion y pausa: leia alguna cosa devota, de manera que toda la mañana la llevaba Dios enteramente hasta las dos de la tarde, sin que en todo este tiempo atendiese á otra cosa, ni admitiese negocio, por importante que fuese. Rezaba las vísperas y completas á su hora con un poco de oracion, acordándose de aquel Señor, que aquel dia habia sido su huésped: desde las dos á las seis daba audiencia á los que venian á hablarle: era siempre en negocios de importancia y materias espirituales: del concurso que habia y consuelo de los que le trataban hay discursos particulares adelante. Respondia algunas tardes á cartas: salia caida la tarde (esta era su recreacion) á visitar y consolar enfermos, y otras personas afligidas que le habian menester para consuelo de sus almas: no olvidaba á los presos de la cárcel, que en él tuviéron padre: acudiólos por su persona y por sus discípulos amorosa y cuidadosamente: los últimos años, por la falta de la vista, le llevaban de la mano. Desde las seis de la tarde hasta las diez de la noche se tornaba á recoger, volvia á la oracion dos horas por lo ménos en tiempos de ocupaciones: estudiaba despues, quando aquellas cesáron, y el estudio que obli-

ga-

gaba á predicar: casi la noche toda daba á la oracion, en que gastó casi el último tercio de su vida. Allí el pensar en la muerte, en el juicio de Dios, haciendo cuenta que estaba delante de él, y el cuerpo echado en la sepultura, entraba el exámen riguroso de sus obras: consideraba sus defectos y raices de las pasiones para que fuese fundado el edificio: consideraba los beneficios divinos, la cuenta que habia de dar de sus talentos: eran sus vigilias continuas y largas, llenas de dolores y gemidos por los pecádos del mundo: los juéves y viérnes en la noche habia particulares exercicios, que en su lugar veremos: la intencion, fervor y modo de obrar en todas estas cosas eran de un varon perfectísimo: es materia de diferentes capítulos. Esta es la vida de un verdadero y perfecto Sacerdote, que trata de cumplir su vocacion exâctamente, y lo que pide su estado. Esta distribucion de tiempo se colige de lo que escribe el Padre Fray Luis de Granâda en la segunda parte de la vida tratando de la oracion, y de una carta que escribió el Venerable Maestro á un Sacerdote: comienza: » Pues que por la gracia de Je» sucristo;" en que le ordena cómo ha de distribuir el tiempo, sacada de sus exercicios y modo de vivir: es cierto no habia de aconsejar varon tan santo lo que él no hacia; ántes se acomodó con las fuerzas del sugeto á quien aconsejaba, desiguales á la robustez de

su

su virtud. Estas eran las ocupaciones ordinarias.

Predicaba muchas veces: oyóle siempre aquel pueblo, en especial los últimos años, con notable afecto y copiosos auditorios. El dia que predicaba no se oia otra cosa en la villa sino: El Maestro Avila predica. No le faltó hombre de importancia, y siempre con mucho gusto. Predicó un dia en el convento de Santa Clara, y por no caber la gente en la Iglesia, se quedó en el patio mucha parte, entre ellos un Gentilhombre del Marques, que fué por la tarde á visitar al Venerable Maestro, y le dixo: Dos horas y media predicó V. Reverencia hoy, y me pesó quando se acabó el sermon, porque me parecia que entónces comenzaba. Tal modo y gracia de decir tenia, que sus palabras, aunque fuesen de reprehension, iban envueltas en amor, caridad y zelo de el aprovechamiento de las almas; y así le oian con notable afecto.

El fruto que hizo en Montilla con tan larga asistencia no es posible escribirse. Los eclesiásticos en particular mejoráron sus vidas. Hubo Clérigos en este tiempo exemplarísimos, en lo restante de el pueblo gran reformacion de costumbres. De lo mucho que obró en Montilla es materia gran parte del tercero libro, que trata de sus virtudes; porque como estuvo tan de asiento en esta villa, y los últimos años de su vida, en que se acrisolan las virtudes de los Santos,

fué raro el exemplo que dió de todas. Pasemos á su mayor hazaña.

CAPITULO XXIII.

SUMARIO DE LA VIDA DE DOÑA ANA PONCE DE LEON, CONDESA DE FERIA, Y LA MUCHA PARTE QUE EL VENERABLE MAESTRO TUVO EN SUS VIRTUDES.

La obra que, mediante la divina gracia, mas descubrió la grandeza del espíritu del santo Maestro Avila, el primor y acierto de su magisterio, fué la virtud y santidad de Doña Ana Ponce de Leon, Condesa de Feria, hija primogénita de la enseñanza y direccion de este Venerable varon. Pudo decir con Séneca á su Lucilo, cuya virtud atribuia el Filósofo á sus cartas: *Assero te mihi, meum opus es:* Atribúyome tu virtud, obra eres mia. En esta proporcion es cosa cierta que el ser espiritual de esta santa Señora se debe en muy gran parte á la doctrina y documentos de este gran siervo de Dios; porque desde sus primeros años hasta que nuestro Señor la levantó á tan heroyco grado de virtudes, la encamináron siempre los documentos y avisos de este excelente Maestro.

Fué Doña Ana Ponce de Leon hija primogénita de Don Rodrigo Ponce de Leon, Duque de Arcos,

y Doña María Giron, hija del Conde de Ureña, nobleza de las mayores de España: excedióla la de su rara virtud. Huérfana á los tres años de su edad, se encargó de su crianza la Duquesa Doña Mencía su tia, muger de Don Pedro Giron, Conde de Ureña, exemplo del valor y piedad cristiana.

Las virtudes de la primera edad de la Condesa eran unos presagios de lo que en la mayor se aumentarian: llamábanla por su mansedumbre la Cordera. Comenzó á ser misericordiosa ántes que pudiera saber qué era misericordia. Sus ventanas eran las tribunas, sus vistas el Santísimo Sacramento, á quien desde su niñez fué por estremo devota. Era en hermosura y gentileza un ángel; mas acompañada de tan rara honestidad, que componia á quantos la miraban. El cuerpecito inocente preservaba de pecados con la penitencia, con que recibió de Dios en este tiempo tiernos y dulces favores.

Quisiera de buena gana conservar el estado virginal; mas sus deudos la obligáron á admitir el matrimonio. Casó con Don Pedro Fernandez de Córdoba y Figueroa, hijo de Don Lorenzo Suarez de Figueroa, Conde de Feria, y Doña Catalina Fernandez de Córdoba, Marquesa de Priego, Señor de excelentes virtudes, digno solo de tan rica prenda. De Osuna la traxéron á Montilla el año de quinientos y quaren-

ren-

renta y cinco con alegría y estima universal de sus vasallos, que aumentáron conociendo sus virtudes. Estando un dia en el pasadizo, que de la casa de los Marqueses va al convento de Santa Clara, la pidió un pobre limosna: quitóse de la mano la sortija de su desposorio, y arrojósela: admiróse ánimo tan generoso. Fué este hecho como prenda de lo mucho que dió despues á los pobres: quebrantaba los collares de oro: hacia piezas las gargantillas y joyas para venderlas, sin que fuesen conocidas, para el sustento de los miserables: pudo decirse de esta gran Señora lo que de Santa Marcela, nobilísima Romana, refiere el gran Padre de la Iglesia San Gerónimo. Repudió el oro, hasta el anillo del sello, guardándolo en los vientres de los necesitados, ántes que en los talegos y los cofres.

En el capítulo de la predicacion de Zafra dexamos escrito como estos Príncipes lleváron á esta villa al Venerable Maestro Avila año de mil y quinientos y quarenta y seis, y como confesáron con él generalmente. Recibiólo desde este tiempo la Condesa por Maestro, veneróle por Santo, reconoció sus heroycas virtudes, y que por sus oraciones y avisos le habia de hacer nuestro Señor muchas mercedes, y ya por este tiempo las recibia muy grandes y sobrenaturales y admirables sentimientos; mas con grande humildad

y

y reconocimiento de su flaqueza, no dando á cosa ninguna crédito sin haberla comunicado y tenido aprobacion del Venerable Maestro Avila, á quien nuestro Señor habia dado gran luz y gracia para discernir espíritus y encaminar almas á la vida espiritual.

Escribió los sentimientos y favores que nuestro Señor la hizo por este tiempo: hallaránse en el libro que de su vida escribió el Padre Martin de Roa, de la Compañía de Jesus. Remitiólos á su Confesor el Venerable Maestro Avila: viólos, y al pie puso estas palabras: » Heme consolado con este quadernico, y toda la doctrina de él es verdadera, y toda merced de » nuestro Señor, y debe ser muy agradecida, leída y » obrada." Aconsejóla el santo Maestro que quando entrase á rezar en su oratorio, hincase las rodillas, y pidiese á Dios limosna con el corazon: hízolo así, y libróla su Magestad de una tentacion que le afligia contra la fe.

Habiendo tenido, entre otros que allí cuenta, un gran sentimiento del misterio de la Encarnacion, en que se le representó vivamente el amor, la bondad, la sabiduría y largueza de Dios, y deseo de la salvacion de los hombres, dándonos á su Hijo por Redentor, y sus amorosísimas y dulcísimas entrañas para con nosotros; espantada preguntó al Venerable Maestro Avila: ¿Cómo es posible irse hombre al infierno te-

nien-

niendo Dios tanta misericordia? Respondió el Venerable Maestro: „Que porque eran los hombres ma-„los y pecaban, y no se querian arrepentir ni tomar „el remedio que Dios les habia dado en los Sacra-„mentos." Mas adelante dice estas palabras:

„Mostróme nuestro Señor que tuviese mas re-„cogimiento, y envióme al Maestro Avila que me lo „enseñase y mostrase de la manera que habia de an-„dar el ánima encerrada en su corazon, y morir á „todos los amores del mundo." Y en otro papel dice:

„Mostróme que á los grandes y fuertes salva „Dios por otros caminos de mas trabajos, y con los „chicos se comunica, porque esto es su condicion, „tratar con los pequeños; y para esto se hizo hom-„bre: y mostróme que uno de estos era el Venerable „Maestro Avila, puesto de rodillas ánte él con gran „reverencia, pidiéndole para sí muchos trabajos."

Despues de grandes favores, por una faltilla bien ligera, que calificada por nuestro docto Maestro Avila no llegó á mas que á pecado venial, se le ausentó el Señor, escondió su dulcísimo semblante por un año, pasó una gran tempestad y sequedad interior, no sintiendo en los exercicios santos la dulzura y visitacion antigua; mas aun en la mayor ausencia acudió con mayor fervor á sus exercicios, oraciones y penitencia, recibiendo á tercero y quarto dia el Santísimo Sacra-

cramento hasta que volvió la misma serenidad.

Comenzó nuestro Señor á labrar á la Condesa con trabajos, que son las mejoras de los hijos mas queridos: llevóle la mayor prenda de su casa, quitándole al primogénito que le habia dado, heredero de su nombre y de su Estado: en esta ocasion la escribió una carta el santo Maestro Avila, que guardó toda su vida para su consuelo; díxole así: „ Si nues„ tro Señor hiciere Rey en el cielo al que de sus en„ trañas salió, dele gracias, y envíele con él muy cor„ diales encomiendas, y téngale allá en prendas, que „ ella no dará su amor á otro sino al Señor; y mire „ bien qué merced hace el Señor á esa criatura, que „ al primer abrir de ojos se halle viendo á Dios, y „ gozándole para siempre."

Poco despues enfermó el Conde por tres años continuos con accidentes penosísimos: sirvióle la Condesa con gran puntualidad dias y noches, sin desnudarse en tan largo tiempo, mostrando las finezas del verdadero amor que debe tener una casada, sin reparar en los antojos de un señor enfermo, en los ascos, las quejas y destemples: cuidaba mucho de la salvacion del Conde, y para este fin hizo venir á Priego, donde á la sazon se hallaban, al Venerable Maestro Avila, único consuelo suyo y luz de todo su Estado.

Iba disponiendo nuestro Señor á la Condesa para

la muerte del Conde su marido con grandes sentimientos del valor de los trabajos, y padecer por Dios. Pidióle nuestro Señor que le ofreciese al Conde, á quien tenia un excesivo amor: hízolo, y fué tanto el dolor que sintió en darlo, que (como ella dixo al Venerable Maestro Avila) le pareció que se le habia arrancado el corazon, y sacádosele por la boca: no quiere Dios á los suyos insensibles; sujetos sí, y resignados y conformes.

La enfermedad del Conde fué agravándose, y lo penoso de los accidentes daba nuevas ciertas de su breve vida. Acosábanle unos vómitos con una flaqueza del estómago notable. Dió órden la Condesa le traxesen el Viático, y teniéndole en el oratorio de frente de la cama, le dixo: Señor, ¡si supiésedes lo que os tengo! Allí está el Santísimo Sacramento á haceros compañía en este camino. Despidióse la Condesa: llegó en esto el Venerable Maestro Avila, y dixo al Conde: Comulgar quiero á V. S. Respondióle: Si como su Magestad ha dado quietud á mi alma, se sirviese de dar sosiego á mi estómago, y detener mis vómitos, solo este consuelo me falta para esta jornada. No tema V. S. (replicó el santo Maestro) que quien de buena gana perdona sus ofensas, tambien suspenderá el castigo de ellas, que son las enfermedades. Yo comulgaré á V. S., y me quedaré aquí á acompañarle.

Co-

Comulgóle, quedó con muy grande sosiego: quietósele el estómago por las oraciones del Venerable Maestro Avila: reconociólo el Conde de manera que al punto con un criado envió á decir á la Condesa: Decidle que el Maestro Avila me ha curado el alma y el cuerpo.

El dia siguiente fué el último de la vida del enfermo: acompañóle hasta el postrer trance el buen amigo y Maestro, asistiéndole en aquella hora, de donde pende la eternidad de gloria ó pena. El llanto de los criados al espirar del Conde, diéron nueva á la Condesa de la muerte: levantóse de donde estaba retirada, y á largo paso fué á entrar adonde estaba el cuerpo; mas atajóla en el camino el Venerable Maestro Avila, á quien preguntó ella: ¿Cómo queda el Conde? Llevaba en la mano el Crucifixo con que le ayudó á morir; y alargándose, le dixo: Este es el Conde de V. S., que ya no tiene otro. Reportóse, y con un rendimiento grande á la voluntad divina, recibió el Cristo que le daba el Maestro en lugar del Conde; y abrazada con él, se recogió á su tribuna, donde en los brazos de su nuevo esposo templaba el dolor de la ausencia del primero.

CAPITULO XXIV.

PROSIGUE LA MATERIA DEL CAPITULO PASADO.

Fué el dolor de la Condesa en esta pérdida tan grande (que hablando de ella el muy Reverendo Padre Fray Luis de Granada, que se halló á la sazon en Priego), afirma fué la mayor que vió en su vida. Mereció el Conde qualquier demostracion de sentimiento: fué Señor de raro valor, entendimiento y virtud: gobernóle el santo Maestro Avila, como su Confesor, algunos años: estimó el Conde con notable veneracion y respeto á su Maestro.

Templaba este acerbísimo dolor la Condesa con la presencia de Cristo nuestro Señor crucificado, sin exceder los límites que pide una cordura cristiana. Acabadas las exêquias del Conde, pasó de Priego á Montilla, villa principal del Estado; y por no estar sin cabeza á quien obedecer en una edad tan florida como de veinte y quatro años, con parecer del santo Maestro Avila (que nunca fué de opinion que Confesores aceptasen obediencias de mugeres), dió la obediencia á la Marquesa su suegra, en quien resplandeció un alarde de las virtudes cristianas, una de las mas queridas y aprovechadas hijas del Venerable Maestro

tro Avila, y que mas gozó de su doctrina y consejos por su asistencia en Montilla en tantos años.

Los cuidados de la Condesa en este tiempo eran, como desembarazada del antiguo estado, entregarse mas libremente á Cristo, ser santa en el cuerpo y en el alma, guardando eternamente el grado de continencia que tuvo los últimos tres años de casada. Trataba con el Venerable Maestro Avila encerrarse en algun monasterio, aunque sin obligacion y título de Monja: estado desigual á sus fuerzas, quebrantadas con enfermedades suyas y del Conde. Recogíase algunos dias en el convento de Santa Clara, de la Orden de San Francisco, donde se entregaba á la oracion largas horas: consolaba su soledad nuestro Señor con amorosas visitas. Pensaba un dia como le habia llevado Dios las prendas que mas queria: vínosele á la memoria el hijo primogénito como primero amor. Estando en este pensamiento aparecióseie el niño, y con grande alegría y orgullo le dixo: Madre, vengo muy de priesa á verla, porque me quiero volver luego al cielo. Desaparecióse al punto: quedó por una parte alegre de ver á su hijo glorioso, triste por otra de haber sido tan breve la visita. Sacrificó á Dios su contento: ofrecióle de nuevo al hijo que ya le tenia dado; pagóle nuestro Señor este servicio, porque estando el dia del Corpus en su tribuna en Santa Clara, entró

la procesion del Santísimo Sacramento, de quien fué por estremo devota; y poniendo los ojos en la hostia sagrada, y la fe en Cristo que venia en ella, oyó que de allí le decia: Con mi cuerpo y sangre te he sustentado la vida del alma, y con ellos te he mantenido: ábreme tu corazon, que quiero entrarme á descansar en él. Dixo al Venerable Maestro Avila que le pareció que venia Cristo hácia su alma: *Saliens in montibus, & transiliens colles.* Y sintióse llena de particular dulzura, y mas estrechamente unida por amor y soberana contemplacion con el mismo Señor. Dió cuenta, como solia, al Venerable Maestro Avila; y preguntóle, ¿qué queria significar nuestro Señor en aquella manera de venir á su alma? Respondióle el Venerable Maestro que era como salvar sus culpas, y disimular sus imperfecciones para llegar á unirse con su alma. Preguntóle ¿cómo abriria su corazon á Dios para que en él descansase? Y ordenóle por particulares razones que en ella concurrian, sin nota de otras, que comulgase cada dia, que hasta entónces no habia dado esta licencia, sí bien tan santa casada: hízolo así hasta lo último de su vida.

Las grandes virtudes de la Condesa la fuéron disponiendo para mayores favores de Dios: el mayor fué escogerla por esposa suya, trayéndola á la Religion Seráfica con una vocacion maravillosa. Habíase reco-

gi-

gido al convento de Santa Clara de Montilla para darse mas á Dios algunos dias, donde la llamó nuestro Señor á la alteza del estado religioso: el modo y lo que pasó en esto lo escribió al Venerable Maestro Avila su Confesor, para pedirle consejo si habia de executar determinacion tan ardua. Sus palabras son estas:

» Estando yo un dia en mi aposento pasó por » delante de mí nuestro Señor Jesucristo vestido de » una ropa morada y una cruz grande en el hombro; » y vuelto el rostro á mí me dixo: ¿Qué no has que» rido ayudarme á llevar esta cruz? No respondí na» da; mas dióme pena que no me contase nuestro Se» ñor por cruz los trabajos que habia padecido desde » niña, ni la enfermedad del Conde, ni la viudez pre» sente, y quedé deseosa de entender qué quisiese ha» cer el Señor de mí. El sábado siguiente, estando » oyendo á una Monja, que cantaba el salmo *In exitu* » *Israel de Ægypto*, púseme en oracion; y entrando en » el recogimiento de mi alma, preguntéle á nuestro » Señor, ¿qué era su cruz? Y díxome: ¿Quieres mi » cruz? Respondí: Sí, Señor. Díxome otra vez mas al» to: ¿Quieres mi cruz? Respondí: Sí, Señor, con vues» tro espíritu y vuestra gracia, y con el amor que vos » la llevasteis por honra de vuestro Padre y el bien » de los hombres. Mostróme la cruz, y abrazándome

» con

» con ella, comencé á gloriarme en ella; y dixe:
» ¿Quién me despreciará y terná en poco, viéndome
» tan honrada con la cruz de mi Señor Jesucristo? Mi-
» ré hácia arriba á ver la cruz, y ya no tenia figura
» de cruz, sino de palma, con su copa muy linda.
» De ahí á poco comencé á pensar, ¿qué seria una
» cruz tan grande en cosa tan pequeña? Y acordéme
» que pocos dias ha predicó aquí el Venerable Maes-
» tro Avila, y dixo que el hábito de las Monjas era
» cruz, y clavos los votos; mas consideraba que yo no
» era para Monja por la falta de salud, aunque holga-
» ra mucho vivir con ellas.

» Estando así en el recogimiento de mi oracion,
» llegáronse cerca de mí los gloriosos Santos San Fran-
» cisco y Santa Clara: dixéronme que les pidiese el
» hábito de su Religion; mas escusábame diciendo que
» no tenia fuerzas para los trabajos de ella; pero que
» hiciese Dios de mí lo que fuese servido. Tornáron
» segunda vez á alentarme, representándome su sagra-
» da Religion en un navío, en que iba mucha gente
» al cielo. Dudaba todavía mucho darles el sí por el
» temor á los trabajos de la Religion; y díxome nues-
» tro Señor, que arrimada á él podia llevarlos. Y ofre-
» ciéronme los bienaventurados San Francisco y San-
» ta Clara que el uno me alcanzaria de nuestro Señor
» la virtud de la humildad (por lo qual dixe yo que
» da-

„ daria quanto hay), y la otra la virtud de la reli„ gion. Rindióseme con estas promesas el corazon, y „ dixe: Sea lo que Dios quisiere. Estuve en esta ora„ cion desde que comenzáron la Salve hasta las once „ de la noche, unas veces en pie, y otras de rodillas, „ otras postrada en tierra; y quando salí hallé á la „ puerta del coro á Sor Juana, y no supe si habia oi„ do algo de lo que habia pasado. Escribí todas estas „ cosas al Venerable Maestro Avila, para que me dixe„ se lo que habia de hacer ó creer en ellas.

„ Domingo siguiente por la mañana fui al torno, „ y nunca hallé criado del monasterio que llevase el „ papel al Maestro Avila, y dixe llamasen un page „ de palacio que lo llevase; y nunca vino, ni hubo re„ medio que el papel se llevase. Estando yo con este „ cuidado, díxome nuestro Señor que sin dar mas par„ te al Maestro Avila tomase allí el hábito de Monja, „ porque así convenia." Fué bien menester que nuestro Señor se lo mandase tan expresamente, porque en todas ocasiones en nada se determinaba sin el parecer y consejo del santo Maestro Avila su Confesor; y quando de su oracion resultaba algun impulso ó ilustracion que la moviese á hacer algo, decia: Mi Padre me dirá en esto lo que tengo de hacer: tanto era el respeto que tenia á este gran varon, y esta vez tuvo particular misterio el mandarle nuestro Señor lo con-

contrario, como adelante veremos. » Fuime (prosigue » la Condesa) á la oracion para disponerme mejor á » ir á pedir el hábito, y estuve mas de una hora pe» leando con el demonio; y saliendo ya del aposento, » llamóme nuestro Señor, y díxome: Mirad que si to» mais el hábito, que no le habeis de dexar. Respon» díle, que nunca le dexaria con ayuda de su gracia."

Conocida la voluntad de Dios y con tan preciso mandamiento, salió del aposento la Condesa tan arrebatada de su deseo, que se le conoció en el semblante que iba á executar alguna grande resolucion: pasó por delante de la Marquesa su suegra, que estaba hablando con la Abadesa: iba tan en su negocio, que no les hizo ningun comedimiento: viéndola así la Marquesa, dixo: ¿Dónde va tan denodada la Condesa? Parece va á hacer alguna hazaña. Pidiendo á dos Monjas el hábito, y dificultando el dársele, les rogó se le diesen para ver cómo le estaba. Creyendo ellas lo hacia por divertimiento de cuidados, le dió su hábito una Religiosa: la santa Condesa dixo: ¿No me está muy bien? Respondiéronla que sí. Replicóles: ¿No me darán ellas sus votos para ser Monja? Respondiéronle que sí, con mucho gusto, no creyendo iba la cosa de veras. Concurriéron en lo mismo otras muchas Religiosas, y casi todo el convento para verla: ella declaró su voluntad, y que de ningun modo de-

xa-

xária aquel santo hábito: esto con tan constante resolucion y viveza en el semblante y palabras, que no dudáron del hecho: admirárónle alegres de verse con tal Señora y Hermana, suspendiendo el ánimo á ver el paradero del suceso.

CAPITULO XXV.

LO QUE PASÓ EL VENERABLE MAESTRO AVILA CON LA MARQUESA DE PRIEGO.

Entendiendo la Marquesa Doña Catalina el hecho de la Condesa su nuera, partió al punto adonde estaba con el sentimiento que pedia el suceso: procuró con todos medios divertirla del intento: representó los grandes inconvenientes que de tan acelerada resolucion se descubrian. Díxola quan justo era no hacer mudanza de estado hasta dar cuenta al Duque de Arcos su hermano, que la amaba y estimaba tanto, ya que habia atropellado el respeto que la debia tener por madre y suegra, mayormente estando de por medio la obediencia, que con voluntad del Venerable Maestro Avila la habia dado. Advirtiólá su delicadeza y pocas fuerzas, desiguales á la carga de una Religion tan áspera, pasando del regalo de un palacio á las descomodidades de un convento. Ponderó mucho

el desamparo de una hija única que le habia quedado de quatro años, cuyas costumbres habia de reformar su doctrina y enseñanza, dexando aquel Estado sin gobierno, y tanto número de criados sin amparo.

Respondióla fácilmente la Condesa, satisfaciendo todas sus razones, que el grande amor de Dios la dió eloqüencia y valor contra la autoridad de la Marquesa. Viéndola tan resuelta en lo intentado, dixo con gran sentimiento: El Maestro Avila es autor de esta obra, y bien se parece propia obra suya: él me dará cuenta del hecho. Replicó la Condesa: Tan ageno está el Maestro Avila del hecho, como yo de dexar de proseguir lo comenzado: no lo supo, ni lo sabe, ni creo ha caido en su pensamiento. Previno la divina providencia, con no llevarse el papel que diximos al Venerable Maestro Avila, la indignacion que podia apoderarse en el pecho de la Marquesa contra el santo Maestro si fuera el autor del caso, ó si lo supo, y no dió cuenta de ello, y era muy verisímil perder la gracia de esta Señora, y la Condesa tal Maestro y tal varon su Estado, dichoso por haber tenido los Marqueses tal huésped y consejero.

Mandó al punto la Marquesa le llamasen al Venerable Maestro Avila, y certificada que no tenia culpa alguna, dixo: Si el Maestro no lo hizo, él lo podrá deshacer. Tuvo por cierto que si él ordenaba á

la

la Condesa dexase el hábito, al punto obedeceria: tal era el respeto que tenia á su Maestro. Vino el Venerable con el rigor de la siesta á los postreros de Junio, sin saber para qué le llamaban: hablóle la Marquesa con declarado sentimiento, poniéndole delante á la Condesa con el nuevo hábito: multiplicó las razones: ponderó inconvenientes, valiéndose de los medios que le daban la indignacion y dolor: concluyó con decir: Hable V. Reverencia á la Condesa: desengáñela, ó desengáñeme, que si lo que deseo no es justo, no quiero impedir su bien: pospondré mi gusto á su provecho.

Estuvo atento el Venerable Maestro Avila á las razones, á los semblantes de la Marquesa, que no ménos declaraban la voluntad que tenia de que se dexase el hábito. Lo que duró el razonamiento estuvo consultando con Dios en su interior la respuesta, y con gran serenidad la dixo: „Mucha pena me diera ver „el sentimiento grande que tiene V. S. del hecho „de la Condesa, á no tener conocido su grande en„tendimiento, sus cristianas costumbres y su zelo de „la honra de Dios, y sus deseos de darle gusto en todo, „como lo hará en esta ocasion, sabiendo es volun„tad suya. De este suceso vine muy ageno, como lo „estaba aun de pensarlo; mas persuádome que ha„biendo tomado tan ardua resolucion la Condesa,

„ha

» ha tenido muy grandes fundamentos, y sin impulso
» grande de nuestro Señor no se atreviera á hacerlo.
» En su virtud, en la luz que la ha comunicado el cie-
» lo, en su grande entendimiento y desengaño de las
» cosas del siglo fio mucho, y que no ha sido deter-
» minacion de poco acuerdo. La accion de suyo es
» buena, como el haber abrazado la perfeccion evan-
» gélica, cumbre de la Religion cristiana. ¿Cómo pue-
» do abalanzarme á reprobar una accion á que convida
» Cristo nuestro Señor en su Evangelio? Tengo por
» premio de sus virtudes el haberla dado Dios mano
» de esposo, y traídola á su casa, vistiéndola de aquel
» trage humilde, mas felicísimo, de que se honráron
» tantas Princesas y Reynas. No niego que podia ser
» buena en el estado de viuda en que se hallaba; mas
» hay grande diferencia de serlo en la grandeza de un
» palacio entre las rentas y regalos, multitud de cria-
» dos y vasallos, gozando de la estimacion y aplauso
» de los suyos, ó en la estrechura de una celda, en
» la pobreza evangélica, en penitencia y descomodi-
» dades, en el abatimiento de la cruz, pasando á súb-
» dita de Señora, de ser servida á servir, de ser se-
» ñora de su voluntad á entregarla á la obediencia. No
» se alcanzan fácilmente los premios que á cada cosa
» corresponde: ella sin duda escogió la mejor parte:
» no se la ha de quitar V. S., que así lo prometió
» Cris-

» Cristo á los que retirados de los cuidados de la vida
» pendiéron de las palabras de su boca en oracion y
» contemplacion continua. Ningun agravio hace al
» Conde su primer esposo, si en su lugar ha escogido
» al mejor que hay en el cielo y en la tierra. Dexa el
» Estado de Priego, halla el reyno de los cielos, y
» trueca el título de Condesa por el de Reyna, porque
» su esposo es Rey y Rey de los Reyes. Viviendo V. S.,
» que sea por largos años, no hay que darle cuidado
» de la crianza de su hija: crecerá á vista de las virtu-
» des de V. S. y de su exemplo. Dios es el que ha he-
» cho este concierto: pase por él V. S.: estime con
» su aprobacion las bodas, no se agravie el desposa-
» do de que se hace ménos estimacion de su per-
» sona."

Templó la Marquesa el sentimiento, mitigó el dolor del corazon con las palabras del santo Maestro, fué escusado de defensa á la Condesa: dióle ella razon de su resolucion, la que podia darse en público, dexó lo particular para el secreto. Satisfecho el Venerable Maestro de su propósito, dixo á la Marquesa: Señora, esto es hecho: *Quos Deus conjunxit, homo non separet.* Con esto se volvió á su posada, habiendo mostrado gran valor y entereza con una prudencia milagrosa, disponiendo el ánimo de la Marquesa, que halló lleno de indignacion y dolor, á que llevase con

cris-

cristiana conformidad el mayor golpe que tuvo despues de la muerte de su hijo.

La Condesa santa se retiró á su celda, donde estuvo desde los últimos de Junio del año de 1553 hasta el Julio del año siguiente, en que el dia de Santa Magdalena tomó el velo de Monja, y dióle el parabien de las bodas el Venerable Maestro Avila con un sermon dulcísimo, en que tomó por intento declarar que este suceso fué empresa del amor que tuvo Dios á la Condesa, conocido y correspondido por ella: oyóle con mucho gusto: cobró brios y deseos grandes de agradar al nuevo esposo.

CAPITULO XXVI.

SUMARIO DE LAS VIRTUDES DE LA CONDESA DE FERIA.

Las virtudes, la santidad, las hazañas de Sor Ana de la Cruz, que así quiso llamarse la Condesa, los favores y misericordias que nuestro Señor la hizo, la grande perfeccion á que llegó, tienen por Cronista al Padre Martin de Roa, de la Compañía de Jesus, varon docto, cuya erudicion y eloqüencia igualó la grandeza del sugeto en la proporcion que puede haber en lo divino y lo humano: fuera el referirlas deslustrarlas: solo pondré algunas acciones de esta santa

Se-

Señora, que tocan á la estimacion de su Confesor el Venerable Maestro Juan de Avila, que le fué guia y maestro en el arduo camino de la santidad y perfeccion á que la levantó la bondad divina.

Fué rara su humildad, Grande por sangre, hija y muger de Grande, mayor por las perfecciones de alma y cuerpo, favorecida de Dios con grandes ilustraciones y mercedes: llegó á desconocerse, solo conoció que era de frágil barro; lo demas tuvo por ageno.

Dióle nuestro Señor grandes sentimientos cerca de esta virtud, que puso por escrito, para comunicar con el Venerable Maestro Avila, que aunque el deshacerse es tan seguro, quiso que fuese por parecer de su Maestro, que si no era á él, no daba á otra persona parte de sus sentimientos: fué profundo su silencio, en especial en las cosas sobrenaturales.

Habia en aquel convento una Monja muy sierva de Dios, devotísima de nuestra Señora: quiso esta divina Madre de misericordia favorecer á esta Religiosa por medio de la Condesa, á quien estando en oracion la dixo la Reyna de los Angeles: Mira que amo á fulana como una señora á una doncella de su casa: díselo, porque de hoy mas se adelante en mi servicio. Disimuló la Condesa el decírselo, esperando la venida del Venerable Maestro Avila, por no hacer

co-

cosa sin su consejo. Vino el Venerable Maestro á confesarla, y díxola: Señora, ¿hanla mandado que haga ó diga algo que no haya hecho? Porque algunos dias ha que siento gran sequedad quando me pongo á rogar á Dios por ella. Declaróle lo que pasaba la Condesa. Tan correspondientes andaban en el espíritu: es muy probable tuvo el santo Maestro revelacion, ó en general ó en particular, de lo que la Vírgen Santísima habia mandado á la Condesa.

La Serenísima Emperatriz Doña María, estando en Lisboa, envió á la Condesa una reliquia del *lignum crucis*, engastada preciosamente, pendiente de un rosario de valor, por mano del Padre Fray Luis de Granada: pidióle en retorno le enviase alguna cosa suya: la humildad hacia sentimientos que se le pidiese prenda como de persona santa, teniéndose con gran sinceridad por pecadora. El ingenio de la humildad halló un excelente medio: envióle el sermon que el Venerable Maestro Avila habia predicado treinta años ántes el dia de su profesion, con que resguardó su humildad, y estimó las cosas de su Maestro.

¿Quién podrá dar fondo á su mortificacion? ¿á los afectos humanos? Grandes quando interviene carne y sangre, y mas de descendientes. A la Marquesa su hija, vivo retrato suyo, no la veia sino muy de tarde en tarde. Criaba dos nietas en el monasterio: por mi-

milagro las hablaba. Recogióse allí la Marquesa su suegra por algun tiempo: pasárónse once meses sin hablarla, hasta que por obediencia se lo mandó el Venerable Maestro Avila; y fué menester expreso mandato suyo para dexarse visitar del Marques Don Alonso de Aguilar su yerno, despues de quatro años de pretension y deseos. Habiendo nacido el Marques Don Pedro su nieto, escribió al Padre Maestro Fray Luis de Granada: El idolillo ha nacido: ruegue V. Reverencia á Dios que no tenga mas lugar en mi corazon del que ha de tener; y quando le traxéron de bautizar no quiso tomarle en los brazos. Murió la Marquesa de Priego su hija, Señora de las virtudes que diremos: fué el sentimiento de criados y vasallos el mayor que se vió en aquel Estado: entre los gemidos y llantos de toda suerte de gente no se le conoció tristeza en el semblante, ni desaliento en el corazon, ni palabra que mostrase sentimiento; ántes con gran serenidad de ánimo alabó á Dios, y consolaba las Monjas.

Llevó los ojos esta abstraccion tan rara al Venerable Padre Fray Luis de Granada, el qual en la dedicatoria de la adicion al libro del Memorial, que dirigió á la Condesa, á quien estimó sobremanera, entre otras virtudes suyas que refiere, pondera este desasimiento de los suyos, tan digno de admiracion. Di-

cele así: „San Gerónimo escribe de una Señora Ro-
» mana, que entre los desasosiegos de las ciudades ha-
» bia hallado el desierto de los Monges: mas V. Re-
» verencia en medio de toda esa esclarecida familia y
» de la hija y nietos que nuestro Señor le ha dado,
» ha llegado al desierto y soledad de los Monges, y
» dado á entender al mundo que la verdadera y per-
» fecta soledad no la hacen los lugares, sino los co-
» razones. Solo está quien está con Dios: y solo está
» quien vive dentro de sí mismo; y solo está quien
» cortó y despidió de su corazon todas las aficiones del
» mundo; porque fuera está del mundo quien no
» quiere nada de él, ni tiene por que recibir pena ni
» gloria de las cosas que no ama; pues donde no hay
» amor, no hay pena, ni cuidado, ni alegría, ni tur-
» bacion." Hasta aquí el gran Orador cristiano.

Su penitencia sobrepujó á sus fuerzas; mas alentólas la gracia y un fervoroso amor de Dios. Regaba el suelo con sangre cada dia con disciplinas rigurosas, demas de las que hacia en la comunidad. Igualó su abstinencia y rigor con que trató su persona á los antiguos moradores del desierto. Admirable su paciencia, acrisolada con treinta años de enfermedades continuas, mostrando entre agudísimos dolores igualdad de ánimo y semblante, sin mostrar el mas ligero sentimiento.

Su

Su pobreza y obediencia religiosa fuéron sus mas preciosas joyas: fué tan pobre como habia sido rica: acompañó estas virtudes con oracion casi continua, siempre delante del Santísimo Sacramento en una tribuna que tenia, ó en el coro: pasábansele las noches enteras en aquel sueño dulcísimo donde el alma siempre vela. Sus luchas con el demonio fuéron terribles: érale intolerable á esta bestia infernal tan heroyca virtud: permitióle nuestro Señor la atormentase para mayor corona de su paciencia, y que vencidas las cosas de esta vida, triunfase tambien de los poderíos del infierno.

No padecia á solas la Condesa ni peleaba sin ayuda: tuvo la del omnipotente Dios muy favorable: así lo escribió al Maestro Avila, su Confesor y Maestro, por estas palabras:

„Díxome nuestro Señor: Yo soy tu luz y tu „ paz: éstate conmigo en el corazon, y tendrás paz. „ Dióme nuestro Señor Jesucristo á su Madre por verdadera Señora, y díxome: Que la debo mucho, porque dió de voluntad por mí á su Hijo á la cruz; y „ que como por el cuello pasa el mantenimiento al „ cuerpo, así por las manos de nuestra Señora pasan „ las mercedes que Dios nos hace. Mostróme que tengo un Padre en el cielo todopoderoso, que dió su „ vida por mí, y nunca me faltará él ni su Madre,

„ que

» que lo es mia. Mostróme que está en su cuidado mi » camino, y que en el mio es hacer su santa voluntad, y que me presente delante de su misericordia, » y que le pida lo que hubiere menester, y desconfie » de mí, y confie mucho de él; que como se deshace el hielo con el fuego, así las tinieblas del alma » se deshacen poniéndonos delante de él en la oracion.

» Mostróme el Señor el amor entrañable con que » nos da todas las cosas y los azotes, y lo ménos y » lo mas."

Habiendo puesto los ojos en una imágen antigua de la Santísima Trinidad, le habló desde allí la persona del Padre, y la dixo: ¿Quándo nos hemos de ver? Humillóse tanto y gozóse con esta merced, que dixo á su Confesor y al Padre Villarás: No pensé, Padre, que era Dios Padre tan humilde.

Esta palabra tan blanda y amorosa se la cumplió la Magestad divina á los veinte y seis de Abril del año de seiscientos y uno: á los setenta y quatro años de edad pasó al descanso eterno, como piadosamente debe creerse de tan santa y religiosa vida, á que correspondió su muerte dulce y suave, recibidos fervorosamente los santos Sacramentos.

Remate este discurso el Padre Martin de Roa con una ponderacion, con que prueba la santidad de la Condesa, que igualmente convence la de su santo

Con-

Confesor y Maestro. Dice así: „Quiero acabar con „ una muy clara muestra de la grande estima que hi„ zo, y del tierno amor que tuvo el mismo Señor á „ esta su fiel esposa; pues habiendo encendido en „ aquellos tiempos una antorcha tan hermosa y res„ plandeciente como el Venerable Maestro Avila, „ que puesta sobre el candelero pudiera dar muy „ copiosa luz en la Iglesia con los rayos de su doc„ trina, la encerró en el lugar de Montilla para „ que fuese guia y maestro de la vida espiritual de la „ Condesa. Declaró él este secreto al santo varon el „ Arzobispo Don Pedro Guerrero, que por no saber„ lo le importunaba mucho se pasase á la ciudad de „ Granada, donde confiaba en nuestro Señor haria „ gran servicio á su Magestad, y tenia ricos empleos „ en las almas: ofrecíale su casa, su mesa y su com„ pañía, sola por sí muy apetecible y verdaderamen„ te preciosa por la santidad y exemplo de tal Prela„ do, espejo de Príncipes eclesiásticos, retrato de „ aquellos primeros Padres de la Iglesia, y dechado de „ los postreros. Agradecióle mucho el varon apostó„ lico el ofrecimiento y voluntad como de padre y „ amigo: significóle con palabras graves y humildes „ lo mucho que estimara el poder gozar de su presen„ cia y conversacion; pero que le habia mandado nues„ tro Señor que no dexase á la Condesa: favor por

„ cier-

» cierto de mucha estima para su sierva, pues tuvo en
» él Padre y Maestro, y único refugio y descanso en
» sus tribulaciones, en lo qual mostró tambien nues-
» tro Señor la mucha confianza que del Venerable
» Maestro Avila hacia, pues de solo él fiaba su espo-
» sa. Bien que suele su Magestad sujetar á la direc-
» cion y enseñanza de otros hombres aun á los que
» enseña por sí mismo, porque con esto se enfrena el
» viento de la soberbia, que arruina el edificio de las
» virtudes, y se aseguran las almas en el fundamen-
» to de la humildad." Hasta aquí el Padre Martin
de Roa.

Fué tambien fruto de la asistencia en Montilla del santo Maestro Avila la buena educacion y medras en las virtudes cristianas de la Marquesa de Priego Doña Catalina Fernandez de Córdoba, hija de la santa Condesa de Feria. Fué tan santa como gran Señora: encaminóla desde niña en una vida exemplarísima: confesóla el tiempo que vivió el Venerable Maestro Avila: ocupára ella la admiracion y lenguas de sus vasallos á no haber concurrido con su madre. Diferénciase en la claridad una estrella de otra estrella; mas fuéronlo ambas lucidísimas en el cielo de la Iglesia: solos veinte y siete años fuéron el término de su vida; mas empleada toda en exercicio continuo de virtudes y obras maravillosas; la religion y amor á Dios

y piedad cristiana ; la observancia de la ley divina eran sus mas preciosas joyas. Cubria el jubon de tela de oro, que por agradar al Marques su marido se vestia, otro de cerdas y cardas, con que maceraba su cuerpo enfermo y delicado: las disciplinas unas mas ásperas que otras, hasta bañarse en sangre. Dormia vestida las veces que podia sin nota: la humildad, entre los resplandores de su grandeza, halló su punto sin faltar á su decoro: su mortificacion de una perfecta Religiosa. Comulgaba dos veces cada semana, los domingos y los juéves, no en su oratorio, de ordinario en la Iglesia de la Compañía; y porque la gente comun no se apartase de la barandilla ó dexase de llegar por su respeto, aguardaba que las mugeres subiesen: poníase luego entre ellas con una humildad profunda. Viéronla sus vasallos muchas veces tres horas continuas de rodillas en las Iglesias públicas: era esta virtud de la oracion el sustento de su alma: enriqueció los templos, sustentó los conventos de Religiosos: fué consuelo universal de los pobres, á quien socorrió con larga mano, y mas madre que Señora de sus vasallos; y para recopilar sus alabanzas fué un vivo retrato de su madre, parecida en las costumbres, imitadora de sus virtudes: cogióla el cielo en agraz por sus pocos años; pero en una ancianidad por sus virtudes. Estimó tanto á su santo Confesor y Maestro

tro el Venerable Avila, que quiso enterrarse á sus pies, dexando el entierro antiguo de sus padres, y mostró tanto afecto en esto en la acelerada enfermedad, que tuvo, que habiéndolo mandado, dixo al Gobernador de su Estado: ¿Qué quiere decir inviolablemente? El respondió: Que en ninguna manera se haga otra cosa. Replicó ella: Pues así lo digo. Cumplióse inviolablemente.

Fuéron verdaderamente dichosos los Señores de esta casa en haber alcanzado tal Maestro, cuyo espíritu fué tan grande, que hizo á los Señores santos, sin que el trato continuo de Señores le estragase, como sucede las mas veces.

CAPITULO XXVII.

CONSULTA SANTA TERESA DE JESUS AL VENERABLE MAESTRO AVILA, Y SU RESPUESTA.

Es cosa tan grande un Santo, que si, como dixo un docto, las generaciones todas de un siglo llegan á dar un Santo al mundo, es bastante causa de haber nacido innumerables hombres: un beneficio de Dios digno de eterna memoria y reconocimiento; y así hace gran favor nuestro Señor al reyno á quien concede este don, y particular á aquellos que elige pa-

para que tengan parte en esta obra.

La Santa Madre Teresa de Jesus, honor de España y gloria de nuestro siglo, hermosura del Carmelo, alegría de la Iglesia, la dió nuestro Señor en estos dias, con acuerdo soberano, para consuelo de los fieles afligidos con las grandes pérdidas que en las partes setentrionales ha tenido la Iglesia Católica, para que con su oracion y de sus santas hijas y el exemplo de su vida se reparen tan lamentables ruinas. Favoreció Dios á varones señalados en el espíritu y letras en que fuesen como coadjutores en el edificio de este gran alcázar del Príncipe de la gloria; porque aunque está obra es de la mano del Altísimo, la direccion, el gobierno de los Santos, el adelantarlos y guiarlos en camino tan dificultoso, qual es el de la virtud heroyca, le tiene cometido á sus Ministros los Confesores y Padres de espíritu, sin consentir que el mas sabio se gobierne por su voluntad, falaz maestro.

Entre los que escogió nuestro Señor para consuelo y gobierno de esta santa Vírgen fué el Venerable Maestro Juan de Avila; y aunque por la gran distancia de lugares no fué posible hablarla, ayudóla de la manera que pudo. Caminaba en alta mar de los divinos favores la feliz alma de la Santa Madre, enriquecida de soberanos dones, raptos, éxtasis, hablas interiores, y otras misericordias que la levantáron á la

gran santidad que veneramos. Puso Dios por lastre á este navío, porque los vientos de los favores, de las visiones y revelaciones no le hiciesen peligrar, un temor santo, un rezelo cuerdo de si su camino iba acertado, de que nacia una profunda humildad, con que se aseguraba este viage de no dar en escollo de alguna vanagloria ó baxío de propia complacencia: estilo de aquel Señor que sabe gobernar nuestra flaqueza. Para humillar la soberbia que podian causar las revelaciones, dice el gran Doctor de las Gentes San Pablo, que se le dió aquel estímulo ó tentacion de la carne, que le traia continuamente acosado. Esto convino al Apóstol para su seguridad, y consuelo de los que viven tentados.

La Santa Madre nunca se aseguraba del todo, por grandes que fuesen las misericordias de Dios, y que las mayores letras de España, los hombres mas espirituales la certificasen de su buen camino; mas porque no quedase medio por intentar de su parte, resolvió dar de sí cuenta á la Iglesia, y estar en todo á su juicio.

Iba visitando en aquel tiempo (como es costumbre del Tribunal de la Fe) Don Francisco de Salazar, Inquisidor Apostólico, despues Obispo de Salamanca: llegó á Avila: hablóle Santa Teresa: dióle cuenta de su espíritu, creyendo que, como hombre experimentado en casos semejantes, la podia desengañar: oyóla con

con atencion, y respondióla que el estado de sus cosas no pertenecia á su tribunal, á quien solamente toca castigar y enmendar lo que se peca en las materias de fe: que si era de Dios su espíritu, era gran merced suya: si demonio, era pena que padecia contra su voluntad; y que no habia que temer, como ella no se dexase llevar á mal alguno, si acaso se lo persuadiese (respuesta docta y cuerda); mas que para mas seguridad le aconsejaba pusiese por escrito todo lo que sentia y habia pasado por su interior con toda llaneza y verdad, y lo enviase al Venerable Maestro Avila, que residia en el Andalucía, y florecia entónces con gran opinion de santidad y virtud; porque era hombre de muchas letras y espíritu, y la entenderia mejor; que con la respuesta que él diese se asegurase, y que no tenia que temer. Aprobáron el consejo sus Confesores, en especial el Padre Maestro Fray García de Toledo, varon docto de la Religion de Santo Domingo: de su órden puso por escrito su vida, su espíritu, lo que interiormente pasaba por su alma con gran claridad y distincion. Esta relacion envió al Padre Maestro Fray García de Toledo, que estaba ausente, para que la encaminase donde estuviese nuestro Venerable Maestro; y en la carta que le escribe con el libro muestra la satisfaccion grande que tenia del Venerable Maestro Avila. Despues de haber dicho lo que pasó

en

en el escribirle, dice entre otras razones: Suplico á Vmd. lo enmiende y mande trasladar si se ha de llevar al Venerable Maestro Avila, porque podia conocer alguno la letra. Yo deseo harto se dé órden como lo vea, pues con ese intento lo comencé á escribir; porque como á él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada, que ya no me queda mas que hacer, lo que es en mí.

Esta relacion de la vida de la Santa envió el Padre Fray García de Toledo (con cartas suyas y de otros Confesores que lo habian sido de la Santa Madre) al Venerable Maestro Avila, pidiéndole que las viese, y diese su parecer. Vió nuestro santo Maestro la relacion y caminos por donde nuestro Señor habia llevado á su sierva, y conoció diestramente que esta era obra de Dios: respondiófle por escrito; y porque esta carta muestra la gran luz y experiencia en las cosas de espíritu, y tocar á persona de tan gran santidad, pondremos las principales cláusulas, pues los Cronistas de la Santa Madre se valen de ella para apoyo del espíritu de la Santa: servirá tambien á nuestro intento, para que se vea el gran juicio y talento de este varon apostólico, el íntimo conocimiento en materias tan interiores y dificultosas. Es esta.

CAR-

CARTA DEL VENERABLE MAESTRO AVILA

PARA LA SANTA MADRE TERESA DE JESUS.

„ La gracia y paz de Jesucristo nuestro Señor sea „ con Vmd. siempre. Quando acerté á leer el libro „ que se me envió, no fué tanto por pensar que yo „ era suficiente para juzgar las cosas de él, como por „ pensar que podia yo en el fervor de nuestro Señor „ aprovecharme algo de la doctrina de él; y gracias „ á Cristo, que aunque lo he leido con el reposo que „ era menester mas, me he consolado, y podria sacar „ edificacion, si por mí no queda. Y aunque cierto yo „ me consolara con esta parte sin tocar en lo demas; „ no me parece que el respeto que debo al negocio „ y á quien me lo encomienda me da licencia para de- „ xar de decir algo de lo que siento, á lo ménos en „ general.

„ La doctrina de la oracion está buena por la „ mayor parte; y muy bien puede Vmd. fiarse de ella „ y seguirla; y en los raptos hallo las señas que tienen „ los que son verdaderos.

„ El modo de enseñar Dios al ánima sin imagi- „ nacion, y sin palabras interiores ni exteriores es muy „ seguro, y no hallo en él que tropezar; y San Agus- „ tin habla bien de él.

„ Las

„Las hablas interiores y exteriores han engaña-
» do á muchos en nuestros tiempos, y las exteriores
» son las ménos seguras. El ver que no son espíritu
» propio es cosa fácil: el discernir si son de espíritu
» bueno ó malo es mas dificultoso. Danse muchas re-
» glas para conocer si son del Señor, y una es que
» sean dichas en tiempo de necesidad ó de algun gran
» provecho, así como para confortar al hombre ten-
» tado ó desconfiado, ó para algun aviso de peligro
» &c.; porque como un hombre bueno no habla pa-
» labra sin mucho peso, ménos las hablará Dios; y
» mirado esto, y ser las palabras conforme á la Es-
» critura divina y doctrina de la Iglesia, me parece
» de las que en el libro estan ó de las mas ser de parte
» de Dios.

„Visiones imaginarias ó corporales son las que
» mas duda tienen, y estas de ninguna manera se de-
» ben desear; y si vienen sin ser deseadas, aun se han
» de huir todo lo posible. Debe el hombre suplicar á
» nuestro Señor no permita vamos por camino de ver,
» sino que la buena vista suya y de sus Santos se la
» guarde para el cielo, y que acá lo lleve por camino
» llano como lleva á sus fieles amigos; y con otros
» buenos medios debe procurar el huir de estas cosas.

„Mas si todo esto hecho duran las visiones, y
» el ánima saca de ello provecho, y no induce su vis-

„ta

» ta á vanidad, sino á mayor humildad, y lo que di» cen es doctrina de la Iglesia, y dura esto por mu» cho tiempo, y con una satisfaccion interior, que se » puede sentir mejor que decir, no hay para qué » huya ya de ellas: aunque ninguno se debe fiar de » su juicio en esto, sin comunicarlo luego con quien » le pueda dar lumbre. Y este es el medio universal » que se ha de tomar en todas estas cosas, y esperar » en Dios, que si hay humildad para sujetarse á pa» recer ageno, no dexará engañar á quien desea acertar.

„ Y no se debe nadie atemorizar para condenar » de presto estas cosas, por ver que la persona á quien » se dan no es perfecta; porque no es nuevo á la bon» dad del Señor sacar de malos justos, y aun de peca» dos y graves, con darles muy grandes gustos suyos, » segun lo he yo visto. ¿Quién pondrá tasa á la bon» dad del Señor? Mayormente que estas cosas no se » dan por merecimiento, ni por ser uno mas fuerte; » ántes algunas por ser mas flaco; y como no hacen á » uno mas santo, no se dan siempre á los mas santos.

„ Ni tienen razon los que por solo esto descreen » estas cosas porque son muy altas, y parece cosa no » creible abaxarse una Magestad infinita á comunica» cion tan amorosa con una su criatura: escrito está » que Dios es amor; y si amor, es amor infinito y » bondad infinita; y de tal amor y bondad no hay que

„ ma-

» maravillar que haga tales excesos de amor que tur-
» ben á los que no le conocen. Y aunque muchos le
» conozcan por fe; mas la experiencia particular del
» amoroso y mas que amoroso trato de Dios con el
» que quiere, si no se tiene, no se podrá bien enten-
» der el punto donde llega esta comunicacion; y así
» he visto á muchos escandalizados de oir las hazañas
» del amor de Dios con sus criaturas; y como ellos
» estan de aquello muy léjos, no piensan hacer Dios
» con otros lo que con ellos no hace; y siendo razon
» que por ser la obra de amor, y amor que pone en ad-
» miracion, se tomase por señal que es de Dios, pues
» es maravilloso en sus obras, y muy mas en las de su
» misericordia, de allí mismo sacan ocasion de des-
» creer, concurriendo las otras circunstancias que den
» testimonio de ser cosa buena.

„ Paréceme, segun del libro consta, que Vmd. ha
» resistido á estas cosas, y aun mas de lo justo. Paré-
» ceme que le han aprovechado á su ánima: especial-
» mente le han hecho mas conocer su miseria propia
» y faltas, y enmendarse de ellas. Han durado mucho,
» y siempre con provecho espiritual. Incítanle á amor
» de Dios y propio desprecio, y á hacer penitencia.
» No veo por que condenarlas: inclínome mas á te-
» nerlas por buenas, con condicion que siempre haya
» cautela de no fiarse del todo, especialmente si es

„ co-

„ cosa no acostumbrada, ó dice que haga alguna cosa
„ particular, y no muy llana. En todos estos casos y
„ semejantes se debe suspender el crédito, y pedir lue-
„ go consejo. Item, se advierta que aunque estas co-
„ sas son de Dios, se mezclan otras del enemigo, y
„ por eso siempre ha de advertir rezelo. Item, ya que
„ se sepa que son de Dios, no debe el hombre parar
„ mucho en ello, pues no consiste la santidad sino
„ en amor humilde de Dios y del próximo; y estotras
„ cosas se deben temer, aunque buenas, y pasar su es-
„ tudio á la humildad, virtudes y amor del Señor.
„ Tambien conviene no adorar vision de estas, sino
„ á Jesucristo en el cielo ó en el Sacramento; y si es
„ cosa de Santos alzar el corazon alto del cielo, y no
„ lo que se representa en la imaginacion, baste que
„ me sirva aquello de imágen para llevarme á lo repre-
„ sentado por ella.

„ Tambien digo que las cosas de este libro acae-
„ cen, aun en nuestros tiempos, á otras personas, y
„ con mucha certidumbre que son de Dios, cuya
„ mano no es abreviada para hacer ahora lo que en
„ tiempos pasados y en vasos flacos, para que él sea
„ mas glorificado.

„ Vmd. siga su camino; mas siempre con rezelo
„ de los ladrones, y preguntando por el camino de-
„ recho; y dé gracias á nuestro Señor que la ha dado

„ su amor y el propio conocimiento y amor de peni-
„ tencia y de cruz: y de esotras cosas no haga mucho
„ caso, aunque tampoco las desprecie; pues hay seña-
„ les que muy muchas de ellas son de parte de nues-
„ tro Señor; y las que no son, con pedir consejo no
„ la dañarán.

„ Yo no puedo creer que he escrito esto con mis
„ fuerzas, pues no las tengo; pero la oracion de Vmd.
„ lo ha hecho: pídole por amor de Jesucristo nuestro
„ Señor se encargue de suplicar por mí, que él sabe
„ que lo pido con mucha necesidad, y creo basta es-
„ to para que Vmd. haga lo que le suplico. Y pido
„ licencia para acabar esta, pues quedo obligado á es-
„ cribir otra. Jesus sea glorificado de todos y en to-
„ dos. Amen."

Con esta carta se quietó Santa Teresa, lo que ántes no habia hecho, aunque personas santísimas y gravísimas lo habian asegurado.

Todos los que han escrito de las cosas de la Santa Madre han hecho grande estimacion de haber aprobado el Venerable Maestro Avila su espíritu. En la vida que escribió de esta gloriosa Vírgen el santo Obispo de Tarazona Fray Diego de Yepes, de la Orden de San Gerónimo, Confesor de Don Felipe Segundo, Rey de España, y de la Santa Madre, varon de asentada opinion de santidad, habiendo puesto la carta del Ve-

Venerable Maestro Avila en el cap. 21 del lib. 1, añade estas palabras en alabanza de nuestro santo Maestro.

Esta carta de este santísimo varon anda impresa con las demas que él escribió á diferentes personas; y por el estilo de ella, por la gravedad y peso de las sentencias, por la claridad y distincion con que habla de cosas tan subidas, se echa de ver bien quan grande fué el espíritu y santidad de su autor. Y quien mas largamente se quisiere enterar de quien fué el Venerable Maestro Avila, lea sus libros, que son bien conocidos y estimados en toda España y fuera de ella; y lo que en alabanza suya escribió el religiosísimo Padre Fray Luis de Granada, el qual á la larga trata de su vida y virtudes; y entre otras gracias y dones que el Señor le comunicó, dice haberle dado particular don de discrecion de espíritus. Allí hace tambien mencion como conoció y aprobó el espíritu de nuestra Santa, y de esta carta que le escribió. Todo esto se ha dicho para que se entienda quanto se ha de estimar la aprobacion de este varon de tanta virtud y discrecion. Otra carta le escribió este santo varon en otra ocasion á la Santa Madre, en la qual le vuelve á asegurar de su buen espíritu y modo de oracion.

El Padre Fray Gerónimo Gracian de la Madre de Dios, Religioso de nuestra Señora del Carmen, bien co-

conocido en estos Reynos y fuera de ellos por sus grandes sentidos, virtudes y trabajos en el Dilucidario del verdadero espiritual, en el cap. 4 pone tambien esta carta del Venerable Maestro Avila, que dice tenia original, para apoyar el espíritu de Santa Teresa, y añade estas palabras: „Esta es la carta del Venerable Maes„tro Avila, cuya vida escribió el Padre Fray Luis de „Granada, que en sus tiempos fué de los mas aven„tajados en espíritu que habia en España."

El Padre Francisco de Ribera, de la Compañía de Jesus, varon verdaderamente santo, y de los mas eminentes en letras de esta sagrada Religion, en el cap. 7 del lib. 4 de la vida de la Santa, habiendo puesto una relacion de ella misma, en que hace mencion del suceso que hemos escrito en este capítulo, dice así: „La carta que dice tuvo del Maestro Avila, „aquel santo y sabio varon, que tanto fruto hizo „siempre con sus palabras, y la hará siempre con sus „escritos."

Puede muy bien conjeturarse que esta relacion es el libro que hoy tenemos de la vida de Santa Teresa, ó muy poco añadido, y así lo da á entender el Padre Fray Gerónimo Gracian al fin del cap. 3 del libro que hemos citado; y el márgen á la relacion que diximos que pone el Padre Doctor Ribera, donde á la relacion que envió al Venerable Maestro Avila llama

ma libro de su vida; y hablando de ella la misma Santa en este lugar, dice estas palabras en tercera persona: „Fué de suerte esta relacion, que todos los letra-
„ dos que la han visto, que eran sus Confesores, de-
„ cian que era de gran provecho para aviso de cosas
„ espirituales, y mandáron la trasladase, y hiciese otro
„ libro para sus hijas, que era Priora, en que las diese
„ algunos avisos. Este es el libro de *Camino de perfec-*
„ *cion*, y llamándole otro libro, supone que lo era el
„ primero." Y el Venerable Maestro Avila le llama algunas veces libro en la carta: y mas claramente el Obispo Don Diego de Yepes en el prólogo á la vida de Santa Teresa, en que entre las personas santas que aprobáron su espíritu, pone al Venerable Maestro Avila entre los Santos Fray Luis Beltran y Fray Pedro de Alcántara; y hablando del caso de este capítulo dice: Pues para que este santo varon exâminase el espíritu y revelaciones de la Santa Madre, escribió ella por mandado de sus Confesores su vida. De que se infiere una grande alabanza de nuestro santo Maestro, de haberse escrito para él solo aquel celestial volúmen, que de tan gran provecho ha sido al mundo, y juntamente tener una gran obligacion á la opinion de su rara santidad, pues ocasionó esta consulta con que gozamos de este gran tesoro, disponiéndolo así la suavísima providencia de Dios para tan gran bien de su Iglesia.

CA-

CAPITULO XXVIII.

DE UNA CARTA QUE EL GLORIOSO SAN IGNACIO DE LOYOLA ESCRIBIÓ AL VENERABLE MAESTRO AVILA CERCA DE LA RAZON QUE TUVO PARA DEFENDERSE EN LA PERSECUCION QUE LOS DE LA COMPAÑIA TUVIERON EN SALAMANCA.

La autoridad y crédito del Venerable Maestro Avila era tan grande, su santidad y letras tan admiradas y veneradas en la Cristiandad, que en todas las cosas graves que se ofreciéron en su tiempo, se procuró su aprobacion y apoyo, deseando tenerle de su parte.

Habiendo corrido muchos años que predicaba el Venerable Maestro con tan prodigioso fruto, y que por su medio y de sus discípulos habia obrado nuestro Señor grandes bienes en las almas, quando parece iba disponiendo hacer una congregacion de Sacerdotes que acudiesen á los ministerios apostólicos, como veremos largamente en el libro tercero tratando de su humildad, puso nuestro Sañor en su Iglesia la Religion de la Compañía de Jesus, con la profesion de vida que tenia trazada en su pensamiento el Venerable Maestro Avila: recibió el santo varon á los Religiosos de la nueva Compañía con notable benevolencia

cia y amor: favoreciólos quanto alcanzáron sus fuerzas.

Habiéndose levantado en Salamanca una recia tempestad contra los hijos de Ignacio (como es ordinario en las fundaciones nuevas), se temió que vientos tan esforzados, si no arrancasen, desmedrasen por lo ménos la nueva planta. Fué esta persecucion tan porfiada y molesta, que obligó al santo Fundador á dar cuenta de ella al Pontífice Paulo Tercero, cuya autoridad en cierto modo se derogaba no admitiendo lo que él habia aprobado. Para sosegar estas inquietudes despachó un breve apostólico, que pusiese el remedio conveniente.

El glorioso San Ignacio sabia, por cartas de los suyos, el ayuda y favor que el Venerable Maestro Avila les daba, cuya santidad y autoridad estimaba en gran manera; y aunque estaba confiado de su entereza y prudencia, rezelaba si por andar tan contrastado el crédito de sus hijos por hombres doctos y religiosos, hiciese alguna mella en su opinion, y le faltase tan gran favor y apoyo por malas informaciones: por asegurar su amistad y darle satisfaccion de lo que hacia, le escribió una carta con el breve del Pontífice, dándole razon de los motivos que habia tenido para valerse de este medio, pareciéndole que ganada su aprobacion, tenia la de todos; y estando tan gran varon de su parte, hacia equivalencia al poder

de

de sus contrarios, y dando satisfaccion al Venerable Maestro Avila, la daba á toda España. Deseó que con la carta le visitase de su parte el Hermano Villanueva, y le diese razon del instituto de la Compañía, para asegurarle mas en el favor que le hacia. La visita se hizo años adelante, como en su lugar veremos: contentóse por ahora con enviar carta y breve. Y porque en ella se muestra la grande estima que San Ignacio hacia del Venerable Maestro Avila, á que le obligaba la santidad de su vida, va á la letra, por ser propia de esta historia. Dice así:

MUY REVERENDO MI SEÑOR EN EL SEÑOR NUESTRO.

La suma gracia y amor eterno de Cristo nuestro Señor á V. Reverencia salude y visite con sus santísimos dones y gracias espirituales. Habiendo entendido diversas veces y por diversos de los nuestros el continuo favor, y con tanta intensa caridad, que V. Reverencia ha dado á esta su mínima Compañía, me ha parecido en el Señor nuestro escribir esta por dos cosas. La primera, por dar señal de gratitud y de entero conocimiento, dando infinitas gracias á Dios nuestro Señor, y V. Reverencia en su santísimo nombre, por todo quanto á mayor gloria de su divina Magestad, y á mayor aumento y devocion de los que somos

mos de V. Reverencia se ha empleado; y así en el tal reconocimiento, con toda la devocion á mí posible, me ofrezco como uno de los sus allegados ó hijos espirituales en el Señor nuestro, para hacer con entera voluntad quanto me fuere ordenado en el Señor de todos, y su divina Magestad me diere fuerzas para ello; porque haciéndolo me persuado que me será mucha ganancia en su divina bondad: así en satisfacer en alguna manera á lo que me tengo por tan obligado, como en servir á los que son siervos de mi Señor, pienso servir al mismo Señor en todos. La segunda es, que como V. Reverencia habrá entendido algunas cosas de los nuestros en el Señor nuestro favorables, me ha parecido en su divina Magestad, que es justo que de las contrarias tambien entienda; aunque espero sin poder dubitar, siendo mayor exercicio espiritual de ellos, que en todo resultará á mayor gloria divina: y es, que en Salamanca, segun que nos escriben los nuestros, han pasado y pasan mucha contradiccion de algunos Padres NN. movidos, como yo creo, mas de buen zelo que de ciencia debida: y esta tal contradiccion ha que dura por espacio de diez meses; y ahora teniendo letras de nuevo de 25 de Noviembre y 2 de Diciembre pasado, está mas en aumento, y tan fuera de todos términos, que hemos sido forzados á proveer en ello, conforme á lo que San Agustin

y otros santos Doctores nos lo muestran. San Agustin, *de Viduitate*, dice: *Nobis est necessaria vita nostra, aliis fama nostra.* San Juan Crisóstomo sobre San Mateo: *Discamus illius exemplo nostras quidem injurias magnanimiter ferre. Dei autem injurias, nec usque ad auditum sufferre.* Sanctus Hieronymus in Epist. contra Rufinum: *Nolo quemquam in crimine hæresis patientem esse.* Sanct. Thom. 2. 2. quæst. 27. art. 3. *Tenemur habere animum paratum ad contumelias tollerandas; si expediens fuerit, quandoque tamen opportet, ut contumeliam illatam repellamus maximè propter duo, primò propter bonum ejus qui contumeliam infert, ut videlicèt. Audacia ejus reprimatur, ut de cætero talia non attentet, secundùm illud.* Proverbiorum 26. *Responde stulto juxta stultitiam suam, ne sibi sapiens videatur; aliò modo propter bonum multorum quorum profectus impeditur, propter contumelias nobis illatas.* Undè Gregorius super Ezechielem homil. 9. *Hi quorum vita in exemplo imitationis est posita, debent, si possunt, detrahentium sibi verba compescere, ne eorum prædicationem non audiant, qui audire poterant, & ita in pravis moribus permanentes bene vivere contemnatur.* San Buenaventura in Apologetico quæstio: *Cùm debeatis omnia mala vobis illata patienter sustinere, & nullam super his querimoniam facere, vel movere, quid est, quod non solùm istud non facitis, sed etiam non con-*

contenti Episcoporum judiciis obtinetis à Sede Apostolica judices, & conservatores, & ad illos quoslibet molestantes vos etiam leviter citatis, gravatis laboribus, & sponsis, donec satisfaciant vobis pro bello vestro contra Apostolum ad Corinth. Delictum est in vobis, quæ judicia habetis; respondeo injurias, & molestias, ex quibus aliud malum non sequitur, nisi quod illa hora sentiri potest, ut sunt verba probrosa, vel damna rerum, seu verba, & talia Religiosi equanimiter sustinere debent; quia nihil aliud afferunt nocumenti. Sed ubi possunt graviora damna subsequi, vel animarum gravia nocumenta, ubi non est expediens tolerare. Cajetanus in Summa: *Famam propriam falso ereptam negligere tunc est peccatum cum aliis hæc noceret, seu nocere timetur, nam fama propter alios necessaria est, & in tali casu dicit Augustinus: Qui confidens conscientiæ negligit famam, crudelis est, quia aliorum animis occidit.* Así pensamos proceder por mayor gloria divina, primero con todo cumplimiento y amorosamente, enviándoles una letra de un Cardenal, que parece en alguna manera puede con ellos. Lo segundo, asimismo presentándoles una patente de su General. Lo tercero, si lo primero ni segundo, por lo que Dios nuestro Señor y la caridad cerca de nuestros próximos nos obliga, y por quitar fuerzas al enemigo de nuestra naturaleza humana, que así suade y persuade á las per-

personas, aunque sean de letras, siendo religiosas y criadas para mayor gloria divina, se procederá por virtud de un proceso fulminado y un breve del Papa, como V. Reverencia verá; porque estando del todo así avisado V. Reverencia, tenga mayor materia para encomendar muy de veras á Dios nuestro Señor en sus santos sacrificios y santas oraciones, que su divina Magestad se quiera dignar en dar su divino favor y ayuda á la parte de adonde su mayor gloria y alabanza pueda redundar para siempre; pues otra cosa alguna, mediante su divina gracia, ni buscamos ni deseamos, á quien de ello y de todo sea gloria para siempre sin fin; y que por la su infinita y suma bondad nos quiera dar su gracia cumplida, para que su santísima voluntad sintamos, y aquella enteramente la cumplamos. De Roma 24 de Enero de 1549. = *Ignacio.*

Respondió el Venerable Maestro Avila con gran cortesía y amor en esta sentencia: Que tenia por don y beneficio divino el haber puesto nuestro Señor en su Iglesia la Religion de la Compañía de Jesus; y así lo habia entendido luego desde su principio, afirmando que esta nueva planta era obra manifiesta de la divina Sabiduría, y usaba de una gran misericordia y una clemencia de Padre, así con los que entraban en ella, como con todos aquellos que por su medio

apro-

aprovechan en virtud. Aprobó el consejo del Santo Padre Ignacio en haberse valido de la Sede Apostólica contra los que se oponian á la obra de Dios, para que se reprimiesen las lenguas de los que ó con buena ó mala intencion ponian nota en los suyos. Que desde que empezó el mundo no hubo virtud que no fuese exercitada, ni vicio que no exercitase. Que no agradan tanto á aquel Señor celestial sus siervos quando les dice prósperamente las cosas que aun hacen en su servicio, quanto en sufrir con alegría y confianza las adversas. De otra manera no se conoceria el verdadero siervo del fingido. El águila prueba sus polluelos á los rayos del sol, el artífice el oro en el crisol; y Cristo prueba los siervos si son de admitirse por suyos en el horno de la tribulacion. Finalmente, que por donde pasó la cabeza era forzoso pasasen los miembros: que habiendo sido Cristo perseguido, lo habian de ser los que pretendian seguirle; mas que á lo último prevaleceria la verdad, que así esperaba se habia de verificar en los de su Compañía.

Por este tiempo Don Antonio de Córdoba, hijo de los Marqueses de Priego, criado con la doctrina del Venerable Maestro Avila, estudiaba en Salamanca, se habia aficionado mucho á los Padres de la Compañía; tan perseguido de muchos, por cuyo medio nuestro Señor habia comenzado á dar luz á su al-

ma: dió cuenta al Venerable Maestro Avila de sus trabajos, de la variedad de opiniones en sus cosas: escribióle el santo Maestro con gran acierto y prudencia en abono de los Padres: defendió su causa nerveosamente: no pongo, por no alargar tanto, la carta: dícele: Persevere en su amistad, mayormente habiendo por su comunicacion experimentado tantas medras su alma. Quan grandes fuéron veremos en su lugar.

CAPITULO XXIX.

DE LO MUCHO QUE EL VENERABLE MAESTRO JUAN DE AVILA SE OCUPÓ EN CONFESAR, Y EL PROVECHO QUE DE ELLO SE SIGUIÓ.

Era tan viva la fe, tan encendido el deseo de que todos se salvasen, tan abrasado el zelo de la salud de las almas que ardia en el corazon del Venerable Maestro, que le movian poderosamente á usar todos los medios para ganarlas á Dios. No contento con el copioso fruto que hacia con sus sermones, le aseguró y acrecentó en gran manera en el confesonario, llegando á aplicar con cada particular lo que universalmente habia predicado. Eran dardos sus palabras: seguia la caza que dexaba herida, hasta que de todo punto hacia la presa, y la ponia en la mesa de Dios.

En

En acabando de predicar dos horas, de ordinario, convidaba á todos los que quisiesen ir á confesarse con él, diciendo que estaba allí dispuesto á oir á todos de penitencia. Y así cansado y quebrantado, tal vez enfermo, sin tomar algun alivio ó mudar ropa, inmediatamente en baxando del púlpito se sentaba en el confesonario: oia de confesion á quantos llegaban, durando en esta ocupacion sin comer muchas veces, hasta las cinco y seis de la tarde sin que mostrase cansancio; ántes con gran afabilidad rogaba que aguardasen. Tomaba este trabajo con gusto por lograr muchas mociones, que excitadas luego, se libran del peligro de desvanecerse por las calles. Fué grande el bien que con esto hizo á innumerables almas, ó confesándose, ó dando cuenta de sus conciencias ó estado peligroso de sus cosas para tratar del remedio, ó tomar mejor acuerdo en su vida: decíales con gran espíritu palabras tan eficaces y proporcionadas á la necesidad de cada uno, que les duraba por mucho tiempo su doctrina.

Mostraba el rostro alegre y gustoso en administrar este Sacramento: no dexaba el confesonario hasta que no hubiese quien confesase, aunque fuese muy tarde: en acabando se iba muy alegre, alabando á Dios de haberle servido en esto.

Bastante prueba de quan gran Maestro fué en el

con-

confesonario es la santa vírgen Doña Sancha Carrillo, pues de una confesion sola vimos aquella mudanza tan rara, tan admirable, tan milagrosa. La comunicacion ordinaria en la confesion y fuera de ella formó aquella gran santidad de la Condesa de Feria: decíase comunmente que ninguna persona se llegaba á confesar con él que no la reduxese ó á mudar ó mejorar de vida.

Demas de los dias en que predicaba, oia todas las horas del dia á quantas personas se venian á confesar con él, y oíalas con notable sufrimiento y espera, aunque se sintiese muy cansado y fatigado, conociendo la importancia de esta obra. Siempre aconsejaba á sus discípulos que nunca despidiesen confesiones ningunas ni consejos por muy cansados y ocupados que estuviesen, porque era mucho lo que se servia Dios nuestro Señor en el bien que las almas recibian, y le es muy agradable ampararlas en sus aprietos y trabajos en que se veian; y que era tanto el gusto que Dios recibia, que lo pagaba y satisfacia á los suyos con grandes ventajas. Quejándosele un Cura de almas que por acudir á las ocupaciones de su oficio no sentia la devocion que él quisiera, le dice: No desmaye si no alcanzare lo que quisiere, que las ánimas en cuyo provecho entiende, algo valen, pues costáron á Jesucristo su sangre. Esta consideracion le hacia

cia incansable en los trabajos, y le daba fuerzas mas que humanas.

Lo mucho que estimó el venir á brazos con los pecados, y como en duelo particular batallar y vencer al enemigo, lo mostró bastantemente en este caso. Habiendo ido á decir misa á la Iglesia Parroquial de la Magdalena de Córdoba como á las once y media, se llegó á él una muger en el trage y aliño de poca suerte, y le pidió la oyese de penitencia: sentóse con mucho sosiego á oirla, diéron las doce, llegó el Padre Villarás, y dixo que era muy tarde, que viniese á decir misa. Respondióle: No importa que sean las doce: mas conviene acudir al consuelo de esta alma, y en ello se servirá mas á Dios, que no que yo diga misa. Con esto prosiguió en su confesion hasta cerca de la una, con que quedó sin decir misa.

Fué grande y universal el provecho que el santo Maestro hizo exercitando el oficio de Confesor, y las muchas almas que por este camino ganó; y cosa maravillosa quan á la mano le ponia Dios la presa que parece se la habia prometido á él personalmente. Fuéron muchas las personas graves y principales que consiguiéron quietud de conciencia, y muy gran aprovechamiento sus almas, y sirviéron á Dios, mejorando vidas y costumbres. Otros se convirtiéron eficazmente y con perseverancia hasta el fin de su vida, con gran

olor y exemplo de virtud, de solo haberse confesado con él.

Son muchos los casos que prueban esta verdad: sirva por todos este suceso. En un lugar cerca de Montilla vivia un virtuoso Sacerdote: tenia una hermana doncella, hermosa, pero mucho mas desvanecida. Habíala recibido una Señora titulada en su servicio, con que estaba mas ufana que si fuera á ser dama de la Reyna. Su hermano mas la quisiera santa que en palacio; y aunque procuró disuadirla de su intento, era en vano; porque ella se figuraba gran señora; con todo le persuadió que ántes de su partida se confesase con el Venerable Maestro Avila: vino en ello, confesóse, y con tan notable efecto, que volviendo á su casa dexó las galas, púsose un hábito honesto, vivió con un recogimiento exemplar en compañía de su hermano: fué muy caritativa y limosnera: acabó la vida con santidad notable.

Finalmente, ninguno confesó con el Venerable Maestro Avila que no sacase muy grande medra para su alma, luz, seguridad y quietud de conciencia: grande fué el fruto que hizo predicando, no menor en el ministerio de confesar: sembraba la divina palabra desde el púlpito: cogia por la mayor parte el fruto en el confesonario.

El provecho de las confesiones aun fué mayor en

en Señoras y otras personas de mayor calidad, cuya reduccion y buena vida es de mayores efectos. Demas de la Condesa de Feria, á quien, como diximos, confesó hasta la muerte, confesó asimismo á Doña Isabel Pacheco y á Sor María su hermana, Monja en el mismo convento, y á Doña Teresa Henriquez, que hizo vida continente, hermanas de la Marquesa Doña Catalina, y á María de Cristo, Monja de gran santidad. Fuéron grandes las virtudes de todas estas Señoras, adelantáronse en espíritu, muriéron con opinion de santas.



LIBRO SEGUNDO.

DE LOS ELOGIOS Y VIDAS DE ALGUNOS DISCIPULOS DEL VENERABLE MAESTRO JUAN DE AVILA, PREDICADOR APOSTOLICO.

INTRODUCCION AL LIBRO SEGUNDO.

Entre los medios con que el gran Padre de la Iglesia San Gerónimo prueba la santidad de Santa Marcela en su Epitafio, pone por muy singular el haber profesado con ella amistad la gloriosa Santa Paula, y que en su aposento mismo se crió la Santa Vírgen

Eus-

Eustoquia, y añade: *Ut facilis æstimatio sit qualis magistra, ubi talis discipulæ.* Una de las cosas que mas descubre la fecundidad y grandeza del espíritu del Venerable Maestro Juan de Avila, la eficacia de sus palabras y doctrina fuéron sus discípulos, cuya santidad es el mayor testimonio de la de su Maestro. Habemos discurrido en el libro primero por los maravillosos efectos de su predicacion: en el segundo tratarémos de los de su enseñanza: lo que alcanzó su trato y conversacion familiar y exemplo con muchos Sacerdotes, que sacó eminentes en la vida y espíritu apostólico. Sus virtudes y sucesos serán materia del libro en que ahora entramos, en que se infieren tambien muchas cosas que tocan al Venerable Maestro. Pertenece á la entereza de esta historia la santa y docta escuela del Venerable Maestro Avila, que por acabarse con su vida, y no dexar familia religiosa que pudiese en anales conservar su memoria, el tiempo ha puesto en olvido muchas cosas dignas de saberse; y en estos pocos pliegos tendrá este daño algun reparo aunque corto. Fué mi intento al principio hacer unos elogios breves, que en dos ó tres capítulos remataran el libro primero: en el discurso que esta obra se iba haciendo han venido á mis manos papeles tan importantes, que han podido formar un libro entero: parece lo ha dispuesto así la divina providencia, que tie-

tiene contados los cabellos de los buenos, para que virtudes tan apostólicas, hazañas tan heroycas no quedasen sepultadas en el olvido. Son los elogios mas ó ménos largos: segun ha habido la materia, no dudo que podian escribirse de muchos mas dilatados discursos. Si á alguno le pareciere esta digresion muy larga, considere que es estilo en las crónicas de los Santos Padres de las Religiones escribirse las virtudes de sus hijos, y que de esta calidad es la del Venerable Maestro Avila; y que si sus discípulos perdian esta ocasion de acompañar á su Maestro, apénas podia ofrecerse otra que diese noticia de quién fuéron y de lo que obráron. Esta historia tiene algo de universal del tiempo del Venerable Maestro Avila y los suyos, que merecen por sus virtudes y vida una memoria inmortal.

CAPITULO PRIMERO.

DE LOS PADRES JUAN DE VILLARAS, DOCTOR BERNARDINO DE CARLEVAL, Y DOCTOR PEDRO DE OJEDA.

El fervor del espíritu del Venerable Maestro Avila fué tan grande, tan raro el resplandor de sus virtudes, que desde los principios de su predicacion con una cierta violencia movió á su imitacion á muchos, en especial Sacerdotes, que movidos de su exemplo,

fué-

fuéron imitadores de su vida, y siguiéron sus pasos y virtudes. En Sevilla se llegáron algunos; en Granada fué mayor la cosecha de hombres doctos: muchos se diéron por sus discípulos, resignados á su direccion en todo. Algunos de los mas familiares comian con él en su mesa en un pequeño refectorio que tenia. Vivian sus discípulos apostólicamente ocupados en los empleos que despues veremos. Tuvo sin duda intento, como insinuamos, y diremos mas largamente adelante, de fundar una Religion de Sacerdotes exemplares, que coadjutores de los Obispos, acudiesen á cultivar las almas, enseñar á los niños la doctrina, criar santamente la juventud, ayudar á los fieles en el camino de la salvacion, gobernar los mas perfectos en la vida espiritual: finalmente, que predicasen por el mundo, dilatasen la verdad evangélica, manifestasen los tesoros que tenemos en Cristo crucificado: empresa que reservó Dios al glorioso San Ignacio, habiendo dado el pensamiento, el espíritu y todo el aparato al santo Maestro Avila, como mas largamente veremos adelante.

El muy Reverendo Padre Fray Luis de Granada, por vivir los mas de estos discípulos al tiempo que escribió la vida de su Maestro, reparó en referir sus nombres; mas ya que estan escritos en el libro de la vida, gozando sin riesgo de vanagloria verdadera, justo

to es que el mundo conozca á los que con virtud heroyca abrazáron la perfeccion evangélica, y siguiendo los pasos de este apostólico varon, fuéron exemplo al mundo del entero cumplimiento de las obligaciones del estado sacerdotal, executadas con el vigor que pide dignidad tan alta.

Los que cercanos al tiempo que vivió el santo Maestro Avila no le conociéron y tratáron, pudiéron templar su sentimiento habiendo visto y comunicado al Padre Juan de Villarás, su discípulo y compañero, retrato vivo de su gran Maestro. Bastará para mostrar lo que fué este varon santo, que gozó diez y seis años del lado y compañía del Venerable Maestro Avila, vivia con él en una casa, comian en una mesa, gozando continuamente de sus palabras y exemplos: sucedióle en su casa y espíritu y señaladas virtudes: representaba muy al vivo quién fué su maestro. Fué varon perfectísimo, de una profunda humildad, raro recogimiento, encerramiento perpetuo, con admiracion de quantos le conociéron, y extremada paciencia: hablaba de Dios con gran suavidad y dulzura. Estimó en tanto al Venerable Maestro Avila, que muriendo mandó que le enterrasen á sus pies; mas por la grande estima que de este gran varon hizo la santa Condesa de Feria, ordenó que se enterrase en su convento de Santa Clara; mas despues de su muerte

los

los Religiosos de la Compañía de Jesus no quisiéron carecer de este tesoro, ni los santos compañeros estar divididos en la muerte, habiendo estado tan unidos en la vida. Trasladáron su venerable cuerpo á su Colegio: depositáronle al pie del sepulcro del Venerable Maestro Avila, donde juntos esperan la inmortalidad, y levantarse gloriosos á hacerse eterna compañía en el cielo.

Remate este elogio el Padre Martin de Roa: en el último capítulo de la vida de la Condesa de Feria dice así: „Ni es ménos de consideracion la particular
„ providencia que tuvo el Señor quando llevó para
„ sí al Venerable Maestro Avila de tenerle ya criado
„ á los pechos de su doctrina al humilde y santo va-
„ ron el Padre Juan de Villarás, noble por sangre, y
„ mucho mas por lo mucho que él se aprovechó de
„ la de Cristo nuestro Redentor para enriquecer y
„ adornar su alma de las preciosas joyas de las virtu-
„ des. Fué maravilloso exemplo de mansedumbre y
„ humildad: padecia mucho, y sabia padecer, porque
„ supo amar. Solo Dios era su pensamiento, su cuida-
„ do y regalo: con él hallaba compañía en su soledad,
„ alivio en sus dolores, y remedio en sus enfermeda-
„ des. Afligíanle muchas el cuerpo; mas crecia el alma
„ con ellas en merecimientos, y labrábanle coronas
„ de admirable paciencia. De esta manera trataba Dios
„ al

» al Maestro y á la discípula, haciéndolos muy pare-
» cidos en la vida y trabajos de ella, para que el uno
» al otro se diesen la mano en el camino del cielo.
» Dexóle, pues, el Señor á la Condesa este santo va-
» ron en lugar del Venerable Maestro Avila, y con
» maravillosa disposicion le conservó la vida miéntras
» á ella le duró la suya, y mas el tiempo que precisa-
» mente fué necesario para que de su pecho sacase los
» tesoros de la santidad de su sierva, y los comunica-
» se para exemplo y edificacion de su Iglesia." Hasta aquí el Padre Martin de Roa.

Corta quedará la mas feliz eloqüencia que se animare á mostrar lo que fué el venerable varon el Doctor Bernardino de Carleval, uno de los de mayor nombre, de mayor caudal y letras de los discípulos que tuvo el Venerable Maestro Avila. Siendo Colegial y Rector del Colegio Real de Granada, mozo de floridos estudios y talento, predicando en esta ciudad el Maestro Avila, dixo un dia á un compañero: Vamos á oir este idiota: veamos cómo predica. Oyó al varon apostólico las verdades evangélicas, predicando con tal fuerza y valentía, que se halló tan trocado de la mano de Dios y de su amor, que de allí adelante le oia con suma veneracion y gusto. Continuando sus sermones, comenzó á tratar con el santo Maestro, y freqüentar su casa con resolucion de abrazar la virtud

en su mayor perfeccion. Contaba él despues este suceso con lágrimas, reconociendo la virtud divina, que iba envuelta en las palabras de este gran Predicador.

Habiéndose fundado años despues la Universidad de Baeza, le traxo el Venerable Maestro Avila para que fuese la piedra fundamental de estos Estudios, como de verdad lo fué, y el primero que se graduó de Licenciado, Maestro y Doctor: leyó en ellas la sagrada Teología muchos años: dió gran exemplo de todas las virtudes, en especial de la pobreza evangélica, con un desprecio grande del mundo y de sus cosas: no admitió renta ni beneficio eclesiástico, contento con el dispendio de su cátedra: permaneció leyéndola lo que le duró la vida, sin aspirar á prelacías, de que era benemérito: vivia pobremente en un aposento en las Escuelas; y hombre doctísimo, exercitaba por su persona los órdenes que dexó el Venerable Maestro Avila: acudia al hospital los sábados á servir los pobres y componerles las camas: hacia pláticas á los estudiantes: salia por las calles, desde la Universidad, cantando la doctrina: predicaba en la plaza, y muchas veces en las parroquias y conventos de Monjas. Sucedió en el patronazgo de la Universidad al Venerable Maestro Avila, y en el espíritu y zelo de la salvacion de las almas. Fué uno de los varones apostólicos y religiosos que tuvo la Universidad de Baeza, y aun

Es-

España. Plantó la virtud en las Escuelas y en todas partes. Fué tanto su deseo de la conversion de las almas, que continuamente aconsejaba á otros Predicadores que predicasen á Cristo crucificado, tema único de su gran Maestro.

De los últimos discípulos del Venerable Maestro Avila fué el Doctor Pedro de Ojeda; mas de los primeros en las virtudes y méritos, varon de gran talento y grandes letras. Leyó muchos años Escritura en la Universidad de Baeza con gran aprovechamiento de la Escuela. Sucedió al Doctor Bernardino de Carleval en el patronazgo y el espíritu: mantuvo con gran valor, lo que le duró la vida, la rigurosa disciplina y el espíritu en que fundó estas Escuelas el Venerable Maestro Avila, haciendo rostro á los que con sus vicios intentaban corromper el vigor de las costumbres antiguas: padeció por esta causa pesados testimonios, injurias, contradicciones y molestias, que toleró con ánimo invencible, sin responder una palabra sola, ni alterar el tenor de su semblante y religiosas costumbres; mas pudo llevarlo todo apoyado en la levantada oracion y heroyca contemplacion que tuvo. Fué admirado de quantos le tratáron y conociéron por un exemplo raro de modestia, de desprecio de cosas humanas, dignidades, puestos, acrecentamientos (atributo comun de todos los discípulos del Venerable

Maes-

Maestro Avila, mayor en los de mas aventajadas letras y talentos): veneráronle todos por Maestro de un verdadero y desengañado espíritu con gran aprovechamiento de toda aquella provincia. Fué muy zeloso de la honra de Dios y de su gloria: eficacísimo en la palabra divina: predicaba muchos dias con tan esforzado espíritu, que atemorizaba los oyentes con copiosísimo fruto. Los juéves todos predicaba del Santísimo Sacramento, con quien tuvo afectuosa y tierna devocion, tanto que muchas veces ponia tan fixada la vista, tan elevada en la custodia santa, tan largo espacio de tiempo, que mostraba la fineza de su amor, y con quan fuertes cadenas le tiraba: excedia en esta accion las fuerzas de la naturaleza. Cuidó del culto divino en las Iglesias de su cargo, acudiendo á esto con devocion y ternura, sin que la cátedra y púlpito le divirtiesen del adorno y limpieza de los templos. Padeció grandes enfermedades, y en los mayores desconsuelos y apreturas no hallaba otro alivio sino hacer que le leyesen las Epístolas del Venerable Maestro Avila, en particular las escritas á afligidos y tentados y agravados de enfermedades penosas. Llamaba á un Sacerdote que le hacia compañía, y decia: Digamos á nuestro Venerable Maestro que nos consuele y nos hable. Murió con opinion de Santo, aclamándole por tal el pueblo, tocando rosarios

á su venerable cuerpo, y llevando cosas suyas por reliquias.

CAPITULO II.

DEL MAESTRO HERNAN NUÑEZ.

El Maestro Hernan Nuñez, natural de Granada, fué de los aventajados discípulos del Venerable Maestro Avila, varon exemplarísimo, de grande espíritu, insigne operario evangélico, admirable en el zelo de aprovechar las almas: residia en la Universidad de Baeza, y con sus ardientes ansias del bien de sus hermanos, llevaba á los Maestros y estudiantes mozos de la Universidad á que enseñasen la doctrina cristiana por los lugares cercanos: procuraba que los exercicios de la disciplina que se hacian en la capilla de la Universidad algunos dias de la semana, se exercitasen con sumo cuidado y devocion, y nadie faltase á ellos. Fué raro su espíritu de pobreza: nunca quiso vivir si no es en un aposentillo debaxo de una escalera en las Escuelas, donde estaba el relox. Conservaba con esto tan gran severidad en sus costumbres, que era temido de todos los Doctores y Maestros y estudiantes, y en solo verle en el patio se componian. Fué admirable la abstinencia: era su comida ordinaria una ensalada y unas migas: solian decir los venerables Doctores Bernar-

nardino de Carleval y Diego Perez, que no osaban ir á predicar donde habia predicado el Maestro Hernan Nuñez, viendo la abstinencia que él hacia y lo mucho que trabajaba dia y noche, y que ellos habian menester una comida ordinaria.

Por órden del Venerable Maestro Avila estuvo algunos años en Almodóvar del Campo: compensó con este varon santo lo poco que asistió en su patria (no se sabe que volviese despues que partió para las Indias): allí predicaba y confesaba, enseñaba á los niños la doctrina, de donde salia á predicar á los pueblos comarcanos á pie con el manteo al hombro, sin mas provision ó alforjas que la divina providencia, al modo de los Apóstoles. En este santo exercicio gastó lo restante de su vida, que fué muy larga: he visto cartas originales suyas, en que pone algunos sucesos de estas peregrinaciones, y los trabajos grandes que padecia con los Curas: en una que tengo dice habia sido veinte y ocho años criado del Padre Maestro Juan de Avila: hallóse indigno de nombrarse su discípulo.

Descríbale y alábele su Maestro, que tenia conocido el fondo de su virtud. Aconsejando el Venerable Maestro Avila al Arzobispo Don Pedro Guerrero que enviase Predicadores y Confesores por su Arzobispado, hombres de gran espíritu y zelo, que le ayudasen á cumplir las grandes obligaciones de su oficio,

aña-

añade estas palabras en la Epístola segunda en la nueva impresion: „He pensado en una buena pieza pára es-„ to, y es el Maestro Hernan Nuñez, natural de esa „ ciudad, y está ahora en Baeza: ha hecho muy gran „ provecho en muchos pueblos: tiene una rentilla con „ que se mantiene, y no toma nada de nadie; porque „ para unas migas y una ensalada que come, tiene har-„ to en su rentilla; aunque como ha usado este rigor „ muchos años, no sé si está algo gastado: pídenlo aho-„ ra muy apriesa de Caravaca para cierta obra buena: „ deseo que se emplee así en las ovejas de V. Seño-„ ría, y con él un Confesor; y parece que hay mues-„ tras del provecho que de esto resultaria en ese Arzo-„ bispado, en el que los dos de la Compañía hiciéron „ en su casa; y este Clérigo no es de menor virtud. „ Si á V. Señoría esto pareciese, seria bueno escribir „ al Doctor Carleval una carta en que le dixese co-„ mo tiene pensado de enviar por el Arzobispado hom-„ bres de gran zelo de Dios, y que tiene relacion del „ Maestro Hernan Nuñez, y que le queria emplear en „ esto." Hasta aquí el santo Maestro Avila: de cuyas palabras se colige el crédito que tenia de este santo Clérigo, de su austeridad y empleos. Hablando del mismo Hernan-Nuñez el venerable Doctor Diego Perez en una carta que escribe al Doctor Pedro de Ojeda desde Barcelona á veinte y dos de Enero del año de

mil

mil y quinientos y ochenta y dos, dice del Padre Hernan Nuñez: „Tengo cada dia cartas de ese dichoso
„ que anda peregrinando como pobre: á mí me lla-
„ man el apostólico, y él tiene las obras: hame dado
„ gana de rogarle que nos vamos juntos: no sé si quer-
„ rá; porque el Obispo de Zaragoza le pide que se
„ vuelva con él: no quiere: trae razones: rica vida
„ por lugaricos: *Ubi annuntiatur verbum Dei.* Andar
„ predicando con pobreza y con humildad." Y en otra carta de veinte de Febrero de quinientos y ochenta y cinco, tratando de las Escuelas de Baeza, dice:
„ Sabe Dios el continuo cuidado que tengo de esa ca-
„ sa, y las reliquias del dichoso Maestro Avila y buen
„ Doctor Carleval." Y volviendo al santo Maestro Hernan Nuñez, dice: „Tiene en su poder la vida de
„ una santa Religiosa, que se llamaba Isabel de Bae-
„ za, que murió año de mil y quinientos y sesenta y
„ seis, doncella santa y muy penitente: al principio,
„ contando su conversion, refiere como dixo á una
„ compañera suya: He oido que este Confesor (por
„ el Padre Hernan Nuñez) hace beatas á quantas don-
„ cellas se confiesan con él: no se me da á mí nada
„ de eso, que aunque baxe San Pedro no me hará
„ beata. Estando en esta plática acertó á entrar el Pa-
„ dre Hernan Nuñez: al punto que lo vido, sin mas
„ hablarle palabra, vino un espíritu tan poderoso en
„ ella,

„ ella, que la adormeció y mudó el corazon, y la hi-
„ zo otra; y en aquel mismo instante quedó tan lle-
„ na de sabiduría de Dios, que no fué menester que
„ la enseñasen ni cómo habia de hacer penitencia, ni
„ cómo habia de mortificarse." Hasta aquí el venerable Diego Perez. Este fué el Maestro Hernan Nuñez: estos hombres saliéron de esta Escuela. Murió con opinion de Santo, y como tal le honró el pueblo con grandes demostraciones.

CAPITULO III.

DE OTROS EXEMPLARES SACERDOTES, DISCIPULOS DEL VENERABLE MAESTRO AVILA.

No fué de menor nombre el Padre Maestro Alonso de Molina, estimado en Córdoba (de donde era natural) y su Obispado por varon apostólico y de conocida santidad: pasó seglar buena parte de su vida: puso los ojos en él el Venerable Maestro Avila: aconsejóle que mudase hábito, y se hiciese Sacerdote. Obedecióle: fué el santo imitador de su Maestro en la modestia, pobreza, humildad, y las demas virtudes que componen un exemplar Sacerdote: nunca quiso beneficio eclesiástico, ni mas riquezas que la pobreza evangélica. Hospedaba al Venerable Maestro Avila

quando venia á predicar á Córdoba: dábale vestido y comida y todo lo necesario; y no era mucho, porque su casa era un refugio de pobres, con quien gastó toda su hacienda: fué treinta y seis años discípulo del Venerable Maestro Avila. Tuvo tan gran don de consejo, que acudian á él como á un oráculo Religiosos, Caballeros y toda suerte de personas por gobierno de sus cosas, y gozar de su conversacion, que era dulcísima: fué una copia del Venerable Maestro Avila. Habiendo el Padre Alonso de Molina llegado á los ochenta años de su edad, lleno de dias y virtudes voló al cielo con una muerte exemplar correspondiente á su vida.

Fué de los discípulos de Córdoba el Padre Maestro Alonso Fernandez, insigne en letras y virtudes y singular doctrina. Leyó Teología en Córdoba en el Colegio de Sacerdotes, que de órden del Venerable Maestro Avila se fundó en esta ciudad: fué humilde y docto: siguió la pobreza de su Maestro con el rigor que pide el Evangelio á los discípulos de Cristo: no quiso admitir beneficios eclesiásticos, aun ofrecidos á su virtud y méritos. Don Cristóbal de Roxas, Arzobispo de Sevilla, que lo habia sido de Córdoba, le envió desde Sevilla un grueso beneficio: no quiso admitirle, diciendo que le habia aconsejado su Maestro no le tomase. Claro es que estos varones santos no juzgá-

ron con este hecho haber algun defecto en tener y gozar beneficios eclesiásticos; mas siguiendo la perfeccion evangélica con las veras que hemos visto, creian que las rentas eclesiásticas les podian ser algun impedimento, y su espíritu desnudo abrazó la pobreza con el rigor que enseñáron y practicáron los Santos, siguiendo el Evangelio; mas en todos los grados y puestos eclesiásticos se puede conseguir la santidad en el supremo grado, y guardar la misma y mayor pobreza, de que veremos exemplos raros: cada qual seguia el llamamiento del espíritu de Dios que le movia.

Cupo gran parte del espíritu del Venerable Maestro Avila al Licenciado Pedro Rodriguez su discípulo. Fué natural de Sahagun, villa nombrada en Castilla por aquella gran oficina de santidad el Real convento de San Benito. Fué varon exemplar y verdaderamente apostólico: gastó su larga vida predicando por las montañas de Castilla, enseñando la doctrina, administrando Sacramentos: obra verdaderamente heroyca. Llegó á la última vejez con extremada pobreza: jamas quiso admitir beneficio, aunque se lo ofrecian los Obispos: cayó en una enfermedad gravísima, que la hacia mas penosa, sobre los muchos años, el faltarle no solo con que curarse, mas el preciso sustento de la vida; empero la providencia divina, que nunca falta á sus siervos, le tuvo en esta ocasion pre-

ve-

venida la admirable caridad del varon exemplar Gerónimo de Reynoso, Canónigo de Palencia, insigne en todas las virtudes, y raro en la misericordia con los pobres: recogióle en Husillos, donde le tuvo mas de dos años casi siempre enfermo: para la última dolencia, que le duró seis meses, le traxo á Palencia, y en su casa le sirvió y regaló por su propia mano, hasta que fué á recibir el premio de sus grandes trabajos. Enterróle el piadoso Canónigo á su costa en la Iglesia Catedral, y le hizo honrosas exêquias, como se escribe en el capítulo diez y ocho de su vida, que anda con la del gran Obispo de Córdoba Don Francisco de Reynoso su tio, Prelado digno de memoria eterna.

Nuestro Señor comunicó el espíritu del Venerable Maestro Avila al Maestro Bernardo Alonso, su aprovechado discípulo: resplándeció en todas virtudes, en especial en la oracion y silencio, y un despego grande de las cosas de la tierra: fué Visitador del Obispado de Jaen, con que pudiera conseguir muy grandes puestos y prebendas; mas obediente á su Maestro, se fué á vivir de su órden á Leruela, villa del Adelantamiento de Cazorla, á cuidar de algunas almas espirituales que estaban á cargo del Venerable Maestro Avila: de tal zelo del aprovechamiento de los próximos participáron todos.

Al Licenciado Nuñez cuentan entre los discípu-

los

los del Venerable Maestro Avila, hombre de gran bondad: fué su residencia en Baeza, donde vivió con grande exemplo. Fundó el convento de Monjas de Santa María Magdalena y el hospital de la Concepcion, que es el principal que hay en esta ciudad, en que se curan setenta enfermos hombres y mugeres: fué gran imitador del Venerable Maestro Avila; y demas de las virtudes interiores con que Dios le adornó, que fuéron grandes, pasó adelante en el vestido exterior: anduvo siempre vestido de un paño pardo grueso, manteo y sotana, humildad y mortificacion notable. Su caridad con los pobres fué excesiva. Pasando un dia al convento de la Magdalena, una muger pobre se le puso delante con una criatura en los brazos, y pidió le diese unas mantillas para aquella criatura; y diciendo que no tenia que darle, instaba en su demanda con mayor porfia. Dióla el manteo, y se anduvo dos dias por Baeza en cuerpo, con su breviario debaxo del brazo (tán corta era su recámara). De su extremada pobreza puede colegirse fácilmente quáles fuéron las demas virtudes.

Ponemos al Padre Licenciado Marcos Lopez entre los mas insignes discípulos del Venerable Maestro Avila, igualmente docto y santo. Fué natural de Córdoba, y de órden del Venerable Maestro Avila leyó Teología en esta ilustre ciudad; y despues de haber

vi-

vivido muchos años debaxo de su disciplina, le hizo Rector del Colegio, que á instancia suya fundó la Marquesa de Priego en esta villa. Fué varon de rara virtud; y para reducir á una todas sus alabanzas, es comun sentir de toda aquella villa, que no se hallaba quien le hubiese visto hacer ó decir cosa que fuese venial, por espacio de cincuenta años que vivió en ella, habiendo tratado todo el lugar, y exercitado el oficio de Vicario. Alentó la devocion al Santísimo Sacramento, que aprendió de su Maestro, y estima grande de las cosas eclesiásticas: celébranse en esta villa con gran decencia, que puede ser exemplo á toda España. Enseñaba la doctrina cristiana, exercicio comun á todos los discípulos del Venerable Maestro Avila. Llegó á ochenta y cinco años de edad, gastada en tan santos exercicios.

Dignamente puede nombrarse entre hombres tan grandes el venerable Padre Juan Sanchez; mas porque sus virtudes tuviéron felicidad de mejor historiador, pondré las palabras del muy Reverendo Padre Fray Gregorio de Alfaro, de la sagrada Religion de San Benito, digno Cronista de aquel gran padre de pobres, Prelado de los mejores que ha tenido el Obispado de Córdoba, y por ventura España, Don Francisco de Reynoso: en el capítulo doce del libro segundo de su vida, hablando del convento de las Recogidas,

das, á quien sustentó este santo Obispo, y de los que favoreciéron á esta casa, dice así: „Quien con mas „ fervor acudió á esta obra tan piadosa fué un Sacer- „ dote, que se llamaba Juan Sanchez, varon de tan „ santa virtud, que me obliga á que le nombre y di- „ ga lo mucho que aprovechó en este exercicio. Pri- „ mero fué casado; y habiendo muerto su muger, se „ hizo discípulo del Venerable Maestro Avila, que en „ aquel tiempo predicaba en el Andalucía. Por su „ consejo se determinó de estudiar hasta ordenarse de „ misa; y despues que fué Sacerdote comenzó con mas „ veras á exercitarse en todos los oficios de piedad, „ en especial á los que tocan á la honra de Dios, y á „ sacar almas de mal estado, aunque fuese con riesgo „ de su persona. Sucedióle que con su buena indus- „ tria llevó á las Recogidas una muger que estaba tor- „ pemente entretenida con un hombre, que en sa- „ biéndolo salió á buscarle; y hallándole en una plaza „ pública, delante de mucha gente le dió un bofeton „ en el rostro, sin respetar sus venerables canas. El „ buen viejo, con la misma paz que siempre traxo en „ el alma, sin hacer mudanza ni hablar palabra des- „ entonada, se humilló en tierra, y volvió el otro „ carrillo (para si gustaba darle otro bofeton) para „ cumplir con el Evangelio. Los circunstantes acu- „ diéron luego: el agresor, viendo un acto de tan se-

„ ña-

„ ñalada paciencia y humildad, se cumpungió de ma-
„ nera, que arrojado á sus pies, lloraba amargamente
„ su pecado. Todo el cuidado de este Sacerdote era
„ buscar mugeres disolutas y perdidas, y recogerlas en
„ aquel convento, y pedir limosna por toda la ciudad,
„ porque no les faltase el sustento necesario." Hasta aquí el Padre Fray Gregorio de Alfaro. En esta santa ocupacion duró este exemplar Sacerdote hasta la muerte, que sucedió á la del gran Prelado á ocho dias, como él lo predixo.

El Licenciado Pedro Fernandez de Herrera pudo gozar mucho tiempo en Montilla, de donde era natural, de la conversacion y exemplo del Venerable Maestro Avila, imitador de su espíritu: fué tan grande el de este virtuoso Sacerdote, que de ordinario, las temporadas de la pesca de los atunes, iba á las xábegas á confesar y enseñar la doctrina á mucha gente perdida que allí se recoge, en que hizo notable provecho á muchos, y á Dios grandes servicios.

Puédese últimamente afirmar con toda verdad que quantas personas de grande espíritu hubo en aquel tiempo en estos Reynos se pueden poner en el número de sus discípulos, que ya su exemplo, ya sus cartas, sus sermones los instruian en el camino del cielo. Quantos Prelados zelosos regian las Iglesias de España estimáron su comunicacion y correspondencia: consul-

sultábanle sus dudas, y tenian los consejos y avisos de este santo varon, y los reverenciaban como si fueran de un Angel, y él les ayudó con cartas y consejos el tiempo que predicó en los lugares de su residencia, como vimos en Granada y otras partes. Remito al lector al Epistolario últimamente estampado, donde se ponen juntas las cartas escritas á Prelados y Sacerdotes, que el que las tomare por instruccion y guia, no errará en el gobierno eclesiástico y vida sacerdotal

Ayudó tambien á los Obispos con un discurso largo intitulado *Reformacion del estado eclesiástico*, y unas anotaciones al Concilio de Trento: son obras que hacen entero volúmen, y á no ser tan grandes, dieran remate á esta historia: moverá nuestro Señor á algun zeloso para que las dé á la imprenta.

Estimáron grandemente sus discípulos á este varon santo: reconocian sus medras, despues de Dios, de su magisterio y enseñanza; y así lo publicaban. Fuéronle obedientísimos, de manera, que en la ocupacion que los ponia, perseveraban hasta la muerte, como si un Angel, de parte de Dios, les dixera que se ocupasen toda su vida en aquel ministerio. Vivia en Córdoba un Sacerdote exemplar, que habiéndole el Venerable Maestro mandado se ocupase en servir los pobres del hospital de San Bartolomé, donde se curan

males contagiosos, y por esta parte estancia penosísima, aconsejándole que á cabo de tantos años, por su mucha edad y falta de salud, se ocupase en otro ministerio, respondia: Aquí me puso mi santo Maestro, aquí tengo de perseverar hasta morir, porque en esta ocupacion está mi salvacion.

CAPITULO IV.

ELOGIOS DE LOS VENERABLES PADRES MAESTROS LUIS DE NOGUERA, HERNANDO DE VARGAS Y JUAN DIAZ.

Muchos de los discípulos del Venerable Maestro Avila fuéron hombres tan insignes que merecian historia particular por sus hazañas, que no fuéron ménos admirables que las de su Maestro. Triunfó de muchos el tiempo, poniéndolas en olvido; mas son muy conocidas en la gran corte del cielo. De tres ilustres varones discurrirémos en este capítulo, no como merecia la grandeza de sus obras, mas conforme lo que ha podido juntar nuestro trabajo.

Sea el primero el Maestro Luis de Noguera, Cura de la Iglesia Parroquial de Santa Cruz en Jaen, que de consejo del Venerable Maestro Avila exercitó este oficio santamente: fué este gran varon discípulo de los de mayor nombre del Venerable Maestro Avila,

la, y á voces decia en el púlpito haber sido su Maestro, y que debia la merced que nuestro Señor le habia hecho á su enseñanza: y el santo Maestro Juan de Avila pudo muy bien honrarse de haber tenido tal discípulo, que fué corona y gloria suya, como de su patria Baeza, donde nació de padres virtuosos: criáronle en temor santo de Dios, humildad y modestia: fué á un paso aprovechando en letras y virtudes; en todo salió eminente. Graduóse en Artes y Teología en las Escuelas de Baeza, de donde le sacó el Priorato (así llaman los beneficios curados) de Santa Cruz de Jaen, tenue en la renta desigual (hablando al modo humano) á sus estudios y letras: fué tan rara su modestia, que perseveró en él treinta y dos años, sin dexarle hasta la muerte. Y aunque los Obispos de Jaen intentáron mejorarle (porque acrecentarle en renta era dársela á los pobres), fué tan fino amante de su primera esposa, que no la dexó jamas: clavóse en esta cruz, perseveró en ella, aunque le pedian que baxase. El gran Obispo Don Francisco Sarmiento le hizo gracia de un Arcedianato: dixo el humilde Sacerdote: No me quiere V. Señoría bien, pues quiere quitarme de mi quietud. Replicóle el Obispo: Que así tenia mas que dar á pobres; respondió: Que con las limosnas que su Señoría y otros buenos hacian por sus manos, serviria á la Magestad divina. Perseveró en el

pri-

primer puesto en que le puso su Maestro santo. Apuntaré solamente las virtudes de este varon insigne, miéntras mas dilatada historia le diere á conocer al mundo. Su humildad fué profundísima, de la que desprecia honores, y tiene contento en un rincon á un hombre docto: esta virtud le hizo admirable, y de la que mas le alaban los que escriben de sus cosas. La caridad con los pobres prodigiosa: daba quanto tenia de renta de limosna. Veíanle tan fiel dispensador de lo propio (si es de los eclesiásticos lo que sobra), que acudian á él todos los ricos, y despendian por sus manos sus haberes: ciertos de la seguridad y del acierto despendian al año mas de dos mil ducados, con que era el remediador de todo el pueblo, á todos acudia y consolaba: padre de huérfanos, aliento de las viudas, era lince de las necesidades mas ocultas. Guardó con sumo rigor la pobreza evangélica, el trage modestísimo: los adornos y homenages de su casa dos sillas, una camilla pobre, unos libros. Fué su asistencia rara: de casa de una Señora noble se le enviaba una porcion moderada, apénas lo bastante á su sustento: tenian espías hasta que hubiese comido, porque era muy de ordinario dar la comida de limosna, y era forzoso hacerle algun socorro. La penitencia sobre las fuerzas humanas fortalecian las influencias del cielo en la oracion, que fué altísima. Dió raro exemplo en ma-

materia de recato: servíale un viejo honrado: no atravesó muger jamas sus puertas, aun estando enfermo; ni aun su madre ni hermanas: ¿con qué modo trataria á los que no lo fuesen? Fué opinion comun que murió vírgen. Cumplió exâctísimamente la obligacion de Cura: fuélo de verdad, y no de nombre: no se conoció en su Parroquia muger escandalosa; muchas sí religiosas, y de exemplar virtud y penitentes; los hombres de modestas costumbres: velaba sobre su ganado, amonestaba, reprehendia, cuidaba de cada uno como si fuera solo. No se limitó su zelo al gobierno particular de sus ovejas: participó toda la ciudad de Jaen de su doctrina. Fué insigne Predicador, y de encendido espíritu: reprehendia los vicios y los viciosos con vehemencia (modo de predicar de el santo Maestro Avila y sus discípulos): eran sus sermones continuos y fervorosos: convirtió innumerables almas: oíanle como á Santo: decian muchas personas que quando predicaba parecia que hablaba el Espíritu Santo en él, y que sus reprehensiones las hacia Dios á cada uno dentro del alma: remedió muchas ofensas de Dios públicas y secretas con notable prudencia y recato. Tuvo particular gracia de componer enemistades: hizo perdonar agravios: curó odios y rencores sangrientos y envejecidos. Puso frenos á los juegos escandalosos: persiguió los usureros (tan dilatada es la jurisdiccion

del verdadero Predicador). Finalmente, no hubo pecado público á que no hiciese guerra. Diéronle estas obras y virtudes opinion y veneracion de Santo; y mas la estrecha amistad con el venerable Padre Diego Perez (correrá la pluma mas dilatada en sus cosas): fuéron estos insignes varones muy parecidos condiscípulos en esta santa Escuela. Andaban en una piadosa competencia confesando el uno al otro por mas siervo de Dios, mas humilde y justo; y el humilde Luis de Noguera suspiraba con lágrimas, diciendo: Que daba gracias al Padre eterno, que el santo Diego Perez era mas puro y mas santo, y á quien no osaba nombrar, ni merecia por su compañero; mas que tenia confianza en Dios, que por las oraciones de aquel tan grande amigo suyo vendria sobre él su misericordia; y suspiraba rogando al Señor le dexase seguir sus pisadas, por ser tan parecidas á las de Jesucristo nuestro bien. Quan gran alabanza sea del venerable Luis de Noguera el andar apareado con el Doctor Diego Perez, se verá quando hablemos de su vida. Habiendo el santo Luis de Noguera pasado una carrera felicísima, cargado de años y merecimientos, dió á Dios su espíritu el año de mil y quinientos y noventa. Concurrió toda la ciudad á su entierro, aclamándole hasta los niños por Santo. Estima Jaen su venerable cuerpo, que halláron incorrupto despues de diez

años,

años, con tan fragante olor como fué el de sus virtudes.

Fué el honor de esta Escuela y gloria de su Maestro el Padre Hernando de Várgas, varon verdaderamente digno por sus virtudes y vida de historia eterna. Nació en Granada: fuéron sus padres Fernando de Várgas y María de Roxas, ciudadanos nobles: merecen memoria eterna los que escogió Dios para ser orígen en la tierra de un tan insigne varon, á quien predestinó en su eternidad para tanta gloria suya. En diversos lugares gastó lo mas florido de sus años en los estudios sagrados, en que salió suficientemente docto: la entereza y bondad de sus costumbres diéron realce á sus letras, como se deslustran y envilecen quando los vicios ahuyentan la virtud que ellos persuaden. Quando el gran Capitan de Cristo el santo Maestro Avila hacia gente para debelar el reyno de los vicios, el Maestro Hernando de Várgas, movido del clamor de su doctrina, dió su nombre á esta celestal milicia, á lo que puede entenderse, quando predicó en Granada. Salió valentísimo soldado: quan rara fué su virtud, quan apostólica su vida, el modo con que anduvo predicando por órden de su Maestro, lo describe el venerable Juan Diaz en una carta que le escribió, que se hallará en su elogio á pocas planas.

Por ventura para probar las fuerzas de su zelo

con

con la obstinacion de los Moriscos del Reyno de Granada, aceptó el Curato de Berja, lugar populoso, distante un dia de camino de aquella insigne ciudad. Fué en esta villa verdadero Cura: apacentaba sus ovejas con palabras de vida: era continuo en la predicacion, en las exhortaciones: fué el amparo de las viudas, padre de huérfanos: su casa refugio de todos los miserables, blason glorioso de el verdadero eclesiástico.

La víspera de Navidad del año de quinientos y sesenta y ocho, dia destinado al cruel rebelion de los Moriscos, al salir de vísperas, le avisó un Morisco viejo, criado suyo, el levantamiento que estaba prevenido aquella noche, que si amaba la vida, sin volver á su casa, disimuladamente se fuese retirando. Temió prudente, y sin quitarse la sobrepelliz, abriendo su breviario como que iba rezando, dexó la villa: pudo entrarse en el monte sin ser visto, donde dexando la sobrepelliz, pasó subiendo en una encina aquella funesta noche, viendo los sacrilegios, incendios de los templos, las lamentables voces y alaridos de los fieles, y aquellas crueldades inauditas, mas terribles en el lugar de donde habia salido. Así guardó Dios la vida de este varon santo, que tan agradable le era. Tres dias pasó escondido en este monte sustentado del fruto de las encinas y agua de los arroyuelos. Aportó á Granada, donde en mano de su Prelado renunció su be-

beneficio y quanto poseia de la Iglesia : consagró á Dios su vida, que de nuevo habia recibido: encomendó á un amigo vendiese todo su patrimonio, y lo repartiese á pobres: vino al Reyno de Toledo con ánimo de emplearse en la predicacion del Evangelio. No halla con todo detenimiento en Castilla: partió á predicar á Aragon en compañía del Obispo de Sidonia, su nombre el Doctor Merchante, varon de zelo apostólico, que movido del espíritu de Dios, con el mismo pensamiento le acompañó en esta jornada. Vendió el Padre Hernando de Várgas los libros que habia juntado, dió su precio á los pobres: reservó dos solamente, la Biblia y Contemptus mundi, que bien entendido el primero, y bien obrado el segundo, fuéron bastante librería á su abrasado espíritu. Por doce años continuos anduvo predicando á lo apostólico por diversos lugares de aquel Reyno: su ardiente zelo le dió esfuerzo para intentar la conquista de la dureza y rebeldía de los Moriscos; dificultosa provincia, pero de gran mérito: discurrió por todas sus poblaciones con increibles trabajos y fatigas, y vida verdaderamente apostólica. En todos estos años afirman los que escriben los anales de aquel Reyno que no tocó dinero: tal enemistad profesó con aquel gran señor que á tantos avasalla. El fruto de los fieles fué colmado, ninguno el de los apóstatas: caia en piedras la semi-

lla evangélica; mas perseveraba la porfia de este varon constante infatigable. Un dia, entre otros, en la villa de Richa, otros dicen Torrellas, poblacion de estos rebeldes, exhortándoles á la enmienda de sus vidas, les dixo estas palabras: „Pues no quereis dar en „ la cuenta, y arrancar de vuestros endurecidos cora„ zones esta infernal y maldita secta de Mahoma, os „ hago saber que este dia ha nacido un Príncipe en „ Castilla, que os ha de expeler de España, y castigar „ vuestra rebeldía y dureza." Ocho horas ántes, el mismo dichoso dia catorce de Abril de mil quinientos setenta y ocho, habia nacido en Madrid nuestro gran Monarca el amado y santo Felipe Tercero: profecía que hemos visto cumplida en nuestros dias. Hace mencion de este suceso tan notable el Señor Don Diego de Guzman, Capellan mayor y Limosnero del Rey, despues Cardenal y Arzobispo de Sevilla, en la vida de la esclarecida Reyna Doña Margarita, en el cap. 20 de la segunda parte; el Doctor Vincencio de la Naza en los Anales de Aragon, lib. 5 del último tomo, cap. 11; Fray Marcos de Guadalaxara en la quinta parte de la Pontifical, lib. 5; el Epítome de las historias Portuguesas en Felipe Tercero, y mas largamente en la crónica de este Rey el Maestro Gil Gonzalez de Avila, ilustre Cronista de estos Reynos, haciendo un honorífico elogio á nuestro Hernando de Vargas. Tal fué el

pro-

profeta que comenzó á dar noticia de los hechos de este glorioso Príncipe.

De Aragon volvió á Castilla: aportó al Obispado de Cuenca: hizo asiento en la villa de Utiel, mil veces felicísima: gozó algunos años de la predicacion y exemplo de este varon santo, hasta que descansó en el Señor. No alcanza la facultad del decir lo que con sus sermones, administracion de Sacramentos y consejos saludables aprovechó á las almas. Fué abstinentísimo en el comer y beber: su recámara un solo vestido, abundante con la pobreza evangélica: apénas tomando lo necesario á la vida, daba quanto alcanzaba á los pobres. Dixo un dia en el púlpito en la Iglesia Parroquial, que estando previniendo el sermon de la Concepcion de la Santísima Vírgen, vió con sus ojos al enemigo del linage humano: no podia sufrir los argumentos, y creyó divertirle con su vista. Predicando el dia del Apóstol San Mateo dixo al pueblo: Ya os tendrán cansados mis sermones: dentro de pocos dias no me vereis. ¡Cosa maravillosa! A pocas horas le dió una calentura, y, á lo que puede entenderse, sabidor de que llegaba el fin de su peregrinacion, se fué disponiendo á la última jornada. Decia muchas veces con cristiana confianza, ya cercano á la muerte: Dadme, Señor, lo que prometisteis; aludiendo á las palabras de Cristo nuestro bien, en que promete el premio á

los

los pobres evangélicos: De verdad os digo á vosotros que dexásteis todas las cosas, y me habeis seguido, recibireis ciento por uno, y poseereis la vida eterna. Habiendo recibido devotamente los santos Sacramentos, consiguió el cumplimiento de la palabra de la verdad inefable, entrando á gozar de Dios eternamente, dia del gran Doctor de la Iglesia San Gerónimo, treinta de Setiembre año de mil quinientos y noventa y tres, á los ochenta años ó cerca de su edad. Enterróse el venerable cuerpo en el Seminario de San Salvador, que erigió en Utiel el Doctor Gonzalo Muñoz, Canónigo Penitenciario de la Santa Iglesia de Cuenca, á quien debe esta villa la asistencia del Padre Hernando de Várgas, y poseer sus reliquias. Años despues viniéron unos Caballeros Aragoneses, movidos de la gran santidad del varon apostólico, á visitar su sepulcro: partidos, hubo fama habian hurtado parte ó todo el cuerpo. Dió ocasion á visitarse con licencia del Prelado: halláronse quebradas las tablas del ataud: descubriéron el cuerpo falto del brazo derecho y mano izquierda; mas incorrupto y entero, despidiendo un olor suavísimo, habiendo pasado siete años de su dichoso tránsito. Al moverle, como si acabara de espirar entónces, corrió no poca sangre de las partes á que se atrevió el cuchillo, y bañó las manos de un Sacerdote que le movia, viéndolo y admirándolo muchos Sa-

cer-

cerdotes y otras personas del pueblo. Fué tanto mayor la maravilla porque el santo cuerpo estaba cubierto de tierra por la descompostura de las tablas. Son innumerables los milagros que por la intercesion de este varon santo obra nuestro Señor, grande el concurso de la gente de toda aquella comarca á su capilla, donde dicen misas, dando gracias por beneficios recibidos, ó pidiéndolos por su intercesion y méritos. Adorna este epitafio su sepulcro:

EPITAPHIUM IN MAGISTRI FERDINANDI VARGÆ, PATRIA GRANATENSIS MONIMENTUM.

Conditus hoc tumulo Vargas est, ille beatus
Qui rectum docuit ducere semper iter.
Hic jacet, inquam (ne dubites) venerabile corpus,
At tamen in superis spiritus ejus adest.
Is mundi laqueos fugit mundana reliquit
Ut sese melius traderet ipse Deo.
O felix, & pulcra domus, quod digna fuisti
Quæ caperes tanto corpus honore viri!
Vos qui reliquistis omnia, & secuti estis me, sedebitis super sedes duodecim judicantes duodecim tribus Israel. Matth. 19.

Dexó escrito una elegante relacion latina de la

vi-

vida de este varon apostólico el Maestro Juan de Pradas, Sacerdote exemplar, su Confesor y compañero, que con otros papeles han dado materia á este discurso, sacado del archivo de Utiel, donde, con autoridad del Ordinario, se hacen informaciones de los milagros y vida: trátase de mejorarle de sepulcro, colocando decentemente el venerable cuerpo, premio debido á tan heroyca santidad.

El Padre Maestro Juan Diaz, deudo y discípulo del Venerable Maestro Avila, gozó de su lado muchos dias: sacó de aquel grande original la copia de sus virtudes con que adornó su alma, que tanto resplandeciéron en esta corte, que las estimó y veneró como fué justo. Tuvo mucha parte en la fundacion del hospital de la Parroquia de San Martin. Recogió las epístolas y sermones y otras obras del Venerable Maestro Avila: diólas á la imprenta, con que enriqueció el mundo, y pobló el cielo: exercitóse en los ministerios apostólicos que se aprendian en esta santa Escuela.

Los que eran pone en una carta que escribió al Padre Hernando de Várgas, su compañero y condiscípulo: hace memoria de los sucesos antiguos, como suelen los amigos que ha dias que no se han visto: servirá de su elogio, y de que se entienda qual fué el espíritu de estos varones apostólicos, cómo iban á las mi-

misiones, y su modo y profesion de vida; dice así el Padre Juan Diaz:

„ Pax Christi. Entendiendo que nuestro Señor „ me hiciera merced, aunque yo no lo merezco, de „ haber visto y oido á Vmd., con lo qual me conso- „ lara mas que con escribirlo, no he hecho esto mas „ veces; y bien sabe nuestro Señor el consuelo que „ mi alma tuviera en ver á Vmd. ántes que me mu- „ riera; y así lo espero, que aunque soy tan vil y po- „ bre en su presencia, me ha de hacer esta merced.

„ Dos cosas quiero decir á Vmd., que serán de su „ gusto. La primera es, que tengo un poquito de sa- „ lud para poder decir misa cada dia, donde consis- „ te todo mi consuelo, paz y riqueza. La segunda, „ que no nos huelen las manos á dinero, porque con „ tener un pedazo de pan para comer aquel dia, to- „ do nos sobra; y consumido lo poco que teníamos „ en la tierra, tenemos por hermana la santa pobreza, „ teniendo por gran dicha no tener que ver con el „ mundo ni con la honra; y de que algun rato pen- „ samos en aqueste tesoro que se nos ha descubierto, „ alabamos á Dios, y estamos contentos, teniendo el „ corazon en la tierra de nuestro descanso, y acordán- „ donos muchas veces de la buena memoria de Vmd. „ y santa compañía, la qual tomáramos ahora para „ acabar esto poco que resta, con que no fuera en Al-

„ mo-

» modóvar del Campo; mas ántes me holgara que fue-
» ra cerca de la mar, donde comiéramos algunas yer-
» bas crudas ó cocidas; ó cáscaras de melones guisa-
» das, como sabe Vmd. solíamos en los tiempos pasa-
» dos. ¡O pecador de mí, y qué vergüenza tengo de
» Dios y de sus Angeles quando me acuerdo de los
» años y dias que gastamos con tanta hambre y sed
» y trabajos que sufrimos por predicar la palabra de
» Dios á los hombres, sin oro ni plata, y sin regalo!
» Nuestra comida eran yerbas campesinas, que las co-
» cíamos nosotros despues de haber predicado y di-
» cho la doctrina en la plaza y calles, y bebíamos agua
» del pozo de nuestra casa; y aun de esto sabe Vmd.
» hacíamos escrúpulo, que nos parecia mucho regalo:
» á Dios sea la gloria por todas sus obras, que casti-
» gada nuestra carne, nos era muy dulce lo que aho-
» ra nos parece, con la carga de la vejez, amargo; por
» eso dixo muy bien el santo desprecio del mundo:
» Muchas cosas podríamos hacer ahora que somos mo-
» zos y estamos sanos por amor de Cristo, que quan-
» do seamos viejos ó estemos enfermos no las podre-
» mos hacer. Grande locura es dexar lo que podría-
» mos hacer hoy por amor de Cristo para mañana,
» que ni sabemos si habrá mañana, ó si la hubiere, si
» la veremos nosotros; y si viéremos ese dia, no nos
» faltará algun trabajo ó dolor ó enfermedad que su-

» frir

„ frir por amor de nuestro Señor Jesus, que tanto su-
„ frió por nosotros: él dé á Vmd. su gracia para tra-
„ bajar en su viña con perseverancia hasta la hora pos-
„ trera. Amen. *Tu autem confortare in Domino, & es-*
„ *to robustus, & præliare prælia Domini, opus enim*
„ *ipsius operaris, pax tecum. Amen.* De Madrid y de
„ Junio 15 de 1583." Este fué el Padre Juan Diaz: á este modo los demas discípulos.

CAPITULO V.

DE OTROS DISCIPULOS DE EL VENERABLE MAESTRO AVILA DE SINGULAR SANTIDAD. DEL PADRE ESTEBAN DE CENTENARES.

Discurrido hemos largo tiempo por ciudades y villas, visto varios sucesos, conversiones y virtudes grandes. Bien es descansar un rato, retirándonos al yermo, donde en el silencio y soledad se quiete el ánimo, y tome, para lo que resta de esta historia, algun aliento, considerando las vidas y virtudes de tres grandes solitarios discípulos del Venerable Maestro Avila, que han de dar materia á tres capítulos. Nuevo estilo pedia este sugeto, mas esforzado aliento que no el mio, débeseles historia entera; mas un sumario dará noticia breve de sus casas, miéntras que un libro, que es-

está próxîmo á salir, la dé cumplida.

Es el primero el Padre Estéban de Centenares, varon exemplarísimo, muy conocido por su gran santidad en el Andalucía: fué de los mas queridos discípulos del Venerable Maestro Avila. Nació por el año de quinientos en Ciudad Rodrigo, del linage de los Centenares y Pachecos, de la primera nobleza de esta ilustre ciudad: fué page del Rey Don Fernando el Católico: despues con mejor acuerdo se dedicó á la Iglesia; y siendo Canónigo de la Iglesia de su patria, se dió á las letras sagradas, que consiguió felizmente en la madre de las ciencias Salamanca: lo bizarro del ingenio le inclinó á la Astrología, en que salió eminente. Movido con particular luz del cielo, determinó emplear los grandes talentos de su sabiduría é ingenio que nuestro Señor le habia dado en su servicio y beneficio de las almas: dexó su prebenda á un sobrino: acordó pasar á predicar á las Indias: caminando á executar su intento halló en Sevilla al Venerable Maestro Avila, á quien comunicó y pidió consejo: díxole el Venerable Maestro que en España hallaria donde exercitar su zelo, que se quietase: dexó su jornada, y alistóse en la Escuela del Venerable Maestro Avila. El tiempo que estuvo en su compañía gozando de su doctrina no se sabe; mas de que en el discurso largo de su vida pendió de su direccion, gobernándose en

todo por su consejo: su modo de vivir fué raro, y los empleos tan extraordinarios, que por ventura hay pocos exemplos en la Iglesia semejantes.

Hecho ya Sacerdote ilustre por la sangre, consumado Teólogo, quando por sus grandes prendas podia aspirar á honrosos puestos, se fué á las almadrabas, donde se pescan los atunes, á predicar y enseñar la doctrina á aquella plebezuela de todo punto bárbara, que en multitud grande se ocupa en aquella pesca: hacíales pláticas, enseñaba la doctrina, instruíales en los principios de la Fe católica, haciéndose Cura de tanta gente perdida, que no hay quien cuide de sus almas, ni ellos saben si las tienen. Hizo una casa de juncos, fábrica de la pobreza, donde decia misa, empleo de un hombre abrasado en el amor divino. Viéron él y un mozo que le acudia una víbora cerca de la estancia: procuró matarla, escondióseles en un pajar que allí estaba: pegáronle fuego, saltó á una choza en que tenia sus libros, pereciéron los de Astrología, quedáron libres los Teólogos, con que entendió ser voluntad de Dios que dexase aquella ciencia, como lo hizo. Saltáron Turcos en tierra, cautiváron mucha de aquella gente, no encontráron con el Padre Centenares con estar á la marina. Retiróse, por mas seguridad, la tierra dentro; y aposentado en una cueva, salia á predicar y hacer pláticas espirituales por los pueblos del Con-

da-

dado de Niebla, con un zelo y espíritu apostólico. De las almadrabas se vino á las montañas de Don Martin á hacer vida solitaria: edificó una celdilla en un sitio asperísimo, que hoy dia permanece, con un hornillo en que cocia su pan: permaneció aquí dos años, donde padeció grandes trabajos, hambres y necesidades: procuró echarle de aquí el demonio, fingiendo grandes temblores de tierra y aullidos por espantarle.

Tuvo noticia el santo Centenares que en Fuente-Ovejuna y gran parte de Sierra Morena y otros despoblados del Obispado de Córdoba habitaban cabreros, colmeneros, cazadores, pastores y otra gente poco ménos que bárbara: abríganse en chozas y cabañas, y otros que entienden en cultivar la tierra en los cortijos en casas mal formadas; padecian notable falta de doctrina y Sacramentos, y muchas veces peligraba el del Bautismo: habiendo reconocido el estado de esta gente, entendió que estas necesidades eran las Indias que su Maestro le dixo, y á que le llamaba Dios: determinó hacer aquí su asiento, teniendo el cultivar estas almas por la empresa de su vocacion: discurrió por estos montes, y halló algunos muchachos y niñas de nueve y mas años sin bautizar, y uno de veinte y cinco con la rusticidad, ignorancia y poca doctrina que pudiera en el Japon: acudió al Obispo de Córdoba, lamentóse que sus Visitadores quitaban la lana,

y

y no curaban la roña, que aquello pedia gran remedio. Ayudado del Obispo y la Marquesa de Priego, gobernado todo el caso por el santo Maestro Avila, con quien comunicaba los menores pensamientos, edificó siete iglesias y otras ermitas distribuidas á competentes distancias, con el Santísimo Sacramento y pilas de bautismo: en estas puso el Venerable Maestro Avila algunos de sus discípulos, hombres de grande espíritu: decian misa, acudian las fiestas mucha gente de los montes, confesàban, comulgaban, oian la doctrina con notable fruto de la sierra: ganáron muchas almas con los Sacramentos: bautizaban los hijos de aquella gente rústica, todo tan sin interes, de que lo que les daban de limosna repartian á los pobres. Sucedió muchas veces decir en tal parte está un cabrero de peligro, y el santo Sacerdote con sobrepelliz y estola tomaba el Santísimo Sacramento en una mano y linterna en otra, muy de ordinario en el mayor rigor de los calores, cantando salmos, llegando á la cabaña confesaba y comulgaba al enfermo: daba la Extremauncion, y sucedió tal vez morir el enfermo al punto. Esta obra tan heroyca se debió la mayor parte al Venerable Maestro Avila, digna de imitarse en muchas partes de España, que tanto necesitan de ella.

Este género de vida tan raro y de tan gran merecimiento abrazó el Padre Estéban Centenares, y per-

se-

severó en él quarenta años, juntando con eminencia los dos grados mas excelentes de la Iglesia, la vida solitaria y ministerios apostólicos: vivió como Anacoreta recogido en una Iglesia en aquella soledad: gastaba la mayor parte del tiempo en oracion y contemplacion altísima: jamas estaba ocioso, ya en los libros, ya en exercicios de penitencia y trabajo de manos. Tenia junto á su estancia un huerto que cultivaba, y regado con el sudor de su rostro, le daba con sus verduras parca y penitente mesa. Alcanzó aquel candor de ánimo, aquella pureza de los antiguos Padres del desierto: viéronle muchas veces jugar con las anguilas de los rios, y los peces venírsele á las manos, y halagados los volvia al agua: ninguno se halló burlado, jamas los tomó para el sustento. A un conejillo que le comia su huerto le castigó con unas varas; y riñéndole, le dexó ir libre, mandándole no volviese: obedecióle, sin que animal de aquella especie ó otra atravesase sus lindes.

Predicaba, enseñaba á la gente de aquella serranía: bautizaba los niños, instruíalos en la doctrina cristiana: hacíales pláticas despues del ofertorio con tan gran fervor y espíritu, que le viéron muchas veces levantado del suelo media vara. Las fiestas decia dos misas, caminando leguas, con una sed de almas insaciable: administraba todos los Sacramentos á todas ho-

horas con notables riesgos; mas el amor de Dios y el bien de sus hermanos le hacian animoso. Yendo un dia á decir misa á otro cortijo, le salió al camino un mastin grande, que le acosó pesadamente: tomó por remedio el asentarse (leyó, que lo era en un libro): hizo lo mismo el perro: púsose á rezar en su breviario, y el mastin estuvo quieto: pensando eran ya amigos, prosiguió su camino, y le tornó á acometer con mayor brio, hasta que vino gente, y le libró del peligro. Lo mismo le sucedió un dia de verano, que viniéron á llamarle para que fuese á dar los Sacramentos á un enfermo que estaba muy al cabo: sin reparar en la vehemencia del sol de medio dia, tomó el Santísimo Sacramento y óleo santo, partió á buscar el doliente: salióle al camino un mastin ferocísimo que andaba con un hato de ovejas, acometióle con tal ímpetu, que por librar la cabéza puso el brazo: tiraba de él con gran furia y corage por buen espacio: acudiéron los pastores, que estaban léjos, diviertiéron al mastin, halláron el brazo sin lesion alguna: adoráron al Señor que llevaba el Sacerdote, á él le tuviéron por Santo, y el caso por milagroso.

Sucedió que una noche muy obscura llamáron á deshora á la puerta de la ermita, y rezelando no fuesen ladrones, rehusaba el abrirles; mas vencido de la porfia de los que llamaban, salió á ellos: halló dos man-

cebos hermosísimos de rostro y talle maravilloso, con dos antorchas resplandecientes en las manos: dixéronle tomase el Santísimo Sacramento, y se viniese con ellos: fuéron acompañando al Señor de cielo y tierra con las luces por aquella soledad y asperezas de aquel monte como si fuera por un campo llano: lleváronle á la choza de un enfermo: confesóle, dióle el Viático, y acabó la vida dichosamente. Los dos mancebos le volviéron á la ermita con la luz y guia que le habian llevado; y despues de haber puesto el Santísimo Sacramento en su lugar, saliendo á dar las gracias á los dos mancebos, no los halló, ni rastro de las luces.

Estando el Padre Centenares para escribir este caso al Venerable Maestro Avila, recibió carta suya, en que le dixo: Hermano Centenares, no tiene que dudar, que los mancebos que tal noche le acompañáron eran Angeles de los que asistian al Santísimo Sacramento. Tuvo el santo varon revelacion divina de este suceso; así escribe que pasó el Padre Martin de Roa, de la Compañía de Jesus, en el libro del Angel de la Guarda, en el cap. 9 del lib. 3; y en el cap. 5 del mismo libro refiere, que viniendo otra noche el Padre Centenares con su compañero (dicen lo era entónces el Padre Alonso de Molina) de exercitar sus ministerios, bien necesitados ambos de algun refresco

y

y descanso, halláron puesta la mesa en su celda con pan blanco, una perdiz bien aderezada y vino generoso, donde en la ocasion no tenia ni aun dexado prevenida cosa alguna: quedó la puerta cerrada, y llevádose la llave: reconociéron ser beneficio del cielo: comiéron con hacimiento de gracias: con estas demostraciones aprobó Dios los empleos de este Sacerdote, tan pocas veces vistas en el mundo.

Ocupado en esta vida tan santa y provechosa al próximo, sucedió vacar el Obispado de Ciudad Rodrigo: sus ciudadanos, que tenian gran noticia de la virtud y empleos del Padre Centenares, pidiéron al Rey Prudente se les diese por Obispo: vino fácilmente en ello: recibiendo la cédula el santo Anacoreta, agradeció la merced, y escusóse con que estaba criado en soledad y entre breñas, y que no apetecia dignidad ninguna: repudióla fácilmente el que habia gustado de Dios en la soledad y quietud de aquel desierto: pena juzgó intolerable volver á vivir entre hombres, y en el ruido y bullicio de los pueblos. No dexaba su puesto sino por ir á ver al Venerable Maestro Avila, que vivia por este tiempo en Montilla: las cartas eran mas freqüentes.

Superfluo parecerá discurrir por las virtudes de este varon admirable, que á no ser excelentes, mal pudiera perseverar quarenta años en tan singular modo

de vida: su pobreza la forzosa en un desierto: su trage una loba y papirote de paño pardo grosero: su regalo el que le daba el huerto y las limosnas: rara su abstinencia; finalmente, tuvo todas virtudes, que componen un perfecto Anacoreta y un Predicador apostólico.

Coronó nuestro Señor esta vida tan agradable á sus divinos ojos con un remate felicísimo. Habiendo muerto en San Basilio del Tardon su Abad el Padre Mateo de la Fuente (sugeto del elogio que se sigue), los Monges desconsolados pidiéron al Arzobispo de Sevilla Don Cristóbal de Roxas, que lo habia sido de Córdoba, y amaba y estimaba grandemente al santo Centenares, que le mandase fuese á consolarlos. Habitaba en el cortijo de la Posadilla, seis leguas del convento: envióle carta el Arzobispo, que obedeció el Padre: enviáron un Monge que le llevase con secreto. Apénas hubo llegado al monasterio, puso en execucion unos grandes deseos de morir en religion: pidió el hábito: diéronsele gustosamente, pues honraban con tal hombre su casa: vistió la cogulla negra con barba y cabeza mas alba que la nieve: comenzó á ser novicio el gran Maestro de virtudes de setenta y siete años con la candidez y sinceridad de un niño: dióle nuestro Señor grandes sentimientos de esta misericordia; y así decia con tierno sentimiento: Gran

co-

cosa es acabar el hombre en religion. Admitióle aquella comunidad santa el mes de Noviembre del año de mil quinientos setenta y siete: dióle cuidado ántes de profesar si habian de hacerle Prelado: díxole, por consolarle, un Monge con quien lo comunicó: Mire, Padre Centenares, lo que puede hacer es decir en la profesion que no vino á ser Prelado, sino á obedecer. El le dixo: No digas mas, no digas mas, dísteme la vida, dísteme la vida; en que se echa de ver la simplicidad y candor del cielo que habia en su alma, como si bastara decir aquellas palabras para que no le hicisen Prelado. Andaba rogando á todos pidiesen á Dios no le llevase hasta hacer profesion: hízola el último de Noviembre del año de quinientos setenta y ocho, y á los diez y ocho de Mayo del año siguiente de setenta y nueve le llamó nuestro Señor para darle el premio de sus trabajos, á los setenta y nueve años de su edad, sin tener calentura ni otra enfermedad: murió naturalmente, habiendo dicho tres dias ántes misa, y recibido los santos Sacramentos con la paz y tranquilidad que habia vivido: los Monges le coronáron de flores; el Señor de los Monges con la corona inmortal: dexó opinion de Santo; por tal le tiene toda la serranía de Fuente-Ovejuna, que cuentan casos maravillosos obrados por este santo varon, y raros exemplos de virtudes.

CA-

CAPITULO VI.

RESUMEN DE LA VIDA DEL PADRE MATEO DE LA FUENTE, DISCIPULO DEL VENERABLE MAESTRO AVILA.

Síguese un raro exemplo de santidad de nuestros tiempos, que renovó los siglos de oro antiguos, que viéron poblados los desiertos de hombres de santidad incomparable, que en la miserable condicion humana fuéron émulos de la naturaleza de los Angeles en la pureza de vida, continuo trato con Dios en los cantares dulces de sus alabanzas: este fué el venerable Padre Mateo de la Fuente, que en la profesion de vida fué imitador de los Antonios y Paulos: varon verdaderamente grande, que guiado por el magisterio del Venerable Maestro Avila, llegó al grado de santidad heroyca, y mostró quan universal fué la sabiduría del Venerable Maestro en todos los propósitos de vida, en todas las sendas de perfeccion que hay en la Iglesia, quan diestro cooperador del espíritu divino en el camino por donde lleva á las almas.

Nació este santo varon por el año de mil quinientos veinte y quatro en un lugarejo cerca de Tomejon, Arzobispado de Toledo, su nombre Alminuete, el de sus padres Pedro Diego y María de la Fuente,

te,

te, humildes como el lugar, Cristianos viejos; y lo que importa mas, buenos Cristianos: criáronle como tales. Mozo ya de buenas inclinaciones y costumbres fué á estudiar á Salamanca: supo bien Gramática, Lógica y Filosofía, que con virtud se aprende fácilmente, á que le amaneció una luz grande, que muestra el camino de la virtud, y mueve eficazmente á seguirle. Vivia en soledad, cerca de Salamanca, un Ermitaño exemplar que se sustentaba del trabajo de sus manos: baste esta por seña de su gran virtud. Trabó Mateo amistad con este siervo de Dios: estuvo algun tiempo en su compañía: practicaba los exercicios mismos que veia en el Ermitaño: inclinóse poderosamente á la vida solitaria, á que le llamaba nuestro Señor con una vocacion muy descubierta. Por no satisfacerle este buen hombre á algunas dudas que le proponia, volvió á Salamanca, donde las comunicó con el Padre Fray Domingo de Soto, de la Orden de Santo Domingo, Catedrático de Prima jubilado, oráculo de su edad, admiracion de las que le sucediéron. Trató á nuestro estudiante: descubrió el fondo de su virtud, y de las muestras que daba coligió lo mucho que habia de ser en lo adelante: amóle tiernamente: pagóse de su bondad: aprobó sus deseos: animóle á seguirlos: gustara el Padre Maestro tenerle en su compañía en un retiro que premeditaba, que en varones tan grandes puéden-

dense desear, executar dificilmente quando tira por ellos el bien comun y beneficio de las almas. Del trato de estos dos varones, el uno santo, y el otro santo y docto, sacó por conclusion cierta Mateo, que la verdadera sabiduría consiste en buscar á Dios con veras, dexar todas las cosas de la vida, facultad que se enseña (siendo Dios el Maestro) en los desiertos con el trabajo de manos, oracion, mortificacion y penitencia; y así resolvió seguir este camino arduo y dificultoso. Leyó mucho en las vidas de los Santos solitarios: meditaba sus virtudes: determinó practicarlas. Tuvo noticia que en las sierras de Baeza hacian vida en soledad unos Ermitaños: partió en su busca desde Salamanca con solo una Biblia pequeña y la Vida de los Padres: pidióles le recibiesen en su compañía: no duró mucho en ella: desagradóle el no trabajar de manos: pedian limosna, con que la oracion ni el recogimiento no era tanto como él deseaba. Entróse por aquellas montañas deseoso de aprender algun oficio con que sustentarse. Deparóle Dios un hombre que andaba cortando mimbres para labrar cestas: contentóle el oficio: aprendióle con brevedad, con que se prometió poder imitar aquellos antiguos Anacoretas, que se sustentaban con la industria de sus manos: detúvose en aquellas soledades, con distancia moderada de poblado para oir misa las fiestas: su exercicio orar, leer en su

Bi-

Biblia, meditar las vidas de los Padres, hacer sus cestas: con su precio compraba un poco de pan y unas cebollas: la cama el suelo duro donde le cogia la noche, ó en una cueva, ó arrimado á alguna mata del monte. En una vida tan penitente y santa andaba lleno de rezelos, si iba errado, si le movia el espíritu de Dios ó el propio gusto, que en todo puede buscarse el hombre, y si se busca perderse (¡ó miserable condicion humana!). Llegó á su noticia en este tiempo el gran nombre del Venerable Maestro Avila, su destreza en discernir espíritus, su magisterio en gobernar las almas: fuéle á buscar á Montilla: echóse á sus pies, pidió le oyese de confesion generalmente: dióle cuenta de su alma hasta el menor movimiento. Conoció el gran Ministro de Dios las grandes prendas que el cielo atesoraba en este mozo, y los grandes bienes para que le escogia: aprobó su vocacion: recibióle por hijo con una aficion y amor ternísimo. El Ermitaño Mateo veneró al varon de Dios, y en sus palabras la asistencia del espíritu divino en su pecho santo y docto: tomóle por Maestro y Padre espiritual con tan grande aficion y rendimiento, que lo que duró la vida del santo Maestro Avila no dió paso ni hizo cosa alguna sin su órden y consejo. Dióle á conocer el Venerable Maestro Avila á los Marqueses de Priego y otras personas devotas, que le ayudáron y esti-

ti-

timáron todo el discurso de su vida. Muy consolado se despidió Mateo del Venerable Maestro Avila: volvió á su soledad: fuese á la Albayda de Córdoba, donde en una cueva pasaba como un Angel habitando en el cielo con la mejor parte del hombre: oia misa en el convento del Arrizafa: venia á la ciudad á vender sus cestillas y otras cosas que labraba: sustentábase con lo que sacaba de ello, sin pedir jamas limosna. No pudo estar encubierta mucho tiempo esta virtud: ganóle tanto aplauso y estimacion en Córdoba, que le obligó á desamparar el puesto. Pasó á las montañas de Don Martin: estan en Sierra Morena, en término de Hornachuelos, sitio de notable aspereza: pasa por lo profundo de un valle Bembejar, rio de nombre, teniendo á un lado y á otro tan gran altura de riscos, que se descuellan media legua en alto de camino: la aspereza de peñascos, la maleza de los montes impiden el paso humano; danle apénas á las fieras: en esta profundidad, á poca distancia del rio, halló una celdilla que habia habitado dos años el Padre Estéban de Centenares, que hoy aun dura: comenzó en esta horrible soledad á hacer vida tan penitente y áspera, qual la describe el gran Padre de la Iglesia San Gerónimo de su amigo Bonoso: tal la de nuestro Mateo: goce de aquella eloqüencia, pues no puede la mia engrandecer sus virtudes. Habla el Santo con Rufino, dice así:

„Tu

» Tu Bonoso, digo mio, y para decir la verdad, » de ambos, sube ya la mística escala en el sueño de » Jacob prevista. Ya lleva su cruz, ya no cuida lo » que será de él mañana, ni vuelve á mirar atras. Siem- » bra en lágrimas para coger en gozo, y con el Sacra- » mento de Moysen suspende la serpiente en el desier- » to. Cedan á esta verdad quantos portentos con men- » tira han fingido plumas Griegas y Romanas. Veis » aquí un mancebo enseñado en nuestra compañía en » las honestas artes del siglo, que gozaba riquezas en » abundancia, y estimacion grande entre sus iguales, » despreciada su madre y sus hermanas, y un herma- » no amantísimo, como un nuevo cultivador del pa- » raiso habita en una isla náufrago en el mar, batida » por todas partes con los horribles bramidos de las » olas, donde los riscos ásperos, los peñascos pelados, » la soledad espantosa ponen terror. No alcanza allí » gente que cultive el campo, ni Monge alguno ni » el pequeño Ormesimo, que tú conoces, á quien tra- » taba con amistad de hermano, en tan dilatada sole- » dad le es compañero. Solitario, mas no solo; porque » acompañado de Cristo, ve allí la gloria de Dios; la » qual aun los Apóstoles, si no es en el desierto, aun » no habian visto. No alcanza á ver las ciudades tor- » readas; mas hase avecindado en la nueva ciudad. » Estan sus miembros deshechos con el horrible saco;

 » mas

» mas así será mejor arrebatado á las nubes, saliendo
» á Cristo al encuentro. No goza de la amenidad de
» las artificiosas fuentes; mas bebe del costado del Se-
» ñor agua de vida. Propóngase el suceso ante los ojos,
» ¡ó amigo dulcísimo! entrégate atento con todo el
» ánimo, con todo el entendimiento á la representa-
» cion de lo que pasa, podrás entónces celebrar la vic-
» toria quando hubieres conocido el trabajo del que
» así pelea. En contorno á toda la isla brama furioso
» el mar, y hiriendo en los peñascos cóncavos de los
» montes, resurte con mayor estruendo. No reverde-
» ce aquí el sitio con yerba ó flores, ni el campo en
» la primavera se texe de espesuras que hagan som-
» bras: las quebradas peñas forman con su horror co-
» mo una cerrada cárcel. El empero seguro, intrépido,
» y todo armado con la doctrina del Apóstol, ya oye
» á Dios miéntras lee las divinas Escrituras, ya habla
» con Dios miéntras ora; y por ventura, á semejanza
» de Juan, algo ve miéntras mora en aquella isla. ¿Qué
» lazos piensas no le arma el demonio? ¿Qué asechan-
» zas imaginas no le pone? Quizá no olvidado de la
» antigua astucia, procura persuadirle le ha de aca-
» bar la hambre; mas ya se le respondió: No con solo
» pan vive el hombre. Proponiale por ventura rique-
» zas y gloria humana; dirásele: Los que desean ser
» ricos caen en el lazo y tentacion del diablo, y tam-
» bien

„ bien para mí toda mi gloria está en Cristo. Com-
„ batia los miembros quebrantados con ayunos, con
„ enfermedades largas; mas rebatirásele con el dicho
„ del Apóstol: Quando estoy mas enfermo, entónces
„ soy mas fuerte, y la virtud en la enfermedad se per-
„ fecciona. Amenazarále con la muerte; mas oirá: De-
„ seo verme desatado de este cuerpo, y estar con Cris-
„ to. Vibrará dardos ardientes; mas repararánse con el
„ escudo de la fe; y para no acomular mas cosas, com-
„ batirále Satanas, defenderále Cristo." Hasta aquí el Doctor Máxîmo á nuestro intento. Tal fué la vida y peleas del Hermano Mateo de la Fuente. Su vestido un saco de xerga, que le curtia las carnes, de color de ceniza; un escapulario y capilla pardo, tambien de xerga: para algun abrigo aforró la capilla de pellejo crudo de becerro: descalzo de pie y pierna. Estaba todo el dia en la presencia de Dios en oracion y contemplacion continua, de la que hace sabrosa tan áspera soledad. Iba á misa las fiestas, confesaba y comulgaba: costábale seis leguas de camino ida y vuelta y en ayunas, en que padeció grandes aprietos y aflicciones: trabajaba de manos; y teniendo acabada mucha labor, la llevaba á vender un hombre de Hornachuelos: traíale un poco de harina de cebada ó trigo, sal y vinagre, cebollas, raras veces aceyte era el mayor regalo. Fuéron grandes y continuas las batallas

con

con los demonios: consultaba quanto le pasaba con el Venerable Maestro Avila, y de todos los combates del enemigo alcanzaba victorias gloriosísimas: despertábale el demonio á la media noche puntualmente para que se levantase á maytines, y llamándole por su nombre, Mateo, Mateo, á fin de ensoberbecerle: estaba quedo y dormia; que no se ha de hacer el bien si le aconseja el demonio. Hurtóle el breviario en que rezaba las horas: registró la Biblia: valíase de ella hasta que tuvo otro. En esta vida tan ardua, tan superior á las fuerzas del hombre, en estos trances tan fuertes le ayudaba el Arcángel San Miguel, de quien fué devotísimo. Muchos Ermitaños deseáron dársele por discípulos: no quiso admitir alguno, teniéndose por insuficiente de gobernar á otros. Yendo por este tiempo á comunicar su espíritu con el Venerable Maestro Avila, único refugio suyo, le pidió llevase consigo al Hermano Diego Vidal, hombre de mucho espíritu, que tenia en casa: obedecióle: habitáron algun tiempo junto al rio: una creciente hizo inhabitable la estancia: retiráronse cerca de una ermita de nuestra Señora de la Sierra: halláron unas cuevas, en que hiciéron su habitacion: aquí le persuadió el Ermitaño Diego Vidal, como diremos en su elogio, que recibiese Ermitaños; y consultándolo con el Venerable Maestro Avila, le ordenó los admitiese. Por ser este sitio

pa-

para este intento corto, subiéron á la cumbre de Sierra Morena, donde al pie de un cerro altísimo, que por abundar de cardos le llamáron el Cardon, hoy el Tardon, mudándole una letra, halló una estendida llanura; mas vestido de un asperísimo monte espeso de encinas, malezas y alcornoques, que nacen entre las peñas, tierra seca, inculta y áspera, que forman una estendida soledad, que abrasada con los ardores del sol, espantosa morada es á los Monges. Comenzóse á poblar este desierto de hombres santísimos: en poco tiempo llegáron á quarenta, sin muchos á quien echó del yermo el excesivo rigor. Vivian en unas chozas ó celdillas: formábanse de unas tapias, cubiertas de xaras y de corchas: un corcho servia de puerta, otro de cama: pendia junto á la celda una campanilla de la primer encina ó alcornoque: tocábanla todos á la media noche, para dar á esta hora principio á las alabanzas de Dios, si es que cesaban: cada uno trabajaba para sí, con eso se sustentaba: comenzáron á desbaratar la tierra: labraba cada qual su pegujar: cogian trigo regado con su sudor, beneficiado con su hazada: edificáron una Iglesia con licencia del Obispo, donde oian misa, muy semejante á las celdas, la bóveda de corchos, las paredes de tierra sobre piedras informes: el cáliz y demas ornamentos no valian cien reales: el retablo un lienzo, al temple, de San Miguel,

Pa-

Patron del yermo, arrodillado ante él el Padre Mateo. Gobernaba este santo varon sus Ermitaños con gran cuidado: ayudábales en todas sus necesidades: hacíales pláticas espirituales: era en todo solícito y piadoso padre. Dióles regla breve y compendiosa. Perseveren los Monges en oracion sin intermision: coman el pan con el sudor de su rostro: quien no trabaja no coma. Dió la obediencia á Don Cristóbal de Roxas, Obispo de Córdoba, y él le dió potestad sobre los Ermitaños. Advirtió el Padre Diego Vidal al Obispo que el Padre Mateo sabia suficientemente para ser Sacerdote, cosa que no habia entendido de un trato muy continuo; tal fué su mortificacion: ordenóle, y dió licencia para confesar, vista su suficiencia. En este desierto vivió ocho años en la disciplina eremítica del venerable Mateo el Padre Mariano de San Benito y el Padre Fray Juan de la Miseria, que, despues Descalzos Carmelitas, fué el primero una gran coluna de su Religion, el otro un raro exemplo de santidad: hace mencion de este desierto Santa Teresa Vírgen en el cap. 16 del libro de las Fundaciones; y hablando del Padre Mariano, dice: „Por estas y otras virtudes (que „es hombre limpio y casto, y enemigo de tratar con „mugeres) debia de merecer con nuestro Señor que „le diese luz de lo que era el mundo, para procurar „apartarse de él; y así comenzó á pensar en qué ór-

„den

» den tomaria: intentando las unas y las otras, en to» das debia hallar inconvenientes para su condicion, » segun me dixo. Supo que cerca de Sevilla estaban » juntos unos Ermitaños en un desierto, que llaman el » Tardon, teniendo un hombre muy santo por mayor, » que llaman el Padre Mateo: tenia cada uno su cel» da aparte, sin decir oficio divino, sino un oratorio, » donde se juntaban á misa, ni tenian renta, ni que» rian recibir limosna, ni la recibian, sino de la labor » de sus manos se mantenian, y cada uno comia por » sí harto pobremente. Parecióme, quando lo oí, el » retrato de nuestros santos Padres: en esta manera » de vivir estuvo ocho años." Hasta aquí Santa Teresa. Bastantemente queda acreditado este desierto. Llegó el olor de este vergel del cielo á recrear el ánimo del Santísimo Pio Quinto: dióle noticia de él un General de la Orden de Santo Domingo: dió gracias á Dios, que en su tiempo tuviese la Iglesia lo que en los pasados la Tebayda y Egipto. En esta sazon despachó un Breve para que todos los Ermitaños que estuviesen sujetos á Prelados eligiesen una regla de Religion aprobada, y se reduxesen á conventos. Al punto el Padre Mateo lo puso en execucion, y él y sus Ermitaños eligiéron la regla de San Basilio: fundóse el venerable convento del Tardon: juntáron la vida eremítica á la conventual, conservándose la pobreza y vi-

vigor que ántes habia. De estas pobres celdillas salió la sagrada Religion del gran Doctor y Padre de los Monges San Basilio, restituida á su primer rigor por el Padre Mateo de la Fuente y sus Ermitaños: traza ordinaria de Dios, de pequeños principios levantar fábricas grandes; unas cuevas y cabañas diéron principio heroyco al monasterio de Claraval, y exemplarísimo fundamento de la Orden de San Bernardo. De una humilde choza, de sus habitadores venerable, que el glorioso San Francisco, ántes de mudarse á la Porciúncula, vivia con sus discípulos con tanta desnudez y pobreza, salió la mas fecunda familia de la Iglesia, á que son cortas las quatro partes del orbe.

Eligiéron los Monges por su Abad al Padre Mateo: dió forma á su convento al modo de los de Egipto, que pinta San Gerónimo: asentó la labor de la lana: labraban paños, disponian la lana, texian, hilaban hasta darles perfeccion, y labraban la tierra. Salian por la comarca los Monges, tomaban á estajo las siegas de los lugares vecinos: lo que ganaban repartian entre pobres, enviándoles pan y paño para su abrigo y sustento, con que á los Monges del Tardon los veneraban como á verdaderos santos. Fué tan grande la opinion del Padre Fray Mateo, que pasando el Rey Don Felipe Segundo por Córdoba, le dixéron de él tantas alabanzas, que mandó al Obispo que se le

tra-

traxesen: holgó verle, y le ofreció si queria alguna cosa: respondió que no habia menester cosa de esta vida. Por ventura no pudo decirlo el Rey, que en esta parte aventajan los verdaderos pobres de espíritu á los Reyes de la tierra. Díxole el Rey: Padre Mateo, lo que pude daros os ofrecia; mirad que tengais cuidado de encomendarme á nuestro Señor me dé gracia para cumplir su santa voluntad, y cumplir con mis obligaciones, y que vuestros Monges hagan lo mismo. Mostró gusto de ir á ver el Tardon: desviólo el Padre Mateo, así por la aspereza del camino, como porque sus Monges no tuviesen ocasion de desvanecimiento, viendo que los visitaba el Rey.

Las enfermedades de este siervo de Dios fuéron iguales á sus penitencias: entre otras ocasiones que salió á curarse á poblado, porque en el Tardon ni un poco de carne fresca habia, fué una á Montilla, á que fué mas gustoso por ver al Venerable Maestro Avila que por curarse: estando en esta villa sucedió la muerte de nuestro Venerable Maestro: asistióle con particular providencia de Dios, consolándole y confortándole en aquel amargo trance, y como representando á Dios en su persona los frutos de la predicacion y enseñanza del santo Maestro Avila. Dixo el Padre Mateo en una carta á sus Monges: „ Al Padre Maes- „ tro Avila hemos enterrado: túvolo por muy gran

„ dicha, por el consuelo que de ello recibió de verme á
„ su cabecera en tiempo de tanta estrechura; y él, que
„ tanto lo merecia, y que tanto se lo debemos todos,
„ como á buen Doctor, que tanto ha trabajado en la
„ Iglesia de Dios, y tanto fruto ha hecho en ella."

Este es, cristiano lector, un breve discurso de la vida de este discípulo del Venerable Maestro Avila. ¿Quién pudiera adornarle con exemplos y hechos particulares de sus heroycas virtudes, de las pruebas con que Dios acrisoló su fineza, y los dones con que le enriqueció? Habiendo llegado á una grande ancianidad en solos cincuenta y un años, estándose curando en Hornachuelos, sintió que se llegaba su fin: envió á llamar diez de sus Monges, consolóse con ellos, exhortóles á la rigurosa observancia de su regla, á la caridad unos con otros, que se conservase el trabajo de manos, el retiro, la oracion, el silencio, que de nadie recibiesen, y que cuidasen de los pobres. Habiendo recibido los santos Sacramentos restituyó su alma á Dios á los veinte y siete de Agosto del año de quinientos setenta y cinco: quedó su cuerpo tratable: sintióse un olor suavísimo: lleváronle los Monges á su convento. Este se conserva hoy con gran observancia y religion: es uno de los mayores santuarios de España: pasan los Monges de ciento, la tercera parte de Sacerdotes: nunca piden limosna: conservan el tra-

trabajo de manos en la labor de la lana, con que no solo se viste toda la ciudad, mas sacan para otras necesidades. Este insigne convento reconoce por maestro y bienhechor al Venerable Maestro Juan de Avila, por cuyo consejo y direccion encaminó nuestro Señor esta reformacion de la Orden de San Basilio. Tiene esta provincia dos solas casas, ambas fundadas por el Padre Mateo, con que han asegurado mas su conservacion.

CAPITULO VII.

DEL PADRE DIEGO VIDAL.

Débesele lugar en esta historia al Padre Fray Diego Vidal, de la Orden de San Basilio, en el yermo del Tardon, no solo por discípulo del Venerable Maestro Avila, mas por su familiar y secretario: es verdad constante que no hubo hombre que pusiese los pies en esta casa, aunque por breve tiempo, que no saliese sugeto de singular virtud: tan fecunda fué la del Venerable Maestro Avila. Sea este el segundo exemplo: otros se hallarán mas adelante.

Nació este venerable Padre en Villafranca, cerca de Zafra en Estremadura: siendo mozo pasó de Alcalá á Salamanca á refinarse en la latinidad: llegando á comprar un Arte, dixo el librero si era el de servir á

Dios:

Dios: agradóle el título (era Diego de gran bondad é inclinacion excelente): pidióle: leyó un poco, y dixo: En verdad, señor, que entiendo que este arte me está mejor que el que buscaba, que si por este libro puedo aprender á servir á Dios, ¿para qué quiero otra ciencia? Compróle, comenzó á poner en execucion lo que decia el Arte, que es el modo de estudiar la ciencia de los Santos: dábase á penitencias, oracion y mortificacion, dirigiendo sus obras á fin de agradar á Dios, como su libro lo enseñaba. La salud se le acortaba, y el gusto de otros estudios que le divirtiesen de aquel sabor que habia tomado en el camino de Dios. Dexó á Salamanca: fué en peregrinacion á Santiago de Galicia: quebrantáronsele las fuerzas del cuerpo: dobláronsele las del alma, siguiendo el impulso divino y una gran luz que le guiaba á hacer vida solitaria: aportó á Sierra Morena, cerca de un monasterio de la sagrada Religion de la Cartuxa, que está cerca de la villa de Cazalla: hizo en lugar bien áspero una choza, donde vacaba á Dios en oracion y contemplacion, y otros exercicios santos: acudia al monasterio, confesaba y comulgaba; y los Religiosos, viéndole tan virtuoso, le acudian con lo necesario. Con deseo de mayor soledad, á imitacion de los antiguos Padres, que andaban siempre con ansias de mayor retiro, se fué á una dehesa del Conde de Palma, llaman el Alcornoca, don-

donde se metió en una cueva, y continuó los mismos exercicios: labraba unas cucharitas muy curiosas y otras cosas que le daban el sustento. Iba á misa al convento de San Luis, de la Orden de San Francisco: de ida y vuelta iba cantando salmos, con que aprendió el salterio. No pudo tanta virtud estar mucho tiempo oculta: estimó el Conde el huésped: ofrecióle una racion: despues de larga porfia aceptó solo el pan: gustó de verle el Conde: persuadiole que estudiase, que en su edad y buena habilidad que descubria podia ser su virtud mas provechosa: envióle con este intento á Osuna á la Condesa de Ureña: favorecióle mucho, y ayudó á este intento con poco efecto, porque le pareció bastaba su librito para saber lo que solamente importa, sí bien muchos le persuadian estudiase. Era en este tiempo grande en el Andalucía la fama de santidad del Venerable Maestro Avila: parecióle á Diego que ninguno como él podia darle luz en estas dudas: fué á verle: manifestóle su conciencia y deseos, y lo que le aconsejaban: púsose en sus manos para que le guiase á aquel empleo de vida en que agradase mas á Dios. Contentóse grandemente el santo Maestro Avila de la virtud y natural del mozo: hizo que se quedase en su casa: ocupábale en varias cosas, en particular en escribirle cartas: muchas de las que habia impresas, decia se habian escrito de su mano. Ha-

llá-

llábase Diego bien en tal posada: no necesitaba ya del libro antiguo, considerándole en la vida y virtudes del Maestro, que era arte vivo de servir á Dios. Mucho aprendió en este libro, que le hizo docto en esta gran facultad que profesaba. Estuvo mas de un año en compañía del Venerable Maestro Avila, deteniéndole por ventura de intento, viendo las medras de su alma. Dilataba el tomar resolucion si habia de volver á soledad, á que su poca salud y flaca complexîon resistia. Muchas cosas le pasáron en esta casa santa. Comunicando un dia con el Venerable Maestro una tentacion que tenia, de que no podia dormir, le dixo: Idos acostar, y mirad que os mando que durmais: fuése, durmió sin que le molestase mas este desvelo. En esta sazon iba el Padre Mateo de la Fuente muchas veces á comunicar su alma con el Venerable Maestro Avila: pidiole tuviese á Diego Vidal en su compañía: hízolo el santo Ermitaño con agrado: llevóle á aquellas asperezas de Don Martin, de donde, por la causa que diximos, pasáron á habitar aquellas cuevas de nuestra Señora de la Sierra, que estaban legua y media del Tardon. Gozaba Diego Vidal de la doctrina del Padre Mateo: heríanle el corazon aquellas palabras vivas forjadas en el espíritu del cielo: la caridad le movia á no gozarlas á solas, pudiendo ser tan provechosas á muchos que andaban en

pre-

pretension. Dixo el Padre Mateo: Mira, Diego, vámoslo á consultar con el Venerable Maestro Avila, y si él dixere que los recibamos, lo haré; y si no, con esto se despedirán, que yo soy llamado para solitario. Fuéron los dos, consultáron aquel oráculo del cielo: respondióles que Diego tenia razon, que si por su medio se querian salvar aquellas almas, no las despidiese. Luego se pobló aquel yermo, qual el de Nitria en el Egipto, como dexamos escrito.

Aquí hizo Diego Vidal su celda á la falda de un cerro: fué de los mas fervorosos Ermitaños: su trage, su comida, sus exercicios y virtudes las del Padre Mateo, que como mas antiguo gozó mas de su comunicacion y amor. Trabajaba de dia, oraba de noche, labraba su pegujar, como lo hacian los demas: cogia su trigo: jamas pidió limosna. ¿Quién podrá decir sus lágrimas, sus gemidos, la alteza de su oracion? Testigos eran los Angeles, y él, que lo era en la tierra. El santo Maestro Avila, con quien se registraba quanto pasaba en aquella soledad, allí los encaminaba y gobernaba; y regadas con su doctrina y consejos estas plantas, diéron tan colmados frutos. Estando en oracion uno de los Ermitaños (y se entiende fué el Padre Diego Vidal) vió venir un bello jóven vestido de un pellico, faldas en cinta, que caminaba al oratorio ó iglesia que tenian; y preguntándole quién era, dixo que era el

Ar-

Arcángel San Miguel, que venia á ayudar los Ermitaños; y que él tenia su proteccion, amparo, y que les ayudaria: los sucesos han mostrado la verdad de esta vision: dedicósele una ermita en lo alto del cerro que diximos, que llaman de San Miguel, donde se retiran á tiempos algunos de los Monges á hacer vida solitaria, con serlo tanto la de el monasterio. Muerto el Padre Mateo eligiéron los Monges por su Abad al Padre Fray Diego Vidal, exemplo raro de todas las virtudes: tan continuo en la oracion, que siempre que le buscaban los Religiosos le hallaban de rodillas, fuese qualquiera hora de la noche, sin que jamas le viesen acostado: fué padre amoroso de sus súbditos: qualquier cosa que le pidiesen para sus necesidades, si no lo estorbaba la decencia, la quitaba de su cuerpo, y se la daba: decia que á los Prelados nunca les faltaba: conservó Monge el mismo tenor de vida que Ermitaño, y la religion y observancia regular que entabló el Padre Mateo. Murió santísimamente, habiendo llegado á los setenta y quatro años de su edad, los siete de Junio de mil quinientos noventa y nueve. Fué el primero Provincial de su Orden en España. Las reliquias de estos tres varones santos los Padres Centenares, Mateo y Diego Vidal se veneran juntas en una caxa, en el hueco de el altar mayor del convento del Tardon, con particular acuerdo, que á los que juntó un

un espíritu en la tierra, juntos en un mismo monumento esperen la última resurreccion, y, como debe creer la piedad cristiana, juntos gozan en el cielo el bien que no tiene fin.

CAPITULO VIII.

DE ALGUNAS PERSONAS RELIGIOSAS, DISCIPULOS DEL VENERABLE MAESTRO AVILA, EN PARTICULAR DEL PADRE MAESTRO FRAY LUIS DE GRANADA, SU GRANDE AMIGO.

Fuéron innumerables los Religiosos insignes en santidad y extraordinaria virtud, que con gran gusto suyo reconocian á este varon santo por Maestro y Padre, y despues de Dios por autor de su bien.

El Venerable Padre y gran Maestro Fray Luis de Granada, rio de la eloqüencia sagrada, lengua de su edad, gloria de la ilustre familia de los Predicadores, no se dedignara si lo contáramos entre los discípulos del Venerable Maestro Avila, sí bien le toca igualmente el título de íntimo y querido amigo. Dió Granada á este heroyco varon su suelo en que naciese: pagóselo con engastarla en su nombre, que habiendo sido tan grande en todo el orbe cristiano, participó de esta gloria su ciudad, dichosa por haber sido madre de tal hijo. Sus padres, aunque de condicion humilde,

eminencia, que sus principios fueran felices remates de un curso felicísimo. Despues de algunos años pasó á Córdoba á trasladar el convento de Escala Cœli, de su Orden, sito en la sierra, una legua distante de la ciudad, donde predicó con increible opinion. Dixo bien un varon docto, que como Santo Tomas vino al mundo á alumbrar entendimientos, el Padre Fray Luis para abrasar corazones. Alcanzó la mas esencial parte de la oratoria, el mover y persuadir. Por este tiempo trató mucho con los Marqueses de Priego, grandes favorecedores de hombres doctos y santos; con esta ocasion, en particular en la enfermedad del Conde de Feria, de que hablamos, trabó amistad estrecha con el Venerable Maestro Avila: tratáronse familiarmente, habitáron juntos muchos dias en una misma casa, comian á una mesa, como lo afirma el mismo Padre Fray Luis en muchas partes: oyóle muchos sermones, y sin duda aquel grande espíritu de nuestro santo Maestro puso fuego en el corazon bien dispuesto del venerable Fray Luis. Cuéntase comunmente que habiendo predicado este gran Maestro en Montilla aun quando quedaban en aquel arbol feliz algunas flores, que diéron con el tiempo tan gran fruto, preguntó el Conde de Don Pedro al Venerable Maestro Avila, ¿qué le habia parecido? El respondió, despues de larga porfia (estaba presente el Padre Maestro Fray Luis), que ser-

mon

mon en que no se predicaba á Cristo crucificado y á San Pablo, y traido su doctrina, no le satisfacia mucho. Imprimiéronsele tanto estas palabras al Padre Fray Luis, que desde aquel dia le escogió por su Maestro, y le reconoció por tal: consultó con él todas sus dudas: oíale con gran gusto: resolvió escribir y predicar conforme á su censura, confesando habia aprovechado mucho de la comunicacion y trato del Venerable Maestro Avila. Dicen tambien que en esta ó otra ocasion dixo al Padre Fray Luis: Témplese V. Paternidad; dixo él que no le entendia. Respondiole: Haga lo que los señores con los azores, quitándoles la comida para que con hambre se abalancen á la caza. Haga gran hambre, gran sed, gran deseo de la conversion de las almas, y experimentará grandes efectos, y conseguirá copioso fruto: consejo felizmente logrado.

Refieren muchos en las informaciones, que se halláron presentes, que habiendo predicado el Padre Fray Luis en Santa Clara de Montilla, y oídole el Venerable Maestro Avila, entró á verle á la Sacristía: fuese á él el Padre Fray Luis, y le dixo: Mas debo yo á Vmd. á sus consejos que á muchos años de estudio; y así le confieso y reconozco por mi verdadero maestro. El Maestro Avila le respondió con grande humildad: El verdadero maestro es Dios, á quien se debe la gloria y honra. Es opinion constante en toda el An-

da-

dalucía que el santo Maestro Avila dió algunas advertencias y consejos al Padre Fray Luis de Granada, tan importantes y con tan buena sazon, que pudo con toda verdad llamarle su verdadero maestro; y aquellos celestiales escritos de que hoy goza la Iglesia, en muy gran parte se deben á esta comunicacion, á esta correspondencia: esta fué tan amigable y el amor tan grande que le tuvo el Padre Fray Luis, que luego que el santo Maestro Avila pasó al descanso eterno, se puso á escribir su vida, que es la mayor demostracion de una voluntad finísima, con tan grande afecto, que, como escribe el Padre Fray Francisco Diago en su vida, quando pidió licencia en el Consejo Real de Castilla para sacarla á luz con otras obras del Venerable Avila, algunas personas de poco conocimiento de los méritos de nuestro apostólico varon, le escribiéron que no convenia á su autoridad ser Cronista de un hombre particular, y que debia desistir de ello. Respondióles, que si por autoridad lo llevaban, tenia él por medio no poco eficaz para aumentarla escribir la vida del Maestro Avila, á quien habia muy bien conocido, y á cuyo conocimiento tenia en mas que á la amistad y favor de los Grandes del mundo, por su mucha virtud, letras y púlpito con que habia ganado muchas almas para Dios; y que quando en Castilla no se imprimiese, él presentaria su obra al

Su-

Sumo Pontífice, y le suplicaria la recibiese debaxo de su amparo y la favoreciese. Hasta aquí llegáron las finezas con el Venerable Maestro Avila del gran Maestro Fray Luis de Granada.

Habiendo estos Reynos de Castilla gozado muchos años de su doctrina y exemplo, pareciendo estrechos á un varon tan grande, la Providencia divina nos le llevó á fecundar los de Portugal, que poseyó este tesoro la última parte de su vida. El Infante Cardenal Don Henrique, despues Rey, siendo Arzobispo de Evora, buscando hombres insignes que le ayudasen á llevar el peso episcopal, movido del gran nombre del Padre Fray Luis, que residia en Badajoz en la fundacion de un convento de su Orden, le traxo á su compañía, que con brevedad sintió las medras de sus ovejas: para asegurar obrero tan importante hizo que su General le adjudicase aquel Reyno, donde alcanzó veneracion tan grande, que, forastero, le eligiéron Provincial: en este Reyno pasó lo restante de su vida. ¡O quién, Fray Luis venerable, tuviera vuestra eloqüencia para emplearla toda en vuestras alabanzas! Ella sola, que ha admirado al mundo, pudiera cabalmente engrandeceros: indignos son de esta empresa los mas elevados ingenios; sí bien muchos en vuestro loor han levantado el vuelo siempre corto.

Fué admirable el desprecio que el Padre Fray Luis

Luis tuvo del mundo y sus grandezas, que á los rayos de la luz del cielo que ilustraba su alma eran imperceptibles átomos. La esclarecida Reyna Doña Catalina, hermana de Cárlos Quinto, Gobernadora del Reyno de Portugal; de quien fué Confesor, le presentó en el Obispado de Viseo, y por su persona misma le ofreció el Arzobispado de Braga, trayéndole razones eficaces para obligarle á aceptarle: ambos los despreció constantemente; y poniéndole la Reyna en sus manos la eleccion, nombró á Fray Bartolomé de los Mártires, tan excelente Prelado, que le ha declarado la Iglesia por Beato, en que á su Religion, á la ciudad de Braga y al Reyno todo hizo un incomparable beneficio. Sucediendo en el gobierno, y despues en el Reyno de Portugal el Cardenal Don Henrique, su gran patron, pudiendo esperar grandes aumentos de la grandeza y amor de este Príncipe, á no tenerlos todos debaxo de los pies, no pisaba los umbrales de palacio no llamado. El Rey Don Sebastian le quiso dar otros Obispados: rehusólos con valor apostólico. La Santidad de Sixto Quinto resolvió darle capelo, como á tan benemérito de la Iglesia: atajó la promocion con diligencia, proponiendo su edad y enfermedades.

Alcanzó la mayor estimacion que por ventura tuvo hombre en su tiempo de personas Reales, de Príncipes, de Prelados eclesiásticos, de sobrinos de Pontí-

tífices, Nuncios Apostólicos, y con particular agrado le trató y oyó el gran Felipe Segundo. Fué venerado de todos como un milagro del mundo: en tanta altura de favores humanos conservó una profunda humildad y prodigiosa pobreza: encerróse en una celda: su adorno tres sillas, las dos con respaldares de xerga: dos cruces grandes: en las paredes dos imágenes y algunas estampas de papel: una cama con mantas remendadas, como los hábitos rotos viejos como de un novicio: duróle quarenta años un sombrero: no pudo su compañero que se le comprase un argayo, así llaman una ropa de abrigo que ponen sobre los hábitos, con que se reparase en el rigor del invierno: sobre ochenta años de edad y muchas enfermedades tenia tan vil concepto de sí, que se llamaba monstruo horrible. Su caridad con los pobres fué rarísima: lo que sacaba de la impresion de los libros, que era mucho, lo que recogia de limosnas de Príncipes, que por saber el gusto que tenia en esto eran muy grandes, todo lo repartia á los pobres, tomando de esta manera algun desahogo su excesivo amor al próximo. Vivió tan retirado del mundo y de agradar á poderosos, que habiendo el Padre Fray Hernando del Castillo ido á Portugal á cosas de servicio del Rey Don Felipe Segundo, llevando en sus instrucciones el ganar la voluntad del Padre Fray Luis de Granada en apoyo de sus preten-

siones, respondió que no dudaba de su justificacion, como de Príncipe tan Religioso y Católico, que no necesitaba de Reynos que no fuesen suyos, teniéndolos tan grandes; que á él no le tocaba mas que encomendar á Dios su próspero suceso, como religioso, en su celda, como lo hizo sin salir de ella, ni meterse en nada.

¿Quién podrá dar alcance á la grandeza de sus heroycas virtudes, lo profundo de su espíritu? Baste decir que obró lo que escribió, y escribió tan acertadamente, porque obraba y escribia; lo que aconseja en los libros executaba en el rincon de su celda. Escribió de oracion: túvola altísima muchas horas cada dia, que remataba con una áspera disciplina. Su amor á Dios le trasladó á este tratado. Escribió la Guia de pecadores: mostró como habia predicado libro tan excelente, que él mismo admiraba haberle escrito. Alabó el ayuno, sacólo de su templanza: exhortó á las penitencias, hízolas continuamente y con rigor increible. Engrandece la castidad: copia fué de la suya. Aconseja la pobreza y desprecio del mundo: pisóle en mil ocasiones. La vida de Cristo, tan impresa en su corazon como en los libros. Habló divinamente del augusto Sacramento de la misa: decíala con grande devocion, que desde el cánon parecia estar elevado. En nueve lenguas andan traducidos sus escritos: llegá-

gáron á los Turcos, pasáron á los Persas, hasta los últimos Chinos: son leidos hasta de los enemigos de la Fe, Hereges de todas sectas, Moros, Gentiles, Judíos, todas las naciones del mundo engrandecen su estilo, su elegancia, su energía, su verdad, su doctrina: danle justamente el nombre de Ciceron cristiano. ¿Qué virtud no se debe á su letura? ¿A quántos pecadores ha reducido á ser Santos? ¿A quántos hombres ha convertido en Angeles? Pobladas tiene las Religiones y el cielo, dispuestos con tan celestial prudencia, que igualmente convienen al hombre mas distraido y mas perfecto.

El prodigio de santidad de nuestros tiempos el glorioso San Cárlos Borromeo, Cardenal y Arzobispo de Milan, estimó grandemente la doctrina, juicio y religion de este varon raro: amóle tiernamente, tratáronse por cartas: no solo mostró quanto le agradáron sus trabajos, mas escribió á la Santidad de Gregorio XIII para que calificase su importancia: instó con el Pontífice á que le honrase con capelo; y porque esta carta no anda comunmente en obsequio del Maestro, como á quien debemos tanto, rematará este elogio, y suplirá mi gran cortedad, y consolará mi afecto; dice así:

SANTISIMO Y BEATISIMO PADRE.

» Entre todos aquellos que hasta nuestros tiem-
» pos han escrito materias espirituales que yo haya
» visto, se podrá afirmar que no hay alguno que ha-
» ya escrito libros, ni en mayor número, ni mas es-
» cogidos y provechosos que el Padre Fray Luis de
» Granada. Experiméntolo cada dia en esta Iglesia,
» viendo que todos los que están escritos en su len-
» gua ayudan grandemente á todo estado de personas
» á emprender el camino de la virtud y conseguirla.
» Y asimismo se sabe de quánta ayuda sean los lati-
» nos, especialmente para instruir á los que han de
» predicar y enseñar al pueblo; de manera, que no sé
» que en este género haya hoy hombre mas benemé-
» rito de la Iglesia que él, y mas á propósito para ayu-
» dar con semejantes trabajos á las almas lo poco que
» le puede quedar de vida, siendo de ochenta años.
» Esto me ha dado aliento de poner en consideracion
» á V. Santidad, si le pareciese seria bien de hacerle
» escribir alguna carta, mostrando á V. Santidad agra-
» decerle su caridad en las obras que ha sacado, ex-
» hortándole á que saque otras. Servirá esto no sola-
» mente de dar testimonio de su virtud y piedad, que
» tiene tan merecido; mas serále tambien motivo para

» que

» que disponga con brevedad otros libros que he en-
» tendido por cartas suyas que trae entre manos para
» publicar, y servirá de animar á otros hombres doc-
» tos á dexar curiosidades, y tomar aquel camino útil
» á las almas que Dios les ha encomendado, para que
» las ayuden en el negocio de su salvacion. Hago este
» oficio tanto mas gustosamente, porque habiendo dis-
» currido sobre esto con el Cardenal Paleoto, ha mos-
» trado ser del mismo parecer, y tener el mismo cré-
» dito de los méritos de Fray Luis. Demas que algu-
» nas personas graves y de fe, que han venido de Es-
» paña, y le han conocido, y tratádole y oido algunos
» sermones, me afirman que corresponde la vida lla-
» namente á los escritos y á la religion de verdad gran-
» de, y santidad que en ellos resplandece, y todos en-
» carecen la grandeza de su bondad y del gran nom-
» bre que tiene en aquellas partes; de lo qual puede
» V. Beatitud informarse fácilmente de los que han
» sido Nuncios en España. Por tanto parece digno de
» otras mayores demostraciones que la de este solo tes-
» timonio. Esto hizo la Santidad de Pio V con Loren-
» cio Surio, y lo mismo otros Sumos Pontífices con
» diferentes personas. Todo empero lo remito á su pru-
» dentísimo juicio, y humilmente le hago reverencia,
» besándole sus santísimos pies. De Monza á 28 de
» Junio de 1582. = Humildísimo y devotísimo sier-
» vo,

„vo, *Cárlos, Cardenal de Santa Praxêdes.*"

Dentro de veinte y dos dias expidió el Pontífice un breve con no menores alabanzas que las que contiene esta carta; no le pongo á la letra por andar al principio de sus obras, donde se puede ver. Dícele entre otras cosas: Quantos han aprovechado por vuestros sermones y escritos (y es cierto que han aprovechado muchos, y que cada dia aprovechan), tantos hijos habeis engendrado á Cristo, y les habeis hecho mucho mayor beneficio que si hubiérades alcanzado de Dios vista á los ciegos, vida á los muertos. En cierto modo parece canonizó en vida las virtudes, vida y excelentes libros del gran Orador cristiano, que no mereciéron menor calificacion.

Despues de haber pasado una feliz carrera le labró nuestro Señor con graves enfermedades y otros trabajos sensibles que le sucediéron, bien sin culpa suya, y aumentáron mayor corona de su paciencia. Siendo de su natural corto de vista, vino á perder de todo punto un ojo á pura fuerza de estudio: encomendáronle un sermon en una noche en ocasion precisa: trabajóla toda, y reparando un rato la cabeza, halló el ojo vaciado; sin embargo predicó otro dia con un ánimo quietísimo; y dándose por ciego, se puso á aprender á tocar tecla (¡rara humildad!) por merecer no ocioso la comida; y lo consiguió feliz-

men-

mente por la mucha noticia que tenia del canto de órgano: reforzósele la vista del ojo que habia quedado: volvió á los libros, y usaba para escribir de papeles de colores. Vivió los dos años últimos con las tripas fuera de su lugar, que por una rotura se saliéron, sin que la medicina, despues de varios tormentos, pudiese reducirlas á su puesto. No por eso dexaba de decir misa y acudir á todos los exercicios santos como si estuviera con unas fuerzas robustas. Habiendo el Adviento del año de mil quinientos ochenta y ocho estendido las velas á la oracion y penitencia, como si se previniera á la última jornada, el postrero dia de este año, recibido los santos Sacramentos con devocion y ternura, dió su dichosa alma á su Criador, que la piedad cristiana cree estar gloriosa entre los Doctores de la Iglesia, y el afecto de sus devotos espera lo ha de declarar así el Pontífice Romano: honra que opinan muchos hombres graves se debe á sus heroycas virtudes y celestiales escritos. Murió en Lisboa á los ochenta y quatro años de su edad, y sesenta y ocho de Religion: hizo con su venerable cuerpo el piadoso pueblo Lusitano las demostraciones que se suelen con los grandes Santos. Este es (lector piadoso) un mal formado bosquejo de la vida y virtudes de este gran Padre. Hallaráse retrato perfectamente acabado por la valiente mano del muy Reverendo Padre

Fray

Fray Francisco Diago y por el venerable Obispo de Monópoli en la quarta parte de la Crónica de la sagrada Religion de Predicadores; y en la de Portugal en el lib. 5 desde el cap. 12.

Precióse tambien de discípulo del Venerable Maestro Avila el Padre Maestro Fray Alonso Carrillo, de la misma Religion Dominica: oia á nuestro gran Predicador con gran gusto y freqüencia; y muchas veces si tenia aceptado sermon y sucedia predicar el Venerable Maestro Avila, le encargaba á otro, y iba á oirle; y reprehendiéndole esto su Prelado, respondia que tenia por cosa cierta era de mayor gloria de Dios oir al Venerable Maestro Avila que predicar sus sermones, para que quando los hubiera de hacer, aprovechado de tal doctrina, hiciese mas fruto en las almas.

Aumente este lucido esquadron de los discípulos del Venerable Maestro Avila el muy Reverendo Padre Fray Francisco de Segovia, de la Orden de San Gerónimo, profeso del convento de Granada, Prior en él y Sevilla, Valencia y Madrid, y General de su Orden, insigne Predicador, muy estimado del gran juicio de Felipe Segundo, Rey nuestro. Fué varon verdaderamente santo: hablaba admirablemente de nuestro Señor, sin que en sus conversaciones y pláticas pudiese divertirse á otra materia. Sus palabras eran siempre de espíritu importantes al alma. Esto se originaba del

tra-

trato continuo con Dios (fué su oracion altísima), y del exemplo que en esta parte le dió su santo Maestro. Decia que por consejo del Venerable Maestro Avila recibió el santo hábito de San Gerónimo: preciábase de su discípulo, y quando hablaba de su persona era con la veneracion que si hablara con San Pablo: llamábale varon apostólico, bueno de veras, lleno de virtudes: empleaba en sus alabanzas su eloqüencia, que fué grande: escríbese la vida de este gran Religioso, digna de que la sepa el mundo por sus grandes virtudes y méritos.

CAPITULO IX.

DE LOS RELIGIOSOS DE LA COMPAÑIA DE JESUS, QUE FUERON DISCIPULOS DEL VENERABLE MAESTRO AVILA, DE LOS PADRES DIEGO DE GUZMAN, GASPAR LOARTE Y ANTONIO DE CORDOBA.

Los Religiosos de la Compañía de Jesus, que por la comunicacion y exemplo del Venerable Maestro Avila adelantáron su espíritu, son sin número: tratóle muchos en Montilla, donde, recien fundado el Colegio, les leyó, como diximos, las Epístolas de San Pablo, y con rigor pueden llamarse sus discípulos; mas en este lugar referirémos algunos, que habiendo vivi-

do muchos años en su escuela, hechos varones grandes con su doctrina y exemplo, entráron por su consejo en la Compañía de Jesus.

Sea el primero el Padre Diego de Guzman, hijo segundo del Conde de Baylen, mas segun el espíritu, primogénito del Venerable Maestro Avila. Entregóse á Dios de veras en los floridos años de su edad; fué exemplo de virtudes, dexando la esperanza de suceder en el Estado de sus padres: se hizo Sacerdote: deseó correspondiese su vida á las obligaciones que pide dignidad tan alta. Halló en él su santo Maestro tan gran prontitud á la virtud heroyca, y un desprecio de los respetos, que suele representar la nobleza en estos casos, que le traia por diversos lugares sin algun aparato de criados, aprovechando las almas en todo quanto podia. Iba en su compañía el Doctor Loarte, su ayo, Teólogo doctísimo, de igual espíritu, discípulo tambien del Venerable Maestro Avila. Repartian así los ministerios: predicaba el Doctor Loarte con gran fervor y espíritu; mas el humilde Don Diego enseñaba á los niños la doctrina, y oia confesiones, ayudando á todos con su buen exemplo y consejo en el camino del cielo. Catorce años ó quince, de lo mejor de su edad, gastó en tan santo exercicio este exemplar Caballero: estas fuéron sus pretensiones y designios: tántos años fué discípulo del santo Maes-

tro Avila, tantos gozó de su consejo y doctrina. Estos empleos tan agradables á Dios quiso su Magestad realzarlos con la profesion religiosa, que los añade quilates de merecimientos. Dióle nuestro Señor grandes deseos de entrar en la Compañía de Jesus, llevado en grande parte de la bondad de aquellos primeros Padres, exemplos de santidad: comunicó su pensamiento con el Venerable Maestro Avila, que con fervorosas oraciones suyas y de otros siervos de Dios se aseguráron de la vocacion divina. El año de quinientos cincuenta y dos tuvo noticia el santo Maestro Avila que San Francisco de Borja habia venido de Roma á Oñate en Vizcaya, de donde esparcia los resplandores de sus grandes virtudes por España. Por este mismo tiempo el Obispo de Calahorra el Doctor Bernal de Lugo envió un sobrino suyo, hombre de gran virtud, al Venerable Maestro Avila para que le enviase algunos de sus discípulos, para que anduviesen predicando por todo su Obispado, que es muy grande (cuidado digno de un zeloso Obispo): el santo Maestro Avila envió á esta mision tan importante á Don Diego de Guzman y al Doctor Loarte: encaminólos con cartas á San Francisco de Borja, que los dió los exercicios, con que se resolviéron de entrar en la Compañía: recibiólos el santo Duque con gran benignidad y amor, y á pocos meses les envió al Obispo,

que

que instaba por sus personas. Estuviéron la Quaresma de aquel año en Pamplona, donde hiciéron gran fruto. Corriéron despues casi todo el Obispado de Calahorra, deteniéndose en los lugares populosos, como Logroño, Náxera, Santo Domingo de la Calzada, Haro y otros, en que nuestro Señor favoreció sus pasos con el copioso fruto que cogiéron en innumerables almas. Pasó despues á Roma el Padre Diego de Guzman, donde gozó de la doctrina y amor de San Ignacio: en esta ocasion pasó entre los dos el coloquio tocante al Venerable Maestro Avila, que está entre sus elogios en el lib. 3. Anduvo por muchas partes de Italia exercitando los mismos ministerios de enseñar la doctrina y ayudar á la salvacion de los fieles: continuó hasta los últimos años de su vida en el Andalucía, donde dura su memoria tan agradable en los corazones de todos, quanto fué su persona viviendo amable por sus excelentes virtudes, humildad rara, ferviente caridad y zelo de las almas, á quien él grangeaba para Dios, tanto con el agrado y alegría de su semblante y palabras, como con el exemplo de sus santas ocupaciones. Murió en Sevilla con opinion de Santo.

El Padre Doctor Loarte prosiguió en la predicacion del Evangelio con notable eminencia: pasó á Roma con el Padre Diego de Guzman, donde instruido de San Ignacio, su segundo Maestro, gobernó los

Co-

Colegios de Génova y Mecina; y despues de haber trabajado muchos años en la viña del Señor con mucha edificacion de las almas, voló al cielo, donde está gozando del denario diurno, que es el premio que el Señor de la viña le prometió por cierto, por ser de los que comenzáron á trabajar en la hora de prima, y sufrió el peso del calor y del dia: escribió algunos libros doctos: de todo da testimonio el Padre Pedro de Ribadeneyra en el libro de los escritores de la Compañía de Jesus por estas palabras:

Gaspar Loarte, natione Hispanus, patria Methymnensis, vir pius juxta, & doctus, grandis jam natu, & Doctor Theologus, & pietatis officiis bene versatus auctore JOANNE AVILA, viro apostolico, cujus discipulus fuerat, Societatem concupivit, & in eam admissus est anno M.D.L.II. Posteà Romam profectus, & ab ipso B. P. nostro Ignatio probè institutus Collegium nostrorum Genevensis, & Missanensis regendorum provinciam sustinuit, denique Hispaniam rediit, & Vecentiæ annis gravis, & bonis operibus plenus anno salutis M.D.XXC.II. mortus est. Scripsit: De afflictorum consolatione. Meditationes in Passionem Domini, & Rosarium Beatæ Mariæ. Exhortationes vitæ christianæ. Remedia contra septem peccata mortalia. Tractatus Sanctorum peregrinationum, & stationibus, & indulgentiis in eis. Admonitiones Sacerdotum.

tum.

tum. Quæ ejus opera Latino, Hispano, Italico, & Gallico ideomate aliqua etiam Germanu excussa circumferuntur.

En las obras que últimamente se imprimiéron del Venerable Maestro Avila anda una instruccion que dió á los Padres Diego de Guzman y Gaspar Loarte quando entráron en la Compañía, digna de leerse y guardarse por todos los que profesan el estado religioso.

El Padre Antonio de Córdoba, de la Compañía de Jesus, hijo de Don Lorenzo Juarez de Figueroa y Doña Catalina de Córdoba, Marqueses de Priego, Grande por su nobleza, mayor por sus virtudes, parte fué de los triunfos del Venerable Maestro Avila, aumento honroso de su escuela; sí bien en la heroyca resolucion de seguir en su desnudez á Cristo tuviéron otros parte: que menester son muchos para sacar á un gran señor del mundo. Con esta ocasion de la asistencia del Venerable Maestro Avila en Montilla se crió con su doctrina, con ella fué creciendo y aumentándose en el temor de Dios, y no degenerar de las obligaciones de quien era. Estudiando en Salamanca, Rector de aquella Universidad, se aficionó á los Padres de la Compañía, combatidos entónces de varias persecuciones, de que le cupo harta parte por conservar su amistad; por cuyo medio le comenzó nuestro Se-

ñor

ñor á abrir los ojos para conocer la vanidad y engaño de este siglo: descubrióselе la hermos[illegible] tud tan grande como ella es, y los medios por donde podia alcanzarla: comenzó á recogerse y darse á exercicios de oracion y penitencia: camino real por donde viene al alma el reyno de los cielos. Con esto le fué labrando nuestro Señor, y disponiendo con varias inspiraciones para entrar en la Compañía de Jesus, á que hacian resistencia su grandeza y las grandes esperanzas que el mundo le ofrecia. Daba cuenta al Venerable Maestro Avila de los impulsos divinos: animóle poderosamente á que lo dexase todo: escribióle en esta ocasion aquella carta que dice: „Los peces gran„des son malos de tomar, han menester muchas vuel„tas rio arriba y rio abaxo, hasta que cansados ten„gan poca fuerza, y los prendan del todo con el an„zuelo; por lo qual no se maraville Vmd. si tantos „golpes nuestro Señor le da, contradiciendo á lo que „lleva pensado y deseado; que sin duda deben de ser „la voluntad y parecer de Vmd. recios de tomar, y „rebeldes á morir; y han menester que á poder de „golpes los canse el Señor y los mate, para que no „viva en Vmd. sino la fe del Señor y la voluntad del „mismo Señor &c." Anda esta carta en el Epistolario. Acertó por este tiempo á comunicar Don Antonio aquel espejo raro de toda virtud y santidad San

Fran-

Francisco de Borja: díxole queria tomarle cuenta de [illegible] le habia dado, y le exhortó [illegible] á la correspondencia, y seguir la perfeccion á que nuestro Señor le llamaba. De todo era sabidor el santo Maestro Avila, que viendo la disposicion grande que en Don Antonio habia, le aconsejó entrase en la Compañía, donde nuestro Señor le habia comenzado á llamar. Ofreciole á un mismo tiempo Cristo nuestro Señor su cruz, su abatimiento con desprecio de todo lo temporal: enseñóle la senda por donde se va á la vida; por otra parte el mundo le ofreció un capelo, que á instancia del Príncipe de España le habia hecho gracia Paulo Tercero, Pontífice Romano. ¡O trance á pocos ofrecido, porque se puede fiar de pocos! No los resplandores de la púrpura, no lo magestuoso del capelo, no la gran dignidad Cardenalicia pudiéron divertir aquel ánimo generoso y verdaderamente grande de seguir la humildad y pobreza de Cristo: dió de mano á quanto le ofreció el mundo, animado con aquel raro exemplo de mudanza del sacro Duque de Gandía Don Francisco de Borja, que entónces ocupaba la admiracion de todos: partióse á Oñate, púsose en sus manos para serle compañero, como en la nobleza, en la escuela de Cristo: dióle el hábito de la Compañía, de que dió luego cuenta al Venerable Maestro Avila, que le escribió aquella admirable carta

que

que comenzó: „Sabida la mudanza de Vmd." Iguala la eloqüencia á la ocasion: anda en su Epistolario. Despues de su noviciado y estudios del Andalucía, desterrado de los suyos, y por ventura por la estimacion que de él hacian, vino á vivir á Alcalá, donde pasó lo restante de su vida. Fué un raro exemplo de todas las virtudes: diéron mayor resplandor la humildad, mortificacion, paciencia, oracion y caridad con los próximos. Andaba en su exterior tan encogido que parecia un hombre baxo y afrentado: en sus sermones y pláticas mostraba quanto aborrecia la soberbia; y solo mirarle era la mayor condenacion de este vicio. Padeció con sufrimiento heroyco graves y continuas enfermedades, congojas de corazon, tristezas naturales y una hambre canina: penalidad intolerable en un hombre abstinentísimo; y no eran estos los mayores combates de su paciencia. Fué pregonero de la virtud y de la oracion, como tan maestro en ella: gastaba la mayor parte del tiempo en una continua comunicacion con Dios; y como le iba tan bien en este trato, eran continuas en él sus alabanzas; y así encomendando esta virtud en un sermon, dixo que se maravillaba cómo los hombres, en vida tan acosada de trabajos y necesidades y tentaciones, podian vivir sin el socorro de esta virtud; y discurriendo por todos los estados, decia: Mugercita, ¿cómo puedes vivir sin

oracion? Labradorcico, ¿cómo puedes vivir sin oracion? Y repitiendo estas palabras, discurria por todas las otras calidades de personas. Acudia á confesar los pobres de los hospitales, con tanta continuacion, que una Quaresma estuvo á pique de perder la vida. Hallábase de ordinario á dar la limosna á los pobres de la puerta. Mas largo discurso que este pedian sus virtudes: supla este corto dibuxo, miéntras mayor historia diere la copia entera. El último verano de su vida los Condes de Oropesa le lleváron á su villa por gozar de su conversacion, y ver tan gran nobleza adornada de excelente santidad: dióle aquí su última enfermedad: recibidos los santos Sacramentos, diciendo dulcísimos coloquios á un Cristo que tenia en las manos, dió su espíritu al Señor por Febrero del año de quinientos sesenta y siete: quince años vivió en la Compañía, que premia Dios por toda su eternidad.

Ocupe el lado de personas de tan gran nobleza (aunque no haya sido de la Compañía) Don Pedro de Córdoba, hermano de Doña Sancha Carrillo, Sacerdote de exemplar vida y costumbres. Fué muy rendido discípulo del Venerable Maestro Avila: aconsejóle desistiese de pretender prelacías, y que solo cuidase de su alma, pues tenia bien que hacer en esto: filosofía que alcanzan pocos que pueden conseguirla; mas Don Pedro penetró la verdad de este secreto,

pre-

pretendió y consiguió las virtudes á vista de aquel raro exemplo de su santa hermana, cuya vida escribió y imitó en gran parte.

CAPITULO X.

PROSIGUE LA MATERIA DEL CAPITULO PASADO DE LOS PADRES FRANCISCO GOMEZ, ALONSO DE BARCENA, HERMANO, Y GASPAR PEREYRA.

Uno de los discípulos de mayor nombre que tuvo el Venerable Maestro Avila en Córdoba fué el Padre Francisco Gomez, natural de Fregenal. Empleó los años de su juventud, en que tanta parte suelen tener los vicios, en loables estudios de letras humanas y divinas, que hizo mas lucidos con el resplandor de sus virtudes y vida anciana en años juveniles. Dióse por discípulo del Venerable Maestro Avila, que predicaba á la sazon en Córdoba, en cuya escuela creció en espíritu y en aquel desengaño de las cosas humanas, primer fundamento de su magisterio. Conoció el varon santo las aventajadas letras y gran talento del Licenciado Francisco Gomez; y como siempre se valia de los que tenian sus discípulos en beneficio de los próximos, ordenó leyese Artes y Teología en Córdoba. Profesó veinte y quatro años continuos las letras

sa-

sagradas; y leyéndolas públicamente con notable aceptacion y lustre: seglar hasta que se fundó Colegio de la Compañía de Jesus en Córdoba, y se encargó (como diximos) de leer estas facultades. Aficionado el Padre Francisco Gomez del instituto y vida de los Padres, quando por sus grandes letras podia ocupar alguna Canongía Magistral ó Beneficio grueso, llamado de Dios, de consejo del Venerable Maestro Avila entró en la Compañía á los treinta y cinco años de su edad, el de quinientos y cincuenta y nueve. Conocióse, con admiracion de todos, la escuela en que se habia criado, y quan aventajado discípulo fué del Venerable Maestro. Comenzáron con la ocasion del nuevo estado á dar mayores resplandores sus virtudes. Creció el fervor de su espíritu, la oracion continua fervorosa, en que tiernamente se regalaba con nuestro Señor, sin que ocupacion alguna fuese parte para divertirle de las horas de su contemplacion, de que sacaba alientos para la mortificacion, en que fué admirable: declaró guerra á su cuerpo sin perdonarle en nada; y aunque gastado con trabájos y penitencias, jamas remitió un punto del rigor y aspereza con que se trataba. Decia misa con gran fervor y ternura; y desde el primer memento hasta las oraciones postreras eran sus ojos continuas fuentes de lágrimas tan suaves, que aun en los que le miraban engendraban

tan-

tanta suavidad y ternura, y tan gran aliento para amar á su Criador, que personas graves y doctas procuraban ayudarle á misa por gozar de esta influencia. Por escusar vanidad se retiró á una capilla, donde á solas, á vista de Dios y de sus Santos, gozaba de los regalos y gustos que no puede dar el mundo vano. La virtud que mas campeó en este gran varon fué la humildad, sin duda profundísima, tanto mas admirable en un hombre venerado por la grandeza de sus partes, ciencia y autoridad. Diéronse en él las manos amigablemente grande eminencia en el púlpito é inteligencia de las sagradas letras, con una continua penitencia: prudencia grande con humildad de niño: un estudio continuo de la sagrada Teología con aspereza de vida rigurosa: extraordinaria discrecion con una sinceridad y sencillez: gravedad con mansedumbre: afabilidad y dulzura en la conversacion con un raro encogimiento interior. El trato íntimo con Dios entre tantas y graves ocupaciones: una encendida caridad con los próximos con mortificacion de pasiones admirable: gran autoridad con todos, y un amor y trato llano con los pequeñuelos: un zelo abrasado de la salud de las almas y de la gloria de Dios, que fué corona de todas sus virtudes.

Su opinion, autoridad y grandeza de su crédito pasáron los límites del Andalucía: fué venerado su nom-

nombre, y estimado su parecer en las mas insignes Universidades de España. El Maestro Mancio, de la sagrada Orden de Santo Domingo, Catedrático de Prima de Salamanca, tan conocido en estos Reynos por sus grandes letras, consultado en Salamanca de algunos de aquella provincia, respondia que teniendo al Padre Licenciado (así le llamaban comunmente), que podia dar parecer á la materia mas ardua, no era menester el suyo ni buscar otros. Y el santo Maestro Avila decia, que estando en Córdoba el Padre Francisco Gomez, no hacia él falta para dar consejo; y así le remitió la direccion de la vida del Doctor Pedro Lopez, Médico del Emperador, que se habia puesto en sus manos. En esta ocasion le escribió el santo Maestro: Ordene Vmd. la vida como el Padre Francisco le dirá, al qual puede Vmd. obedecer seguramente; y podrá hacer en los exercicios de penitencia lo que el Padre Licenciado le dixere. Y Vmd. le dirá sus fuerzas, para si es menester obrar mas, ó es menester quitar.

Don Cristóbal de Roxas y Sandoval, Obispo entónces de Córdoba, despues Arzobispo de Sevilla, le llevó por su Teólogo al Concilio Provincial que se celebró en Toledo el año de quinientos y setenta y cinco: tan gran opinion tenia de su santidad y letras. Dió en esta ocasion grandes muestras de su prudencia

y valor, admiró su humildad. Habiendo la Santidad de Pio V prohibido en España correr toros, algunos caballeros de Córdoba, mas alentados que cuerdos, se diéron por desentendidos de la obligacion del motu propio: no les faltó pareceres (haylos para todo) que lo podian hacer sin riesgo, entre ellos el del Obispo, sin duda mal informado. El Padre Francisco Gomez, con el zelo grande que tenia que se evitasen pecados, tuvo traza, juntando pareceres de hombres doctos, de reducir al Prelado, con que evitó aquel escándalo: dispuso el caso con notable prudencia, sin reparar en el disgusto de los empeñados en el regocijo: hizo se obedeciese al Pontífice.

Acudió con su prudencia y consejo en una grande afliccion que hubo en su tiempo en Córdoba, en que la hambre y enfermedad la iban arruinando lastimosamente. Juntó copiosas limosnas, con que remedió grandes necesidades: salia á la media noche con algunos de sus Padres á buscar pobres por las calles y las plazas, en quien la hambre y el frio hacian pesadas suertes: mostró en esta ocasion su caridad, su zelo, remediando cuerpos y almas de muchos miserables.

Eranle intolerables al demonio virtudes tan heroycas: solia molestarle de mil modos. Yendo á acostarse una noche, se le atravesó en la cama en figura de un fiero y horrible negro: el Padre, con un ánimo

y señorío notable, sin turbacion le dixo: Hazte allá, que ambos cabremos. No pudo el enemigo sufrir tan gran aliento: huyó afrentado.

Fué dos veces Rector del Colegio de Córdoba, que gobernó como padre: aceptó el oficio con notable repugnancia, en especial la última vez: deseaba, desocupado de todo lo exterior, darse del todo á Dios: usó para no entrar en el oficio de varios medios: no le aprovechando, dixo: Pues con los hombres no puedo, yo lo negociaré con Dios. Pidió á nuestro Señor libertad del cargo, y en recompensa le ofreció su vida: parece le aceptó nuestro Señor su ofrecimiento: á pocos dias le sobrevino la última enfermedad, que admitió gustoso y resignado. Tuvo revelacion del dia de su muerte, que recibió con alegría entre los brazos y lágrimas de los suyos, echando á todos su bendicion: dió el alma á su Criador dia de Santo Tomas, veinte y uno de Diciembre, año de quinientos y setenta y seis, con universal sentimiento de tóda la ciudad, que le amaba y veneraba como á Santo. Concurrió, sin ser llamado, al entierro el Obispo, Inquisicion, Religiones y toda la nobleza: recibió Dios su alma para estrella de su firmamento en perpetuas eternidades.

Fué de los mas fervorosos y queridos discípulos del Venerable Maestro Avila el Padre Alonso de Bárcena, de la misma Religion, hombre de grandes prendas

das y talentos: tráxole el santo varon predicando por los pueblos de Andalucía, evangelizando el reyno de los cielos, como á los mas de sus discípulos. Soldado veterano de esta santa milicia mudó capitan, mas no exército: pasó á la Compañía del gran Patriarca San Ignacio (llamémosla así esta vez con vénia suya, no lo tendrá á mal Jesus), donde con mayor espíritu continuó los mismos ministerios. De órden de San Francisco de Borja pasó al Perú y á las provincias de Tucuman y Paraguay, donde con zelo y sucesos apostólicos convirtió gran número de infieles á la fe de Jesucristo, llevándole este Señor muchas veces milagrosamente de unas partes á otras. En once horas anduvo el camino de ocho dias. Toda su vida fué una mision continuada, caminando casi siempre á pie por aquellas dilatadas soledades: pasando de unos pueblos á otros padeció inclemencias del cielo, y no pensados trabajos ordinarios en tan freqüentes caminos. Libróle Dios, y por él á muchos, de evidentes peligros de la vida. Sucedió pasar cinco y seis dias con solo la comunion santísima, sin comer otra cosa. Supo los pensamientos y las cosas mas ocultas de los hombres: tuvo espíritu de profecía: hablaba en once lenguas, de que tuvo especial don: fué perseguido y maltratado por espacio de quarenta años de los demonios, de quien el varon santo, y por su medio otros muchos,

 al-

alcanzáron ilustres victorias: fué muy regalado de la Santísima Vírgen, de quien fué tierno devoto, y muy favorecido de su Hijo. Estando enfermo en la cama, un Niño Jesus que estaba en un altar en la celda, se fué á él, y se le puso en los brazos con gran gozo y júbilo de su alma: testimonio de la gran santidad de este varon apostólico. Murió á los setenta años de su edad con gran paz y serenidad de conciencia, y opinion de Santo.

Digna es de eterna memoria la heroyca virtud del Hermano Gaspar Pereyra, de la Compañía de Jesus, hijo querido del Venerable Maestro Avila. De Evora de Portugal, donde nació de padres nobles, le traxo la fama de nuestro apostólico varon á Montilla para asentar en la escuela de tan gran Maestro, y criarse con la leche de su excelente doctrina: desde edad de quince años estuvo en compañía del Maestro Avila, hasta que pasó á mejor vida. Sus virtudes en un aspecto angélico ganáron la voluntad del varon santo: llamábale su Benjamin, y como tal le trataba: leia á la mesa, acudia á otros servicios proporcionados á su edad: ya en años tan tiernos comenzáron á brotar las flores, mejor dixera frutos colmados de virtudes, compostura, modestia, humildad y rendimiento, con una honestidad rara. Asistió al santo Maestro en su última enfermedad; y estando hincado de rodillas, ba-

ña-

ñado en lágrimas, entre los que cercaban el santo lecho, le pidió su bendicion: díxole el santo varon, para que la alcanzase de Dios en esta vida con prendas de gozarle en la eterna, le convenia entrarse en la Compañía de Jesus, no apeteciendo mas grado que el de Hermano Coadjutor; con que le dió á besar la mano, y con ella su bendicion, que le alcanzó colmadísima: usó con el santo Maestro el último oficio: dióle la vela: cerróle los ojos quando los abrió á la eternidad. Siguió el consejo despues de muchas dudas, ocasionadas de su nobleza y talento y mas que medianos estudios de latinidad, y el natural apetito de vivir entre los hombres con mayor estima. Venciólo todo con la divina gracia, ayudado de los exercicios santos de oracion y penitencia, teniendo por oráculo del cielo las palabras del varon apostólico. Despues de haber estado en los Colegios de Montilla y Granada, empleado en ministerios humildes, con mayor seguridad y mérito, pasó, por mandado de los superiores, al Perú: residió en el Colegio de Lima con mas estimacion, ocupado en los oficios manuales de su grado, que si gozara de las mayores prelacías: luce la perla aun en el lugar asqueroso, y el resplandor de la piedra purísima despide sus rayos aun en el lodo. Sobrepujó con su humildad las virtudes de otros; y quanto mas se abatia, tanto mas Cristo le sublimaba. Venerábanle

los

los inferiores: respetábanle los iguales, y los superiores le estimaban: tales fuéron sus virtudes. Fué su oracion continua, la contemplacion elevada, y fervorosa la mortificacion de todas horas, grande el amor á la pobreza, desprecio mayor de las cosas del siglo. Su amor de Dios fué admirable, su obediencia sencilla, pronta y alegre: jamas quebrantó regla alguna; y en quarenta años afirmó no haber tenido un quarto de hora ocioso: la castidad entre todas las virtudes se descollaba ufana: juntó á una gran afabilidad y blandura de condicion una entereza religiosa: con la una se hizo amable, ganó con la otra respeto.

La devocion al Santísimo Sacramento, la que aprendió en la escuela del Venerable Maestro *Avila*, que acabando un dia de ayudarle á misa, le dixo el santo varon: Mire, Hermano Gaspar, que el oficio que ha hecho es propio, y ha sido de ángel, tanto, que los que lo son en el cielo se tienen por favorecidos en la tierra de asistir al sacrificio de la misa. Prendió esta semilla en el corazon de este Hermano: túvole hecho siempre un vergel deleytable donde se recreaba el Cordero soberano. Los últimos años de su vida, quando su edad y achaques le escusaban de acudir á otros oficios, era continua siempre la asistencia al altísimo Sacramento, festejándole con actos fervorosísimos de amor, en particular los dos dias que comulgaba en

la

la semana, dando gracias á Dios continuamente por este gran beneficio. Hallábanle muchas veces tan encendido en el divino amor, que parecia el rostro como embestido de fuego, quedaba como fuera de sí, tan enagenado de sus sentidos, que parecia no ver ni oir. Fué devotísimo de nuestra Señora: imitóla en todas las virtudes, en especial en la humildad y pureza, que fué rara la de su alma, sin hallar, de ordinario, el Confesor materia para absolverle. La abstinencia en el comer fué grande: unas yerbas cocidas sin sal, un poco de pan basto era su mayor regalo, sin admitirle aun estando enfermo: las penitencias rigurosas le acabaran: la obediencia puso alguna moderacion en sus fervores. Finalmente, fué un retrato vivo, un modelo de un varon perfecto en obras y palabras. La virtud que mas campeó en él y le dió mayor merecimiento fué una invicta paciencia en las enfermedades, que como en esquadrónes le acometiéron desde los cincuenta años adelante: los capitanes fuéron dolor de ijada, gota, mal de orina: venian de por sí, tal vez juntas, á conquistar la fortaleza de su ánimo, siempre en vano. Fué grande su resignacion, y continuas en su boca las alabanzas á Dios. Rindiéronle últimamente los tres años postreros de su vida á pasarlos en la cama, ménos los dos dias que salia á comulgar. Apretóle el último de los males que diximos: padeció intensísimos do-

dolores, con que moria por horas: los remedios violentos, mas que de alivio le sirviéron de martirio: recibidos los Sacramentos con gran devocion, descansó en el Señor á veinte y uno de Abril del año de mil seiscientos veinte y siete, á los setenta y siete de su edad, y cincuenta de Religioso.

CAPITULO XI.

SUMARIO DE LA VIDA DEL PADRE JUAN RAMIREZ.

No tuvo la corte dicha de gozar de la predicacion del Venerable Maestro Avila: fuéron varios sus motivos para no dexar la Andalucía: pudo templar este justo sentimiento la predicacion del bendito Padre Juan Ramirez, de la Compañía de Jesus, Predicador verdaderamente apostólico, rayo abrasado en el amor divino, verdadero discípulo del Venerable Maestro Avila, ó para decirlo en una palabra sola, el Padre Maestro Avila Religioso. Oimos á nuestros padres la grandeza de la predicacion de este varon santo, los grandes efectos de su doctrina: eran sus palabras saetas encendidas, que penetraban los corazones mas duros. Fué Profeta acépto en su patria: veneróle Madrid, donde habia nacido de padres nobles. Desde muy niño se crió al lado del Venerable Maestro Avila: bebió

bió la leche de su doctrina, y entre el fervor de la predicacion suya y de sus discípulos, anhelaba emplearse á este ministerio: llegó en tanto la intension de su deseo, que un dia de la Conversion de San Pablo, siendo de diez y seis años, pidió con grandes ansias y igual sencillez al Padre eterno por su Unigénito Hijo le hiciese su Predicador: tuvo prendas que fué oido. Ordenóse á su tiempo de Sacerdote con notable devocion; y habiendo dado los años de su juventud á los estudios sagrados, se graduó de Doctor en Artes y Teología: trató luego con el santo Maestro Avila si seguiria el oficio de la predicacion: para determinarse quiso oirle una vez: dióle un sermon para que le tomase de memoria y le predicase en un convento de Monjas en Córdoba. Fué á oirle el santo Maestro: en el discurso del sermon, con la novedad, y tener delante á su Maestro, habiendo comenzado á decir una autoridad de Jeremías, hizo una digresion, y no acertando á volver al puesto donde habia salido, echólo de ver el Venerable Maestro Avila, y le dixo desde la silla solo esta palabra *Aquilon*, con que le puso en camino, y volvió á aquella autoridad que decia: *Ab Aquilone pandetur omne malum.* Acabado el sermon fué á oir el parecer del Venerable Maestro Avila: pensó que le habia de decir que tomase otro camino; mas como el sabio varon no juzgaba por

aque-

aquella falta de memoria ó turbacion el talento del nuevo Sacerdote, con resolucion le dixo que estudiase y predicase, que nuestro Señor le habia escogido para Predicador de su palabra. Animado con esta aprobacion, impaciente del deseo de la conversion de las almas, emprendió este alto y dificultoso ministerio á los veinte y seis eños de su edad. Comenzó su predicacion en Córdoba con notable admiracion y aplauso y grandiosos auditorios. Pasó á Málaga, donde fué oido con la misma aceptacion, de donde dió cuenta de sus felices principios al Venerable Maestro Avila, como lo hacia en todas sus cosas: él, como médico experto, para evitar la enfermedad en muchos Predicadores peligrosa, le respondió: „Huelgo de que tan bien le „ vaya á Vmd.; pero mire haga ese oficio con tanta „ verdad como si estuviera con la candela en la „ mano."

Tráxole á Madrid la muerte de su padre al amparo de su madre y hermanas; y Rector del hospital de la Latina (de cuyos fundadores era deudo muy cercano), hacia la vida de un perfecto Religioso, segun el órden que el santo Maestro Avila le habia dado, que era estar siempre encerrado en casa, ocupado en oracion y estudio, sin salir sino á sus sermones. Predicaba con gran fervor y provecho en las Parroquias de Madrid; mas deseoso de juntar á la predicacion la

per-

perfeccion religiosa, consultó á boca su pensamiento con el Venerable Maestro Avila, que con gran resolucion le dixo: Entraos en la Compañía, que en ella Dios os ampará. Admiró al Doctor Ramirez tan pronta respuesta: díxole que ¿por qué le decia á él tan resueltamente, y no á los otros sus discípulos? Respondióle: No penseis que todos harán lo que yo les dixere como vos. Obedeció al punto el Doctor Juan Ramirez á la voz del gran siervo de Dios, porque le tenia por hombre por quien hablaba el Señor. Amoldóse fácilmente al instituto de la Compañía: su modo de vivir el mismo.

Prosiguió por órden de la obediencia el ministerio á que nuestro Señor le habia llamado, y como un Apóstol, con extraordinario zelo, corrió por toda España, Portugal, Aragon, Castilla, Reyno de Toledo, sin haber provincia, ciudad y poblacion considerable donde no esparciese la semilla del sagrado Evangelio. Tuvo todas las partes que componen un perfecto y consumado Orador. Era naturalmente eloqüente: parecia haber derramado Dios la gracia en sus labios: el zelo de la honra de Dios y de la conversion de las almas era la joya principal que le adornaba el pecho, de donde salian vivas y eficaces razones para reprehender los vicios, para exhortar á la virtud, y desterrar el pecado, intento principal de sus sermones. Exâge-

raba comunmente la malicia del pecado mortal cada dia con nuevas ponderaciones, y al fin clamaba con una voz que hacia temblar los hombres: Antes reventar que pecar: palabra que hizo mudar á muchos vida. Faltárame la voz, aunque de bronce, si hubiera de referir las conversiones, la multitud de almas que reduxo á penitencia, y cosas particulares en que se mostró la justicia divina severísima contra los rebeldes á sus amonestaciones. Poblaba las Religiones: predicando en Alcalá, quedaban los generales desiertos. El claustro de la Universidad, despues de largo acuerdo, le envió á pedir se templase en el hablar y poner tanta fuerza en las exhortaciones. Respondió que predicaba la doctrina de Cristo, y él era el que traia á sí la multitud de estudiantes: que no les pesase de lo que su Magestad hacia. Tuvo particular gracia en reconciliar enemistados, encaminar á la perfeccion las almas. Apenas habia sermon en que no encomendase la limosna (camino real de la salvacion de los ricos): hiciéronse grandísimas en su tiempo, y no ménos insistia en el modo de vida de los pobres mendigos, gente sin ley y sin Rey, cuya perdicion lloraba, parte de gobierno desamparada en la república. En los últimos años que predicó en Madrid y Alcalá exhortaba á está obrá continuamente, y decia en los sermones: No os espanteis, hermanos, que os repita y encomiende la limos-

na tantas veces; porque quanto mas me llego á la muerte, mas gana me da el Señor de encomendaros la caridad, que él tanto y tantas veces nos dexó encomendada. Tuvo grande destreza en el gobierno de las almas, profundo conocimiento de las cosas espirituales. Una buena muger dábase mucho á exercicios de devocion sin guia que la encaminase, con que fué fácil perderse: vino á caer en ilusiones del demonio, que fingiéndose ángel de luz, persuadia á hacer exquisitas penitencias y azotarse tan cruelmente, que quedaba como muerta: decíale el enemigo con unas voces muy suaves: Date, hija, que me son tus azotes muy agradables. Con esto la pobre se batia cruelmente: íbase secando y consumiendo, de manera que parecia un esqueleto: envióla nuestro Señor un rayo de luz para que reparase si iba bien encaminada: llegó á aquella sazon al lugar el Padre Juan Ramirez: acudió á pedirle consejo y remedio: conoció fácilmente el ardid del demonio: curóla tan diestramente, que el enemigo la dexó: comenzó vida nueva, fué santa á ménos costa, y nuestro Señor la hizo particulares mercedes.

Las admirables virtudes de este venerable Padre materia son de un entero volúmen: hallaránse en otros volúmenes. Sea epílogo, que por la divina gracia conservó hasta la muerte la inocencia bautismal, con la virginidad y pureza. Despidiéndose en Valladolid

del

del Padre Juan Fernandez, su grande amigo, y siervo de Dios, le dixo estas palabras: Ya, Hermano, no nos veremos mas hasta el cielo; porque yo me voy á morir á la provincia de Toledo (como se cumplió); y para que me ayudeis á glorificar á nuestro Señor, os quiero decir que en toda mi vida no he ofendido á Dios mortalmente; porque quando niño me crié con la leche del Maestro Avila, y despues en la Compañía. Pasó á esta provincia, y últimamente á predicar á Alcalá, donde tanto provecho habia hecho: consiguió su deseo de morir exercitando su oficio. Habiendo predicado una Quaresma, aun no convaleciente de unas quartanas, fué el último sermon la conversion de la Magdalena, en que encomendó con notable espíritu la caridad y limosna: predicó con tan gran aliento como si fuera de treinta años. Otro dia le cargáron tantos males, que conoció claramente estar cercano á su muerte: pidió á nuestro Señor le diese grandes congojas para padecer algo por su amor, y sentir alguna parte de lo mucho que Cristo habia sentido en su pasion. Dióselas nuestro Señor tan grandes, que no le dexaban hablar ni reposar un momento. Preguntándole si con ellas se olvidaba de Dios, respondió: Téngole tan fixo en mi corazon, que no puedo olvidarme de él. Otra vez dixo: Yo he dicho á mi amado que tenga él cuidado de mi alma, y se encargue de

ella,

ella, porque las congojas grandes no me dexan hacer lo que queria. Pidió á nuestro Señor fuese servido de llevarle de esta vida en el dia y hora que Cristo murió en la cruz; y como si tuviera respuesta del cielo lo afirmaba, que en aquel dia y hora habia de morir. El miércoles santo, despues de tinieblas, le diéron el santísimo Viático; y regalándose con su Dios el santo viejo, le dixo: ¡Ay amado mio de mi alma y de mi vida! Si es posible, Señor, si es posible, hacedme esta merced, que muera yo en el dia que vos moristeis por mí. Pidió perdon de las faltas de su oficio: decia por este tiempo á voces: Perdonadme, Señor, los excesos y demasías que hice en mi oficio en decir algunas curiosidades, que á mí me pesa mucho de ello (de que estuvo bien léjos). Dixo en esta sazon: Que entendia se habian de condenar muchos Predicadores, porque tenia Dios librada la salvacion de las almas en ellos; y olvidados de esto, miraban mas por su honra y estimacion, que por el provecho y salvacion de los próximos. Mostró en la ocasion de su muerte una profunda humildad, porque pensando los Padres les dixera algunas cosas de Dios, como lo hacia en vida, solo atendió á su negocio: mostró pena de que le pidiesen bendicion. Llegando ya á la hora deseada se le quitáron todas las congojas, y quedó muy sosegado; y teniendo el rostro sobre la mano derecha con tanta quietud

co-

como si durmiera, sin dar boqueada, dió el alma á su Criador el viérnes santo á las doce del dia, á los quatro de Abril del año de mil quinientos y ochenta y seis, de edad de sesenta y seis años, habiendo gastado los quarenta de ellos en la predicacion: los treinta y uno en la Compañía. Su entierro fué tan acompañado y glorioso como lo fué la hora de su acabamiento: el sentimiento de su muerte grande, igual la veneracion que hiciéron á su cuerpo, haciendo las demostraciones que suelen hacerse con los de los Santos, debida á una santidad á todos visos grande.

Otros muchos fuéron los que en aquel tiempo de la escuela del Venerable Maestro Avila pasáron á la de San Ignacio, donde viviéron con notable exemplo de humildad y modestia y desprecio de las cosas de la tierra, procurando parecerse á su santo Maestro. Los historiadores de esta sagrada Religion lo testifican con singulares y notables elogios de nuestro Santo: sirva por todos el Padre Nicolas Orlandino, que hablando del Venerable Maestro Avila dice: *Complures ejus disciplinæ deinceps, & quidem optimi ad nos prodierunt, & inter nos sancte pieque vixerunt, sanctissimeque diem obierunt.* Procedió esta propension de los discípulos del Padre Maestro Avila á entrar en la Compañía de Jesus del grande afecto que en su Maestro conociéron á esta Religion sagrada, á quien en sus principios favo-

voreció con felicísimos efectos: dícelo así el mismo Orlandino por estas palabras: *Societati verò ipsi plurimum ille authoritatis, & gratiæ sua authoritate, eximiaque in eam benevolentia comparavit.*

CAPITULO XII.

VIDA Y VIRTUDES DEL VENERABLE PADRE EL DOCTOR DIEGO PEREZ DE VALDIVIA.

Entre los discípulos del santo Maestro Avila, lucidísimas estrellas de la Iglesia, resplandece con superiores luces el venerable y santo Padre el Doctor Diego Perez de Valdivia, varon verdaderamente grande, de prodigiosas virtudes, de superior espíritu, de sólida santidad: fué el Eliseo de nuestro gran Elías: heredó su espíritu doblado, parecido en todo á su gran Maestro, á quien procuró imitar, y lo consiguió felizmente.

Fué su patria la ciudad de Baeza, dichosa por madre de tal hijo: sus padres Juan Perez y Catalina de Valdivia, ricos de bondad y honor mas que de otros bienes temporales: de sangre conocidamente pura: dignos padres de este varon santo. Apénas pisó los umbrales de la vida, quando dió muestras que era elegido de Dios para una gran santidad. Comenzó la abstinencia desde el primer alimento: dicen personas de cré-

crédito que les contaba su madre que no podia con él que los sábados le tomase el pecho: de tres ó quatro años rehusaba los regalos que le hacian las vecinas ó otras parientas, y los tomaba forzado: de seis años ayunaba tres dias la semana: tan temprano comenzó á imitar al Bautista, de quien fué devotísimo: huia las travesuras de niños, ni él lo fué mas que en la edad: prevínole á los primeros años el juicio que muchos no alcanzan á los setenta: aborrecia pláticas deshonestas: amó sobremanera la pureza: conservó virginidad desde la cuna á la tumba: de doce años le llamaban el santo. ¿Quién piensas será este niño? Sin duda la mano de Dios era con él.

Despues de las primeras letras de la latinidad, que consiguió felizmente, estudió las Artes y sagrada Teología, en que salió eminente. Conoció por su dicha en muy buena sazon al Venerable Maestro Avila: diósele por discípulo: resolvió seguir su santa vida: de su consejo recibió el grado de Doctor y las órdenes sagradas, con la estimacion debida á tan gran dignidad. Habiéndose fundado los estudios de Baeza, le encargó el Venerable Maestro Avila la cátedra de la sagrada Escritura: pudo muy bien fiarse á una gran virtud, á unos lucidísimos estudios. Fué de aquellas Escuelas los exercicios y vida de aquellos primeros Padres exemplo de santidad, que con sumo trabajo y

con-

continuos sudores introduxéron y conserváron por largo tiempo el espíritu del Venerable Maestro Avila en aquellos primeros Catedráticos, los dexamos escritos, su pobreza de espíritu, su zelo de la salud de las almas, el criar la juventud en virtud y letras. En todos estos ministerios apostólicos se exercitó el Padre Doctor Diego Perez con notable perfeccion. En un curso de Artes que leyó entráron en el Colegio de la Compañía de Jesus de Granada doce de sus discípulos: dos de ellos fuéron Provinciales, y el Padre Juan Gerónimo Predicador insigne.

De un hecho solo de este varon santo se conocerá su espíritu, y el modo con que entónces se vivia. Avisáron al venerable Diego Perez un dia de feria en Baeza, que en el mercado y en la placeta del Agua habia por las tiendas hombres y mugeres parlando con alguna disolucion, dando mal exemplo: al punto hizo que un Bedel tocase á juntar todos los estudiantes: saliéron todos diciendo la doctrina cristiana como acostumbraban. Fué en esta forma al mercado: subióse sobre una mesa, y á voces dixo: Ea, caballeros, damas y galanes, que vendo el cielo: lléguense acá, que le ofrezco muy barato: tres blancas me dan por él, y mas barato se da: dase por un golpe de pechos, por un suspiro, por una lágrima: ¿quién le pierde? Y habiendo repetido algunas veces estas y otras razones, se

acercó la gente, prosiguió su sermon con notable espíritu: todo eran lágrimas, suspiros, con una conmocion grande: convirtió la profanidad de tanta gente en un auditorio compungido, y acabado el sermon se volvió cantando la doctrina.

Fué eminentísimo en la predicacion, con un espíritu tan vehemente y fuerte, que desencaxaba de su lugar las piedras, y arrancaba de cuajo los árboles de los mas arraygados pecadores: unas verdades claras, llanas, sencillas, mas dichas con tan valiente esfuerzo, con un aliento y brio de un Ministro verdaderamente apostólico. Las reprehensiones demasiadamente rígidas, algunas veces con sentimiento de muchos, que en lugares no demasiadamente populosos oféndense con facilidad los que algo pueden, causa en casi todo el discurso de su vida de grandes trabajos suyos. En una carta de letra del Venerable Maestro Avila, que tengo original, le dice así: „Avisado soy de » parte cierta que aquellos señores estan disgustados » del modo riguroso y no llano del predicar de Vmd., » y lo darán así á entender en la obra, si otra vez les » viene Vmd. á las manos; así convendrá mirar mu» cho cómo predica, para que no haya causa de asirle » en palabras. En sus ocupaciones le enseñe nuestro » Señor lo que debe tomar y decir por su misericor» dia." Este modo de predicar tan de veras, poco gra-

to

to á los hombres, fué muy agradable á Dios, de grandes efectos y copioso fruto, como adelante veremos.

Habiendo leido muchos años en la Universidad de Baeza con el tenor de vida y empleos de virtud que veremos, el Arcediano de Jaen, deseoso de hacer de su dignidad un buen empleo en un hombre de eminentes letras y superiores méritos, puso los ojos en el Doctor Diego Perez, y le ofreció su Arcedianato: rehusólo su humildad y pobreza de su espíritu: entre otros que interviniéron para que aceptase, fué el venerable Luis de Noguera: díxole el Doctor Diego Perez: Yo la recibiera, Padre mio, si supiera habia de dar tan buena cuenta como vos de vuestro Priorato. El humilde Sacerdote le replicó: Recibidla, que querrá Dios la deis mejor. Entre estas dudas fué á consultar si admitiria este ascenso con el Venerable Maestro Avila: él le dixo: Bien podeis aceptar; mas no os faltarán trabajos, cárceles, persecuciones: profecía que se cumplió colmadamente. Aceptó esta dignidad.

De Baeza pasó á Jaen á su residencia. Prebenda tan honrosa de tres mil ducados ó mas de renta no alteró su modestia, no su pobreza de espíritu, profesada tantos años con un exemplo raro: toda la renta enteramente la gastaban los pobres: trabajaba en remediar necesidades de alma y cuerpo. Su comida la misma que Catedrático: pasaba muchos dias con pan y agua

y

y unas yerbas; tal vez se quedó sin el puchero de su mesa por darle al pobre ó la viuda. Sucedió que para responder á una carta no hubo en su casa un maravedí para comprar un pliego de papel, como se predicó en sus exêquias. El vestido modestísimo, sin aumentar mas criados ó homenage de casa que la que tenia en Baeza. La oracion duraba hasta las doce de la noche: prevenia con muchas horas al sol en las divinas alabanzas. No se le caian los ásperos silicios de su cuerpo: ¡notable vida de Arcediano! Continuó con su predicacion con gran espíritu: cesáron en gran parte los pecados: atajáronse vicios, mejoráronse costumbres: ponia particular cuidado en evitar ofensas de Dios, fin de todos sus trabajos: ayudó grandemente á estos intentos el raro exemplo de su vida. Dixo un hombre docto, que si hubiera de escribirla, solo dixera: Hubo en la ciudad de Jaen un varon santo y perfecto, que vivió segun la ley de Dios, guardando su Evangelio, sin faltar un átomo, en penitencia y caridad.

Este su modo de vida mortificada y pobre causó alguna ofension en los Canónigos, y se lo reprehendian, que por qué no habia de traer pagecillos y lacayos, y tratarse con el lustre y ostentacion que otros Arcedianos de Jaen. Respondia, con alguna sequedad, que las rentas eclesiásticas eran para mante-

ner

ner los pobres, y no para vanidades y ostentaciones de mundo. Renuncióse en él la dignidad contra la voluntad de un poderoso que la queria para cosa suya. La severidad de sus costumbres y santidad de su vida desagradaban á algunos: el modo de predicar, mas rígido que agradable, fué escándalo á los que lo cancerado de sus vicios no admitian tan saludables remedios. A pocos lances, torciendo esta ó aquella proposicion del púlpito, y maliciándolo todo, acomulando calumnias á calumnias, imputándole proposiciones mal sonantes, le delatáron en el santo Oficio en Córdoba, con tan poderosos enemigos y una persecucion tan grande, que fué bien menester la robustez de su virtud para no desfallecer, y el valor de su ánimo y gran fortaleza para golpe tan pesado.

Estando en la cárcel escribió una instruccion á su Abogado, que original tengo en mi poder: pondré una cláusula de ella en que refiere un resúmen de su vida; y en casos tan apretados lícito es y aun necesario valerse de sus defensas; y ninguna en tribunal tan santo como la santidad de la vida, que sanea y da el verdadero sentido á qualquier proposicion; porque de cabeza sana nunca salen proposiciones erradas; son estas sus palabras:

» Puedo probar mi buen nombre, donde quiera » que tienen noticia de mí, de tenerme por católico

» y

„ y recogido y amigo de tal, y que hago fruto; que
„ soy particular aficionado al Papa y á la Iglesia Roma-
„ na, rogando por ella, y del santo Oficio: Zeloso de
„ todas las leyes, costumbres, ceremonias de la santa
„ Iglesia y de los suyos, y de la veneracion de los tem-
„ plos, y que se tenga reverencia á todo género de
„ Religiosos y Sacerdotes, y de obedecer á mis Prela-
„ dos, y rogar á Dios por ellos. Enemigo de noveda-
„ des, y amigo de ser enmendado y de seguir la co-
„ mun vida y doctrina de los Santos. Como soy reco-
„ gido, honesto, y doy buen exemplo de mortifica-
„ cion, he obrado verdad, hombre llano, sencillo,
„ claro, humilde con grandes y chicos, y que soy ami-
„ go de union y paz, y no parcial, particular, ni que
„ trato ni hago mis cosas á obscuras, ni ando en se-
„ cretos. Limosnero, y que doy quanto tengo y no
„ tengo á pobres, y tengo especial y gran cuidado de
„ ellos. Que visito hospitales y cárceles, y que suelo
„ ir á lugares públicos á predicar á aquellas pobres mu-
„ geres, y acompañar y consolar á los que llevan á
„ ajusticiar. Que ha veinte y cinco años que leo en
„ las Escuelas Artes y santa Escritura, y otras co-
„ sas poco leidas, y predico gratis por amor de Dios,
„ ó si dan limosna, la doy á los pobres, trabajando
„ dia y noche sin parar; y siendo mi celda como me-
„ son de todos, y respondiendo y dando consejo á
„ quan-

» quantos me lo piden; los quales son muchos, y de
» todo género de gente, los que en mi casa y en la
» Iglesia comunico. Que decia misa cada dia ó los mas,
» y ordinariamente confesaba para decirla; y que des-
» de que me conozco guardo este modo de vivir, sin
» mudarlo, aunque me ví con un cuento y mas de
» renta; ántes me recogí en mí. Que mi modo de pre-
» dicar es con traza y órden, todo enderezado á la
» perfeccion de clara doctrina, y dando razon de lo
» que digo; y que he sido zeloso en reprehender sin
» aceptacion. Que he sido siempre aficionado á la san-
» ta Teología y santos Doctores de la Iglesia, y doc-
» trina comun, piadosa y de edificacion. Que desde
» que hago los oficios de Lector, Predicador, Confe-
» sor y comun siervo de mis próximos he hecho mu-
» cho y notable fruto donde quiera que he estado,
» siendo instrumento para conversion de muchas al-
» mas, y para que se hiciesen muchas buenas obras
» comunes y particulares en Jaen y Baeza, mayormen-
» te en Ubeda, Andújar, Caravaca, Huesca, Mar-
» chena, y otros muchos lugares, á los quales me han
» llamado é importunado fuese á predicar."

Hasta aquí la advertencia de este santo varon á su Abogado: hela puesto gustosamente, porque puede servir de instruccion á los Sacerdotes de las ocupaciones de su estado, y cómo deben vivir; y junta-

men-

mente declaran quién fué el Doctor Diego Perez, á quien Dios nuestro Señor, por su mayor corona, permitió esta persecucion.

Todos los que conocian la virtud del Arcediano confiaban mucho de su inocencia; sí bien la calumnia esforzó terriblemente. Duró esta prueba, este crisol algunos años (así labra Dios sus siervos), que él con increible paciencia tomó por purgatorio de sus pecados; mas nuestro Señor, por cuya cuenta corre el honor de los suyos, por medios no entendidos de los hombres manifestó su inocencia, sacó su virtud resplandeciente y clara despues de los nublados de tantas calumnias y falsedades.

La causa tuvo felicísimo suceso: salió reconocida su inocencia, su virtud mas acrisolada, su espíritu mas robusto, y con mayores deseos de emplearse en el servicio de Dios. Aquel Tribunal santo le dió por libre, y le laureó en testimonio de su verdad y justicia. Volvió á Jaen triunfante: fué recibido con júbilo y universal alegría de los buenos, que le amaban ántes por Santo, ahora por Santo perseguido.

Y porque la dignidad habia sido la causa de la gran tempestad de sus persecuciones, aunque pasada, podia esperar gozarla con tranquilidad, la renunció tan animosamente como si le quedara otra tanta renta. Procuró el Obispo detenerle; no fué posible. Respon-

pondióle estas palabras: Reverendísimo Señor, si V. Señoría no gusta que yo muera en la cárcel del santo Oficio preso, no me persuada tal; con que dió á entender el orígen de sus prisiones. Viéronse en sus perseguidores mil desdichas.

Por este tiempo ó ántes de estas borrascas el Señor Don Felipe Segundo le hizo su Predicador, con órden de ir á servirle: envió la carta al Venerable Maestro Avila para que le aconsejase lo que fuese mas agradable á nuestro Señor: el santo Maestro Avila le respondió estas palabras: ¡Jesus! hijo, no le dió Jesucristo nuestro Señor corazon para palacios, sino para salvar las ánimas por quien nuestro Maestro dió su sangre; con que no aceptó este puesto, que ha sido ocasion á muchos de grandes dignidades.

Tomó resolucion de seguir la desnudez de su Maestro el Venerable Juan de Avila, y desasido de todo apoyo humano, confiado en la divina providencia, predicar el Evangelio evangélicamente. Determinó pasar á Roma, y con la bendicion del Sumo Pontífice y su licencia ir á tierra de infieles á predicar el Evangelio con vehemente deseo de ser mártir. Partió para esto á Valencia, donde habiendo intentado su navegacion, por el mal temporal no tuvo efecto: empleóse algun tiempo en predicar en esta ciudad con aquel su grande espíritu: malquistáronle algunos al

principio con el Patriarca Don Juan de Ribera, que conocida su gran santidad, le estimó y veneró mucho.

En esta ciudad le honró el cielo con una gran calificacion, de que hacen gran estima quantos hacen mencion del venerable Diego Perez. Florecian por este tiempo en Valencia dos resplandecientes lumbreras los Beatos Fray Luis Beltran y Fray Nicolas Fator, honor de aquella ciudad, y lustre de las religiosas familias de los Santos Patriarcas Santo Domingo y San Francisco. El Cronista del Padre Fray Nicolas en el cap. 37 de su historia cuenta, que un dia de Resurreccion el Beato Fray Luis Beltran y el Doctor Diego Perez, gravísimo y famoso Predicador, enviáron á decir al Padre Fray Nicolas, que le querian ir á dar las pascuas: respondió que no viniesen, que él iria á casa del Doctor, y juntos irian á ver al Padre Fray Luis Beltran á su convento; y añadió: Decidle al Doctor que haga gracias á Dios, que ha convertido á un gran pecador en el sermon que hizo en la Iglesia mayor el viérnes de Lázaro, el qual se habia dado mas de veinte pellizcos en los brazos entretanto que predicaba. Esto decia por sí mismo, conociendo quan gran pecador era (¡ó maravillosa humildad, que no poco declara la eminencia y energía de nuestro Predicador!). Otro dia fuéron los santos Fray Nicolas y el

Doc-

Doctor Diego Perez á la celda del Beato Fray Luis, donde gastáron hablando de Dios toda la tarde: allí, con ocasion de una grande humillacion que intentó hacer, el Padre Fray Nicolas quedó elevado muy gran rato; y volviendo del rapto, alzó los ojos, y dixo al Padre Fray Luis Beltran estas palabras: Padre, ni tú ni yo aprovechamos. Y volviéndose al Doctor Diego Perez, dixo: Este sí, porque le ha comunicado Dios don apostólico. Ilustre testimonio, gran calificacion de la santidad, del acierto de la predicacion del Doctor Diego Perez, dado por persona de tan gran nombre y en ocasion tan notable.

CAPITULO XIII.

PASA A BARCELONA: QUEDA DE ASIENTO EN ESTA CIUDAD.

No habiendo podido en Valencia executar su jornada, partió á Barcelona, con el mismo intento, por el año de quinientos setenta y ocho: tres veces se hizo á la mar, tres veces por temporal le volvió el mar á la tierra, con que se persuadió no era voluntad de Dios dexase á España; y así resolvió quedar de asiento en Barcelona, dichosísima por haberle conocido. Fué la ocasion de que quedase en esta ilustre ciudad

el

el Canónigo Vila, Doctor en Teología, que despues fué Obispo de Vique: tenia conocimiento del santo Diego Perez por haberle oido leer en Baeza: dixo á los Consejos de la ciudad, que tenia allí un hombre célebre en letras sagradas y exemplo raro de vida, que convenia detenerle, dándole una cátedra en la Universidad: diéronle la de Escritura con ciento y cincuenta escudos de estipendio. Comenzó luego á predicar con tanto fervor y espíritu, que le seguia la ciudad toda con notable aplauso y grande aprovechamiento.

Procuráronle casa acomodada las Monjas de los Angeles, que les pagó con buenas obras, siéndoles Confesor y Padre de espíritu: fuéron grandes las medras en la virtud de estas Religiosas, y hubo algunas con opinion de santidad. Malquistóle con algunas un caso, que parecerá ligero, mas en la estimacion de los cuerdos muy considerable: cantaban las Religiosas el oficio divino en canto de órgano, con demasiada afectacion y tono, mas agradable al oido, que por ventura decente á la magestad del culto: ocasionaba que los hombres volviesen el rostro al coro por mirarlas: reprehendiólo con alguna aspereza el Padre Diego Perez, y pidió se remediase: siguiéron algunas su consejo, y entre ellas la Priora: fuéron otras de contrario parecer, y por medios que se hallan, fácilmente indigná-

náron al Obispo de Barcelona Don Juan Dimas Loris, desacreditándole de suerte, que al encontrarle por la calle le volvia el rostro por no verle. Allegáron delaciones de algunos que referian sus cosas y doctrina con torcido afecto. Fuéron grandes las contradicciones y inquietudes con que el demonio procuró desacreditarle á los principios, y echarle de Barcelona. Mas á pocos lances, informado el Obispo del raro exemplo de su vida y virtudes y santidad, le envia á llamar; y pidiéndole el santo Sacerdote la mano para besársela, intentó besársela el Obispo, y de allí adelante le estimó y honró con grandes demostraciones, sin hacer cosa de importancia del gobierno eclesiástico sin su consejo, y le encomendó los negocios mas graves de su Obispado; y de verdad fué este Prelado sobremanera dichoso, porque le envió Dios un gran coadjutor de sus obligaciones.

Otro accidente le pudo sacar de Cataluña, que parece le habia cabido en suerte de su apostolado, como el Andalucía al Venerable Maestro Avila. Deseó el Obispo de Jaen volver á su Obispado al venerable Diego Perez, doliéndose que le faltase tal hombre: escribiólo se volviese, moviéndole escrúpulo cerca del cumplímiento de cierta obra pia que tenia á cargo, á que él habia dexado bastantemente prevenido: fué esta como una porfia que duró algunos años,

in-

inventando varios medios y estratagemas para sacarle de Barcelona: últimamente envió por él un Canónigo con carta de creencia: tomó juramento el Canónigo que no revelaria lo que le dixese : hecho, le intimó el mandato del Obispo de que volviese á Jaen; mas por una carta que se escribió á un Padre Capuchino, en que le decian respondiese con aquel Canónigo, que iba por el Doctor Diego Perez, avisáron al Obispo Dimas, que vino en persona en casa de el venerable Doctor, y por obediencia le mandó que no partiese; y el Consejo de la ciudad, por salir de estos riesgos, y asegurar de una vez su Apóstol, el año de quinientos y ochenta y cinco pidió á la Magestad de Felipe Segundo, que estaba en Monzon, teniendo cortes á las tres coronas, que mandase al Doctor Diego Perez *no* dexase á Barcelona, y al Obispo de Jaen que cesase de su intento. Respondióles su Magestad esta carta.

» Amados y fieles nuestros: habiendo visto una
» carta de catorce de Octubre, y en ella nos suplicais
» mandemos al Doctor Diego Perez no haga ausen-
» cia de esa nuestra ciudad por el notable fruto que
» en ella hace; con el fin que tenemos de complacer
» á nuestra ciudad en lo que se le puede dar satisfac-
» cion, habemos mandado escribir al Obispo de Jaen
» que tenga por bien de que quede en esta ciudad; y al
» dicho Doctor que lo haga así; y se os envian las
» di-

» dichas cartas para que las deis y envieis como mas » convenga. Dada en Monzon á veinte y tres de Oc» tubre de mil quinientos y ochenta y cinco. = YO » EL REY."

La carta para el Doctor decia así: „Amado nues» tro el Doctor Diego Perez: habiéndonos hecho en» tender esa nuestra ciudad el mucho fruto que en » ella haceis con vuestros sermones y buen exemplo, » y que tratais de hacer ausencia de ella por haberos » enviado á llamar el Obispo de Jaen, de cuya dió» cesis sois, y por lo que deseamos complacer á esa » dicha ciudad, y porque no falte en ella tan buen » exemplo y doctrina como vos los enseñais, habemos » mandado escribir al dicho Obispo, que tenga por » bien que quedeis ahí, y de vos seremos muy ser» vidos que así lo hagais, por ser tan conveniente al » servicio de nuestro Señor. Dada en Monzon á vein» te y quatro de Octubre de mil quinientos y ochenta » y cinco. = YO EL REY."

Toda la estima que la ciudad de Barcelona hizo del Doctor Diego Perez de Valdivia la mereció muy bien por su doctrina, por sus virtudes y exemplo, por las buenas obras que de él continuamente recibia; y dexando á los que dilatadamente trataren de sus cosas todo el campo, pondremos como los sumarios de los capítulos, que llenará el que intentare esta empresa.

Le-

Leyó continuamente su cátedra de Escritura sagrada con gran concurso de gente principal y de todos estados, con grande aprovechamiento de los que le oian; porque no solo en su letura miraba á la erudicion, mas principalmente á las costumbres; y en tiempo de vacaciones ó feriados, que no se acostumbra leer, porque no estuviesen ociosos sus oyentes, leia en la Iglesia de Santa Ana el Apocalipsi de San Juan ó Epístolas de San Pablo, ó otro libro, y un año leyó en su casa la Cosmografía.

Su principal exercicio fué la predicacion sin faltar casi todos los domingos y fiestas de entre año, y las Quaresmas enteras. Su modo de predicar fué á lo apostólico, con un espíritu y fervor tan grande, con un zelo tan de la primitiva Iglesia, que parecia un Elías: era en el púlpito un leon, en la conversacion familiar un ángel, en el confesonario manso como una oveja. Su tema, como la de su Maestro, Cristo crucificado, su amor, su cruz, sus trabajos, plantar la verdadera mortificacion en los corazones, vocear contra los vicios, exclamar contra las ofensas de Dios, exâgerar la fealdad del pecado, reprehender trages, abusos y todo aquello que aparta de la virtud y inclina al vicio. Decia que no habia de predicarse viniendo á partidos en el púlpito, ni darse licencia ó permision en cosa de que con facilidad se puede resbalar á lo que no fuere

li-

lícito, que en el confesonario se habia de censurar lo que era ó no pecado, en el púlpito reprehenderlo todo: este su modo de predicar tan rígido hizo increible fruto: reformó aquel Reyno, mejoráronse costumbres, y se vió Cataluña tan llena de virtudes, qual nunca en los siglos que pasáron, ni se han visto en los que se siguiéron. Ganó la voluntad de los buenos, y tan gran autoridad y crédito, que en la ciudad y todo el Principado le llamaban el Apostólico. La santidad de su vida y la verdad con que exercitó este tan importante oficio le mereciéron tan honroso título. Reprehendíanle algunos de que en los sermones repetia una cosa muchas veces. Respondia: Si diciéndolo muchas veces no se enmiendan, ¿cómo se han de enmendar diciéndoselo una vez?

Fué zelosísimo de la honra de Dios: persiguió, sin desistir de la empresa, los vicios y pecados públicos. Tenia casa de juego cierto caballero con escándalo notable y muchas ofensas de Dios: eran continuas las reprehensiones contra este seminario de pecados: amenazáronle que le matarian si trataba mas de la materia: no le permitió su zelo de dexar de asestar contra este vicio: dixo un domingo en el púlpito, que le habian puesto un pistolete á los pechos, amenazándole de matarle si no cesaba en las reprehensiones; pero que él no cesaria de reprehenderle y de dar voces

hasta que fuese muerto ó remediado aquel daño: remedióse, y él quedó con vida, que los valientes espíritus no se acobardan con estas amenazas.

Fué gran perseguidor de las comedias, bayles, máscaras, en Barcelona freqüentes: reprehendíalas á voces si las topaba en la calle: escribió un libro contra ellas; y á vivir mas, sin duda las quitara: hubo grandísima reformacion en esta parte, y reprehendió desde el púlpito al Virey públicamente, porque habiéndole rogado que no diese licencia para baylar públiçamente en carnestolendas, no lo habia hecho: representóle en el sermon con maravilloso artificio los daños que se han seguido en el mundo de complacer á sus mugeres los que tienen cargo de gobierno público. Para evitar en parte los inconvenientes que suelen ofrecerse en este tiempo, fué el primero que introduxo, que los tres dias de carnestolendas estuviese el Santísimo Sacramento descubierto en la Iglesia de Belen y en San Josef de los Padres Descalzos Carmelitas.

Introduxo la freqüencia de los Sacramentos y gran veneracion al Santísimo Sacramento de la Eucaristía, en que habia algunas inadvertencias. Hizo que en las octavas del Corpus y todas las veces que estuviese patente este divino Señor sacramentado estuviesen todos descubiertas las cabezas: ignorancia en que

no

no se reparaba; y predicando en Santa María de la Mar, estando descubierto el Santísimo Sacramento, y cubierto el Virey, le reprehendió ásperamente hasta que se descubrió, asentando este debido respeto. Reformó algunos abusos el dia de la procesion del Corpus, á que asistian en coches y caballos con grandísima indecencia.

Fué zelosísimo de la honra de los templos, en que cargó la reprehension en los sermones: no podia sufrir se hiciese paso por ellos, ni se tratasen negocios, ni se atravesase con cosas de comer ó alhajas viles, ni que delante de las puertas en dias solemnes se vendiesen golosinas y ramilletes. Mas en lo que era implacable, y justamente, de que hablasen hombres y mugeres, y no se estuviese con el respeto debido á la gran Magestad de nuestro Dios que allí asiste. Si veia que algunos mozos miraban á las mugeres ó las hacian señas, no queria pasar adelante en el sermon: paraba hasta que se quitasen de allí, y ellas se cubriesen y retirasen. Lo mismo hacia si hallaba por la ciudad hablando á mugeres mozas: reprehendíalas severamente, y hacia se apartasen los unos de los otros. Entrando un dia en la Iglesia de los Angeles halló á un caballero mozo, hijo de una Grande de España, hablando con una muger de mala fama con postura no decente: reprehendióle con notable brio, diciéndole: Mal hombre,

¿en

¿en casa de mi amo habeis de estar vos de esta manera? Y como el caballero tomase por la mano á la muger, diciendo que era su hermana, le tomó por los cabezones, y le sacó de la Iglesia. Tenia en estas acciones un valor, un cierto modo de imperio, que hacia que le temblasen. Estando predicando en San Justo se andaba paseando por la Iglesia un caballero forastero con sus criados: reprehendióle desde el púlpito: aguardándole el caballero á que saliese del sermon, y á la puerta de la Iglesia, preguntó al santo Doctor, si le conocia. El arrebatado de un zelo grande de la honra de Dios, con un brio notable le dixo: ¿Sois vos mas que Dios? Le atemorizó, tanto que se hincó de rodillas, y le pidió perdon. Un dia de San Antonio Abad, yendo á visitar su Iglesia para ganar las indulgencias, encontró á un noble de la ciudad que iba á caballo con el mismo intento: tomó la rienda, y le hizo apear, diciéndole que era muy grande inadvertencia ir á ganar indulgencias, y no querer trabajar un poco para ganarlas.

Mirábanle todos con un respeto y veneracion que á un Apóstol venido del cielo para la reformacion de aquel Reyno. Dió muestras de tener espíritu profético, y los casos pudiéron persuadirlo fácilmente. Predicando un dia en Santa Ana, donde tenia la Quaresma, estaban dos señoras de lo principal de Barcelona oyéndole jun-

to á la capilla del Sepulcro, distancia grande del púlpito: dixo la una (debia de ser culta, tan antigua es la dolencia): ¡Válgame Dios! que este hombre no se alzará dos dedos de la tierra, ni dice sutilezas. No habiéndolo podido oir naturalmente, al mismo punto se volvió hácia ellas, y dixo mirándolas: Yo no vengo aquí á decir sutilezas, sino á reprehender vicios de los pecadores. Otro dia, en la misma Iglesia, estando unos caballeros debaxo del coro, oyéndole muy apartados del púlpito, el santo Predicador, arrebatado de aquella su vehemencia, reprehendia los vicios y pecados: dixo con voz baxa uno de los caballeros: Este hombre parece que predica á Luteranos. Al instante el santo Doctor volvió hácia ellos, y dixo: Yo no pienso que predico á Luteranos; porque aquí, por la gracia de Dios, no los hay, sino á cristianos pecadores.

Era muy ordinario (si veia convenir al servicio de Dios y provecho de las almas) referir en los sermones las cosas que se decian de él en las conversaciones. Dos mugeres de lustre habian una noche dicho mucho mal del Padre Diego Perez, y en particular la una, que habia sido su hija de confesion, y le habia dexado porque la reprehendia algunas cosas que ella pensaba que podia hacer: dixéron hartos disparates: hubo en la conversacion una buena muger (que lo depone) que le defendió valientemente: halláronse el

dia

dia siguiente todas tres en la Parroquia de San Miguel, donde predicaba; y sin haberle dicho palabra de lo que habia pasado, refirió en el sermon todas las palabras que habian dicho contra él, y las de su defensa; y añadió, que los que le querian bien no volviesen por él, que Dios le defenderia; y remató con decir: ¡Bueno fuera que el Padre Perez les diese licencia para lo que ellas quieren! Quedáron espantadas.

Mas lo que causó mayor admiracion fue, que un dia que predicaba en Santa María de la Mar, estaban en el auditorio dos mugeres muy compuestas, ó por mejor decir, descompuestas, haciendo ostentacion, y aun provocando con su gala: viendo subir al santo Doctor al altar á tomar la bendicion, dixo la una á la otra: Cubrámonos, no nos afrente el Padre Perez. Estando tan léjos, que fué imposible oirla, en subiendo al púlpito comenzó su sermon con estas palabras: Decid, buenas mugeres, ¡no habeis tenido respeto á Dios, y por haber visto este pobre viejo habeis cubierto las cabezas! y dando voces como un leon, replicó estas palabras: Aquí de Dios, que me habeis tenido á mí respeto, y no á Dios; pues callad, que vendrá el dia de Dios.

Profetizó la peste que el año que murió vino á Barcelona. Pasó así. Entre las cosas en que puso mayor cuidado fué en la observancia de los dias de fies-

ta,

ta, que se profanaban en Barcelona irreparablemente: las tiendas abiertas, y tratar y contratar con poco menor publicidad que en dias de trabajo: reprehendió mucho esto en los sermones, y lo remedió en gran parte. Opúsosele un boticario, que era de consejo de la casa de la ciudad, y por todos medios procuró estorbar los intentos del venerable Doctor, y se dexó decir públicamente con enojo, que á pesar del Padre Perez habia de tener su tienda abierta, y que no habia de venir él á mandarles. En un sermon que hizo dia de San Juan Bautista, dixo estas palabras: Buen viejo, vos que sois de consejo, y que teneis tantas canas, ¿decis que á pesar mio se abrirán las tiendas los dias de fiesta? ¿No veis que yo soy un pobre viejo y un no nada, y que no haceis ese pesar á mí, sino á Dios? Pues yo aseguro que en los dias de hacienda las cerrareis, porque os enviará Dios una peste que os las hará cerrar: y esto lo vereis vosotros, y no lo veré yo. Cumplióse puntualmente, porque el santo varon murió por los principios de quinientos ochenta y nueve; y el Junio y Julio siguiente comenzó la peste de Barcelona, que hizo notable estrago. Mas todos los cuerdos tuviéron por mayor daño y castigo mas severo el haberles llevado Dios este gran Padre, que el azote de la peste, aunque muy severo; y parece le quitó Dios delante para descargar el

gol-

golpe que su oracion y santidad podrian en alguna manera detenerle.

CAPITULO XIV.

PROSIGUE LA MATERIA DEL PASADO, SUS ESCRITOS Y VIRTUDES.

Al continuo trabajo de leer y predicar se llegó el de sus escritos, en que si hubiera gastado el tiempo que residió en Barcelona, le hubiera empleado fructuosamente; son estos: Un tomo, su título Documentos saludables para las almas piadosas, que con espíritu y sentimiento quieren exercitar las obras y exercicios que Jesucristo nuestro Señor y la Santa Iglesia Católica Romana enseña. Forma en este libro un cristiano cuidadoso, y que obra con advertencia y mérito, intencionando las obras, que en sí buenas, por hacerse sin atencion se pierdan: al fin de este libro pone una instruccion para Ermitaños, con doctrina que alcanza á todo estado de personas. Otro, unos discursos espirituales sobre la vida y muerte de la Princesa de Parma. Un tratado en alabanza de la castidad, efecto de la que tuvo. Un tratado de la freqüente comunion y confesion, muy cuerdo y grave. Un libro grande, que llama Camino y puerta de oracion, en que faci-

li-

lita este exercicio á toda suerte de estados. Un tratado de la singular y purísima Concepcion de la Madre de Dios. Otro anda con él, que intitula: Explicacion sobre el capítulo segundo, tercero y octavo del libro de los Cantares de Salomon. Otro pequeño contra las máscaras. Mas donde se excede á sí mismo en volúmen y sustancia es en el libro que llamó Aviso de gente recogida, y especialmente dedicada al servicio de Dios, en que trata de los peligros de personas de espíritu, y en particular de toda suerte de tentaciones, con gran conocimiento de esta materia.

Estos libros, demas de ser muy doctos, estan escritos con tan grande acierto, con un estilo tan sencillo y llano, que la persona de mas corto caudal puede bastantemente entenderlos sin ser necesarios comentarios y defensorios. Ostentan asimismo la profunda inteligencia que este Padre alcanzó en la arte dificultosa de gobernar almas: fué en esto tan gran Maestro, que por ventura en su tiempo (dexo á su gran Maestro, á quien sobrevivió veinte años), no hubo hombre de mayores noticias ni de mas acertadas experiencias. En la prefacion del último de los libros que diximos, dice era de sesenta y dos años, y habia quarenta y ocho estudiado estas materias, y treinta y dos tratado con conciencias, y pasado por sus manos cosas inumerables, visto, leido y comunicado hom-

bres doctísimos. Alcanzó un magisterio en esta parte y una doctrina tan sólida, que se puede seguir seguramente, y creer á quien la santidad, las letras, la edad, la experiencia, el haberse criado al lado del Venerable Maestro Avila, y una gran luz de Dios le hiciéron prudentísimo. Estos talentos no los tuvo ociosos, porque en quantas partes estuvo, como si no atendiéra á otra cosa, fué Padre espiritual de inumerables personas: comunicólas, guiólas, mejorólas, sacó aventajadas almas: fué continuo en el confesonario: muchas veces le viéron, en acabando de predicar, sin desnudarse, sentarse en la escalerilla del púlpito, y oir de penitencia á quantos llegaban. Todas las personas espirituales de las ciudades donde residió fuéron fruto de sus manos. Su casa oficina de virtud, abierta siempre á quantos quisiéron valerse de su espíritu, oyendo á todas las personas, por baxas y humildes que fuesen, respondiendo á todas las preguntas con una paciencia y mansedumbre increible: escribió cartas y avisos á los ausentes, perseverando continuamente en un perpetuo trabajo. Mas las que participáron con ventajas del espíritu y zelo de este gran siervo de Dios fuéron las Monjas de casi los conventos todos de Barcelona, á quien confesaba y hacia pláticas, que como parte mas bien dispuesta, dió grandes frutos de virtudes.

¡Qué

¡Qué ojos podrán fixarse en el resplandor de sus virtudes! Desfallece mi vista quando debiera alentarse, vencida de la fuerza de sus rayos; mayor aliento, mayor vigor pedian; mas fuéron tan esclarecidas, tan heroycas, que como un sol resplandeciente vencerán las nieblas de mi cortedad y insuficiencia. Su casa fué un recoleto monasterio: tenia en su compañía buen número de Clérigos: vivian religiosamente con gran recogimiento y concierto: ocupábanse en estudiar, escribir, dados á la oracion y leccion, y otros exercicios piadosos: algunos ratos de el dia en hacer ciertas trenzas ó cuerdas de esparto para no estar ociosos ni un momento: sustentábalos con el estipendio de la cátedra, y lo que sacaba de la impresion de los libros y limosnas: fuéron hombres de gran virtud: en especial un Padre de Calatrava era su Confesor, de quien hizo mucha confianza.

Su aspecto fué de santo, venerable y grave: la composicion exterior admirable: su mesura con gran edificacion de quantos le miraban: fué mansísimo y cortés: el trato de un ángel: sus palabras siempre espirituales, sin que jamas se le oyese alguna ociosa ó inútil.

Profesó la virtud de la pobreza evangélica en su mayor rigor: su vestido pobre y humildísimo: anduvo siempre á pie: las alhajas de su casa humildes y preci-

cisas, y que mas al uso, servian á la penitencia, de que fué amantísimo. La cama un colchoncillo: él la hacia: sin que consintiese llegar á ella otras manos: una cruz de madera grande á la cabecera. No se encendia jamas fuego en su casa, ni se comia hasta el medio dia: de casa de una persona devota se le traia una modestísima comida: la salsa la leccion de libros santos y pláticas espirituales: no era la comida comun, que su rara y penitente abstinencia se contentaba con un poco de carnero cocido en agua sin sal: estos eran sus platos regalados y saynetes: jamas cenaba; con una moderada colacion pasaba toda la noche. Traia de ordinario ceñida al cuerpo una gruesa cadena de hierro con unas puas, que le lastimaban: dióla á una persona confidente para hacer otra por ella: derramó algunas lágrimas por verla esmaltada con su sangre. Tenia en su casa una capilla retirada en que decia misa: los ornamentos en extremo pobres: un Cristo de talla que tenia en el altar, no vino en que se le diese de encarnacion, pareciéndole faltaba á la pobreza. La Condesa de Miranda, siendo Vireyna de Cataluña, se confesaba con él, y con su piedad deseó mejorarle de ornamentos, y colgarle la capilla con algunas sedas: su espíritu pobrísimo no consintió este adorno: fué desasidísimo de quanto el mundo estima. Dexó el Arcedianato de Jaen, la cátedra de Baeza, su patria, la es-

estimacion que tenia entre los suyos, partió á Roma, de donde desconocido pensó ir á predicar á infieles. No aceptó ser Predicador del Rey, y las medras que de puesto tan honroso podia prometerse: y es opinion constante (fácil de creer en aquel siglo), que la Magestad de Felipe Segundo le presentó en un Obispado, que no admitió su humilde conocimiento.

Fué su humildad un prodigio: léanse las prefaciones de sus libros, donde usa de términos tan abatidos y humildes para aniquilar su persona, como si fuera un hombre lego, que escribiera de cabeza: en el prólogo del tratado de la limpia Concepcion comienza con estas palabras: ,, Maravillarseha, por ventura, el cristiano lector quando leyere ó oyere que un hombre tan sin devocion y letras, y tenido por tan riguroso, haya osado tomar la pluma para escribir la limpia Concepcion de nuestra Señora." Esto dixo un Catedrático que leyó Escritura quarenta años. Y en la prefacion del libro de la Oracion dice: ,, Bien veo que dirá el lector, ¿pues un hombre baxuelo como vos os atreveis á escribir de una materia tan alta como la oracion?" Y palabras equivalentes se hallan por todos los libros. Pidióle una persona grave un sermon: envióle un hermano suyo estudiante á acordárselo: preguntó si estaba en casa el Padre Apostólico: atravesóle la palabra el corazon: baxó con

aque-

aquella su santa indignacion, y despues de haber dicho de su persona muchas baxezas, le dió una grave reprehension porque le llamaba Apostólico: en esta parte pudo conseguir poco: con este honroso título le conocia aquel Reyno.

Su castidad y recato fué admirable: es opinion asentada que fué vírgen: así lo afirmó el Padre Lorenzo, de la Compañía de Jesus, en el sermon de sus honras, y lo afirmaba su Confesor; y de esta virtud fué fruto el libro de la Castidad, donde habla de la virginidad tan altamente. De su recato en el hablar con mugeres (guarda de esta virtud), me valdré de una grande autoridad, que saneará mi crédito. El Maestro Juan Francisco de Villava, Prior de Javalquinto, en el docto tratado de los Alumbrados, que anda al fin de sus Empresas espirituales, en la advertencia segunda de la doctrina de S. Juan Crisóstomo, casi al fin del libro, reprehendió el poco recato de algunos en el tratar mugeres, que hacen profesion de espíritu: dice, poniendo al márgen al Doctor Diego Perez: „Y „si los que se defienden con decir que no es su tra„to con galanas, y que por tanto no es razon que de „ellos se presuma cosa fea, no obstante que se pon„ga en la ocasion, podrán engañar á los bobos, y no „á una persona, que yo conocí, de las mayores pren„das de letras y santidad, que pisó nuestra tierra, que

„so-

„ solia decir, que no se atreviera él á ponerse solo en „ un aposento con una disforme negra de Etiopia, „ porque el demonio quando quiere y le dan lugar „ es mejor pintor y mas diestro que Apeles y Michâel „ Angel: y sobre lo mas disforme y feo sabe poner „ matices de cielo y sombras de gloria, como cada dia „ se ve por experiencia de personas, que dexando á sus „ mugeres como unos serafines, se mueren por esclavas „ y fregonas." Hasta aquí el Maestro Villava. Esto decia de sí un hombre de tan consumada santidad. Esta humildad fué su mayor defensa, que confianzas indiscretas han sido despeñadero de muchos.

Su amor de Dios fué ardentísimo, igual el zelo de su gloria, extremado en el amor del próximo, para cuyo beneficio parecia haber nacido. Su oracion continua y elevada: gozó en ella muchas visitaciones divinas: tuvo muchas luchas con los demonios: sus compañeros le oian hablar con ellos: tratábanle con crueldad, ofendidos de las presas que les sacaba de las manos: apretábanle á veces de manera, que el santo viejo no podia respirar; y habiéndole una noche echado por una escalera, y pensando los enemigos que le dexaban rendido, él les decia á voces: Aquí estoy, si sois demonios, en el nombre de Dios volvamos á la pelea. Desapareciéron afrentados: tuvo notable imperio sobre ellos, y expelió algunos que tenazmente poseian

seian y atormentaban los cuerpos. Pasó esta virtud á sus reliquias.

Mas la virtud que con admiracion le hizo amable y campeó mas en este siervo de Dios fué la caridad con los pobres: apénas tenia para el sustento moderado de su casa: molestábale la necesidad agena: fuéron grandes las limosnas que hizo, las miserias que remedió: qualquier regalo que le hacian, que la prudencia cristiana obligaba á recibirle, iba á los pobres de los hospitales: era muy inclinado á remediar necesidades de Religiosas: todos sus ahorros eran para tener con que contentar al pobre: dió tal vez las sábanas de la cama. Saliendo un dia del estudio general de Barcelona se le puso delante un Clérigo forastero, sin tener cosa con que cubrirse: pidióle limosna: quitóse el manteo que tenia puesto, dióle al pobre, fuese en cuerpo: nunca mas bien adornado en los divinos ojos. Como lo veian tan fiel dispensador de lo propio, le ayudáron muchos con grandes cantidades de dinero: nunca le faltó que dar. Una noche, dadas las diez, tocáron á su puerta, y preguntáron por él: los compañeros no le dexaban baxar, temiendo que alguna persona, á quien hubiese ofendido reprehendiendo, quisiese hacerle algun daño: él respondió que le dexasen ir, que no le haria Dios tanta merced que le matasen por esa causa: baxando á la puerta le diéron una

gran

gran suma de dinero y mucha ropa, de que venia una carga. Reformó el hospital general, y puso buen órden en el servicio de los pobres: servíanle Franceses: hizo que todos los sirvientes fuesen naturales, y los vistió de sayal; y con las freqüentes visitas que los hacia, y sus limosnas, y lo que las encargaba en los sermones, se mejoró el partido de los pobres en número y regalo.

El año de quinientos ochenta y uno fué estéril en aquel Reyno, y grande el concurso de pobres de Barcelona: insistió se erigiese el hospital de la Misericordia, donde se socorriesen los pobres y se doctrinasen, y en él se recogiesen las criaturas que andaban perdidas por la ciudad: consiguiólo, venció grandes dificultades y contradicciones: fué obra heroyca: críanse en este hospital gran número de niños, y les enseñan oficios y ser cristianos. En reconocimiento de esta hazaña se puso un retrato suyo en este hospital.

Estendióse su misericordia á los pobres de la cárcel: eran muchos, mayor su necesidad: hizo les dixesen misa (habia tiempo no la oian), reedificó una capilla, y la proveyó de ornamentos: erigió una congregacion de hombres pios, que cada dia les llevasen una olla para su sustento. Apénas hubo obra pia que no recibiese aliento de su misericordia.

Con estas obras y vida alcanzó tan gran opinion,

que le tenian todos como un Apóstol, un Profeta, un Angel del cielo: llamábale la ciudad á todas las consultas graves que se ofrecian: daba su parecer, sin pasion, á gloria de Dios y provecho del bien público. Su autoridad mas que de hombre: fué árbitro de la paz pública: componia todas las diferencias y discordias públicas y particulares: compuso un gran encuentro entre el Virey y el Obispo sobre llevar este una silla en la procesion del Corpus: temiéronse grandes pesadumbres y escándalos; mas el venerable Doctor con su prudencia y autoridad los reduxo á una amigable concordia. El año de quinientos ochenta y ocho hubo una grande discordia entre la ciudad y Virey: pasó tan adelante el desconcierto, que una compañía de quinientos hombres acometió al palacio, y comenzaban á disparar, y la gente de la ciudad les seguia: acudió con gran presteza el venerable Diego Perez: fué tanta su autoridad y la opinion de su virtud, que con sus persuasiones les hizo dexar las armas y salir de los zaguanes de palacio: atajó aquel tumulto sin que sucediese la menor desgracia: asentó un amigable acuerdo.

Empleado en tan heroycas obras, tan del servicio de Dios, le parecia que era siervo inútil, y no hacer nada: todas sus ansias eran de ser Frayle Capuchino: intentólo varias veces: opúsose el Obispo; y los

Pre-

Prelados mismos de la Religion no viniéron en sus ruegos, y se lo disuadian, por no impedir el gran fruto que hacia; mas murió con estas ansias: en su testamento dice estas palabras: „Deseo que los Padres „ Capuchinos lleven mi cuerpo, ó le hagan llevar á „ Monte Calvario, y allí me entierren cerca de ellos, „ que ya que en vida deseé estar con ellos y ser su „ compañero, y no pude, sea siquiera muerto." Favoreció grandemente á estos Padres quando entráron á fundar en Cataluña: alabábalos en sus sermones y lecciones: del mismo beneficio participáron los Padres Descalzos Carmelitas: venció algunas dificultades.

Habiendo pasado una feliz carrera, acabado su curso, le llamó Dios para darle la corona de justicia. En su última enfermedad le faltó la habla y sentido ocho dias continuos ántes que muriese: algunos lo atribuyen á haber pedido á Dios no le enviase muerte con que diese contento á sus amigos, á esto llegó su humildad, que morir predicando, regalándose con Dios, dando consejos, disculpa una vida poco cuerda, aumenta grandemente el crédito de los que viviéron bien. Otros, y por ventura lo mas cierto, dicen lo pidió á Dios, enfadado de ver que estando enfermo le viniesen á venerar como á Santo, con demostraciones de estimacion, intolerables al desprecio que de sí hacia. Libróle sin duda Dios de una gran molestia: todos

los

los ocho dias que duró la suspension viniéron á visitarle inumerables personas de todos estados : besábanle pies y manos, y hacian otras demostraciones de la opinion que tenian de su gran santidad. Por todo este tiempo salia de sus pies y manos y de todo el cuerpo un olor suavísimo que llenaba el aposento. No será juicio temerario pensar que esta suspension no fué efecto de la enfermedad, sino obra sobrenatural, y que nuestro Señor, aun en esta vida, le comunicó unos vislumbres de la gloria que tan vecina tenia. Y no es leve çonjetura que habiendo estado estos ocho dias sin moverse, se levantó despues por sí mismo: llamó al Padre Calatrava, y se abrazó con él, y le dixo algunas cosas en secreto, que las entendió él solo: volvió á tenderse en la cama: poco despues, con grandísimo sosiego, dió á Dios su espíritu sin accidente ó señal que suele haber en aquel trance, como levantarse el pecho, ó caer alguna reuma; y no echarian de ver si habia muerto, si unos como resplandores que le salian del rostro, con que parecia un ángel, no testificaran su tránsito y su gloria. Viéndole muerto, se abrazó con él el Padre Calatrava, y con lágrimas dixo: ¡O santo varon Apostólico, bien te podemos llamar mártir, por el deseo que tuviste de padecer martirio; y vírgen, como el dia en que naciste, de lo que puedo dar testimonio delante de Dios como el que te

te confesó quarenta años! Fué esta muerte á los veinte y ocho de Febrero, á las once de la noche, de mil quinientos ochenta y nueve (habiendo predicado once años en Barcelona), en casa de una viuda noble y devota, hija espiritual suya. Hizo el Padre Calatrava salir la gente de la pieza, y dió órden á dos virtuosas matronas, hijas espirituales del Padre, que compusiesen el cuerpo. Quisiéron quitarle la camisa por devocion, y ponerle otra limpia; y yendo á executarlo perdiéron de tal manera la vista, que no pudiéron ver el cuerpo virginal, ni hacer nada: llamáron al Padre Calatrava, que mandándolas salir, él solo, cerrado, compuso el cuerpo santo. Una de estas piadosas mugeres le cogió un bonetillo que tenia en la cabeza, con que dormia: instrumento con que ha obrado nuestro Señor prodigiosas maravillas.

Quan gran milagro tuvo Barcelona en el Doctor Diego Perez vivo, lo mostró en su muerte: apénas habia dado su espíritu, apénas habia restituido su alma debida á Cristo, quando toda la ciudad, con gran concurso, acudió á la casa en que murió á venerar y honrar al santo difunto, procurando algunas cosas de su uso para guardar por reliquias: fué menester poner guardas: retratáronle muerto, y hoy se conserva con estimacion en muchas casas del Principado. Con un concurso de toda suerte de personas, con un

afec-

afecto y sentimiento grande le lleváron á Monte Calvario, y le entregáron á los Padres Capuchinos, que con suma estimacion le recibiéron, y le pusiéron en la sepultura misma de los Religiosos, pues lo fué con el afecto y deseos, donde es visitado de muchos. Hiciéronse en Barcelona grandes demostraciones de sentimiento y amor, reconociendo la gran pérdida. Apénas hubo iglesia ó convento de Monjas donde no se hiciesen solemnísimas exêquias, las mayores que se han visto, fuera de personas Reales: levantáronse túmulos, humeaban los altares, resonaban las bóvedas de los templos con sus alabanzas. Pusiéronse varias poesías en lugares públicos, en que referian sus virtudes, sus hazañas, y se conserváron muchos dias. Hase venerado su sepulcro como de hombre santo, y invocado su intercesion en todas necesidades, y nuestro Señor ha obrado gran número de milagros con el contacto del bonetillo que diximos. Los Padres Capuchinos, agradecidos del afecto que les tuvo, quanto envidiados de tener tan gran reliquia, han recibido deposiciones varias de muchos que han conseguido salud en dolencias peligrosas, enfermedades desesperadas: hanse reducido á un librico todos estos milagros, con algunas deposiciones de su vida de personas fidedignas, que por manos segurísimas han venido á las mias, de donde he sacado este sumario, que servi-

rá

rá de dar alguna noticia de este gran varon, miéntras que sus Barcelonenses, obligados de tantos beneficios, nos den enteramente su vida; sí bien esta obligacion toca igual, y por ventura mayor, á sus naturales de Baeza; y es de admirar que en tantos años, una ciudad donde ha habido tanta religion, tantos hombres insignes en letras y virtud, no haya hecho informaciones de las virtudes y vida de este varon apostólico, y sacádolas á luz, que fué gloria, no solo de la Iglesia y Obispado de Jaen, sino de toda España. Espero ha de enmendarse este descuido; y que unidas Barcelona y Baeza han de acudir al Pontífice Romano á que nos permita públicamente venerar por Santo al que tenemos por tal, manifestando al mundo sus virtudes y vida para gran gloria de Dios y aprovechamiento de los fieles.

CAPITULO XV.

VIDA Y VIRTUDES DEL SIERVO DE DIOS EL PADRE HERNANDO DE CONTRERAS.

El muy Reverendo Padre Fray Luis de Granada, como dexamos escrito, no refirió en particular los nombres de los discípulos del Venerable Maestro Avila por ser los mas de ellos vivos, y otras razones que pudié-

diéron obligarle á este silencio: solo hablando de su predicacion en Sevilla dice: Aquí se llegó el Padre Contreras y algunos Clérigos virtuosos, que tratáron familiarmente con él, y se aprovecháron de su doctrina; y en la predicacion de Granada añade: Pudiera referir las personas insignes que fuéron tocadas de nuestro Señor, que despues fuéron Doctores en Teología, y muy útiles á la Iglesia con su exemplo y doctrina. Nombró al Padre Contreras, ó por ser ya difunto, ó por el honor grande que daba el Venerable Maestro Avila, con decir que se le llegó el Padre Contreras y se aprovechó de su doctrina: hora sea como compañero (como yo creo), hora como discípulo, fué alabanza incomparable del Venerable Maestro Avila, que el Padre Contreras, ya de mayor edad y consumada virtud, se le allegase. Debemos á este varon santo el haber gozado España al Venerable Maestro Avila: fué la mano de que se valió nuestro Señor para detenernos á este varon apostólico: debémosle grande agradecimiento y honorífica memoria, dándole el último lugar entre los discípulos, aunque haya sido el primero.

Produxo esta generosa planta la nobilísima Sevilla, fecunda madre de eminentes hombres en letras, armas y santidad: fué su padre Diego de Contreras: no se tiene noticia del nombre de su madre: da lugar á que pensemos que lo fué la caridad, que le engen-

dró

dró en sus entrañas, é hizo olvidar la naturaleza. Nació el Padre Hernando de Contreras cerca del año de mil quatrocientos y setenta. Criáronle sus padres en todo género de virtud y exercicios loables. Siendo de edad competente, por sus grados fué ordenado Sacerdote. Sazonó los mas floridos años de la vida con los estudios sagrados. Salió aventajado Teólogo, y muy buen Predicador, conforme á verdad y sinceridad, que se profesaba en aquel siglo. Sirvió en el coro de la Iglesia Catedral, y con humildad (es fama), que se ocupaba en enseñar los Mozos de coro y Clerizones de la Iglesia, y latinidad, sin algun interes, porque se aficionasen á la virtud y á servir mejor los ministerios eclesiásticos, y aplicarse al estado clerical. Comenzáron á descollarse en él desde muy mozo todas las virtudes: dificultoso es juzgar qual de ellas dió mayores resplandores. Sacaban las unas á las otras, y como estrellas fixas en el firmamento de su alma, la convirtiéron en cielo: grata habitacion de Dios. Fué admirable su humildad en lo interior y exterior: escogió para su habitacion una casilla humilde y pobre cerca de la Iglesia Catedral, no léjos de la puerta del hospital de Santa Marta: solia alquilarse á alhameles para tener allí sus caballos: no alteró nada su forma: acomodó en el pesebre la cama: los colchones unas hazas de sarmientos, y un madero por almohada; y por evitar la nota,

la cubria con un cobertor pobrísimo. Aquí le visitáron los mas doctos y nobles hombres de Sevilla; y habiendo llegado á una suma estimacion, perseveró en ella hasta la muerte: despues de ella el Cabildo de la Iglesia Catedral la incorporó en el hospital: no permitió que aquella humilde casilla, ennoblecida con la habitacion de tan insigne varon, y en cierto modo consagrada en templo, sirviese mas á usos profanos.

La templanza en el manjar afirman los cercanos á su tiempo, que fué rara: apénas sabian quándo comia: jamas admitió convite, aunque le porfiasen personas de autoridad, por no aventurar un solo dia su abstinencia. No hay palabras que igualmente signifiquen su pobreza de espíritu y el desinteres sobrehumano, siendo dueño de las haciendas de todos, y manejando tan grandes sumas de dinero, como despues veremos: nunca tuvo casa propia: el menage de su casa correspondiente á la regalada cama que diximos: unas sillas, una mesa con sus libros: prendas preciosas que hoy conservan doctos que los saben estimar. Su hábito de verdadero pobre: un manto basto de paño negro, abierto por los lados, como entónces usaban los Sacerdotes: un bonete redondo: un sombrero encima con que cubria la cabeza, y un báculo en la mano. Su inclinacion natural era la misericordia y caridad con los próximos: devotísimo de los pobres de los hos-

pi-

pitales, sus queridos amigos: para ellos eran todos los regalos que le hacian. Cantó misa un sobrino suyo, llamado Francisco de Contreras: no previno cosa alguna para la fiesta: enviáronle devotos suyos muchos regalos: acetólos sin desechar ninguno: enviólos todos al hospital de los Incurables; y generalmente quantos socorros, limosnas y regalos le hacian en salud y enfermedad, los repartia entre los pobres, dándose las manos la caridad, la pobreza y la abstinencia: esta le hizo natural un sustento uniforme y moderado. Fue hombre de gran oracion y meditacion altísima: con ella celebraba freqüentemente y con grande exemplo de devocion: la contemplacion de la muy fina y elevada: fué humanísimo: daba á todos agradable oido: acudia á las necesidades de todos, sin escusarse en cosa alguna: era afable de condicion: jamas se le conoció descuido en su vida, ni una ligera imperfeccion: hízole mas amable ser de linda estatura y disposicion corporal: fué muy devoto de nuestra Señora, y la adoraba en su santa imágen del Reposo, que está detras de la sacristía mayor de la Santa Iglesia. Cuentan que habiéndosele causado de sus trabajos una pasion en el pecho que le ahogaba, se vino delante de la santa imágen, y le dixo: Vírgen Santísima, dadme reposo; y al punto echó de su boca una culebra mayor que un palmo, y quedó libre de su mal. Por es-

tas

tas virtudes comenzó á ser conocido por los años de quinientos adelante con notable estima de aquella gran ciudad, apreciadora de hombres de partes y méritos. Predicaba muchas veces (demas del sermon continuo del exemplo de su santa vida): poníase una sobrepelliz muy llana, no por parecer singular, mas por su humildad y el desprecio grande que de sí tenia. Estimóle en mucho el Cardenal Don Alfonso Manrique, Arzobispo de Sevilla, y haciendo una fiesta á San Ildefonso, en su dia, encomendó el sermon al bendito Padre Hernando de Contreras: predicóle: hallóse presente el Cardenal: puesto en el púlpito puso los ojos en él, y dixo: Reverendísimo Padre, vos me habeis mandado predicar este sermon de la fiesta de San Ildefonso, y yo os he obedecido como á mi Prelado y Señor, y me ha dado que pensar lo que he de predicar: él Alfonso, y vos Alfonso: mirad lo que va de Alfonso á Alfonso. Yo haré lo que debo por mí, y vos hareis lo que debeis por vos, y encomendémonos ambos á Dios. Con esto comenzó su sermon: fuese por la vida del Santo y sus virtudes; y como las iba ponderando, volvia al Arzobispo con su tema: él Alfonso, y vos Alfonso: mucho va de Alfonso á Alfonso. Celebró el Cardenal el sermon, y gustó grandemente de aquella gran sinceridad y bondad: desde entónces en Sevilla quedó por proverbio y comun modo de hablar,

quan-

quando se hace comparacion de personas desiguales, suelen decir: él Alfonso, y vos Alfonso: mucho va de Alfonso á Alfonso. Floreciendo en esta gran opinion de santidad el venerable Hernando de Contreras, sucedió la jornada á las Indias del Venerable Maestro Avila, y con ojos en cierto modo proféticos conoció el gran provecho que habia de hacer con su doctrina: dió noticia al Arzobispo para que le detuviese; y conociendo mas cada dia la gran santidad de nuestro varon apostolico, se le llegó, como dice el Padre Fray Luis de Granada, con cuyo trato y amistad no hay duda que recibiéron nuevos quilates sus virtudes.

Coronó el santo Padre Contreras esta vida tan exemplar y santa con la obra de mayor misericordia, de redimir cautivos, en que igualmente participan de libertad cuerpo y alma. Floreció la mayor parte de su vida, computado el tiempo de su muerte, quando los Moros de Africa, en emulacion del invicto Cárlos Quinto, molestáron con invasiones continuas las costas de nuestra España, llevaban en cautiverio gran número de Cristianos, y los trataban con rigor inhumano, en especial Dragud Arraez, Rey de Argel, corsario cruelísimo. Llegaban por momentos á Sevilla nuevas lastimosas de las continuas presas y del fiero tratamiento: lastimáron el ánimo piadoso del santo Sa-

cer-

cerdote: resolvióse de darse á esta ocupacion de redimir cautivos: el fuego grande de amor de Dios que ardia en su pecho le compelió en cierto modo á aplicarse á esta obra tan pia, tan santa; y con notable fervor vendió su patrimonio: exemplo con que facilitó la empresa: comenzó á juntar limosnas en Sevilla; y sus vecinos, viendo el ardor de su espíritu, estimando se ocupase en obra de tan singular misericordia, le comenzáron á acudir con larga mano. Juntó la mayor suma que pudo; y animoso en Dios, con un aliento gallardo, sin reparar en peligros, se encaminó la primera vez á Marruecos, donde comenzó su trato felicísimamente, y con alegría natural de su rostro y su modo afabilísimo, y con el exemplo raro de su vida ganó el amor y gracia de los Moros. Llamábanle Morab, que en su lengua quiere decir hombre de Dios, bueno y santo: usáron con él diferentes tratos de los que comunmente suelen con Religiosos y otras personas que hacen estas redenciones: no hubo menester mudar su hábito, ni disimular su estado clerical, que con él y por él fué respetado y conocido: con él entraba y salia, y discurria por toda la Berbería sin peligro ni rezelo. Es fama que gastó en estas redenciones, en que ocupó gran parte de su vida, mas de trescientos mil ducados; mas con tal despego y desinteresamiento (mejor diria temores del dinero), que jamas le

le vió ó tocó: todo quanto juntaba y llevaba á las redenciones corria por mano de terceras personas de confianza, que como le estimaban, le acudian. Procedió con los Moros con tan gran satisfaccion y fidelidad, llegó á tener tan gran crédito con ellos, que si le faltaba dinero en Berbería para redimir los cautivos que le encomendaban, y él juzgaba que convenia sacarlos de cautiverio por algun peligro, especialmente mugeres y gente nueva, los pedia debaxo de su palabra; y quando queria asegurar á los Moros que le pedian prenda, les daba el báculo que traia en la mano, compañero de sus peregrinaciones, y se le entregaba, y prometia desempeñarle presto; y los Bárbaros quedaban tan seguros y contentos como si les dexara un joyel precioso: y tal vez hubo, que dexó el báculo empeñado en tres mil ducados: la avaricia africana, á vista de tan gran virtud, perdió su naturaleza: es tradicion que este báculo le desempeñó la ciudad de Sevilla, dando tres mil ducados, y le presentó al Emperador Don Cárlos, que le mandó poner entre sus joyas, y estimó como otra vara de Moyses, que mudó naturaleza: púsole el nombre de varon santo, cuyo habia sido, y nota de quien le habia dado.

Iban en la compañía del santo Padre Contreras, en los muchos pasages que hizo al Africa, la paciencia, la humildad, la abstinencia, virtudes que se exerci-

citan en estas ocasiones, haciendo á todas la guia un fervoroso amor de Dios y de los próximos. Quando entraba en Argel y en otras partes de Africa, le recibian los cautivos Cristianos como á un ángel, cantando con voz alta: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor; y los Moros se lo permitian por la gran reverencia que tenian con el santo Contreras (que así le llamaban); y miéntras se detenia en Argel, eran los cautivos tratados con humanidad por su respeto: era universal el consuelo de los fieles, animábalos, consolábalos, confortábalos en la fe, dando libertad á los unos, y ciertas esperanzas á los que quedaban.

Quando salia de Sevilla (caminaba siempre á pie) le iban acompañando hasta la embarcacion los hombres mas principales de la ciudad; y al entrar en los puertos de Berbería le salian á recibir los Moros y los Turcos, no solo por el interes que les llevaba (como ellos decian), sino tambien porque les daba salud con su bendicion y toque de sus manos, y le traian sus enfermos para que los tocase y bendixese. Mas lo que no puede referirse sin lágrimas y ternura es el ver al venerable Padre volver de sus redenciones. Entraba el noble triunfador en Sevilla, no como el ambicioso Emperador Romano, que acompañaba el carro de su triunfo libres hechos esclavos, por solo el derecho de su espada; mas el capitan de Cristo, por el fuero

de

de la caridad, entraba acompañado de libres sacados de cautiverio. Salia todo el pueblo á verle y recibirle; y él rico con tan honroso despojo alegraba á todos con su presencia y la de sus cautivos, y caminaba triunfante hasta el templo de la caridad, donde fixaba el estandarte del amor del próximo, que servia de guion en esta empresa. Aumentaban este acompañamiento muchos Moros y Judíos que traia convertidos, que era otra parte de sus felicísimas jornadas: pide mas larga historia. Trabajó mucho en la conversion de los infieles: disputaba con ellos sobre el engaño de sus sectas, y con sus grandes letras, fervorosas y eficaces razones traxo á muchos á la fe de Cristo.

Publicaba en Sevilla su empeño, sus necesidades: decia públicamente en las Iglesias y plazas y en las casas de los principales eclesiásticos y seglares, que venia empeñado en tantos millares de ducados, que cada qual habia de ayudarle á desempeñarse, y que despues de la honra de Dios, era de los particulares de Sevilla; y así con la confianza en el cielo y de los ciudadanos ilustres, prometia á los Moros de cumplirles su palabra con brevedad: todos le acudian largamente: pagaba lo que debia, y las sobras de una redencion eran principio de otra. La mayor parte y última de su vida (como diximos) se ocupó en esta contradiccion santa, imitando al Hijo de Dios, que por res-

catar los hombres del poder del demonio, del pecado y del infierno vino al mundo, y ganó el glorioso título de Redentor. Con los continuos pasages del santo Padre Contreras, era tan conocido en Argel como en Sevilla, y en ambas partes estimado por santo; de manera, que los Moros le pedian rogase al santo Alá por ellos, para que les diese buenos sucesos en sus cosas; mas su gran caridad, reputándolos, aunque infieles, por sus próximos, pedia á Dios su conversion; y porque se aficionasen á la fe católica, suplicaba les concediese los bienes temporales, en que sucedió un caso muy notable. Estando en Argel en uno de estos rescates por el mes de Abril, no es cierto el año, aunque se presume seria el de quinientos treinta y uno, que fué generalmente falto de agua, era Señor de Argel Hariademo Barbaroxa: pidióle licencia para el rescate á que venia: estaba la tierra falta de agua: preguntóle el Rey si habia llovido en España: respondióle el Padre Contreras que sí, porque los Cristianos habian pedido á Dios con devotas oraciones su remedio, y Dios les habia oido. Quedó suspenso el Bárbaro, y le dixo si queria hacer oracion á Dios por ellos para que les diese agua. Vino el santo Sacerdote en hacer lo que pedia con que le diese para ello todos los niños Moros menores de siete años, y los niños cautivos que no pasasen de diez (habia buen número entónces),

y que si Dios le oyese y enviase agua, le habia de dar libres los niños cristianos; y que si no, recibiese la buena voluntad y deseo de servirle. Aunque la condicion parecia dura, vino el Rey en el concierto: creyó que no tendria efecto la promesa, porque el milagro habia de ser muy grande, y conforme á las influencias del cielo y dias de luna era imposible lloviese. Mandó luego dar los niños Moros y Cristianos de la edad que el santo varon habia pedido. Pasaban los fieles de doscientos: juntólos en la plaza de Argel: ordenó con ellos y otros eclesiásticos que le permitiéron una devota procesion: encaminóla al baño de los cautivos (así llaman un lugar donde á estos esclavos miserables se les dice misa y administran los santos Sacramentos de la Iglesia): iban cantando las Letanías Romanas. Apenas comenzó á caminar toda aquella inocencia, quando el cielo reconoció la fe de su Ministro: ablandóse de manera, y comenzó á dar tanta abundancia de agua, que por todo aquel dia no pudiéron salir del baño: los Moros quedáron atónitos, el Rey confuso, y les envió socorro de comida. Duró el agua seis dias continuos, con que remediáron los campos: cumplió el Rey su palabra, con que el santo varon volvió muy rico con los gages de su fe. Afirman que aquella vez traxo mas de trescientos cautivos.

Cre-

Creció con esto su opinion entre los Moros, y en todos sus trabajos se encomendaban en sus oraciones, y comunicábanle sus mas íntimos secretos hasta los renegados, que suelen, por la vergüenza que sienten de su apostasía, huir de los Religiosos; y algunos que conociéron su yerro, le pedian sus oraciones: dábanle algunos avisos de máquinas que se intentaban contra los Cristianos en gran beneficio de estos Reynos, especial una salida que intentaba el Rey de Argel, vino á reparar el daño con sentimiento del Moro: con que cesáron sus viages, con gran dolor de su corazon, por impedir el uso de su caridad en obra tan heroyca, aunque él la exercitaba en otras cosas muy del servicio de Dios.

Tuvo noticia de las virtudes y viages del santo Padre Contreras el Emperador Cárlos Quinto, y le presentó en el Obispado de Guadix; mas el varon cuerdo con profunda humildad y agradecimiento se escusó de esta carga: no se pudo acabar con él que la aceptase. Cuentan personas de crédito que el dia que le traxéron la cédula sintió una grande y notable turbacion, y que se retiró á su casa, y se dió una fuerte disciplina, como para vencer una molesta tentacion; y entendido por un amigo suyo, le preguntó la causa de maltratarse así, tras haber dexado un Obispado: hazaña que merecia mas premio que castigo. Respondió

que

que habia azotado á un diablo Obispo que le queria tentar.

Habiendo llegado con estos santos exercicios á una grande ancianidad, causada mas de los trabajos y penitencias que de los años, se le aumentáron sus enfermedades: padecia unas llagas en las piernas, ocasionadas de los caminos: andaba con dificultad y pena. La afliccion de su espíritu, por no poder acudir á sus peregrinaciones, le congojó en demasía. Entre estas ansias y muchas obras buenas, le sobrevino la enfermedad postrera en su pobre casilla, teniendo su gran pobreza por compañera: la cama en el establo, donde le visitaban los hombres mas graves y principales de Sevilla: asistíale el sobrino Clérigo ó un Hermano del hospital de las Tablas. Vino á visitarle en esta ocasion la Duquesa de Alcalá Doña Juana Cortés, y compadecida de tan pobre y áspera cama, le ofreció enviarle una en que tuviese algun descanso: aceptóla de buena gana, y luego que llegó la envió al hospital de las Tablas. Con el poco regalo y los dolores y miseria que voluntariamente padecia, ocupado continuamente en la meditacion de la pasion de Cristo nuestro Señor, habiendo recibido con devocion cristiana todos los Sacramentos, que en el discurso de la enfermedad habia freqüentado diversas veces, con suma paz y tranquilidad volvió su espíritu

á

á su dueño, que para tan gran gloria suya le habia dado, á los veinte de Febrero el año de mil quinientos quarenta y ocho, á los setenta y seis años de su edad: quedó su rostro tan hermoso y ledo que parecia dormido. Las Duquesas de Alcalá y Béjar le amortajáron y vistiéron con sus manos: buscábanse sus alhajas por reliquias; y con un bonete suyo, que llevaban á enfermos, obró Dios grandes milagros. El Cabildo de la Santa Iglesia, con generoso y piadoso afecto, se encargó de sus exêquias. Hízosele el entierro con la pompa funeral que si fuera un gran Prelado: lleváronle en hombros los mas graves Prebendados: concurrió todo el pueblo, deseoso de venerar y tocar el santo cuerpo. Diósele honorífico lugar en la Iglesia Catedral, señalado milagrosamente (segun cuentan) por un niño, en parte que se ha negado á sus Prelados. Y á su costa el Cabildo, sobre el sepulcro murado, para mayor conservacion y decencia del cuerpo, puso una losa, grabada en ella este epitafio.

Gloriam. D. G. Deo.

Dormit hic clarus virtutis omnis alumnus Fernandus à Contreras, Gaudice Episcopus designatus, qui post omnia monstra devicta pauperiem mansu effecit habuitque comitem, & captivorum in Africa Redemptioni magnis exhaustus ærumnis usque ad senium inservit, postquam Judæos, & Sarracenos ad veritatis ag-

agnitionem compulerat. Obiit anno Domini 1548 decimo kalendas Martii.

Declara esta inscripcion sus virtudes, y con pocas palabras comprehende lo mas generoso y excelente de su vida. Estos dias la piedad religiosa de un gran amador de la virtud y honrador de los Santos ha hecho que se reciban informaciones de su vida, y renovado las letras de la losa; y aunque se movió para este efecto, la veneracion al santo cuerpo venció á la curiosidad, aunque parecia justa: no se llegó á descubrir el cuerpo, que sin gran causa no es bien inquietar los muertos; sí bien los que andaban en la obra sentian se encubria allí un gran tesoro. No se quedó su opinion en estos Reynos: túvola igual de santidad en los estraños. El Padre Nicolas Orlandino (ya citado) dice de él estas palabras en el lib. 8, núm. 89. *Hispanus erat quidam Ferdinandus, cognomento Contreras, apprime sanctus, qui charitatis studio flagrantissimus eorum sibi Christianorum depoposcerat curam, sivè corpora de servitute redimeret, sivè ut animas à Satanæ dominatu defenderet. Hic oblatum Episcopatum, & Abbatiam simul adjunctam constanti animo recusaverat, eodemque semper tenore vitæ adeò se probaverat universis, ut magna apud Hispalim sanctitatis opinione decesserit. Cujus ad funus facto undique ex ea civitate concurso tanta fuit, seu pie cadaveris at-*

trec-

trectandi religio, seu reliquiarum inde aliquid asportandi cupiditas vix, ut aliquid ex barba capillo unguibus totoque cultu corporis superfuerit. Hásta aquí á nuestro intento.

CAPITULO XVI.

DE LOS MINISTERIOS EN QUE OCUPABA SUS DISCIPULOS, Y EN PARTICULAR DE LAS MISIONES.

Puso nuestro Señor en su Iglesia al Venerable Maestro Avila por un perfecto dechado del estado sacerdotal, por capitan y guia de otros muchos, á quien cupo esta dichosa suerte, y la habian de imitar en los siglos venideros. En dos cosas consiste principalmente la obligacion de este estado, como consta de la carta que escribió el gran Padre de la Iglesia San Gerónimo á Nepociano, en que trata de la vida de los Clérigos. La primera, la perfeccion de la vida, excelentes virtudes, la santidad que pide traer entre las manos la sangre de Jesucristo en los santos Sacramentos. La segunda, aprovechar al próximo, la enseñanza de los pobres en las cosas de la religion y virtud, en cuyo número entran muchos ricos de bienes temporales. El haber florecido eminentemente en estas dos partes el santo Maestro Avila consta en lo que habemos escrito, y resta de ver en esta historia. Su magisterio y predi-

dicacion hasta humillarse á instruir á los niños en los principios de la religion cristiana, y subiendo desde este extremo hasta los que en la Iglesia ocupaban el grado de mayor perfeccion en todo género de estados.

No fué su espíritu limitado: difundióse en sus discípulos, en cuyos elogios hemos visto la excelencia de vida y doctrina y zelo de aprovechar los próximos, cada qual en aquel ministerio á que respondia su talento y letras, y le ocupaba su Maestro.

Una de las cosas en que mas procuró se exercitasen fué en las misiones, que parece que en su tiempo tuviéron principio: traza divina que le enseñó su zelo para bien de inumerables almas. Este santo exercicio de discurrir por los pueblos, predicando, enseñando, administrando los santos Sacramentos, es la imitacion mas propia de la vida y peregrinaciones de los Apóstoles, que siguiendo á Cristo nuestro bien, anduviéron por el mundo evangelizando el reyno de Dios; y aunque ellos diéron las primeras nuevas de la venida de Cristo, en el tiempo del Venerable Maestro Avila estaban en muchos pueblos, mayormente en sierras y montañas, tan poco conocidas las verdades evangélicas, y ménos practicadas, que pudiéron llamarse á boca llena varones apostólicos los que se ocupáron y ocuparen en estas misiones. Son sus utilidades grandes para la enseñanza de los rudos sacar almas de

pecado: hácense confesiones bien hechas, de ordinario generales: suéldanse muchas hechas sacrílegamente por el empacho que muchas personas tienen, mayormente mugeres, de confesarse con sus Curas: freqüéntanse Sacramentos, y otros inumerables bienes que ha mostrado la experiencia.

Tuvo noticia el Venerable Maestro Avila que en Fuente-Ovejuna y toda Sierra Morena y otras partes se padecia mucho por falta de Sacerdotes que enseñasen los pueblos, por la pobreza de la tierra. Para remediar estos daños juntó en Córdoba á sus discípulos: pasaban de veinte y quatro: muchos de los referidos y otros, cuyos nombres y virtudes, si los ha borrado el tiempo, gozan de la eternidad, y desconocidos en el mundo, son nombrados en la corte del cielo. Hízoles varios razonamientos, con aquellas sus palabras encendidas, para poner en sus corazones un ardor grande y zelo de la salud de las almas: representóles la ignorancia de los pueblos, las ofensas de Dios tan sin remedio, tan pocos los que con lágrimas vivas las llorasen: oficio que juzgó siempre propio de los Sacerdotes: animóles á que procurasen el remedio: díxoles era su intento que se repartiesen por diferentes partes, predicando la palabra divina: moviesen los pueblos á penitencia, contricion y lágrimas: les oyesen de confesion, y administrasen el Sacramento

de

de la Eucaristía: finalmente, les ayudasen en todas las cosas de su salvacion.

La instruccion fué esta: que fuesen de dos en dos: que no aceptasen posada en los lugares de los legos ni eclesiásticos: que se recogiesen en los hospitales ó sacristías de las Iglesias: que no recibiesen limosna de misas ni regalos: que en la abstinencia, en la comida y todo el trato diesen buen olor de hombres desinteresados: que si la autoridad de la persona y otros respetos corteses obligasen á recibir algun presente, llamasen al Cura ó algun ministro de Justicia, ó señalado por ella, y lo repartan entre los pobres vergonzantes mas necesitados y enfermos: que diesen buen exemplo, no visitasen mugeres, y evitasen otras qualesquier visitas que no sirviesen al intento que llevaban: que á las mugeres las confesasen de dia, y á todas de manera que no hiciesen falta á sus maridos: que los pareceres que diesen fuesen en la Iglesia: que trabajasen de noche y las fiestas, confesando los labradores y demas gente del campo, y que socolor de esto vendrian algunos hombres de lustre embozados, los acogiesen y despachasen con agrado: que si hubiese algunas enemistades las compusiesen, procurando quedasen todos concordes.

Señalóles las partes donde habian de ir: el Maestro Hernan Nuñez con otro compañero fuéron á las

Al-

Alpujarras: el Padre Centenares y otro Sacerdote á las almadrabas de los atunes y tierra de Sevilla; y en haciendo aquella mision tornasen á las ermitas: otros á Fuente Ovejuna y sus sierras. El Obispado de Jaen cupo á los Doctores Medina, Avila, Pedro de Ojeda, y señaló lugares al Doctor Gonzalo Gomez, Padre Barajas, y á los dos hermanos Carlovales. En Córdoba y sus contornos se quedáron Don Diego de Guzman, Doctor Loarte, Doctor Juan Ramirez, Don Pedro de Córdoba, el Padre Alonso de Molina, el Maestro Juan Diaz: otros repartió por otras partes donde entendió habia necesidad.

Llevaban un jumentillo que les aliviaba á ratos: en este iba la recámara: contenia los manteos, unas alforjas con una caxa de hostias para decir misa en las ermitas, porque no faltase el pan que alentaba aquellos pasos; silicios, rosarios, medallas, estampas, tenacillas con alambre para hacer cadenillas, que labraban con sus manos, y repartian entre los que hallaban capaces de estas armas con que pelean los Cristianos contra los enemigos invisibles: no llevaban cosa de comer, expuestos á la Providencia divina y lo que los fieles ofrecian voluntariamente: raras veces comian carne, ni mas que pan y algunas frutas secas.

Partiéron en esta forma: con licencia y gran potestad de los Obispos fuéron executando sus misiones, yen-

yendo por todos los pueblos evangelizando el reyno de los cielos, haciendo grandes bienes á las almas.

El capitan y guia de esta empresa fué el santo Maestro Avila, que en compañía de algunos de sus discípulos partió executando puntualmente la instruccion que dió á los suyos: corrió gran parte del Obispado de Córdoba, hasta tocar en los confines que le dividen del Arzobispado de Toledo y Campo de Calatrava, visitando inumerables poblaciones, sin que su zelo dexase despoblados, durmiendo en ventas, chozas y cabañas. Predicaba, confesaba, encaminaba las almas en el camino del cielo: padeció mucho, no en las incomodidades del camino, aunque fuéron grandes, mas en ver tanto número de almas tan faltas de doctrina y conocimiento de las cosas mas precisas de nuestra sagrada religion: tocó con larga experiencia quan necesarias son las visitas personales de los Prelados eclesiásticos, que quando se hacen en esta forma de misiones, como las hiciéron los Obispos santos, descubren inumerables lástimas, que remedian con su presencia y poder.

Habiendo llegado cerca del Almaden, alabáronle un sitio donde está una ermita, no léjos de esta villa: llámanla nuestra Señora de el Castillo: venérase en ella una imágen de nuestra Señora milagrosa: está en una sierra altísima: descúbrese de ella la Sierra Neva-

da,

da, el puerto del Pico, montañas de Guadalupe á distancias grandísimas: en esta ermita confesó muchas personas, que iban en seguimiento de las partes donde habia predicado por oir sus consejos, y recibir de su boca la absolucion sacramental.

Desde esta ermita descubrió la fábrica de el azogue y aquella gran multitud de miserables, que trabajando en las minas, pagan intolerablemente sus delitos. Enternecióse oyendo los trabajos de los forzados de todas las naciones: cavan unos, sacan otros el metal para sacar el azogue: traen leña gran número de carretas para los hornos, cuyo humo parece cosa infernal. Viendo tanta multitud de gente, que parte libre á jornal y parte forzada se emplea en tan penoso trabajo, preguntó con gran humildad: ¿Quántos son los Curas que administran estas almas? Respondióle un Sacerdote, que uno solo. Respondió con gravedad notable, los ojos en el suelo: *Messis quidem multa, operarii autem pauci.* Si él llora los pecados como buen Pastor de sus ovejas, y imita á Cristo en el amor, y gime con los gemidos de S. Pablo, mucho premio tendrá con Dios. Palabras dignas que las ponderen todos los que cuidan de almas. Contradicciones hechas á sus discípulos le impidiéron entrar en el Almaden: vió algunos azogados con tierno sentimiento de su corazon: admiróse no hubiese hospital para curar los enfermos: dixo

era

era falta de hombres pios, que lo advirtiesen á los Reyes, pues como Católicos mandan dar hospitalidad en los puertos y galeras, y para los de las ciudades hacen tantas mercedes: deseó mucho hubiera gran cuidado de aquellas almas, y consuelo espiritual para tan gran número de personas, que á jornal y forzados sirven en esta fábrica. Acabada su mision volvió á Córdoba, donde cosas de el servicio de Dios requerian su presencia.

Casi toda la vida del Venerable Maestro Avila fué un continuo caminar de unas partes á otras, hasta que nuestro Señor le recogió en Montilla. En las ciudades grandes le detenia la mas copiosa mies: lo demas era andar por los pueblos evangelizando el reyno de Dios. Consta esto de muchas de sus cartas, donde promete ir en persona á esta ó aquella parte, dice las ocupaciones que le detienen en otras: en la epístola primera al Arzobispo Don Pedro Guerrero le dice: ,,Yo tengo tantas trampas, que así llamo á mis
» ocupaciones, que no así luego puedo desembarazar-
» me, y esme necesario visitar unos pueblos, aunque no
» creo me detendrán mucho; y el quando será, no lo
» sé: señalar tiempo en que vaya, nunca lo suelo hacer,
» por no decir cosa que despues no pueda cumplir,
» de lo qual huyo mucho: á lo que mas me estiendo
» es decir lo que pienso hacer, dexando el efecto de

» ello

„ ello á la voluntad del Señor, sin que me quede cer-
„ rada la puerta para hacer lo que mas conforme á
„ ella me pareciere." De que se colige claramente la ocupacion continua de andar discurriendo por los pueblos, el modo de prometer y cumplir; y como este se hallarán otros lugares.

Esta santa y provechosa ocupacion exercitáron, aun despues de la muerte de el Venerable Maestro Avila, los Padres Juan de Villarás, Juan Diaz y otros discípulos suyos, y sobre todos el venerable Maestro Hernan Nuñez, dexando sus casas y sus tierras por ir á predicar y enseñar la doctrina cristiana á los fieles, aunque estaban enfermos ó con muy corta salud, viendo que esto no fué causa para que el Venerable Maestro Avila dexara de acudir á este exercicio; y así lo hacian á su imitacion. Y aquellos santos Doctores y Maestros de las Escuelas de Baeza, que bebiéron el espíritu del Venerable Maestro Avila, salian muy de ordinario á estas misiones; y como diximos, no admitian á persona al grado de Doctor ó Maestro sin que hubiese algun tiempo andado en ellas.

Y generalmente en el Obispado de Jaen ha habido muchos Clérigos exemplares y de mucha virtud, que, á imitacion de el Venerable Maestro Avila, han salido por todo aquel Obispado á predicar y confesar, y enseñar la doctrina, de que se ha

ha seguido grande aprovechamiento.

Donde mas ha durado este espíritu ha sido en Córdoba, donde se conserváron muchos Sacerdotes, discípulos del Venerable Maestro Avila, y discípulos de estos, que fervorosamente acudiéron á este ministerio. Halló algunos Don Francisco de Reynoso quando vino á gobernar la Iglesia de esta ciudad el año de mil quinientos noventa y siete, y se aprovechó de su industria para esta misma ocupacion: y porque es insigne el testimonio que de esto da el P. Fr. Gregorio de Alfaro, de la Orden de S. Benito, en el cap. 3 de llib. 3 de la vida de este gran Prelado, pone sus palabras; dice así: „Uno de los mas insignes varones que ha tenido el Andalucía fué el Venerable Maestro Avila, „Predicador famoso, y muy diestro en esta facultad, „que fuera de la doctrina que enseñó en los púlpitos „y dexó escrita en sus libros, con que ha mejorado „el partido de la virtud, trabajó por instruir y enseñar á los Sacerdotes y otras personas devotas que se „juntáron á él en los mismos exercicios de la predicacion, que él habia usado; y uno de ellos y el mas „principal fué el de estas misiones, en que halló siempre conocido provecho; y así las exercitaba ordinariamente y encomendaba á sus discípulos, y en ellos „se fuéron continuando hasta el tiempo de nuestro „Obispo. Pues aun habia en Córdoba muchos Clérigos

„ de gran virtud, en quien, como por sucesion, se
„ conservaba la doctrina y zelo del Venerable Avila,
„ el Obispo se aprovechó de la industria de ellos, en-
„ viando por los lugares del Obispado á algunos; y
„ con la buena relacion que tuvo de su diligencia, se
„ alegraba mucho, y con obras y palabras les daba las
„ gracias por aquel trabajo." Hasta aquí el Padre Fray
Gregorio de Alfaro, que prosigue lo mucho que el
santo Obispo fomentó esta ocupacion.

El Venerable Maestro Avila juzgó por una de
las principales partes de el oficio episcopal estas misio-
nes; porque ya que los Prelados, por sus ocupaciones
y otras causas, no pueden por sus personas instruir á
tanto número de almas en las cosas de la fe, ni guiar-
las en el camino de el cielo, ni tener especial noticia de
cada particular, suplen grandemente esta obligacion,
enviando personas de gran espíritu y zelo por todos
los lugares de la diócesis, que exerciten esta parte de
su ministerio. En una carta que escribió á Don Pedro
Guerrero, Arzobispo de Granada, que es la segunda
del primer tratado, dice estas palabras: „Lo que he
„ deseado decir á V. Señoría, movido con deseo de
„ verle aliviada su carga, que tanto le aprieta, es que
„ convenia que V. Señoría enviase por su Arzobispa-
„ do, á lo ménos por los lugares donde moran Cris-
„ tianos viejos, y de los Moriscos, si entienden nuestra

„ len-

» lengua, á Predicadores y Confesores tales, que se » pueda decir de cada uno: *Confidit in eo cor viri sui;* » porque estos tales son los que hacen guerra al de» monio, armados del zelo de la honra de Dios, que » tan despreciada está hoy, y de la salud de las almas, » por quien él dió su sangre: *Et non est qui recogitet.*" Y en la carta primera dice al mismo Prelado: „Me» nester era Predicadores devotos y zelosos para dis» currir por el Arzobispado á ganar almas, que tan » perdidas estan; mas ¿donde los hallarémos? Saul » llamaba á su compañía á qualquier caballero fuer» te de quien tenia noticia: hágalo así V. Señoría para » que sea en su tiempo: *Bellum forte adversus Philis» thæos;* pues sin caballeros no se puede hacer la guer» ra." Lo mismo escribió y consiguió de Don Juan de Ribera, Obispo de Badajoz, y despues Arzobispo de Valencia y Patriarca: dícelo así en la carta segunda que alegamos. „El Obispo de Badajoz ha enviado » seis Predicadores por el Obispado, segun él me ha » escrito, y da á cada uno quarenta mil maravedís y » quarenta fanegas de trigo: y aun si yo le enviara » algunos, dixo que daria mas, si tuviese necesidad » de socorrer madre ó hermanas."

Este consejo le admitió el santo y gran Prelado Don Pedro Guerrero buscando, enviando estos obreros evangélicos: califica quáles son á propósito en la

ter-

tercera carta que le escribió el Venerable Maestro Avila; dice así: „Pláceme que á V. Señoría le ofrezcan
» muchos Religiosos para la obra de doctrinar los pue-
» blos; mas mucho temo que son pocos los que para
» este ministerio son aptos; porque la experiencia nos
» enseña que son menester hombres de mucha virtud,
» porque los peligros son mayores, y que tengan ze-
» lo y humildad para andar por las calles con los ni-
» ños y por las plazas, y otras cosas de este modo de
» vivir, que hay pocos que las tengan, y los que las
» tienen no han de estar ocupados en otros ministerios.
» Por tanto, si V. Señoría hallare de estos hombres
» libres, acéptelos, y los Religiosos serán para la tem-
» porada del año ayuda."

De lo referido en el discurso de todo este capítulo se conoce el grande aprecio que el santo Maestro Avila tuvo de estas misiones, de su grande importancia, lo que las practicó en su persona, quánto las persuadió á sus discípulos, lo mucho que las encomendó á los Prelados.

CAPITULO XVII.

DE SUS LIBROS.

Fué el santo Maestro Avila un vivo retrato del Apóstol San Pablo, copiado por el que pintó el original-

gi-

ginal: fué imitador de sus acciones, predicacion y virtudes: cumplió lo que el Apóstol pide, que seamos imitadores suyos, como él lo fué de Cristo. No se contentaba el abrasado zelo del Maestro de las gentes con aprovechar los fieles en presencia con palabras, mas tambien con sus cartas procuró atraer á Cristo á todos los que habitaban el orbe. El Venerable Maestro Avila, humilde discípulo imitador suyo, escribió inumerables cartas á todo género de personas, para que ausentes y presentes cumpliesen el ministerio á que Dios les habia enviado, y no les faltase parte á esta santa imitacion.

No fué el intento del Venerable Maestro Avila escribir libro de cartas, como algunos han hecho, ni imaginó que salieran á luz las que escribia, ántes que quedaran sepultadas en poder de sus dueños; mas la Providencia divina, por medio de sus fieles discípulos, que las recogiéron de diversas partes y estampáron, dispuso como se perpetuasen en el mundo, para que los que no pudiéron oir á este gran Predicador, cuya voz se limitó á su vida, gocen á lo ménos de su doctrina para pasto espiritual de sus almas.

Casi se puede decir lo mismo del libro de el *Audi filia*, por haberle escrito para la santa vírgen Doña Sancha Carrillo; sí bien le aumentó despues y dió á la imprenta. Anda demas de estas obras un libro gran-

de

de con veinte y siete tratados del Santísimo Sacramento: otros del Espíritu Santo, de nuestra Señora y San Josef: otras muchas cosas que quedáron por imprimir, con que enriqueciéron otros sus escritos.

Para dar la estimacion justa que se debe á estas obras, y dar á conocer su excelencia, en particular las cartas, en que parece resplandece mas la grandeza del autor, era menester la pluma de un Cipriano, un Gerónimo ó Crisóstomo, ó de otro Maestro de la eloqüencia cristiana, ó que el mismo Venerable Maestro, que tanto participó del espíritu de estos doctos Santos, explicara su grandeza; y de verdad pasa así, porque él mismo con su discurso divino obstenta poderosamente lo grande, lo admirable, lo magestuoso de estas artes. ¿Quién no admira aquella doctrina sólida, enriquecida de tan doctas y graves sentencias, llenas de zelo de Dios, con aquella pureza y estilo, hijo del Evangelio, y sobre todo, el nervio en el decir y persuadir tan valiente? Redundan todas de un primor divino, con una viveza y eficacia tan grande, que parecen dictadas del Espíritu Santo: las palabras con un ardor tan eficaz, que ponen fuego á los corazones mas helados, y ninguno las lee que no quede con vivos y fuertes propósitos de mudar y mejorar la vida. Y todas las personas doctas y santas tienen aquestos escritos por unos de los de mayor espíritu y santidad de

de quantos tenemos entre las manos, y que por ellos merece ser llamado Doctor de la Iglesia: ponderan justamente no solo lo que dice, sino una traza y retórica tan lucida y tan disimulada como pudiera estar en Ciceron y Demóstenes.

Testifican asimismo estas obras la santidad, las letras, la perfeccion evangélica del autor; porque es verdad certísima, que no son otra cosa los escritos que una imágen donde se retrata el escritor. Síguese, moralmente hablando, que quien escribió estas obras fué hombre santísimo; y es cierto que si se hallaran estos libros sin autor, se persuadiera qualquier grande entendimiento que eran alguna traduccion de algunos de los Padres de la primitiva Iglesia S. Efren, S. Cipriano ó S. Ignacio, ó de otro de aquellos varones apostólicos que sucediéron á los Apóstoles; porque el modo de escribir fué de aquella edad y de un verdadero Padre de la Iglesia, que no solo mira por el bien particular de su alma, sino por el bien comun y cuerpo universal de la Iglesia, atrayendo las almas á la filiacion de Cristo nuestro Señor para hijos queridos suyos: ambas cosas concurren en el Venerable Maestro Avila; y esto resplandece en todas las epístolas.

Sobre todo admira grandemente la especial gracia y facultad que nuestro Señor le dió; porque siendo tantas y tan diferentes las materias sobre que escri-

cribió, quantas eran las necesidades que se ofrecian, á todas respondia tan á propósito, como si en cada una hubiera hecho particular estudio. ¡Con qué viveza y fuerza de razones consuela á los tristes, anima á los flacos, despierta á los tibios, esfuerza á los pusilánimes, socorre á los tentados, llora á los caidos, humilla á los presuntuosos! Es admirable cómo descubre las artes, zeladas del enemigo; qué avisos da para defendernos de él; qué señales para conocer el hombre su aprovechamiento ó desfallecimiento; cómo abate las fuerzas de la naturaleza, levanta las de la gracia; con qué palabras declara la vanidad del mundo y la malicia del pecado y los peligros de nuestra vida. ¡Quán copioso y continuo es en exhortarnos á la confianza en la providencia paternal de Dios y en los méritos y sangre de Cristo! ¡Qué eficacia tienen sus palabras para movernos á la paciencia en los trabajos, para alegrar á los tristes, para alentar los desconsolados! No hay estado en la Iglesia á que no intime sus propias obligaciones, y proponga los medios para cumplirlas. ¡Qué avisos da á señores de vasallos para gobernar bien sus estados; á los Sacerdotes para que dignamente celebren; á los Predicadores para que fructuosamente prediquen; á las vírgenes desposadas con Cristo para que guarden con todo estudio el tesoro de la pureza virginal! Era el pecho de este santo varon un archivo

de

de sabiduría divina, una real armería para todos los soldados de la milicia del cielo, y una espiritual botica donde el Espíritu Santo habia depositado las medicinas necesarias para todas las enfermedades como padecen nuestras almas, que sin duda son mas que las de los cuerpos.

Conociéronse felicísimos sucesos en sus cartas, porque nunca escribió á persona alguna que no causase en su alma efectos maravillosos, mudanza ó mejora de vida: quien alcanzaba una, juzgaba poseer un gran tesoro.

Mas lo que pide mayor ponderacion es la facilidad y presteza con que se escribian estas cartas, porque de ordinario iba dictando como se ofrecia, sin premeditacion y estudio: la plenitud de su corazon en esta ciencia espiritual era tan grande, y como reducida á natural y ordinaria, que salian las razones, los consejos, los lugares de la Escritura y Santos con la facilidad que escribimos una carta familiar: enviábala como salia de la primera mano, sin borrar ni enmendar nada, sin costarle mas trabajo que dictarlas: esta facilidad alcanzó por la oracion que tenia luego por la mañana, como en su lugar dirémos.

Sucedia muchas veces, estando comiendo, recibir cartas ó consultas; y en acabando, sin mas detenimiento, mandaba escribir al Padre Villarás estas car-

tas, que con razon pasman al mundo. Otras veces decia: Encomendémoslos á nuestro Señor, y digamos misa sobre ello: pasaban dias, y si le instaban por respuesta, decia: No me ha dado todavía nuestro Señor qué deciros; y á pocos dias respondia con tan gran certeza y acierto, como si con los ojos hubiera visto el suceso, y oido la respuesta de nuestro Señor.

Es tambien muy de notar, que aunque muchas de estas cartas se escribian á grandes señores ó personas de honoroso estado, otras veces se escribian á personas muy humildes y ordinarias; y con la misma caridad escribia muy largo y de propósito, segun la necesidad lo pedia, sin atender ser baxa ó ilustre la persona, estimando solo el valor del alma, igual en nobles y plebeyos. Algunas cartas son como tratados, en que discurria altamente en materias muy profundas: esta se enviaba á una muger pobrecita, sin caer en su pensamiento hubiese de salir de sus manos.

Pide particular ponderacion la carta que escribió al Asistente de Sevilla, en que da varios avisos para el buen gobierno de una república: es digna de estar delante de los ojos de los que ocupan grandes puestos: ¡feliz fuera la república que se rigiera por tan doctos documentos! Muestra la gran capacidad de este santo varon en todas las materias.

Estas cartas han tenido grande estima cerca de to-

dos

dos los hombres doctos y espirituales, y se han recibido con aplauso general; y por ventura no hay libro, de tantos como han salido en estos tiempos, que con mas gusto y aprovechamiento de espíritu se haya leido, hablando de ellas con grande encarecimiento; y fuera de los libros canónicos, tienen sabor de los Padres de la Iglesia; y en opinion comun de sus discípulos y quantos doctos le conociéron, estimáron el espíritu, sermones y escritos de este santo varon como de un Doctor y Padre de la Iglesia.

Han estimado las obras del Venerable Maestro Avila los Religiosos de la Compañía de Jesus con particular aprecio, y en algunos Colegios se leen en el refectorio gran parte del año el *Audi filia* en Quaresma, por tratar tan altamente de la pasion de Cristo nuestro Señor, las octavas del Espíritu Santo y Santísimo Sacramento, los sermones pertenecientes á estas festividades, y en tiempos del año las epístolas, que están llenas de espiritual prudencia.

Da testimonio de esto por todos los de esta sagrada Religion el Padre Antonio Posevino, en el lib. 1 de su Biblioteca, donde hablando del Venerable Maestro Avila dice así: *Qui domum à Deo prudentiæ magnum erat consecutus epistolas alias scripsit, non tàm spiritualibus, quàm & politicis hominibus per commodas, & ausin dicere penè cælestes.*

Las

Las utilidades de estas cartas han sido grandes, como lo experimentará quien con atencion las leyere. Afirma el Padre Aleman, de la Compañía de Jesus, hombre gravísimo, Provincial que ha sido del Andalucía, en su deposicion en las informaciones del Venerable Maestro Avila, que habia experimentado el gran provecho y utilidad de estos libros; y que habiendo llegado á sus pies muchos penitentes, les ha dado por consejo lean alguna cosa de los libros del Venerable Maestro Avila, así para remedios en aflicciones del alma, como contra tentaciones y otro qualquier aprovechamiento espiritual, y veia la gran utilidad que de esto se seguia.

El precioso libro del *Audi filia* fué la joya mas querida de aquella santa vírgen Doña Sancha Carrillo, para quien le escribió el santo Maestro Avila: compúsole estando enfermo, escribiendo el Padre Juan de Villarás como corria de aquella fuente peremne de su pecho: en este libro mostró la merced que Dios le hizo, y el amor que tuvo á la persona encarnada de Cristo nuestro Señor. Estimóle grandemente la prudencia y piedad del Rey Don Felipe Segundo nuestro Señor: alabábale mucho. Preguntándole uno de su cámara, ¿qué libros habia de llevar al Escorial? nombrando algunos, dixo: *No olvideis el Audi filia*; en que mostró lo mucho que gustaba de su letura. Valía-

líase de él en sus enfermedades y dolores: decia que era todo grano, y que en él estaba toda nuestra santa fe, y era importantísimo para las almas.

El libro de los sermones del Santísimo Sacramento, de nuestra Señora y San Josef son merecedores del corazon de todos. Fué el Venerable Maestro Avila el primero que con estos libros dió principio en España para escribir libros espirituales y de oracion; y hasta que él comenzó se usaba poco; y con los libros de este santo varon, y con los que á su imitacion han escrito otros varones espirituales, se han desterrado en gran parte los libros profanos, y se puede afirmar que á este gran Padre se debe esta empresa.

Hanse remitido muchos libros de estos al Reyno de Inglaterra para consuelo de los afligidos Católicos, ayudar á su constancia y consuelo, y ellos los han buscado con estima.

Remate este discurso un suceso milagroso, á que diéron ocasion las cartas del Venerable Maestro Avila. Antes que se imprimiesen andaban muy validas entre personas espirituales, copiábanse comunmente. Sucedió que estando en Plasencia la venerable Madre Ana de Jesus de partida para ir á tomar el hábito de Carmelita Descalza, entre otras prevenciones para la jornada, una noche se puso, con una prima suya, á trasladar unas cartas del Venerable Maestro Avila, y

unos

unos avisos muy fervorosos que le habia dexado el Padre Pedro Rodriguez, de la Compañía de Jesus, su Confesor, que por su gran espíritu puede muy bien entrar á la parte del milagro. Entráronse las dos en su aposento: comenzó á leer la Madre Ana, á escribir la prima, que estaba algo mas diestra: metiéron quatro pliegos de papel y una vela, que podria durar hasta la media noche. La escribana caminaba muy de espacio, iba la letra derramada, con que gastó mas tiempo y papel que el prevenido. Saliéron escritos cinco pliegos: duráron en su trabajo hasta el amanecer: no solo alcanzó á todo la vela, ántes estaba tan entera como quando se encendió: halláron quatro pliegos blancos, como entráron, sobre los cinco escritos: de la tinta se cree que fué lo mismo, sí bien no pudo echarse de ver tanto. Cada autor prohijará el milagro al heroe de quien escribe: bastará á nuestro intento ponderar cómo estimó las cartas del Venerable Maestro Avila esta santa y venerable Vírgen, segunda esperanza del Carmelo, que copiándose obró Dios este milagro, que partiendo á Religion tan observante, juzgó le ayudarian á sus heroycos intentos.

IN-

INDICE

DE LAS COSAS NOTABLES DE ESTE TOMO.

pre-

qui-

Pe-

